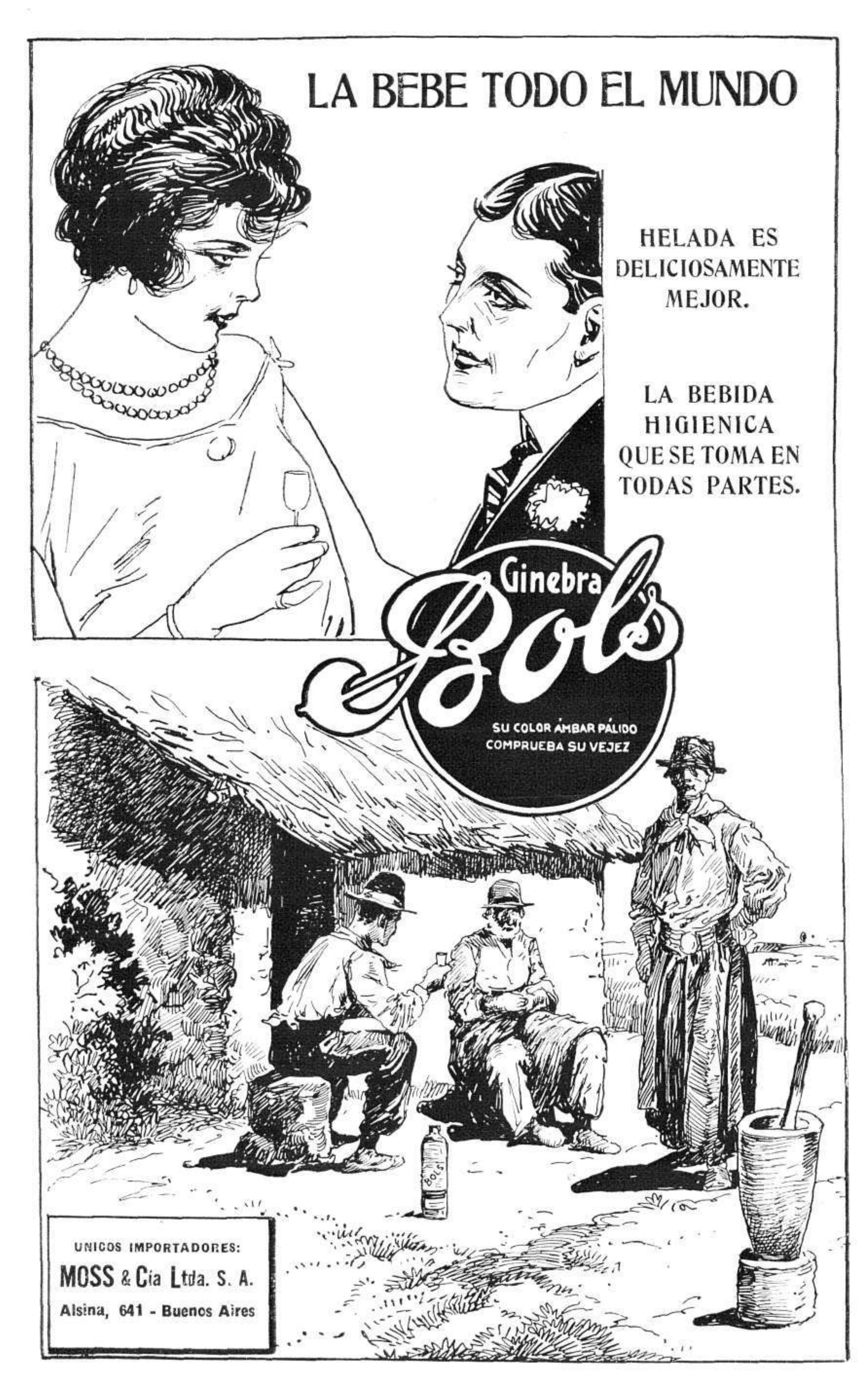
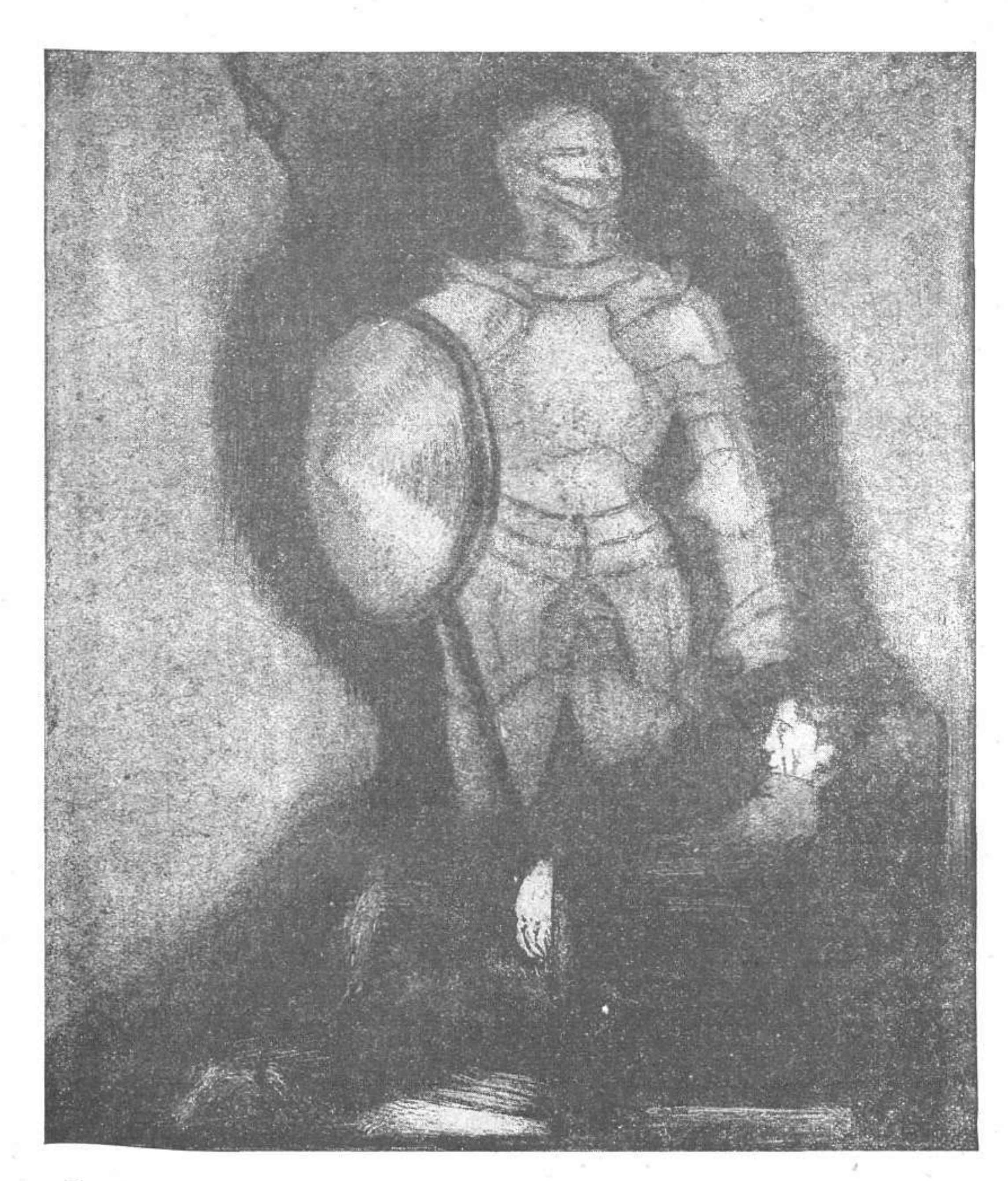


ELPIDIO QUIERE RETRATARSE

Elpidio. — ¿Y, doctor, se marcha al fin?
Alvear. — Sí, mi amigo. ¿Necesita algo?
Elpidio. — ¡Me gustaría tanto verme con la banda, para aquel retrato!


LA BEBE TODO EL MUNDO
HELADA ES DELICIOSAMENTE MEJOR.
LA BEBIDA HIGIENICA QUE SE TOMA EN TODAS PARTES.
Ginebra Bols
SU COLOR ÁMBAR PÁLIDO COMPRUEBA SU VEJEZ
BOLS
UNICOS IMPORTADORES:
MOSS & Cía Ltda. S. A.
Alsina, 641 - Buenos Aires



LA ARMADURA

POR

PRUDENCIO CANITROT

Don Antelo de Monterroso y Portosanto fué acaso el último hidalgo que, allá en mi tierra, poseía una leyenda y un Pazo.

Era la suya un alma romántica, que a veces quería ser moza. Mas don Antelo gustaba de tomar el sol con los lagartos y amaba la lumbre para calentarse a su calor. Acaso fuera capaz de grandes empresas; en su imaginación las planeaba rotundas, épicas y heroicas, pero faltábanle los tiempos propicios y sobrábanle los años maduros. Admiraba a Pardo de Cela, en momentos sentimentales rendía tributo al dulce Macías.

Su Pazo era una casona con almenas; con un portalón de piedra labrada con el oro viejo del liquen y con un castaño patriarcal, que hacía sombra bienhechora sobre las piedras de la entrada.

En Vilaboa se contaban del hidalgo extrañas historias, que ponían veracidad en los conventos y asombro en los mesones y caminos. Su vida misteriosa, que nadie podía aclarar, era como un manantial donde vertía, para los campesinos, chorros que refrescaban y alimentaban las leyendas que de él corrían de boca en boca.

Hacía varios años que vivía en la aldea, alejado del trato de las gentes. Vivía en su solar — dulce y humilde asilo de paz — acaso para amar la soledad de la Naturaleza, la tranquilidad y el silencio de una vida monótona, ocupada en la dulce tarea de no hacer mal y para encontrar más tarde un lugar

donde dormir en un sepulcro de piedra su último sueño, al lado de sus antepasados, guerreros y caudillos de una época florida.

Las amplias habitaciones del Pazo se hallaban envueltas en la obscuridad y el misterio. De vez en cuando se abrían sus ventanas, y el sol y los perfumes del campo entraban con alegre timidez en sus recintos, donde el polvo, con su barniz de chochez, cubría los muebles y los objetos de rústica aldeanía. El despacho de don Antelo, amplio y señorial, era su refugio, y sepultado en un sillón, al lado de la chimenea, pasaba las horas leyendo en algún libro de hojas sucias y amarillentas.

Algunas noches, Pedro, el criado, notaba a altas horas que había luz. Se acercaba en puntillas al despacho y veía a su amo leyendo afanoso.

— Señor — le decía: — está amaneciendo. ¿No se acuesta?

— Sí, ahora; estaba leyendo esto que es muy curioso. ¡Qué tiempos! En el siglo XV gobernaban esta tierra cinco grandes señores. El Conde de Lemus a la cabeza, y un antecesor mío, un Monterroso, era de los más pricipales. ¿Qué te parece, Pedro?

— Paréceme que es un poco tarde para hablar de esas cosas. Ya clarea, señor.

Don Antelo se iba a su alcoba recordando hazañas pasadas, y cuando empezaba a conciliar el sueño, el canto de los gallos, saludadores y alegres, eran para él como clarines estridentes y valerosos, y entre la albura de las sábanas de lino, el rostro del hidalgo parecía animarse con una sonrisa.

Todos sabían en la aldea que se pasaba las noches en el despacho, donde una vieja armadura, sin airón en el casco, se dibujaba borrosa en la penumbra. Y esta armadura era la constante preocupación de los vecinos de Vilaboa, que creían encontrársela a cada momento en las encrucijadas.

Don Antelo la conservaba orgulloso, como el mejor recuerdo de sus antepasados. Muchas veces, contemplándola, forjaba brillantes escenas de mágico sueño. Hubiera él mismo querido quitarla la herrumbre y el moho y hacer brillar su casco y su peto al sol, en el campo ufano de la victoria. Para él no había más bravos justadores que los animosos y marciales duques de Borgoña. Negroli y los Collman, los artífices de Milán y Augsburgo, tenían tanto mérito como un escultor de la Grecia clásica, y admiraba a Olivier de la Marche porque citó el almete y a Paolo Ucello porque en sus pinturas representó a caballeros en torneo.

Esta armadura sujetaba entre sus brazos de torno y giratorios, una lanza «bordona». La rodela era de hierro acerado, decorada con un mascarón en el centro y el campo cubierto de sarmientos y racimos de vid, esculpidos a cincel. El almete, de «pico de gorrión». El pecho y el espaldar enteros. Los escarceles grandes y los quijotes altos y acanalados.

Muy pocos en la aldea la habían visto; pero éstos bastaron para divulgar por la comarca su estructura y maleficio fantástico. Algunos aseguraban que dentro de ella estaba el cuerpo de un tirano, huído del claustro de un monasterio donde varios años reposara, y que hacía por las noches conversación con don Antelo.

Un romance escrito y pregonado por un ciego de feria sería acaso lo único que pintara este temor pueril, con gracia y visos de veracidad.

———

A Vilaboa llegó por aquel entonces un nuevo cura a ocupar la vacante existente en la Rectoral. Con él venía una hermana suya, guapota, moza aún, de ademanes desenvueltos y muy diestra en hacer confituras, que agradaban mucho a don Rosendo. Este, hombre mundano y culto, estudió el carácter de sus feligreses, y nada, aparte de la hermosura de la aldea, le pareció de gran interés. Sólo don Antelo, aquel don Antelo que llevaba con su vida extraña la incertidumbre a Vilaboa, y aquella armadura, temida en los caminos, que aparecía en las sombras molineras y alrededor de la lumbre, era un caso pintoresco que le regocijaba o en el que, claro está, no creía.

Una tarde subió a saludar al hidalgo, a hora en que el sol se recostaba sobre el muro del Pazo.

Don Antelo le recibió con amabilidad.

— Señor abade — le dijo: — me place su visita. Siéntese y hablaremos.

El hidalgo, al conversar, alzaba constantemente los brazos.

— Yo nací — decía — con dos siglos de retraso. Si me asomo a esa ventana, aquellas montañas que usted ve, que son las montañas de la Arnoya, me recuerdan hazañas gloriosas de mis antepasados, a las que yo no asistí; pero asistió mi sangre. Y mi sangre se revela. No puedo contemplar la calzada que muere aquí en mi Pazo, sin evocar las huestes que a él venían. Los labriegos, entonces, no tenían ni aun tiempo para romper la tierra inculta, que era más bella y más agreste, y vea usted: mi vida es tranquila, como el agua de un remanso...

La tarde empezaba a morir en la campiña. El sol se hundía tras los montes de la Arnoya y en los aleros del Pazo, barnizados por la lluvia, los vencejos salían de sus nidos, piando alegres y locos, buscando la caricia de la luz... La luz era dorada, del color de la leyenda, y los muebles y los objetos y las manos del hidalgo, se doraban también con apagadas tonalidades.

En un rincón de la estancia, la armadura del primer Moterroso quería triunfar de la penumbra. Don Rosendo, como si hasta entonces no la hubiera visto, exclamó:

— ¡Oh, una armadura! — Y acercándose más, para admirarla de cerca: — ¡No podía faltar en la casa de un buen hidalgo! Es fastuosa...

Don Antelo, ahuecando la voz, dijo:

— Es la armadura que vistió el primer Monterroso, «Caballero de la Espada». Yo me complazco a medias en contemplarla. Los tiempos éstos no son aquéllos, señor abade.

— ¡Tiempos grandes, en verdad, don Antelo! Entonces se luchaba por un ideal. El mundo era un turbión de alaridos y sólo se oía el chasqueo de las espadas... ¡Oh! — continuó el cura — es de gran mérito. Parece que aguarda al caballero que la conduzca a la victoria.

A don Antelo le encantaron estas palabras, y desde aquella tarde, don Rosendo fué su mejor amigo.

———

El abad siguió frecuentando el trato del hidalgo. El verano iba avanzando. En las viñas, los pájaros picoteaban las uvas pintadas, y los sonoros maizales lucían sus arrogantes pendones. Era la época de las romerías que antecede a la de las vendimias. En Vilaboa ya se hablaba de las fiestas, y el Abad, que había invitado a sus compañeros comarcanos, decidió invitar también a don Antelo. El hidalgo, aunque a contrapelo, cedió a las reiteradas instancias de su buen amigo; y en sitio preferente de una gran mesa, rodeada de sacerdotes y abades de rostro festero, encontróse el día de la fiesta al lado de la hermana del cura. Durante la comida se sintió un tanto intranquilo, e inconscientemente llevaba las manos al lazo de su corbata prosaica y rudimentaria, queriendo parecer bien a su vecina y colmándola de galanterías extremosas.

Ante él se presentaba una mujer casi moza, bien

parecida, con las mejillas coloradas, pletórica de vida, y acaso su corazón, lleno de desengaños, sintió nostalgias de cariño y por sus venas corrió la sangre, como corre el fuego por un campo maduro.

La conversación se generalizó entre jácaras de los abades, y el hidalgo habló con la hermana de don Rosendo de aquella leyenda que circulaba por la aldea respecto de la armadura. Esto a ella la preocupaba tanto que casi llegaba a creer lo que se decía. Muchas noches temía su aparición junto a la higuera que se encaramaba por el muro de la Rectoral, hasta cerca de la ventana de su dormitorio. El hidalgo reía. Sus dedos finos y alargados acariciaban el bigote entrecano con cierta displicencia.

Aquella noche don Antelo durmió muy mal. No le preocuparon los ejércitos invasores ni las hazañas de sus antepasados. Le preocupó doña Enriqueta, la hermana del cura, con sus carnes frescas y lozanas, que transcendían, como guardadas en arca de nogal, a olor de manzanas tabardillas.

Llegó a temer a las tardes brumosas y a las tardes de lluvia del invierno, cortas como un día alegre y tristes como el recuerdo de la pasada alegría. Tornaría a buscar la caricia de la lumbre y el halago del sol cuando le hubiera, sin un cariño al lado que sahumara su alma noble.

Y una tarde en que emigraron los vencejos del alero de su Pazo, después de haberlo pensado mucho, tomó el camino de la Rectoral con una idea fija, que le atormentaba desde hacía un mes. Iba en busca del abad para pedirle la mano de doña Enriqueta.

Don Rosendo, al oir la pretensión del hidalgo, le miró con marcado desprecio, y en un arranque súbito, cerró los puños con fuerza y quiso levantarse de su asiento; mas, repuesto de la impresión, sus puños se abrieron y las manos acariciaron la sotana. Con una forzada sonrisa, dijo.

—¡Mi hermana no se casa! ¡No puede ser!

Don Antelo palideció. Miraba con temor al abad, en cuyo rostro se notaba la contrariedad de lo inesperado, y que a cualquier nueva indicación respondía secamente:

—¡No puede ser! ¡No puede ser! ¡Es inútil!

El hidalgo se despidió avergonzado. Aquellas palabras «es inútil», «no puede ser», se le antojaban tan duras como incomprensibles.

Al llegar al Pazo se fué derecho al despacho y se abismó en la contemplación de su armadura.

Era media noche. Por una puerta trasera del Pazo de Monterroso salió un hombre vestido a la usanza de los tiempos caballerescos. ¡Ya hacía siglos que una figura así no había traspuesto sus umbrales! El bulto producía al andar un ruido extraño, y su ropaje brillaba a veces entre la obscuridad de la noche.

La aldea dormía. Rumoreaban al borde del camino los maizales ya secos, y un mochuelo cantaba en un castañar cercano. En la casa Rectoral se iluminaba la ventana del dormitorio de doña Enriqueta, hasta donde subía una higuera áspera, vieja y retorcida.

El pobre hidalgo que era quien vestía la armadura, dirigió allí sus pasos inciertos, pensando que acaso una oración o una lectura mística entretendría en horas tan avanzadas a la señora de sus pensamientos. Sin que nadie le viese, llegó hasta el muro. Se disponía a hacer ruido, a tocar con la lanza «bordona» en los cristales de la ventana, para acreditar su presencia ante doña Enriqueta, y hablarla románticamente del cariño que en su viejo corazón había inflamado, aunque tardío, grande y mozo. Pero de pronto oyó voces en el interior del cuarto. Una sombra pasó detrás de los cristales y se alejó grotesca por el techo. Aquella sombra era la del señor abad. Nuevos ruidos llegaron a él. Con gran trabajo se encaramó a la higuera, tratando entonces de no hacer ruido, y una sospecha, un presentimiento vago y amargo, le llenó de angustia.

—¿Será posible? — decía.

Y cuanto más se encaramaba para ver, más inconvenientes le causaba su extraño traje... Y en un momento rápido, por una sombra y por un ruido, comprendió todo.

Doña Enriqueta no era hermana del cura...

Se miró el traje que vestía, y moviendo la cabeza, murmuró desalentado:

—¡Y para esto me he armado yo! ¡Vaya una primera salida!

Al bajar de la higuera se le escurrió de las manos la lanza, que fué a chocar en un montón de cañas, pruduciendo escandaloso estrépito.

Don Antelo, asustado, quiso huir. El abad salió a la ventana con una luz y pudo ver la famosa armadura, en la que él no creía, que galopaba huyendo por la vereda.

—¡¡La armadura!! ¡¡La armadura!! ¡¡Ahí la va!! ¡¡Ahí la va!!

La voz de alarma corrió por la aldea. Los labriegos salieron todos en busca de ella y la acorralaron a distancia...

Al amanecer, al borde de un camino oloroso y húmedo, el hidalgo de Monterroso apareció rígido dentro de la armadura que fuera su orgullo y la gloria de sus antepasados...

DIBUJOS DE REQUENA ESCALADA



LA ZAMBULLIDA DEL OLVIDO

Por EDUARDO CECIL

La certidumbre de lo que estaba sucediendo era tan obvia, que Juan Groom no pudo dejar de sonreir y se dió a pensar en los incidentes que se desarrollaban en torno suyo. Con amargo entretenimiento observaba la naturaleza humana en una gran crisis, y se inclinaba a ser duro en sus comentarios mentales. Las circunstancias en que se hallaba colocado lo habían puesto así. Los seres humanos que son presa del miedo pueden aparecer grotescos cuando los contempla un hombre a quien se ha presentado una oportunidad fácil para el suicidio, y la ha aceptado.

El vapor se hundía rápidamente. La cubierta en que se hallaba Groom formaba ya con la superficie del mar un ángulo de veinte a treinta grados. Sus pies se adaptaban instintivamente al desnivel.

Hombres ya victimas del sentimiento del miedo, un sentimiento que separa las coyunturas del cuerpo, debilita el estómago y concluye por paralizar el pensamiento, intentaban hacer creer que no había verdadero peligro y que todos se salvarían.

Groom estudiaba las caras, los ojos y las manos de esos hombres. Algunos, en la prueba, habían sido vencidos, y otros se mantenían dignos, de acuerdo con la firmeza de sus corazones. Las mujeres, o se mostraban espléndidas de valor o llenas de terror; pero las que estaban aterrorizadas no pretendían, como los hombres, engañar.

Después, Groom observó a los oficiales del vapor. No estaban mal. No cesaban de dar órdenes. Su responsabilidad era tremenda, y, comprendiéndolo, la asumían entera.

En cuanto a Groom, un condenado, un preso, seguía allí, sin ocultar su menosprecio, inmóvil, soberbiamente indiferente, las manos empuñadas, la mirada fría y dura.

El vapor se hundía rápidamente en aguas profundas y sin tierra a la vista. El mar estaba sereno. Ya varios botes habían sido echados al agua y se alejaban llenos. En todo caso, y hasta donde los botes podían ofrecer alguna seguridad, las mujeres y los niños estarían seguros. Pero los hombres empezaban a darse cuenta de que no había medios de salvación para todos. Sobre todo, escaseaban los salvavidas, elemento indispensable después de estar sentados en los botes. Aun el menos imaginativo de los pasajeros podía pensar en la inminencia de una catástrofe.

Dando la espalda a Groom y de cara al mar, había un hombre sentado en una silla de las de cubierta. Parecía prever el inevitable fin y tenía un revólver en la mano. Groom había sabido que era un hombre muy rico.

— Una bala... es más rápido — murmuraba el hombre. — Una sola bala en un buen sitio... Yo no puedo luchar con el mar... Me hundiría rápidamente... Una bala es mejor... ¿Podré tener firme la mano?

El hombre del revólver decía así, en alta voz, sus pensamientos, hijos del miedo. Probablemente no oía su propia voz. Parecía que sus nervios, su carne, sus huesos perdían su substancia y se hacían agua.

— Una bala es más rápido... Una bala en un buen sitio — seguía repitiendo. Pero su mano no obedecía a su voluntad. Sencillamente, no le obedecía, por más que lo intentaba. Sufría una como parálisis que le impedía poner una bala en el buen sitio.

— Deme ese revólver — le dijo Groom, ásperamente. Su voz estaba absolutamente firme, era de acero.

El hombre del revólver, que había luchado toda su vida por la riqueza, miró a Groom, suspendidos por la sorpresa sus balbuceos de miedo. Su cara, muy conocida de Groom — nunca de buen color, especialmente debajo de los ojos, — estaba ahora de muy mal color, en realidad lívida.

— ¡Usted! ¿Quién es usted para hablarme así? Usted, que parece pájaro de cárcel...

El hombre tartamudeaba; no podía dominar la lengua.

— Démelo si no quiere que se lo quite.

— ¡Maldito sea usted! ¿Qué le importa a us-ted mi-vi-da?

Pero obedeció.

— Nada — replicó Groom, tomando el revólver de la temblorosa y débil mano.

Ya no miraba al aterrado hombre que no sabía como morir. ¡Cuán oportunamente lo había encontrado a él y a su revólver! Groom miraba hacia un grupo de personas, dominadas por el pánico, que se amontonaban en el sitio de donde iba a ser echado al agua un bote.

Fuera del grupo, compuesto de hombres que luchaban desesperadamente, el más fuerte imponiéndose al más débil, estaba de pie una joven, impasible, porque ya había perdido toda esperanza.

Groom se acercó a ella y con la mano libre la alzó en el aire. Era hombre fuerte y el peso de la joven no le impidió mantener en la mano derecha el revólver.

— Abran camino para esta mujer — dijo con tono de mando.

Pero ninguno de los hombres se movía.

Sin vacilar disparó, y la bala pasó por encima de las cabezas de los hombres. Inmediatamente, todos miraron hacia atrás.

— ¡Abran paso! — gritó Groom.

Y esta vez fué obedecido.

Cerca de la cara oía el murmullo de la voz de la joven:

— Sólo usted... De todos los hombres... Sólo usted...

— ¡Si — contestó — yo!

Y por un segundo volvió la cabeza y la miró en los ojos; la miró solamente como un ser humano

mira en los ojos a otro ser humano con el derecho de posesión. La joven le concedió ese derecho. Groom lo comprendió; pero él no había pedido nada; ahora, en el momento de crisis, tomaba posesión.

— Le estoy salvando la vida — dijo. — Estese tranquila.

Concluyó Groom por abrirse paso por entre el grupo. Ella quiso que él también se salvase y con ambas manos empezó a tirarlo de la ropa.

— Es imposible — dijo Groom desasiéndose — ¡Adiós!

La joven insistió desesperadamente, tomándolo de las muñecas; pero Groom le ordenó que lo soltase.

— Estoy salvándola a usted — dijo imperativamente — no a mí. Yo no quiero salvarme.

Ambos recordaron, en el tiempo de un relámpago, la historia de su breve amistad. Groom, desde que estaba sin vigilancia en el vapor, había logrado en ciertas ocasiones alternar con los pasajeros, y le había dicho a ella la verdad sobre él mismo, al paso que ella también le dijera la verdad sobre ella. Pero él, al revés de los demás hombres, no trató de enamorarla ni le dió la menor muestra de tener alguna inclinación por ella.

— ¡Nunca olvidaré que le debo la vida! — exclamó la joven dejándose llevar por un marinero.

Eso fué todo.

Pocos segundos después estaba en el bote, pálida, sin dejar de mirarlo, intentando sonreir.

Groom, buen juez, comprendió que había salvado la vida a alguien que sería algo en el mundo, mucho después de que él lo abandonase.

Con aire sombrío se abrió paso por entre el



— ABRAN CAMINO PARA ESTA MUJER, DIJO GROOM CON TONO DE MANDO Y APUNTANDO CON EL REVÓLVER.

grupo, se dirigió al sitio de la cubierta en donde todavía estaba el pobre hombre a quien le había quitado el revólver y se lo devolvió.

— Haga usted lo que quiera — le dijo. — Ya no necesito su arma.

Y se dirigió a un punto de la cubierta en donde pudiese estar solo.

No le fué difícil a Juan Groom estar solo consigo mismo: no tuvo sino que dirigirse a un sitio de la cubierta en el cual no había ni la menor probabilidad de encontrar un salvavidas y mucho menos de embarcarse en un bote. Quien quisiera podía quedar solo a bordo, solo para siempre...

Desde el sitio que escogió para estar solo Juan Groom contempló los últimos esfuerzos del gran vapor en su lucha por no hundirse en un mar tranquilo.



De pronto sintió en el hombro el peso de una mano, mano fuerte, firme, acostumbrada a mandar.

— Le he estado buscando. ¿En dónde ha estado usted?

La voz era áspera, más que áspera, y brutal en su aspereza. Groom sonrió sardónicamente porque comprendió que era su acompañante forzoso, el empleado que la policía de Londres había enviado al Africa del Sur para llevarlo preso a la metrópoli. Siempre se había mostrado atento, considerado, porque se esforzaba por disimular su carácter policial; pero ahora estaba cambiado. Por supuesto, tenía miedo, y para esconder su miedo se había hecho áspero y brutal.

— ¿Y qué?, — preguntó Groom. — ¿Qué importa nada ahora?

E hizo con la mano un ademán para indicar que el vapor se hundía sin remedio.

— Importa que yo estoy a cargo de usted y tengo que ver la manera de salvarlo. Vamos... He conseguido para usted un puesto en el último bote. Tengo que entregarlo a la justicia inglesa y lo haré. Vamos: no perdamos tiempo.

Groom no se movió.

— ¿Qué es eso de asiento en el último bote?— preguntó, hablando lentamente, imperturbablemente.

— ¡No sea insolente! Se trata de obedecer y no de decir insolencias.

— Se trata de decir la verdad y no mentiras — replicó inmediatamente Groom. — Usted sabe perfectamente que no hay lugar para mí en el último bote... Tendrá mucha suerte si salva usted su propia vida; déjeme a mí la mía.

— ¿No viene usted? ¡Recuerde que estoy armado!

Y el policía llevó la mano al bolsillo.

Engaño o no — y probablemente no lo era — para Groom era lo mismo.

— No me interesa saber si moriré de un tiro o ahogado— dijo encogiéndose de hombros.— En todo caso prefiero morir solo. No voy con usted. Me hundiré con el buque: es una buena solución... para mí. Ya lo he pensado bien. En cuanto a su revólver, puede serle útil cuando vaya a embarcarse en el último bote. ¡Pero no me mire así, con la boca abierta! No tengo para qué vivir; usted lo sabe tan bien como yo. Sálvese usted y no se preocupe de mí. Me ha tratado usted decentemente desde que salimos del Cabo, y le estoy agradecido; no crea usted que soy un mal agradecido. Tome usted mi reloj... Es bueno; pero ya no me sirve. ¡Me voy a la Eternidad!

Groom hablaba tranquilamente, con facilidad y naturalidad, como hombre que ya ha tomado su resolución y para quien la muerte, que luego iba a afrontar, no inspira terror alguno.

— ¡Se va usted a... suicidar!

— Sí, como usted, si acaso no se pone luego en salvo. Preocúpese usted de usted mismo... No se imagina cuánto me complace desaparecer... Que se salven los que tienen algo para qué vivir, no yo...

— Yo tengo la responsabilidad de llevarlo a Londres — balbuceó el íntegro policía.

— ¡No hable sonseras! Usted tiene mujer e hijos para quienes vivir y yo no tengo a nadie. Apúnteme entre los ahogados. No pierda tiempo, Jenkins. ¡Adiós!

Groom mandaba ya.

— No puedo dejar que usted se suicide...

— No majaderee, Jenkins. Váyase. No tiene tiempo que perder.

— Si me salvo... informaré que usted se hundió con el buque... Hablaré bien de usted.

— Eso no me importa.

— Es que yo tengo *buena idea* de usted.

— Gracias. Nunca me volverá a ver. Adiós.

Y Groom volvió la espalda a Jenkins y se alejó. A los pocos metros volvió la cara para mirar a Jenkins: se había ido ya.



Groom sintió una sensación de infinito alivio. En los últimos momentos de su vida era libre, absolutamente libre... No sabía cuánto tiempo lo sería; a cada momento podía llegar el fin: así se lo decía elocuentemente la inclinación cada vez más pronunciada de la cubierta. Las calderas habían estallado, y el inmenso vapor estaba ya completamente perdido, podía hundirse en cualquier momento en los abismos insondables del mar, cesando en un minuto la terrible lucha. Los botes que no estuviesen bastante lejos serían arrastrados por el horrible remolino... A Groom no le preocupaba que el hundimiento se produjese dentro de uno o de diez minutos: estaba solo y libre, él, que había sido preso y era conducido a una cárcel de Inglaterra, en donde permanecería aislado de todo el mundo, bien asegurado para que no pudiese hacer daño a nadie.

Se sintió invadido por viva alegría, una alegría de tranquila satisfacción. Sacó la cigarrera y encendió un cigarrillo. Estaba ya solo y libre. Muy pronto estaría completamente libre de la carga de la vida en un mundo que ya no tenía atractivo alguno para él. No se sentía triste porque iba a morir, sino alegre, muy alegre...

Después de todo, el vapor no se hundía tan rápidamente como había parecido. ¿O sería que cada minuto antes de la inminente catástrofe se alargaba inconmensurablemente? Groom miró su cigarrillo...

Se hallaba en un sitio cerrado que había buscado no para precaverse contra los elementos, sino porque deseaba no ser visto sino del mar y del cielo... No había consumido aún la cuarta parte de su cigarrillo: evidentemente pensaba con demasiada rapidez, como si su pensamiento hubiese perdido todo contralor.

La vida de Juan Groom no había sido la de un hombre malo, depravado. Cuando niño había sido feliz, lleno de salud, aprovechado en la escuela. Después fué un buen empleado de banco, más inteligente y trabajador que la generalidad de sus compañeros. En los deportes se había distinguido por su destreza y por su fuerza.

Joven todavía, se casó con la muchacha más bonita de su club de lawn tennis, de quien se había enamorado profundamente, siendo correspondido. Cuando se casó creyó haber llegado al séptimo cielo.

¡Qué hermosa era Mildred en esos días! Tenía gustos delicados, y Groom le daba gusto en todo. Mildred se convenció de que era digna de las cosas más lindas y caras, y que el deber de su marido era procurárselas. El lo hacía y estaba siempre endeudado. Mildred vivía como si su marido fuese

— LO SÉ TODO, POR ESO HE VENIDO, DIJO JOYCE, QUE NO PUDO MÁS Y SE DEJÓ CAER EN SUS BRAZOS.

rico; pero en medio de su derroche era fiel a su marido.

Groom recordó el día en que comprendió que en el banco empezaban a sospechar de él; recordó la noche en que lo descubrieron *todo*; corrió a su casa; no tenía sino una hora para escapar, y se lo contó todo a su mujer, pidiéndole que huyese con él.

— No, contestó Mildred; a mí no me pueden hacer nada.

Su sorprendente egoísmo se le apareció con toda claridad a Groom, que hasta entonces no la había conocido. Supo demasiado tarde que había arruinado su vida por una mujer tan sin méritos como hermosa.

Logró escapar y fué a dar al Cabo, en donde vivió varios meses, hasta que lo descubrieron y lo tomaron preso.

Lo llevaban a Inglaterra para someterlo a trabajos forzados por muchos años.

— ¡A mí, no!

Y sonreía, mientras, en el vapor que se hundía, fumaba su cigarrillo.

Siempre había amado el mar. Ahora el mar era su amigo, su buen amigo, su salvación, el que iba a lavar la mancha de su vida.

Recordó a la muchacha que salvara pocos minutos antes, y que le había dicho que nunca olvidaría tan enorme servicio.

Sí; parecía distinta de la mujer con quien se había casado; sería quizás alguna institutriz que habría perecido si él no hubiese acudido en su auxilio. Recordó cómo se habían hecho amigos a bordo, las veces que conversaran a solas. Al principio, ella no había querido hablar con él a solas; pero poco a poco le fué inspirando confianza y al fin se lo permitió. El le contó toda la verdad de su vida, la odiosa verdad, y nunca le hizo el amor... Sin embargo...

Groom pensó que había tenido mucha suerte al casarse con Mildred... No hay para qué pensar mal de nadie cuando uno va a morir. Salió de su refugio y se dirigió, haciendo prodigios de equilibrio, a la proa del vapor, que seguía hundiéndose ahora más rápidamente que antes. Se irguió al borde de la proa y en ese instante le asaltó un extraño deseo: quiso ir hacia su Dios, con altivez. Rápidamente, y sin un solo movimiento falso, se desnudó. Una sonrisa plegó sus labios. El aire salado del mar bañó todo su cuerpo, su amado mar que le daba la bienvenida. Su fracasada vida quedaba detrás de él. Iba a sumirse en el olvido; pero estaba seguro de que encontraría a Dios y que ante Dios no se asustaría, porque en vida no había sido malo y ante la muerte era valiente.

Groom levantó los brazos en actitud de echarse al agua. Todo su cuerpo parecía trémulo de alegría. Era una zambullida como a pocos hombres les es dado realizarla. Y como un rayo se hundió en el olvido... En el agua se formó un pequeño círculo que luego desapareció: ¡una zambullida magnífica! Cinco minutos después el vapor se hundió en la inmensa profundidad del mar, y los diarios dijeron que Juan Groom se había hundido con él.



Durante los cinco años que Europa se vió ensangrentada por la guerra, Joyce Grierson, la joven que Juan Groom salvara del vapor que se hundía, había servido como enfermera de la Cruz Roja en el frente occidental, en Flandes y en Francia. Esos cinco años enseñaron mucho a Joyce, que aprendió que los hombres son capaces de todo lo bueno y de todo lo malo; pero su mirada siguió siendo franca y sus labios no dejaban de sonreir. Más de una vez rechazó proposiciones ventajosas de matrimonio.

Volvió al Africa del Sur no por necesidad, sino por gusto. No tenía parientes y, salvo algunas relaciones en Rhodesia, estaba sola en el mundo, pero

podía ganarse la vida tan fácilmente en la Ciudad del Cabo como en Inglaterra, y prefería la vida de las colonias a la de la madre patria. Era una mujer de espíritu libre e independiente.

No sentía inclinación alguna al matrimonio. Así ocurre con ciertas mujeres capaces de dar todo su amor a un hombre, a uno solo, durante toda su vida, y Joyce había dado todo su amor a Juan Groom.

Groom vivía; pero Joyce no sabía en donde estaba. De él no sabía nada sino que vivía. Y un día leyó esta noticia en el *Cape Times*:

«El Banco Suburbano ha recibido la suma de quince mil libras esterlinas del señor Juan Groom, quedando cancelada toda reclamación de dicho Banco al señor Groom.»

Eso era todo; pero a Joyce le bastó. El instinto que la movía a ser fiel al hombre a quien debía la vida quedaba plenamente justificado.

La misma noticia apareció también en algunos diarios de Londres, y en el *Times* la vió Mildred Ponsomby, que un tiempo había sido Mildred Groom.

Estaba con su marido en Ostende, sentada a una mesita de la playa cerca del Casino, y leía diarios de Londres protegida de los rayos del sol por su sombrilla.

El tiempo no había sido amable con Mildred, que había engordado. Se había casado bien, con un hombre a quien le dió todo lo que deseaba de su esposa, y que le había dado a ella todo lo que ambicionaba: mucho dinero. Hacían buena pareja. Ponsomby se había manejado de manera tal que no fué a la guerra.

De repente Mildred cerró la sombrilla y miró a su marido. ¿Seguiría siendo su marido? ¿Se lo diría o no se lo diría?

Ponsomby miraba a las bañistas; la marea estaba alta y las bañistas estaban cerca.

— Querido — le dijo al fin Mildred — mira. — Y con el dedo, en que lucían sortijas de valor, le mostró la noticia. Ponsomby la leyó y comentó:

— Ha pagado.

— Es decir, que está vivo — observó Mildred.

— ¿Y qué importa?

— ¡Entonces no estamos realmente casados!

— ¿Crees que el nuestro es un caso de bigamia?

— Es claro. ¡Qué fastidio!

— Su nombre figuraba en la lista de los desaparecidos en el naufragio. Tú me lo mostraste.

— Es cierto... Y ahora ¿qué vamos a hacer?

— Nada — contestó Ponsomby, enarcando los ojos.

Era un hombre sin preocupaciones y su mujer era como él. Por eso no quería perderla.

— No hay ninguna prueba legal de que esté vivo — agregó Ponsomby — y en cambio, hay prueba legal de su muerte. Evidentemente el Banco ha recibido el dinero sin saber en dónde está. No querrá que se sepa que ha vuelto a la vida.

— ¡Qué inteligente eres! — exclamó Mildred. — ¡Pobre Juan!

Se sentía ya tranquila y respiró: su cómoda vida no sería interrumpida.

— Pídeme un coctel, querido — ordenó — y su marido obedeció.

— No pensemos más en eso — dijo éste. Y Mildred asintió con un movimiento de cabeza. Estaba perfectamente dispuesta a no pensar más en ello.



Pero Juan Groom estaba vivo en alguna parte del mundo. Había trabajado y ahorrado; y en la Ciudad del Cabo existía una mujer que tenía la seguridad de que el hombre a quien amaba no había muerto. El le salvara la vida, y ella sabía que en el último instante de su salvamento del vapor que se hundía, sus ojos le dijeron a él que sería suya toda la vida.

Entre tanto, en Nigeria, Juan Groom vivía en el olvido. Habiendo empezado una nueva vida, prosperó rápidamente. Había peleado en la campaña del Africa Central y era querido y respetado. No le enojaba el hecho de estar vivo.

¿Cómo pudo salir a la superficie del mar después de su prodigiosa zambullida desde la proa del vapor que se hundía? No lo sabía; pero se había salvado. Cuando salió a la superficie vió a alguna distancia la desaparición del vapor entre las olas, y se dió cuenta de que lo pondrían en la lista de los muertos. Entonces le nació un deseo invencible de vivir. Allí, en el mar que tanto amaba, sintió que era libre, que había nacido de nuevo. Todo lo pasado había muerto. No poseía absolutamente nada que le vinculara a su vida anterior: ni ropas, ni papeles; nada. Empezó a nadar, y como era gran nadador el ejercicio mismo le dió fuerzas. Nadó mucho. Cuando se cansaba se dejaba flotar. Así pasó algunas horas, nadando y flotando.

Por fin fué recogido por una barca belga. Estuvo sin sentido un día entero, porque los belgas lo recogieron cuando ya estaba a punto de ver agotadas sus fuerzas. Y rodando, rodando, fué a dar a Nigeria, resuelto a trabajar.

Desde que empezó a trabajar le fué bien y pudo pagar su deuda al Banco y ahorrar; pero su vida estaba vacía. Se había hecho una vida nueva; mas su pensamiento estaba con alguien que conocía su vida anterior y a quien se confesara. Cada vez que depositaba en el Banco de Nairobi sus ahorros se reía de sí mismo, porque estaba haciéndose rico para nada.

No sabiendo qué hacer, empezó a escribir a algunas agencias de información para saber si Joyce Grierson estaba viva. Al mismo tiempo escribió a Londres para saber qué había sido de Mildred. Supo que se había casado inmediatamente después de su muerte; pero de Joyce no lograba saber nada.

Hasta que una noche ocurrió un milagro, que dió a su vida toda su significación.

Estaba sentado en el pórtico de su casa, fumando su pipa.

No advirtió que Joyce Grierson se acercaba. Llegó hasta detrás de él y se detuvo un instante. Luego le tocó el hombro. Groom se asombró con un poco de irritación. Nadie en el mundo tenía derecho para tocarle así: había sido casi una caricia y en la casa no había sino sirvientes...

Inmediatamente se puso de pie y miró a la persona que le había tocado el hombro.

— He creído que usted quería que viniese — dijo Joyce sencillamente.

— ¡Qué!... ¿Cómo?... ¿Cuándo?...

Tartamudeó algunas palabras más y quedó silencioso.

— Lo he buscado hasta que lo he encontrado. Todo se explica fácilmente: una noticia... una agencia de investigaciones...

— ¡Y yo quería saber si estaba usted viva! — exclamó Groom.

— Estoy viva — repuso Joyce sonriendo.

— ¿Y es usted libre?

— Sí. ¿Y usted?

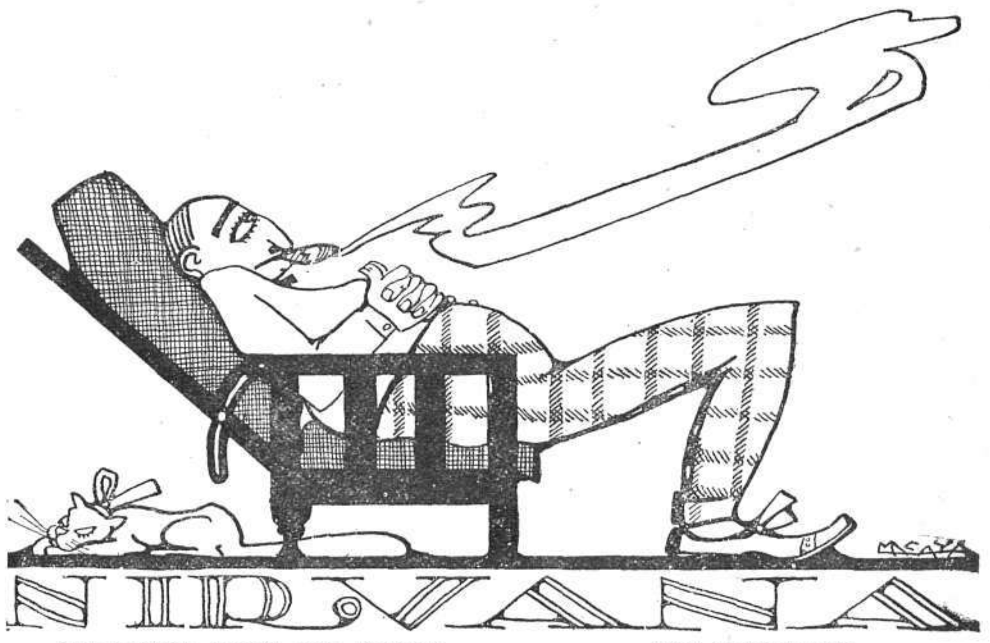
— Mi mujer está viva; pero se ha casado otra vez. Yo he muerto realmente... ¿sabe?...

Groom sonrió a su vez y Joyce dijo:

— Lo sé todo... por eso he venido...

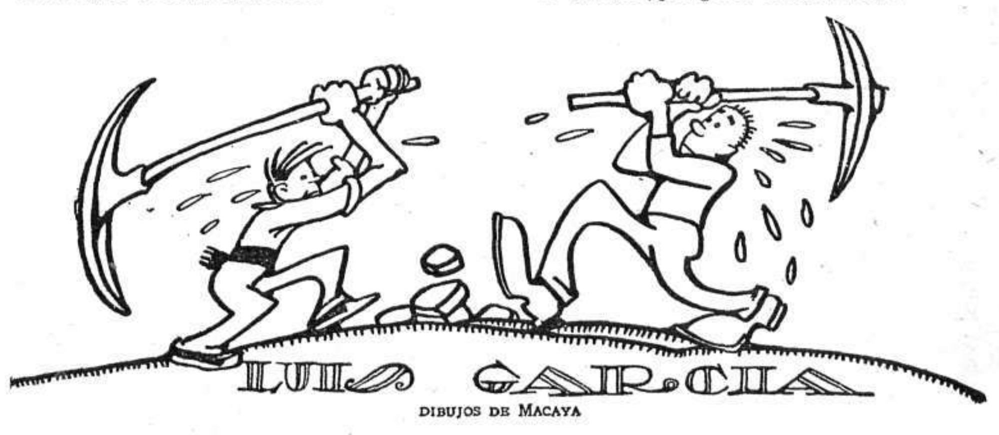
No pudo más y se dejó caer en los brazos de Juan, que ya tenía completa, perfecta, su nueva vida...





NIRVANA

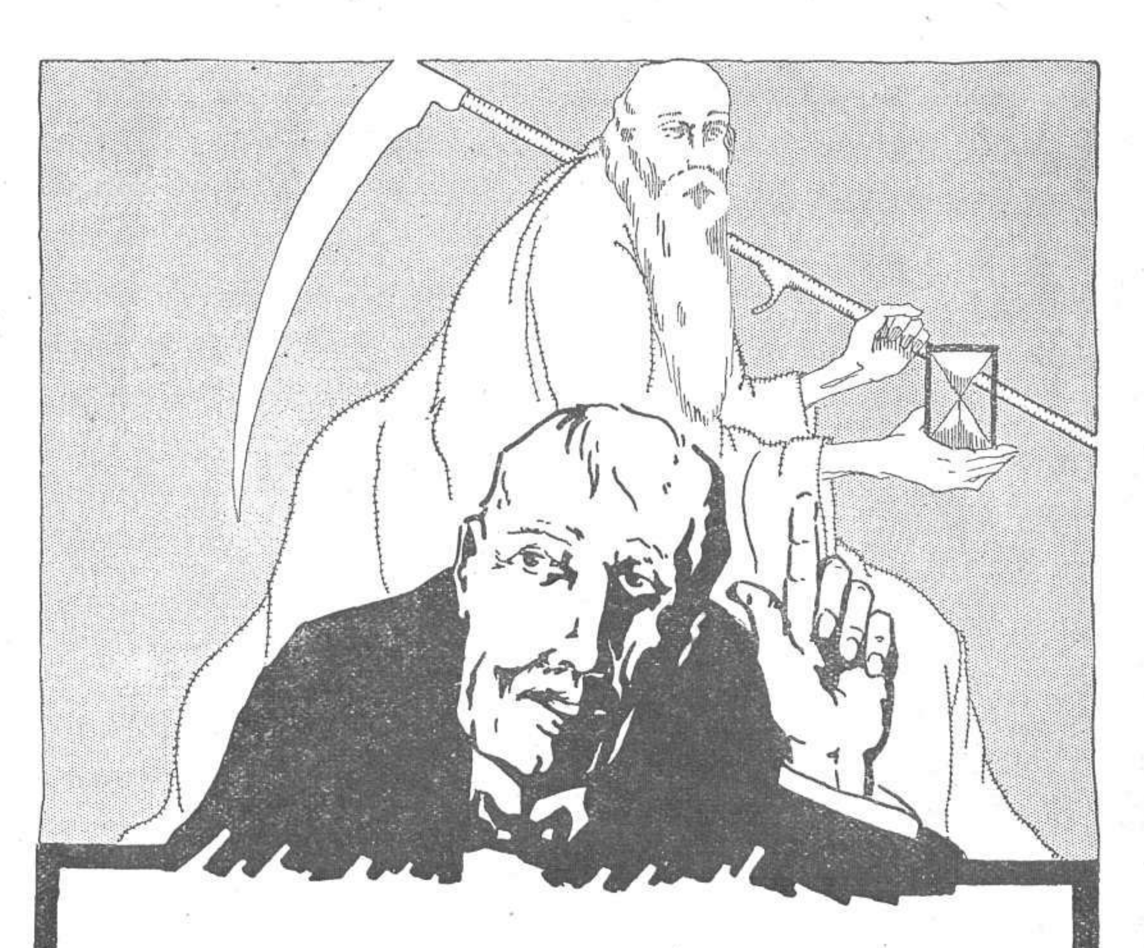
— Tranquilidad. Inercia. Paz. Descanso.
La vida es un remanso.
Dormir y no soñar. Soñar fatiga.
¿Me voy a fatigar? No soy tan ganso.
Mi edad madura a reposar me obliga,
y, sólo en el reposo,
un senador consigue ser dichoso.
Algunos meses llevo
queriéndome mover y no me muevo.
Como soy casi un prócer, no me agito.
Mi quietud es tan noble
que, eternamente inmoble,
me llaman «El augusto monolito».
Lo celebro infinito.
Conozco algún colega
que a divagar se entrega
y que dice: «El trabajo en este mundo
al hombre regenera y dignifica».
Y el infeliz no ve que despotrica.
¡Es más fecundo el ocio, es más fecundo!
La cachaza nos viene de la raza.
¡Suave y dulce cachaza!
Aspiran los más áticos varones
a vivir en perpetuas vacaciones
y, como su criterio me es simpático,
por diversas razones,
yo aspiro a ser muy ático.
El senador modelo, fino y pulcro,
sabe que en el sepulcro fatalmente
concluye el ser humano, y al sepulcro
encamínase lenta, lentamente.
Hace perfectamente.
¿Qué es la holgazanería?
Es un estado de alma
que conduce a la calma,
a la inmovilidad y a la apatía:
el estado perfecto
del senador que quiere ser correcto.
Tranquila mi conciencia,
vivo en una apacible indiferencia
y, el día que me tumbo a la bartola,
bendigo la existencia
¡y que ruede la bola!
Soy, con este sistema profiláctico
que me evita un sin fin de enfermedades,
un filósofo práctico
y con inmunidades.
No ha de faltar ahora,
como siempre, la crítica
que no juzgue muy bien mi encantadora
catalepsia política;
pero eso no es motivo
para que yo proteste.
No, ¡qué esperanza! Cueste lo que cueste
deseo continuar neutro y pasivo
y estático y amorfo. El movimiento
me parece una cosa intolerable
y no pienso cambiar por el momento.
¡Plácido estancamiento!
¡Inacción adorable!
Hoy, y espero que igual será mañana,
el senado ¡qué gozo! es el nirvana.



LUIS GARCIA

DIBUJOS DE MACAYA

Animado aspecto que presentaba el local del «Primo Circolo Mandolinistico Italiano» durante el baile de disfraz y fantasía que celebró los pasados carnavales en obsequio de sus asociados.



De San Fernando. — Carnaval



Palco ocupado por la familia Muffatti, en el animado corso que se celebró en esta localidad.



Las familias Belaunde y Lanza vistiendo lujosos disfraces en su palco del corso.



Teñirse el pelo, no deshonra.

En nuestra época no conviene aparentar ser viejo. El porvenir es para los jóvenes, y sin embargo ¿cuántos jóvenes hay que son canosos?

Es muy fácil devolver al cabello y barba encanecidos su color primitivo. Para eso está el

AGUA SALLES

que desde hace 60 años se vende en Francia y más de cuarto siglo en la República Argentina.

Los tintes que da el AGUA SALLES son naturales, a tal punto que es imposible notar que el cabello ha sido restaurado.

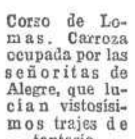
De fácil uso, económica, innocua no ofrece inconvenientes si se emplea de acuerdo con las instrucciones que lleva el frasco.

NO CONTIENE SALES DE PLOMO
NI PARAFENILENEDIAMINA.

Se vende en las Farmacias, Tiendas y Perfumerías.

POR MAYOR: **A. LOURTAU y Cía.**
PARANA, 182. Bs. Aires — En Montevideo: SARANDI, 429

De Lomas de Zamora. — Carnaval



Corso de Lomas. Carroza ocupada por las señoritas de Alegre, que lucían vistosísimos trajes de fantasía.



El palco de las señoritas de García, Lisalt y Puy, que llamaron la atención por el buen gusto y riqueza de sus disfraces.

LOS LIBROS

En el deseo de propender al conocimiento y difusión de la producción intelectual entre nosotros, publicaremos una sucinta biografía y juicio crítico de los libros que lleguen a nuestra redacción.

Las mal calladas, *por Benito Lynch.* — Acerca del sutil problema de si una mujer casada, o en último caso una novia, deben contar a sus respectivos maridos y novio los desmanes amorosos de los hombres con ellas, puede discutirse largo y tendido; pero desde ahora, es decir, desde el punto mismo en que se acaba de leer la novela del señor Lynch, debe reconocerse que no constituye un argumento suficientemente poderoso para apellidar «mal calladas» a la esposa y a la novia que guardan silencio ante aquellos desmanes. Que Eugenia no le cuente a Diego la insolencia de Rioja, y que la esposa de Rioja le calle a éste el exabrupto amoroso de Diego, nos parece perfectamente puesto en razón, por tratarse de dos mujeres de las cuales el autor nos previene oportunamente que son inteligentes y discretas; no lo hubieran sido y se explicaría que hubiesen procedido en otra forma. Por lo demás, Diego, digamos la verdad, nos parece algo majadero, porque si no lo fuese el silencio de su novia no le habría hecho decir y hacer tantas tonterías. Esto en cuanto al asunto de la novela del señor Lynch, que en cuanto a la ejecución, salvo cierto apresuramiento que se advierte en algunas partes, no hace sino confirmar excelentemente su bien ganada celebridad como uno de nuestros más acertados novelistas. Tal vez podría decirse que el asunto es pequeño aun para las 177 páginas de tipo grande que constituyen el volumen que nos ocupa — bendita sobriedad, digna de servir de ejemplo, — pero ello se halla sobradamente compensado con la agilidad e inteligencia con que el señor Lynch conduce los diálogos que llenan buen número de dichas páginas. Por otra parte, y como siempre, los personajes de «Las mal calladas» están dibujados con tanto vigor como sencillez, de manera que desde que aparecen tienen carácter de seres reales y no de falaces imaginaciones sin asiento en la realidad. Y cuando apunta el humorista que hay en el autor, la satisfacción del lector es completa y con todas las apariencias de duradera.

Crítica negativa, *por Nicolás Coronado.* — Es un hecho desgraciadamente cierto — y tanto aquí como en Jaén — que con frecuencia, con desoladora frecuencia, la crítica literaria carece de la independencia necesaria para emitir juicios sinceros sobre las obras de que se ocupa. No faltará algún malévolo que diga que más que independencia a la crítica le falta preparación; es posible que el malévolo tenga también razón (y de hecho la tiene en más de un caso); pero aquello de la falta de independencia es lo más cierto, bien que es necesario advertir que ello no se debe a causas susceptibles de afectar la honorabilidad de la crítica, sino, por el contrario, a causas que dicen mucho en favor de los buenos sentimientos, en especial el de la amistad, de los críticos. Pues bien, el autor de este libro quiere continuar siendo buen amigo de aquellos de sus amigos que escriben; pero al mismo tiempo quiere ser también crítico independiente, sincero, y de ahí que sus artículos tengan cierto carácter peculiar, poco frecuente, ya que de ordinario los críticos que se proclaman independientes suelen no ser sino mal educados, caso que no es el del señor Coronado. El señor Coronado, además, no solamente es independiente — ya se sabe que en toda independencia va implícita una protesta — sino que es también un crítico bien preparado, y con la ventaja de que no se las da de erudito ni de catedrático de sala literaria. Es franco, pero no es cruel. Ni en el grande por ser grande ni en el chico por ser chico se ensaña. Suele decir cosas que seguramente le dolerán al interesado; pero las dice en forma que en ningún caso autorizaría el envío de padrinos. Comprende que escribir, escribir cualquier cosa: novelas, versos, cuentos, dramas, comedias, etc., es muy a menudo una vocación tan irresistible como la que algunos inofensivos horteras tienen en disfrazarse de osos en Carnaval, y, por lo tanto, más fecuentemente sonríe que frunce el ceño cuando le toca decir alguna verdad a algún escritor más o menos embriagado por los aplausos amistosos de la crítica corriente, o por la excesiva valorización propia de sus obras. En la atmósfera tibia y agradable de una pieza bien cerrada, como que el señor Coronado abre de repente ventanas por las cuales penetran corrientes frías que hacen tiritar a algunos. La terapéutica no nos parece mala, por cierto, y de ahí que consideremos que el libro del señor Coronado ha de tener influencia saludable en nuestro mundo literario, que crece, crece, desmesuradamente; pero cuya extensión va no estando ya en relación con su solidez.

---

15 minutos diarios sobre radiotelefonía. — Es posible que quien escribe estas líneas muera sin haber oído jamás una comunicación radiotelefónica; pero no por eso dejamos de comprender y admirar lo maravilloso de ese descubrimiento, que si no contribuye, precisamente, a aumentar la felicidad del hombre puede contribuir, y de hecho contribuye, según se asegura, a aumentar sus entretenimientos, cosa muy importante, sobre todo cuando se piensa que la felicidad es tan difícil de alcanzar. Y como los devotos de la radiotelefonía son cada día más numerosos, este folleto, que contiene los luminosos artículos sobre el asunto publicados en nuestro eminente colega *La Prensa*, ha de ser recibido jubilosamente por aquéllos, pues entre las ya incontables publicaciones sobre el asunto es una de las más claras, precisas y asequibles a todo el que quiera dedicarse a la radiotelefonía.

Proyecto de empréstito de mil millones de pesos, *por Luis Pagola.* — En este folleto se hallarán ideas dignas de atención por los entendidos sobre un asunto que constituye, sin duda, una de las principales preocupaciones actuales de nuestros gobernantes y del país entero.

Código de Comercio. — Singularmente grato nos es anunciar la aparición del volumen IX del Código de Comercio comentado según la doctrina y la jurisprudencia, por el doctor Carlos C. Malagarriga. Este tomo abarca desde el artículo 1379 hasta el 1548, y el éxito obtenido por los anteriores sería garantía de su valor si no lo fuesen mayor aún los conocimientos, laboriosidad y méritos del autor.

Centenario del Poder Judicial de la provincia de Mendoza, *por Cicerón E. Aguirre.* — El doctor Aguirre, Presidente de la Suprema Corte de Justicia de esa provincia, ha querido celebrar el centenario de la instalación de su actual Poder Judicial, con la publicación de este volumen, en el cual, después de un conceptuoso capítulo dedicado a la organización judicial en Cuyo durante la época colonial, hace la historia, bien documentada pero sobria, del desarrollo de aquel Poder desde su instalación en 1822. A pesar de lo circunscrito del campo de su trabajo, el doctor Aguirre ha compuesto un libro que resulta del mayor interés, aun para el lector profano, pues considera, como fácilmente se comprende, uno de los aspectos capitales de la historia de Mendoza, y ocioso es anotar cuan grato resulta ver cómo los estudios de carácter histórico son cultivados en provincia tan importante como aquélla y por un magistrado de la competencia, preparación y ecuanimidad del autor de esta obra.

BIBLIOGRAFÍA

Bajo la Cruz del Sur, nueva colección de canciones de los puertos, de las tierras y de los mares, originales del poeta Héctor Pedro Blomberg. Ed. «Porteña». Buenos Aires.

Hacia Oriente, pequeño libro de poesías originales del médico y poeta doctor José Francisco Capdevila. Ed. Talleres Gráficos Argentinos J. L. Rosso y Cía. Buenos Aires.

Misceláneas, recopilación de algunas prosas cortas originales del poeta Alfredo D. Ferreira. Ed. Imprenta Lópcz. Bs. Aires.

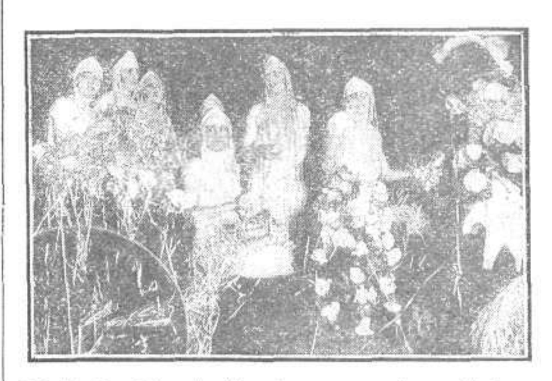
Sociedad de Beneficencia de la Capital. — Memoria correspondiente al Hospital Rivadavia, datos estadísticos y apuntes que corresponden al fenecido ejercicio del año 1922. Ed. Talleres Gráficos del Asilo de Huérfanos. Buenos Aires.

El alma de mi madre. Libro de poesías originales del poeta tucumano Francisco Guzmán Indarte. Tucumán.

De Quilmes. — Carnaval



Señoritas de Barrabino y señoras Galeano y Canete, en el animado corso.



Señoritas Bucchalz y familia en la carroza con la que obtuvieron el primer premio.



Señoritas de Elissalt, Alvarez, Themen y Fraguelli en un palco.



El palco ocupado por las señoritas Rovelli, Cobas, Ghiglizza y Buengles.

El Santuario de una Bella

que se basa en la ciencia y no recurre a ingredientes nocivos.

Por CHARLOTTE ROUVIER

Acerca de shampoos.

Hay un sinnúmero, que pueden ser calificados como buenos, innocuos y malos. Es imposible que una marca de shampoo pueda resultar apropiada para cada diferente especie de cabello. En algunos casos saca demasiado del aceite natural; en otros, insuficiente. Las personas de cabello claro necesitan un shampoo más suave que las de cabello obscuro. Lo *lógico*, pues, es que uno mismo prepare su propio shampoo, graduando su fuerza de acuerdo con las necesidades de su cabello. Como una planta en tierra fértil y bien cuidada, el cabello crecerá abundante y hermoso si se le cuida apropiadamente; pero si se abusase de él, como hacen muchas mujeres que lo lavan con fuertes soluciones alcalinas, se obtendrán los mismos efectos que si se echa un veneno para yuyos sobre una planta delicada. Antes de concluir debo manifestar que mi farmacéutico me recomendó el empleo de stallax sencillo, en lugar de los shampoo en polvo, ya preparados; y debo hacer constar que esta substancia resulta ideal para el fin indicado. Hace que el cabello se vuelva suave y ondulado.



Renovando, en su propia casa, el cutis de la cara.

En la actualidad cualquier mujer puede, en su propia casa, obtener el rejuvenecimiento de su cara, por medio de un infalible procedimiento de absorción sin dolor. La época de las costosas y peligrosas operaciones ha terminado, y cada mujer puede ser su propia especialista en materia de «belleza». Se ha descubierto que la cera mercolizada (en inglés: «pure mercolized wax»), aplicada todas las noches como si fuera cold-cream, hace que el velo mortecino de la cutícula vieja y descolorida de la epidermis se desprenda paulatinamente en pequeñas partículas invisibles, revelando el fresco, vigoroso y hermoso cutis que se halla debajo. Este procedimiento se substrae a la observación ajena, y procura la aparición de un bello cutis que perdura y que, ocioso es decirlo, resulta ser natural. Es con este propósito que millares de mujeres emplean la cera mercolizada, que puede obtenerse en cualquier farmacia, sin necesidad de recurrir a ninguna de las infinitas cremas de toilette.

Supresión del bozo en la mujer.

Para las damas que ven su belleza desfigurada por este molesto crecimiento de vello constituirá una gran noticia saber cómo se extirpa de un modo permanente ese vello. Para este propósito debe usarse el porlac puro pulverizado, de cuya substancia casi todos los boticarios pueden venderle a usted una onza. El tratamiento se recomienda no sólo para la desaparición instantánea del vello que os desfigure, sino para matar por completo las raíces, sin que por esto sufra la belleza de vuestra piel.

Mejillas rosadas.

Para que sus mejillas aparezcan naturalmente sonrosadas no use nunca rouge, carmín, ni otras pinturas, sino exclusivamente rubinol en polvo, que puede obtener en cualquier farmacia o perfumería. El rubinol no tiene efecto nocivo alguno sobre el cutis; da a las mejillas un tinte rosado tal, que nadie puede apercibirse que no es natural. Las mujeres de mejillas descoloridas notarán la enorme y beneficiosa diferencia que produce en sus rostros un poco de rubinol. Tanto en pleno sol como bajo la luz artificial, el rosado que produce el rubinol es de efectos encantadores.

Utiles consejos para el verano.

Durante los días del estío muchas damas se sienten intensamente fastidiadas por su excesiva transpiración y por el olor desagradable producido por aquélla. Será para ellas una buena nueva el saber que actualmente esas molestias pueden ser eliminadas instantáneamente y neutralizadas con el empleo de un poco de borite en polvo. Este agradable polvo blanco es un inofensivo y eficaz desodorante que parece ejercer sobre los poros del cutis una acción vigorizadora al mismo tiempo que enérgicamente antiséptica. Un poco de borite puede ser fácilmente conseguido en casi todas las farmacias.

EL PARIENTE DE PACHECO

Aquellos amigos míos me hablaban siempre de Galarza. «¿Tú no conoces a Galarza?» No, yo no le había visto nunca y, a veces, estaba dispuesto a creer que Galarza era un ente irreal, fantástico, símbolo de perfección, azote de mediocres malos, ser colocado al margen de lo humano, al borde de lo divino.

Yo deseaba conocer a Galarza, ver el rostro de ese hombre que lapidaba con una frase la obra artística, literaria o científica de tal o cual generación; escuchar su voz anatematizante, sentir en mis humildes manos el roce de sus dedos, acoger en mi corazón sus sonrisas tocadas de superioridad, anidar en la estrecha caja de mi cerebro parte de la suma de conocimientos por él lograda, experimentar a su lado el goce que los espíritus humildes experimentan cuando se colocan a la vera de Dios Padre, allá en el País Celeste. Y comuniqué tan grande deseo a mis amigos.

— Mañana, a las tres de la tarde, en el café «Términus» — me dijeron.

Yo siempre he sentido una profunda simpatía por los filósofos de café. Un filósofo de café, frente a su taza, con el sombrero echado hacia la nuca y arrojando sin cesar bocanadas de humo, es un ser admirable. Crea y destruye sistemas, consagra y humilla personalidades y transforma esta maquinaria que los hombres han dado en llamar mundo con la misma facilidad que una bordadora cubre, atraviesa y anuda hilos en un trozo de cañamazo. Lástima grande que todo lo creado y todo lo glorificado por un filósofo de café no tenga la consistencia ni la duración de la sutil red de hilos bordada en el cañamazo sencillo y rústico.

Mis amigos Joaquín Landa y Lorenzo Maers, filósofos de café, y yo conversábamos, o, por decir mejor, mis amigos conversaban y yo seguía atento el desenvolvimiento de sus ideas; los tres acodados sobre el mármol de la mesa y las cabezas apoyadas sobre las manos. De pronto Joaquín, con el rostro resplandeciente y la mirada centelleante, exclamó:

— ¡Ahí viene Galarza!

En ese momento el latir de mi corazón aceléróse arrítmicamente.

Fuí presentado a El (en aquel entonces El, el El de Galarza, llevaba mayúscula inicial) y me obsequió con la más gentil de sus sonrisas. ¡Qué sonrisa aquélla! Sentóse a mi lado; el roce de sus rodillas en mis piernas prodújome una sensación de embriaguez semejante a la que se experimenta en el camarín de una cantante en el día de su beneficio. Pidió café. En silencio, con la mirada baja, como si abismase en un pozo negro la luz de sus pensamientos, comenzó a revolver el aromático Moka (aquel brebaje no era Moka, pero, en literatura...), lentamente, pausadamente... ¡Con qué elegancia tomaba la cucharilla! El pulgar y el índice parecían oprimir el cortado tallo de una rosa y el dedo pequeño, curvado graciosamente, era un interrogante suspendido ante mis asombrados ojos. No perdí uno solo de sus movimientos; mis pupilas bajaban y subían del mármol de la mesa a su rostro y de su rostro al mármol de la mesa; a veces seguían una horizontal, de la taza de café al nudo de la corbata, una corbata verde esmeralda, turbadora, inquietante. Un común silencio nos envolvía. ¡Qué enorme placer para mí el saber que nos acariciaba el mismo silencio! De pronto Lorenzo, el filósofo amigo que siempre iniciaba las conversaciones, citó el nombre de X; X acababa de publicar una novela; la novela de X era buena; X era un gran novelista, a pesar de haber obtenido un premio municipal y otro nacional; varias obras de X habían sido traducidas al francés y al italiano; X, en fin, era una personalidad consagrada.

Mientras mis amigos discutían yo miraba a Galarza, que sonreía diabólicamente como si hubiese atrapado en un rincón de su cerebro a la fiera, digo mal, a la frase que habría de espetar más tarde.

— ¿Y a usted qué le parece X? — tronó Joaquín, furioso.

Galarza clavó en el techo los ojos, hizo sonar la cucharilla en el borde de la taza, describió con el brazo derecho un amplio semicírculo y, solemne, grandiosa, definitivamente, exclamó:

— ¡Pss!... Así, así... En fin...

Sus palabras produjeron el efecto de un rayo de sol después de la tormenta.

X desapareció de nuestra mesa y mis amigos me miraron como preguntando: «¿Qué tal? ¿Qué tal?» La verdad yo estaba asombrado, no por su opinión, que me pareció vaga, sino por saberle poseedor de un privilegio que yo no alcanzaré jamás: hacer callar a dos discutidores incorregibles.



El agente. — Usted no ve por donde camina. ¿Es usted ciego o tonto?
— Hable más alto, señora. Estoy completamente sordo.

Por EUGENIO JULIO IGLESIAS

Fué en el Colón.

Al terminar el andante de la «Quinta» vibró una atronadora salva de aplausos. Aquello era un delirio. Mis dos amigos exclamaban: «¡Soberbio! ¡Magnífico! ¡Estupendo! ¡Colosal!» Yo, en vista de que no me habían dejado un solo adjetivo disponible, permanecí silencioso.

Frente a nosotros, en el ala izquierda del paraíso, destacábase gallarda, olímpica, la figura de Galarza. Pregunté a mis amigos:

— ¿Qué opinará Galarza?

— ¡Ah! Galarza — respondió Lorenzo — es un formidable «dilettante»; sus opiniones son originalísimas; durante el intervalo conversaremos con él.

El intervalo llegó. Nos acercamos a Galarza. Junto a él dos jóvenes discutían las personalidades de A y B, los dos grandes directores de orquesta: el uno elogiaba la sobriedad del primero, el otro la matemática seguridad del segundo. Galarza, con el índice aplicado sobre el labio, nos obligó a guardar silencio; después, al ser interrogado por mis amigos, alzó los ojos, sonrió, describió un amplio semicírculo con el brazo derecho y, solemne, grandiosa, definitivamente, respondió:

— ¡Uff!... Se sabe... ¡Para qué hablar!

Mis amigos me miraron, como preguntándome:

«¿Qué tal? ¿Qué tal?» Yo moví lentamente la cabeza anonadado.

Inaugurábase el XI Salón Anual de Pintura, Escultura y Arquitectura. Joaquín, Lorenzo y yo recorríamos las salas en procura de una obra bella. Detuvímonos, por fin, ante un cuadro, acaso el mejor de los expuestos. Como de costumbre, nuestros pareceres fueron encontrados. Inicióse la discusión; llamamos la atención de los visitantes; algunos jóvenes agrupáronse en torno nuestro.

— ¡El colorido es falso!

— ¡Carece de perspectiva!

— ¡Es un buen cuadro; los primeros planos!...

Apareció Galarza. Exigimos su valiosa opinión, pues Galarza, según manifestaciones de mis amigos, era un profundo conocedor de valores pictóricos.

Galarza colocóse frente a la tela; la miró de cerca, de lejos, semicerrando los párpados, guiñando los ojos, colocando las manos a guisa de pantalla sobre las cejas; y luego, describiendo un amplio semicírculo con el brazo derecho, ese gesto tan suyo, exclamó, solemne, grandiosa, definitivamente:

— ¡Pss!... Sí... En fin... Un cuadro...

Mis amigos me miraron, como preguntándome: «¿Qué tal? ¿Qué tal?»

Yo moví lentamente la cabeza, anonadado. (Perdone el lector que repita este estribillo; no lo puedo evitar; en compañía de Galarza mi vida era una canción con estribillo).

Pasaron varios meses. Galarza no aparecía por el café. No veíamos a Galarza en ninguna parte. ¿En dónde se escondía Galarza? Mis amigos lo ignoraban y yo también. Un día supimos la causa de su deserción: Galarza se había marchado a Europa como representante de una fábrica de ponchos y colchas calchaquíes, propiedad de un tío suyo.

— Su viaje — opinó Joaquín — será un peregrinaje artístico; sabremos la verdad de las cosas.

Y se habló del ausente durante largo rato, de ese Galarza que no es escritor, ni músico, ni pintor, ni escultor, pero que es un formidable conocedor de las bellas artes; de ese Galarza inquieto, demoledor, creador...

— Y es un muchacho de buena familia — dijo Lorenzo; — pariente de los González, de los Chaves, de los Anielli, de las familias más ricas de Buenos Aires.

Una idea diabólica me hizo sonreir.

— Un pariente de él ha sido un hombre famosísimo — dije entonces.

Joaquín y Lorenzo, picados de curiosidad, me preguntaron a la vez:

— ¿Quién?

— Pacheco — respondí — bajando los ojos.

— ¿Cuál? ¿El general?

— No; aquel que fué honra y prez de Portugal y del cual nos habló Eça de Queirós en el «Epistolario de Fradique Méndez».

Desde ese día mis amigos no han vuelto a saludarme más.



— **Mamá, ¿puedo darle un pedazo de mi pastel al perro?**
— **Sí, hijo mío.**
— **Bueno, ¡pero no tengo pastel!**

Notas varias



Señorita Amalia Villa de la Tapia, primera aviadora diplomada en Sud América.—Lima.



Señor Luis Perlotti, autor del notable monumento levantado en Quilmes a Juan W. Fiorito.





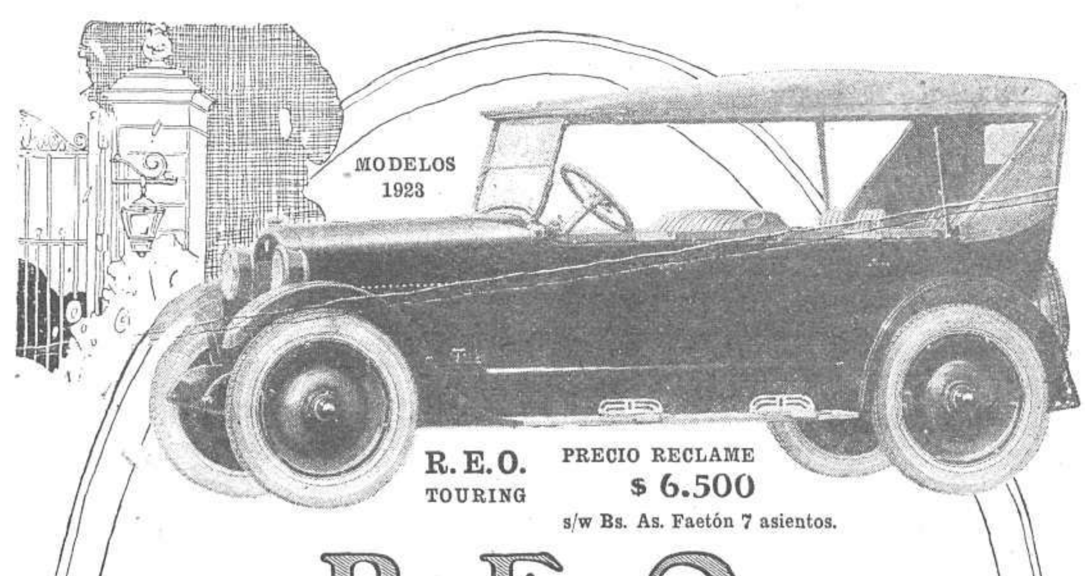
Señor Aquiles Acerbi, ganador de la medalla "Caras y Caretas", en el tiro de revólver. — Santa Fe.



Señor Martinez Duarte. Nombrado Inspector Nacional de Escuelas de la 9.ª sección. — Misiones.

UNA CUCHILLA TRISTEMENTE FAMOSA

El museo Carnavaret, en París, inaugurará próximamente sus nuevos locales, donde quedarán alojadas nuevas colecciones de objetos históricos. Entre éstos, escribe «Le Temps», son particularmente interesantes los que se refieren a Luis XVI y a María Antonieta. Allí figura nada menos que la hoja de la guillotina donde perdieron la cabeza estos soberanos. La historia de esa hoja de acero es un tanto curiosa: después de la ejecución de los monarcas (según dijo el verdugo Sansón en sus memorias) a la guillotina le fué cambiada la hoja, y la triste máquina fué enviada a la Guayana, donde continuó trabajando... a favor de los forzados. La hoja doblemente regicida fué retenida por Sansón junto con otros «objetos de su arte», según la expresión de las crónicas de entonces, y, a la muerte del verdugo, cedida al sucesor de éste, un tal Heinderich, que la conservó toda su vida hasta 1872. Su sucesor fué Roch, que murió en 1880, y cedió el puesto a Deibler. Fué la viuda de Roch quien heredó la hoja histórica, la cual no es más que un pesado triángulo de acero de la misma forma geométrica que la actual, pero mucho más maciza. El óxido la ha roído ya en muchas partes, pero no por eso deja de reflejarse en ella el drama angustioso de dos existencias inconscientemente culpables, a las que puso fin la horrenda cuchilla.



R. E. O.

EL AUTOMOVIL DE VERDADERO MERITO

Con un confort bien estudiado en la práctica, desechando extravagancias inútiles, el R. E. O. representa definitivamente la más alta concepción automovilística para 1923.

Su organización de 19 años dirigida siempre por los mismos hombres, ha formado su fama sólidamente establecida.

Todos los automóviles de 6 cilindros R. E. O. van montados sobre el famoso doble chassis R. E O. y se admite hoy que esta adaptación es uno de los más grandes triunfos de la fabricación de automóviles, segurando un servicio ilimitado

Los compradores argentinos aprovechan en estos momentos de todas estas ventajas, a un precio excepcionalmente conveniente, puesto que sus introductores han fijado precio de reclame con el fin de hacer conocer esta marca.

EL CAMION LIGERO para 1.500 kilos

(SPEED-WAGON)

Hace siete años que la R. E. O. Motor Car Co., ideó el presente chassis (Speed Wagon) montado sobre neumáticos, creando el mejor vehículo comercial para transportes ligeros hasta 1.500 kilos.

Desde entonces hay 75.000 en uso y cerca de un millar han recorrido de 80.000 a 650.000 kilómetros, hallándose todavía en buen estado de conservación.

Para el servicio de transporte de carga y pasajeros el chassis ligero R. E. O. reune condiciones excepcionales de robustez, solidez, velocidad y economía.

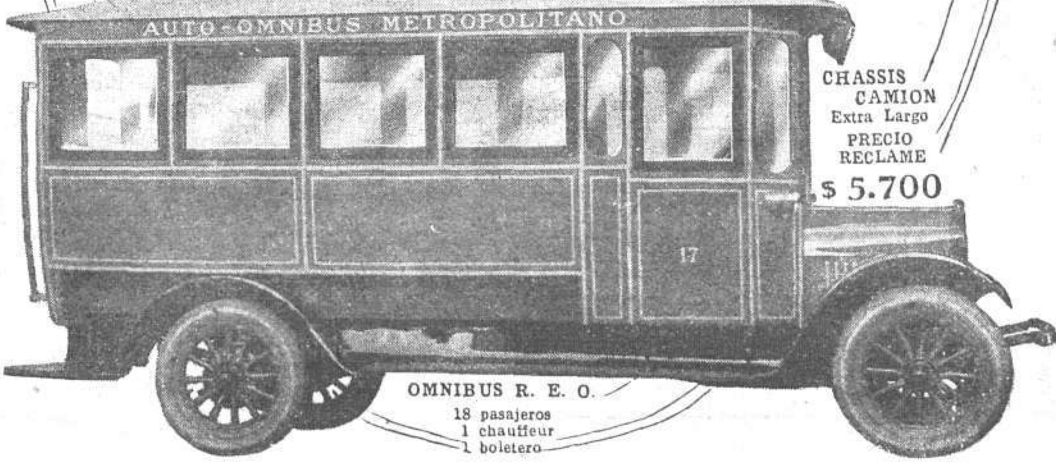
Presentamos hoy el cliché de los Omnibus R. E. O. adoptados, previas pruebas, por la Cía. Metropolitana que hace el servicio entre Estación Constitución y Estación Retiro; su capacidad es de 18 pasajeros más el conductor y el boletero.

Si Vd. se interesa, pídanos informes mayores.

STOCK DE REPUESTOS A PRECIO DE FABRICA
NECESITAMOS AGENTES DE RESPONSABILIDAD

DARTIGUELONGUE & TOULOUSE

SOLICITEN CATALOGO — ESMERALDA, 142



Ecos del Carnaval



La Rondalla Valenciana en el hall de nuestra casa, donde ejecutó selectos números de música regional con perfección comparable tan sólo a la belleza y propiedad de la indumentaria que lucía.

SE NECESITAN HOMBRES QUE TENGAN EL PELO ROJO Y LAS OREJAS GRANDES

Esto parece una broma — dice el periódico "Excelsior", — y sin embargo no lo es. Es un aviso de la oficina americana de reclutamiento naval, la cual necesita 150 alumnos para la escuela militar de telegrafía inalámbrica. Parece que los hombres de pelo rojo son espíritus más atentos que los hombres de pelo rubio o de pelo obscuro, así como que los grandes pabellones auriculares permiten escuchar mejor los sonidos del aparato ratiotelegráfico. Hasta ahora el poseedor de grandes orejas pasaba por ser un asno y era objeto de burlas picantes. Pero desde hoy un padre amoroso se debe sentir muy satisfecho si descubre en su hijo esa característica, puesto que una nueva carrera se abre para éste. Y esa carrera cada día tiene más amplias perspectivas, porque cada día aumenta la difusión de la telegrafía sin hilos como medio de comunicación. Ya no se usa solamente para trasmisiones urgentísimas, sino que entra en la vida privada. En los Estados Unidos una prometida ha transmitido por telegrafía sin hilos un tierno mensaje a su futuro, mensaje que debe haber perdido algo de su íntima poesía si se piensa que las ondas complacientes lo transmitieron imparcialmente a todos los aparatos de los alrededores.

PARFUMERIE

L· T· PIVER

PARIS



POMPEIA

Nuestras cajas contienen **110 GRAMOS NETO** de Polvo



FLORAMYE

JABON REINITA

De Perfume agradable y persistente



Indispensable para el tocador y el baño

(EXÍJALO EN TODAS LAS BUENAS CASAS.)

Primeros premios en anuncios



En las boticas hay unos anuncios que son como cuadros de la pintura encáustica, fijados en el lienzo o en la pared con ingredientes formidables, con substancias ardientes de los tarros de medicina en vez de los de pintura.

A la par que visito los museos sigo con atención admirativa estos cuadros desapercibidos en las boticas y que tienen una gran importancia inimitable.

Estos cuadros de las boticas tienen una gracia moribunda, de cuadros desenterrados, de cuadros a medio restaurar, —el lado derecho sí, el izquierdo no.

Son muy serios estos cuadros o estos relieves para entrar a quererlos comprar. Nos miraría el boticario irritadísimo, creyendo que nos queríamos burlar de la ciencia. Esos cuadros son los que hacen el reclamo de su específico principal y toda su fortuna se la achacan a ellos.



Estos carteles de farmacia a veces son un acierto tan extraordinario, que sólo con ver el anuncio los muchos catetos que abundan en la vida entran a hacer un pedido de lo que anuncian.

¿Se deben hacer concursos de carteles o el secreto es encontrar uno de estos cartelistas maravillosos que no se sabe en qué desván habitan ni qué horas tienen de recibir?

Son cuadros únicos los de esos pintores que sólo pintaron por una sola vez, pintores que tienen por modelos las mujeres y los hombres de las pesadillas y que pintan en el taller de los sueños revueltos y absurdos.

No importaría que el específico o lo que se anunciase con esos cuadros fuese bueno si el cuadro anuncio tiene la calidad suprema que es necesaria. Esa humanidad un poco misteriosa que es la que engorda las estadísticas pasa buscando cuadros que la convenzan como esos debidos a los pinceles sucios pero reveladores de los pintores que no se sabe quienes son, que ni el día del juicio se sabrá quienes son.



Tiene más valor que un Greco o un Goya uno de esos cuadros anónimos pero que dan el miedo de la entermedad o el encanto del tinte.

Son como retratos de parientes del hombre o de la mujer fea y obscura que posa. Tienen la convicción de la familia.

Estas gentes patizambas, escuerzas, horribles que pasan se ven a sí mismas el día de la recepción o de la gran fiesta. Aun pueden mejorar.

Yo fundaría el museo de los anuncios obsesionantes y entrañables. Nada de anuncios banales a *tintas planas*, nada de tricromías estrictas, nada de carteles que hayan entrado en concursos.

Casi no se encuentran esos anuncios pintados con los colores fabricados con manteca de persona. Yo, que suelo comprar los que veo, tengo un muestrario escaso. ¡Ah, pero tengo en mi estudio uno que sirvió para anunciar la liga cuando acabó de perfeccionarse en el mundo, cuando fué liga de broches en vez de ser la liga cuyo apretado círculo resultaba escurridizo y molesto!

En ese cartel que anuncia «La Jarretiera», que fué como quiso ser nombrada en castellano la liga y algún mal hablado clásico se opuso e hizo imperar ese absurdo de «la liga», se ve al Progreso encarnado en una mujer de túnica iluminando un salón en uno de cuyos lados están los que muestran los atadijos de la liga antigua y en el otro los de la moderna, los de la que acababa de implantarse, fija, tranquilizadora, permitiendo tener pensamientos más elevados al no tenerse que ocupar ya de la estabilidad del calcetín o la media... ¡Qué encantadoras damas del año 98 y qué niñas y qué caballeros con frac y pantalón corto, mostrando sus ligas, sus *jarretieras!*

RAMÓN GOMEZ DE LA SERNA

ILUSTRACIONES DEL ESCRITOR




La fascinante belleza que irradia un rostro nunca será completa si no la adorna una exuberante cabellera.
La cabellera es lo que podríamos llamar "la piedra de toque" de la hermosura. Por eso, toda persona que desea otorgar a su fisonomía una impresión de lozanía y juventud, cuida y hermosea su cabello con el
ESPECIFICO BOLIVIANO
Benguria
Este Específico, preparado a base de vegetales de la flora boliviana, destruye la caspa, fortalece la raíz capilar, haciendo nacer pelo nuevo en abundancia desde las primeras aplicaciones, y cura radicalmente la calvicie.
Une a su acción benefactora la de devolver a las canas su calor natural sin necesidad de usar tinturas.
UNICO LUGAR para la venta del Específico en esta ciudad, atendido personalmente por su propietario
Dr. Rafael Benguria B.
Avenida de Mayo, 1239 — Buenos Aires
Unión Telefónica 5753, Rivadavia.
SUCURSALES:
En Córdoba: Casa Angel Torres & Cía.
En La Plata: Jockey Club, Av. 7 esq. 51, y tienda "San Ponciano", calle 5 esq. 50.
En Santiago de Chile: Moneda esq. Estado.
En Montevideo (R. O.): Sarandí, 429.
ATIENDO PEDIDOS Y CONSULTAS DE PROVINCIAS POR CORRESPONDENCIA.
BENGURIA

De Avellaneda. — Carnaval



Aspecto que presentaba el estádium del Racing Club lleno de infantiles mascaritas que acudieron al concurso.



Lucía Fresero, primer premio; Haydée Armani, 2.º; Carlos M. García, 3.º; Angela D. Pusterla, 4.º, en trajes de fantasía.



Armando A. Cabrera, primer premio; Petra Juárez, 2.º; Roberto Massalín, 3.º; Ignacia Draghi, 4.º, disfraces característicos.



El jurado: señoritas Ventura J. Iranzo, Arminda Battistelli, Antonia Orfila y Luisa Ponticorvo; señora Elena S. de Sivori, señoritas Beatriz Esteves y Luisa Officialdeguy y señores Miguel Apalategui, Pedro Giacosa y Herminio Sande.



De Bernal.—Carnaval



Palco "La Primavera", formado por las señoritas de Caffarena, Debat, Gómez, Sánchez, Dagraña, Olmos y Pedemante.

Los "Contrabandistas de Sierra Morena", por las señoritas de Núñez, Sandes y Francés.

Palco "Damero", presentado por las señoritas de Casarevo, Cueto, Santo y Gambetta.

Nuestros pequeños visitantes



Aida y María Esther Sarsavilia, de bailarinas.



María A. y Roberto Nouche, de aldeana y pescador.



Roberto y María Esther Boropire, de turcos.



Olga y Elsa Galuzzi, de pierrot y manola.



Ofelia y Emma Ceratti, de época.



Elsa y Elvira Villar, de Aladino y mascota.



Antonio Escudero y M. Angélica Gay, de época.



Angélica y Esther González, de turco y bailarina.



Pedro y Josefa Gorriz, de baturro y red.



Cora Acuña y Lela Cuno, de portugueses.



Norma y Aída Biondi, de mariposas.



Héctor y Eugenio Salgado, de príncipe hindú y bufón.



Alberto y Sara Sánchez, de paje y gitana.



Zulema y María Las Heras, de pierrots.



Gaudencia y Gregorio Herrero, de aldeana y pierrot.



Dora Santoyani y Oscar Fazzalari, de dama antigua y Luis XV.

Nuestros pequeños visitantes



María y Nieves Dimitriades, de holandesa y alsaciana.

Tomás y Maravilla García, de coronel español y maja.

Delia y Zulema Noble, de egipcia y sultana.

Emma y Roberto López, de billiken y pelotari.



Roberto Di Lorenzo y Carmen Ocaña, de baturro y maja.

Elisa y Ernestina Sipio, de matrona antigua y pierrot.



Celia y Benjamín Bastero, de colombina y pierrot.



Eduardo y José López, de pierrots.



Lidia y Coca Furnia, de italiana y bailarina.



M. Enrique Rivera e I. Antonio Tedesco, de príncipe y billiken.



Teodolina del Deo y Gregorio de Cach, de bailarina y jockey.



María E. y J. Alberto Ons, de chula y gran señor.



H. Luis y Aidée Graciano, de rosa y confitero.



Sara y Federico Alberti, de india y de príncipe hindú.



Dora y Esperanza Sousa, de búlgaras.



Aida y Perlita, de Pompadour y pierrot.

Nuestros pequeños visitantes



Selmira Pino y Pilar Carbuneli, de pierrots.

Oscar y Melchor Colleti, de "dandys".

Eddy y Robert Kepirie, de época.

Leonor e Irma Viscarra, de zingara y bailarina.



Rosa Quiafe y Leonardo Vizcaya, de fantasía y pierrot.



Margarita y Jorge Loiti, de holandesa y locura.



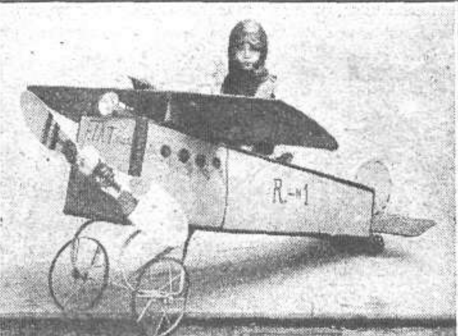
Inés y Carlos Ferrari, de pescadores.



María A. y Ana Rey, de rosa y mirasol.



Jacinta y Florinda Rodríguez y Alberto Rivara, de ítalo-andaluza, de cateta y de payaso.



Margarita Ragusa, de aviadora.



María L. Escheneribarc, Antonia y Nélida Andrade, de marquesa Luis XV, florista y dama antigua.



Irlanda Catullo y Héctor Teradi, de maja y pierrot.



María Brovo, Domingo y José Moblici, de pierrot, holandesa y apache.



Leonor y Enrique Tamburelli, de modista de sombreros y pescador.



Carmen Expósito e Inés Balbi, de holandesas.

Nuestros pequeños visitantes



María L. Passo, Luis Manduca y Santiago Linsom, de mirasol y pierrots.

Alberto, Delia, Margarita y Dora Borzoni, de jockey, holandesa, aldeana y Rolando.

Rafael, Olga y Aída Ramis, de fantasía.



Aída y Elvira Anolese y Esther Testa, de locura, hada y aldeana.

Alfonso, Francisco y Encarnación La Fuente, de cocoliches y gitana.

Rosa, Roberto y Carola Benedetto, de Nerón, Mefistófeles y portuguesa.



Inés, Julio y Bruno Mariani de pierrot y pelotaris.

Aída y María Perelli y M. Angélica Zengotti, de bretonas.

Emilia, Elena y Angélica, de noche, billiken y bailarina.

Encarnación y Mercedes Cantela, Vicenta Hidalgo y Celia Fernández, de portuguesa, pierrot, manola y jockey.



Florinda Guruchaga, de odalisca.

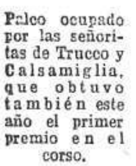
Osvaldo, Juan Bautista, Alberto y Esther Ambrosini, de fantasía.

Nelly y Elvira Palermo y Teresita Serra, con trajes típicos.

Leonor e Isabel Mañas, de rosas.


CARNAVAL 1923
CARNAVAL 1923
Primer Premio
E. Rios Flor,
Cisne.
Primer Premio
Niños de Guglielmetti,
Sacerdotes Babilónicos.
Segundo Premio
E. y E. Mazzino,
Ba-Ta-Clan.
Segundo Premio
Amalia Sellanes,
Araña.
GRAN CONCURSO INFANTIL DE DISFRACES
El Jurado especial designado al efecto ha resuelto acordar los premios a los niños cuyas fotografías se publican en esta página.
Tercer Premio
Marta E. Pardo Noé,
Clavel.
Tercer Premio
Héctor Mazante,
Marqués Luis XV
Accésit
C. J. Navarro Espinosa,
Chino.
Accésit
Eduardo Finochietti,
Rey de Corazón.
Accésit
María L. Picciafuoco,
Egipcia.
Accésit
Alfonso y Sara López,
Romeo y Julieta.
Accésit
Nelly Riolfi,
Perlas Luminosas.
Accésit
Nely Lorda,
Bailarina Egipcia.
Accésit
Enrique M. Spinelli,
Dante.
Accésit
María L. Mones Ruiz,
Canastita Luis XV.
NO TENEMOS SUCURSAL
Accésit
L. y C. A. Sardi,
Marquesa y Marqués.
Accésit
Haydee Giannoni,
Mefistófeles.
Bixio & Castiglioni
C. Pellegrini 760
Entre Córdoba y Viamonte

De Ramos Mejía. — Carnaval


Palco ocupado por las señoritas de Trucco y Calsamiglia, que obtuvo también este año el primer premio en el corso.

Carroza adornada, perteneciente a la familia Frasinetti, que obtuvo premio entre sus similares.



CONCERTOLA
EL VERDADERO INSTRUMENTO MUSICAL,
EL FONOGRAFO PERFECTO QUE SATISFACE
EL GUSTO ARTISTICO
DE TODO EL MUNDO.
Modelos desde $ 45
PIDAN CATALOGO N.º 21
N.º 8
N.º 5
N.º 9
Gran CATALOGO de Concertolas, Grafófonos y Discos remitimos enviándonos veinte centavos en estampillas.
Nuestras grandes
OFERTAS
N.º 4 — Espléndida CONCERTOLA, rico gabinete en roble o terminación caoba con tapa, formato igual a la Concertola N.º 5 pero sin el guarda discos. Motor de dos cuerdas reforzadas. Con 6 piezas, 200 púas y embalaje gratis, $ 125
N.º 4 bis — Características iguales al número 4, pero con gran motor P. F. R. modelo 1923. Con 6 piezas, 200 púas y embalaje gratis, $ 150
N.º 8 — Magnífica CONCERTOLA, mueble terminación caoba, alto metros 1.04. Motor de dos cuerdas reforzadas, Con 6 piezas y 200 púas........... $ 175
N.º 5 — Regia CONCERTOLA, lujoso mueble en roble o terminación caoba, alto metros 1.10, gran motor de dos cuerdas. Con doce piezas, 600 púas y embalaje gratis................................... $ 250
N.º 9 — CONCERTOLA de GRAN LUX, mueble en roble oro, alto metros 1.16, gran motor de dos cuerdas. Con 6 piezas, 200 púas y embalaje gratis... $ 350
ACORDAMOS
CREDITOS
para conseguir estos maravillosos aparatos.
CASA AMERICA
STAHLBERG & RIGOTTI
AVENIDA DE MAYO, 979
BUENOS AIRES
NO TENEMOS SUCURSALES — NO CERRAMOS LOS SABADOS

«La Góndola» (Una noche en Venecia en el año 1700). Palco que obtuvo el gran premio de honor por el lujo y propiedad con que fué presentado en nuestro corso.

Señora Ortolani, señorita Ceci Marchesini y Yackin, con los típicos trajes que lucieron en "La Góndola".



«De aquí no puedo darle noticias de verdadero interés, Dama Duende, porque no se oye nada, ni compromisos ni *flirts*, ni siquiera peleas... *Veremos más adelante*... Además, a ratos se siente aquí una curiosa impresión: la de no estar en nuestra tierra, porque en determinados sitios la avalancha de gente nueva envuelve o destierra a las que nos considerábamos antes *dueñas de casa* en nuestro Mar del Plata, y entonces se puede hacer una la ilusión de estar veraneando en Ostende o en San Sebastián; para todo hay compensación en esta vida...»

El único comentario que falta a la incógnita corresponsal que tales datos me envía es el asegurar que en Ostende o San Sebastián se encuentren en mayor número las argentinas realmente *chic* que en nuestra brillante «Feria de Vanidades».

Y por más que una interesante personita asegure en su simpática carta, escrita con rasgos firmes y enérgicos, que *no se oye nada, ni compromisos, ni flirts, ni siquiera peleas*, los cronistas sociales viven días de perpetua agitación para poder informar a todos los ámbitos del país que tal o cual circulillo muy cerrado y ultra chic, naturalmente, se reunió para almorzar o para comer... Asegura el comentario que es tal el afán de informar ampliamente sobre el movimiento mundano, y tan empeñosa la competencia de ciertos grandes diarios, que una de esas importantes empresas ha organizado un servicio extraordinario de noticias telefónicas y telegráficas, con numeroso personal y un magnífico auto, que debe llenar las funciones de aquella alfombrita mágica de las «Mil y una noches», que tenía el poder de hacer viajar a su dueño por todas las comarcas de la tierra... Confieso que más de una vez me vendría muy bien el poder disponer de la consabida alfombrita o del auto maravilloso; sería un equipaje más adecuado para esta Dama Duende que el desvencijado *taxi* que no deja de tener su analogía con el vetusto coche del hada Carabosse...

En cambio, mientras los cronistas nuestros se desviven por reflejar las facetas más brillantes de la vida del Biarritz argentino, muy cerca de nosotras, lectoras amigas, parece que los periodistas de un país amigo hacen muchos comentarios sobre la actuación de las destacadas figuras de nuestra aristocracia que reciben actualmente su hospitalidad... ¿Será que la excesiva liberalidad — por no decir falta de recato — de algunos círculos mundanos, en los que imponen la moda elementos de una y otra sociedad, ha provocado una merecida protesta, o porque la malignidad de nuestros colegas es excesiva? *¡Chi lo sa!* Hasta ahora se insinúa que hay en realidad tema muy sabroso, pero las cartas recibidas tratan muy veladamente tan delicado punto... ¡Y no deseo tampoco ampliar la crónica extravagante! Sobre mi mesa de trabajo se acumulan cartas y periódicos porque la constante colaboración de incógnitas amigas llega a dotarme a mí también del don de ubicuidad... Así es como ha llegado hasta mí la interesante historia de un idilio revelado en uno de los viajes del Cap Polonio, idilio que ha tenido sus capítulos a la manera de Henri Ardel, cuando en alguna interesante excursión la heroína corre serio peligro, y *él* está siempre a tiempo para sostenerla con firme brazo... Aquí no ha sucedido precisamente lo mismo, pero habría tema para un bonito y emocionante capítulo del atrayente autor...

Ella es una deliciosa figura juvenil; muy esbelta, muy bonita, con una instrucción superior; lleva el mismo nombre de una dulce heroína de Wágner, tan rubia como linda, pero que en vez de usar el verbo sonoro del poema germánico prefiere expresarse en inglés, idioma que posee a las mil maravillas... Su apellido, muy breve y de origen extranjero, representa una importante firma comercial. En su jira la acompañaba su hermana, de la que es inseparable... El candidato, cuya familia tiene grandes prestigios dentro de la colectividad alemana, representa también una importante firma de esta plaza y acompaña su nombre — el mismo que llevara un desventurado emperador que terminó recientemente su vida en el destierro — con la breve partícula que revela un origen nobiliario.

Cuenta la interesante carta recibida que, en uno de los puntos en que descendiera un numeroso grupo de turistas, hubo un accidente que interrumpió el paseo: se volcó la vagoneta que transportaba parte de la alegre caravana... El simpático protagonista no pudo prestarle *a ella* su firme apoyo porque fué la primera víctima; se había roto el brazo...

La gentil figura femenina, que entre los conocimientos que atesora posee diploma de enfermera, se hizo cargo inmediatamente de la asistencia del interesante enfermo, que vivió algunas horas de verdadero arrobamiento mientras le volvían a bordo.

Puede asegurarse, añade la mencionada carta, que no hubo nunca fractura más oportuna; el enfermo reclamaba que se le renovara el vendaje cada hora..

Y aquí, en la ciudad del ruido como en la luminosa playa del sur, se espera el inevitable epílogo de tan romántica aventura...

Entre las crónicas de los pueblitos de la costa hallo muchas y muy diversas referencias de los bailes de carnaval: que los del Tigre han decaído mucho... Menos concurrencia que otros años, poco chic, pocas bromas ingeniosas; algunas frágiles siluetas juveniles dieron rienda suelta a la maledicencia, con el pretexto de intrigar, atacando sin ton ni son a muy prestigiosas personalidades femeninas; malignidad o... ¿emulación?

La dama duende.

Mar del Plata, febrero de 1923.

EL CASTIGO

En la extrema blancura de su frente,
Que lleva despejada en desafío,
Yo pude perpetuar humildemente
La dulce ofensa de mi desvarío.

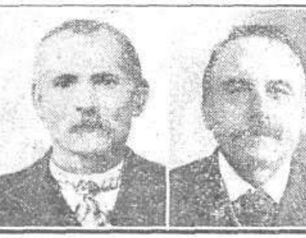
Un leve rosa imperceptible apenas;
Ese fué su rubor, ese su asombro,
Empurpurando hasta sus blancos hombros
Y los hilillos de sus finas venas.

Y al levantar entonces su cabeza
De pura y rancia estirpe florentina,
Me castigó su risa en la belleza,
De la más delicada sonatina.

OCTAVIO PORTELA CANTILO





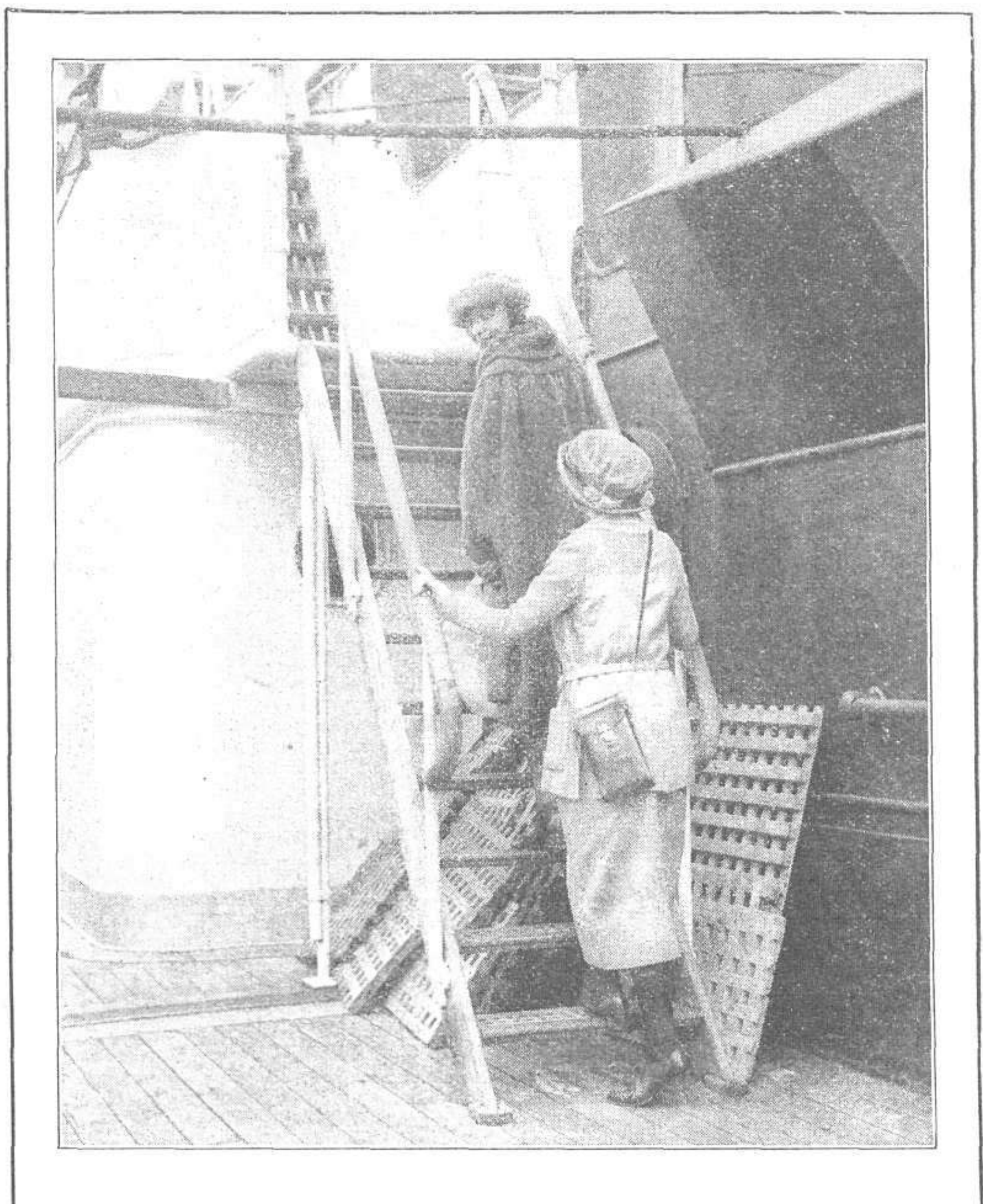




Señora Juanita G. A. Bertrand.—Capital. José Manuel Pereira. — Rosario. Sr. Juan José Burgos. — Moquehuá. Señor Antonio Belizzi. — Fracineto. Señor Andrés Canessa. — Capital. Señor José Reigosa. — Capital.

LOS BEBEDORES DE SANGRE

¿Cómo obran los vampiros, murciélagos bebedores de sangre de los trópicos? Guillermo Beede, viajero y científico, trató de sorprenderles el secreto y cuenta en un libro sus impresiones sobre la Nueva Guinea, que el «Daily Chronicle» resume. Pasó algún tiempo antes de que los vampiros sangrasen a los blancos de la expedición. Después, cuando se dieron cuenta de que el color de la piel no significaba sangre... bautizada, también los blancos les sirvieron de víctimas. Con la esperanza de sorprender a los vampiros en acción, los blancos les ofrecían todas las noches, fuera de la sábana, los pies desnudos. Al día siguiente se dijera que el campamento era un punto quirúrgico detrás de las líneas del frente, pues las sábanas y el pavimento estaban manchados de sangre. Pero ninguno de los viajeros lograba no dormirse. Una noche Beede hizo un esfuerzo para permanecer despierto, con un brazo expuesto... Los vampiros llegaron: hubo leve batir de alas, abaniqueos sutiles cerca de la cara, blandos contactos... De vez en cuando un vampiro se le posaba en el pecho, que estaba cubierto por la sábana. Beede permanecía inmóvil, tratando de contener la respiración. Finalmente, uno de aquellos animales se dió cuenta del brazo. Beede sintió los dedos del animal, que subía desde la muñeca, pero era una sensación apenas perceptible. Algo que seguramente no habría sentido en caso de estar dormido. El murciélago se detuvo en el codo. Hubo allí unas cosquillitas, como si el animal tratase de obtener lo que deseaba, pero por la buena, sin causar daño. Después hubo una pausa. Beede comenzó a fantasear, y de pronto le pareció que la sangre le corría por el antebrazo. Pero pronto se dió cuenta de que se había adormecido, que la sensación era imaginaria. El vampiro todavía estaba allí: Le hacía algunas cosquillas que se trocaron en una suave irritación. Le pareció al experimentador que sentía un poco de hormigueo, de adormecimiento. Creyó que ese era el momento de sorprender el secreto del habilísimo anestesiador, y con un rápido movimiento de la mano lo cogió; tocó un cuerpo velludo, tomó entre los dedos una ala lisa, recibió una pequeña mordedura con que el animal se defendió, el vampiro hizo un esfuerzo, y entre los dedos del experimentador se escurrió la bestezuela. Beede se tocó: no había en el brazo señal de mordedura ni de sangre; y se puso a dormir. Al día siguiente encontró en el brazo una minúscula arañadura que era el preliminar de la operación.





Lleve una Kodak consigo

Mediante la innovación autográfica de que están provistas todas las Kodaks, puede usted escribir la fecha y el título de la película al tiempo de hacer la exposición. De este modo la Kodak hace las veces de un libro de memoria de sus viajes.

Kodak Argentina, Ltd., Corrientes 2558, Buenos Aires



Marzo 16 de 1914.

Yo quiero a mi Clotilde; la quiero mucho. ¿Si ella me corresponde? No lo dudo. En más de una oportunidad me lo demostró ampliamente. En más de una oportunidad... ¿Por qué no diré, siempre? No. Vacilo. ¿Es que me quiere siempre Clotilde? ¿Soy su único amor? ¿Pensará exclusivamente en mí? En este caso debería ser yo la concreción suma de todas sus preocupaciones y de todos sus anhelos. ¿Lo soy? ¿Asociará mi nombre a todas sus cerebraciones y a todas sus inquietudes sentimentales? ¿Hasta dónde me ama? ¿Haría algún sacrificio por mí? ¡Oh! ¡Si Clotilde sufriese en carne propia por mí! ¡Cuánta elocuencia hay en un amor hecho de sufrimientos! ¡Cuán magnífica es la mujer que desfallece de debilidad velando la salud del amado! A veces se me ocurre que amaría más, mucho más, a Clotilde con una belleza agostada por alguna inquietud mía que con su actual hermosura esplendente y sana.

¡Si pudiese amar a Clotilde con el amor que yo concibo!...

¿Y si yo me enfermase?

Noviembre 8 de 1914.

Estuve enfermo de influenza. No de peligro, pero con el suficiente malestar como para guardar quince días de cama. Clotilde se portó muy bien conmigo. Ha sido una enfermera perfecta. No ha dormido muchas horas en todo el tiempo; no. Y ha quedado muy desmejorada. Está pálida, bajó mucho de peso. Clotilde me quire. ¿Por qué negarlo? Creo que hay pocas mujeres que puedan emular con ella en lo que respecta a cariño y abnegación. Hay pocas... ¿Por qué no será la única? ¿Por qué no habrá extremado sus cuidados? Yo creo que si lo hubiera hecho lo hubiera conseguido. ¡Llegar a la jerarquía de única! Es ideal. Con todo, he sentido mucho placer con su conducta. A ratos tuve en ella el amor de mi concepción. Así: sentí con verdadera fruición la caricia de su cabeza que caía sobre la mía de cansancio; gusté, estremecido de voluptuosidad, la vacilación de su mirada debilitada por los largos ayunos. ¡Y qué sensación única experimenté al contemplar su rostro demacrado, sus labios pálidos y sus pupilas adentradas por las angustiosas horas de vigilia y de intranquilidad! ¡A qué maravillosa musicalidad me sonaron sus incongruencias torpemente hilvanadas por la acción del sufrimiento! ¡Qué inefable placer me produjo su mano calenturienta cuando apretaba la mía! ¡Con cuánto placer sufrí sus sufrimientos!...

Y tuve otros goces; goces cruelmente sabrosos. Una tarde de mucho calor, de un calor malsano, Clotilde, a pesar de sentirse extremadamente débil, siguió atendiéndome con cuidado. Fué tal su debilidad que se desmayó. Y yo le dí entonces uno de los besos que con más gusto la he dado en mi vida.

Lástima que su conducta del día siguiente no fuese la misma. Se sintió esa tarde también débil, pero como viniera el médico y la aconsejara que reposase algunas horas, ella lo hizo. Yo sufrí entonces en mi amor propio. ¿Debió hacerlo cuando yo estaba en cama? ¡Qué poco gratos me resultaron después sus labios sensibles!

Con todo, desde entonces Clotilde tose un poco.

Junio 17 de 1915.

¡Pobre! Clotilde está enferma. La tosecilla aquella persiste, y tiene a menudo fiebre. El médico me dice que debo mandarla a Córdoba. ¿Qué hacer? ¿Separarme de ella? Lo sentiría yo tanto... Porque yo quiero a mi Clotilde; máxime ahora que se resiente de su salud... Alejarla de mi lado... sería exponerme a perder las mil y una deliciosas angustias que me proporcionan sus vahídos, sus arreboles y sus escalofríos diarios. ¡Pobre!

Ante la insistencia del facultativo, Clotilde ha consultado conmigo. ¿Qué iba a responderle? Asentí. Y parece que va a partir. Yo creo que comprende mi disgusto. Vi en su mirada un dejo de reconvención.

Si ella se fuera ¡qué vulgar me resultaría! ¡Una mujer que piensa en sí antes que en mí; y más que piensa en su salud!...

Tenía yo razón cuando dudaba de su amor exclusivo. ¡Y cuánto siento que no satisfaga con su amor el que yo me he forjado en mi mente!...

Clotilde se irá a Córdoba; se emocionará con el paisaje; atenderá al canto de los pájaros; construirá en su imaginación castillos ideales y torres de azul; y deseará, en las puestas de sol, apoyar su mejilla sana en la mía anhelosa... ¡Bah! Cosas de muchas mujeres... ¡Cuán admirable sería aquella que amortajase su cuerpo sólo para recibir en su frente helada el ósculo del adiós definitivo del hombre que amó!

Enero 4 de 1916.

Clotilde está en Alta Gracia desde hace tres meses. Yo no sé exactamente cómo está de salud. En las primeras semanas recibí cartas de las que deduje que había mejorado. Su estilo respiraba briosidad, esperanza y entusiasmo. Pero de las últimas no sé lo que decir. Hay en ellas un hálito de postración, de decaimiento que me inquieta. ¿Será porque Clotilde comprendió en las mías mi estado de ánimo? Cuando se fué yo no le dije nada concluyente; sin embargo sospechaba ya que me disgustaba su partida. Ahora, posiblemente, al leer en mis cartas adjetivos fríos y relativa indiferencia por su estado físico, estará desalentada. Es que yo no sé disimular y mis reticencias no son eficaces para ocultar mi ferviente deseo porque Clotilde vuelva.

Yo quiero que esté a mi lado, que me diga una y mil veces que me ama sobre todas las cosas; yo quiero gozar plenamente de los abandonos de su salud quebradiza. Quiero engarfiar su pecho consumido. Quiero deleitarme en sus ojos de insomne. Quiero morder sus labios marchitos. Quiero enloquecer de alegría ante sus retorcimientos de agonizante.

Enero 8 de 1916.

He recibido una carta de Clotilde que me ha puesto de buen humor. Dice que prefiere vivir dos

días y morir a mi lado y no gozar, sola, una existencia eterna allá en Córdoba, en aquellas tierras de sanidad. ¡Pobrecita! Merece más cariño de lo que le tengo. Y también más fe. Dice que quiere darme una sorpresa agradable. ¿En qué consistirá? Para mi deseo, lo más agradable sería que volviera inmediatamente. Y si volviera ¿qué conducta deberé adoptar?

Yo soy un exigente y un refinado. Creo que las quintaesencias del placer y las confesiones de los amores exclusivos sólo se consiguen de las saludes frágiles y de las bocas expirantes. A mí me repugnan los amores comunes con sus caricias espontáneas e instintivas; yo no creo en la palabra de una mujer de cuerpo sano y de cerebro vulgarmente lógico. Yo necesito sensibilidades e imaginaciones que sean hermanas y esclavas de las mías; y Clotilde, a pesar de sus esfuerzos, gusta de tener un físico rozagante y un cerebro como muchos cerebros... Hay entre nosotros incompatibilidad de temperamentos. Yo estoy orgulloso del mío, creo que soy un privilegiado. ¡Lástima de temperamento el de Clotilde!

Si ella comprendiese toda la grandeza que importa dirigir un postrer pensamiento al amado...

Si me amase a mí exclusivamente, y sobre todas las cosas, yo creo que lo comprendería.

Agosto 13 de 1916.

Clotilde está grave. El médico me dijo, no sin cierto asomo de reproche, que no sanará. ¡Imbécil! ¿A quién puede afectar sino a mí la salud de Clotilde? Desafío a quien pueda querer a su mujer como yo quiero a la mía. ¡Oh! Yo la quiero. Y lo peor es que Clotilde misma parece quejarse de mi comportamiento. No me dice nada. Pero hay más elocuencia en su callada resignación que en todos los palabreríos juntos. Hace mal. Debería sentirse feliz. Yo también sufro y estoy feliz en mi sufrimiento. ¡Hay tanto placer en él!

Clotilde volvió de Córdoba no bien, pero sí bastante mejorada de cuando se fué. Yo la recibí con mucha amabilidad; pero parece que durante los días que siguieron yo no fuí lo suficientemente efusivo como debí ser. Esto la afectó. Hasta una vez se me quejó abiertamente. ¿Pero cómo lo iba a remediar? Yo no puedo tolerar una carcajada franca o un paso resuelto.

Lo cierto es que la tisis de Clotilde progresó, y ahora está en su grado álgido.

Yo estoy que no puedo cruzar el cuarto. ¡Y que me venga el médico con recriminaciones!

Estoy seguro de que si Clotilde muriese mi cerebro sufriría alteraciones muy serias.

Sin embargo, yo tengo inefable placer en evocar su lecho de muerte en estas largas noches de invierno y al irregular compás de su fatigada respiración.

Veo su cuerpo largo y angosto tendido en el marco negro festoneado de orquídeas y crisantemos del cajón mortuorio. Distingo perfectamente cuatro cirios altos sostenidos por sus broncíneos candelabros. Y me veo yo echado en una silla, loco de desesperación.

Y más aún; a pesar de que estas evocaciones me producen lágrimas, yo las reproduzco continuamente. Estas lágrimas me causan tan voluptuosas inquietudes...

He llegado a creer que la muerte de Clotilde me produciría sensaciones más penetrantes que las que me produjo su existencia de sana y de enferma... Entre tanto no me aparto de ella; espío todos sus movimientos y me adelanto a todos sus propósitos. La sostengo cuando se debate en su tos y compruebo a cada rato su temperatura oscilante. Yo no la perdonaría por nada del mundo si me tratase de ocultar todos estos preciosos motivos que me afligen.

El otro día, después de un acceso de tos, tuvo tales vómitos de sangre que quedó extenuada. Yo la senté entonces en mis rodillas y besé apasionadamente su boca todavía húmeda. A ella, mi acción le pareció inconveniente. «Puedes contagiarte, Gustavo», me dijo.

Yo sonreí intensamente emocionado.

¡La tonta!

Septiembre 21 de 1917.

Clotilde ha muerto. Todavía ahora, cuando evoco su agonía, vibro emocionado. Fué un poema sublime de dolor y de resignación. ¡La pobrecita! Se fué como vivió. Sin un solo arresto de rebeldía.

Ahora vivo con el aliento de su recuerdo. Todo lo que fué de ella: sus zapatos y sus guantes, sus gorritos y sus pañuelos manchados de rojo, todo constituye para mí un venero incalificable de imágenes y de sugerencias. ¡Vivo tan intensamente con ellos!

Tengo entendido que se me quiere encerrar en un manicomio. Se duda de mi equilibrio mental. Quieren mi bienestar físico. ¿Y por qué y para qué?

¿A qué le llaman cordura o equilibrio mental? Para mí que los desequilibrados son ellos. En materia de cordura hay mucha relatividad. Yo estoy perfectamente cuerdo. La prueba está en que sé orientar mi cerebro para todo lo que me propongo realizar. De lo que puede afectarles sensiblemente no es lo que pienso, sino lo que hago; y hasta ahora mis acciones no les han dañado. Y siendo así yo puedo hacer lo que quiero. Lógicamente, y hasta en su lógica, no me lo pueden prohibir. ¿Que no les satisface lo que hago? Pues a mí no me satisface tampoco lo que ellos hacen.

¿Y lo del bienestar? Otro disparate. El bienestar es el simple acondicionamiento del «yo» interior a las manifestaciones externas del circunambiente. ¿No es así? Y bien; yo me siento perfectamente en el mío, y, por lo tanto, si me transplantan a otro me perjudicarán. Tengo, pues, razones para quedar donde estoy.

Si insisten me pego un tiro.

Mayo 11 de 1918.

Ha llegado mi última hora. Me mato. Mis largos aislamientos y mis fervorosas evocaciones me han dado la clarividencia de un místico. Creo en las transfiguraciones. Creo en un más allá y en la existencia del bien, del mal y del amor.

Creo que encontraré allí a Clotilde.

¿Me querrá siempre? ¿Sobrepondrá su amor a todo lo que vea o imagine? ¿Me dará sensaciones más intensas de las que me dió con su vida y con su muerte?...

De Olivos.—Carnaval

Señoras de Howard, de R. de Richin, de Kile Codner y señoritas Caswell, Connie Syner y M. Mitchell en un momento de reposo.



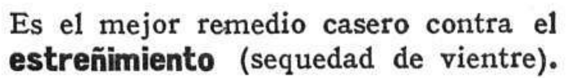
Un conjunto de vistosas y elegantes máscaras en el baile de disfraz celebrado en el «Lawn Tennis Club».

SERRANO

TE JOSSELIN

de fama mundial.

AROMATICO Y AGRADABLE



Es el mejor remedio casero contra el **estreñimiento** (sequedad de vientre).

Su uso continuo trae a todo el cuerpo una sensación de descanso, bienestar general, haciendo desaparecer las NEURALGIAS, JAQUECAS, GRANOS, etc.

Tómelo solo o mezclado con te, mate o café.

EN VENTA:

DROGUERIA DE LA ESTRELLA Ltda.

DEFENSA, 215

sus secciones y en todas las buenas farmacias.



De Mar del Plata.—Carnaval



José Marín y Julio Moreno Cornejo, de payasos. — Niñita de Castaño, de gaviota.



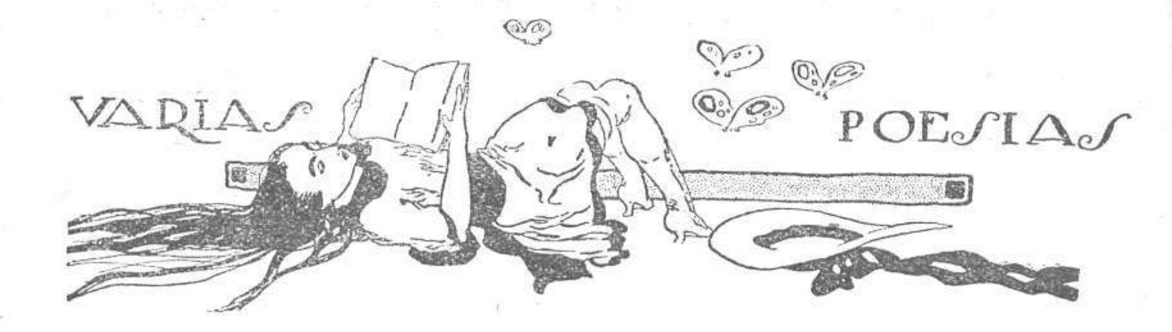
Ana Angela Carbuciero, de oriental. — Matilde Carbuciero, de danzarina. — Niñita de Vignolo, de flor.

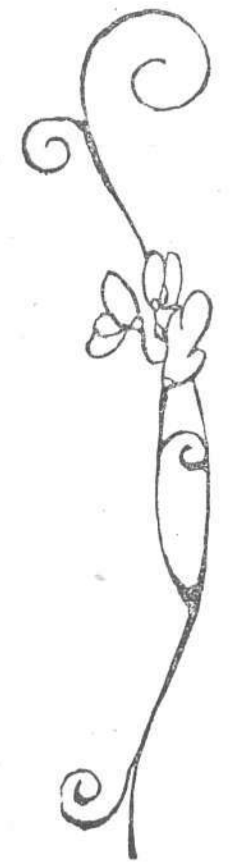


María Isabel Mouriño, de paisana balcánica. — Niña de Gallardo, de pierrot fantasía. — Niño Cerivelli, de gaucho.



Haroldo Roberto García, de torero. — Adelita y Perlita Oliver, de zíngaras.





LAS ESPERANZAS...

No digas nunca: estoy sin ilusiones,
nada conseguiré; las esperanzas
no se alejan jamás, empalidecen
o detienen la marcha de sus alas,
pero están en el ser, como en las ondas
el rumor de las aguas!

Si hoy tu senda es sombría, si no tiene
una luz, no te arredres, que tus plantas
sigan venciendo innúmeros escollos...
¡Hay para ti un algo que te aguarda!
La barca débil a merced del loco
impulso de la mar, en la borrasca,
llega tarde o temprano hacia la costa
donde la espera el beso de la playa!
Al pájaro cautivo
en su jaula dorada,
que implora al cielo azul porque no puede
romper las nubes con sus bellas alas,
le llega un grato instante en que se libra
de la prisión y hacia la selva amada
lleva mejores trinos... ¡Oh! no digas:
¡hoy han muerto mis dulces esperanzas!

A través del dolor, brilla la dicha
como la paz después de muchas lágrimas;
amar, luchar, vencer, es liberarse
de la vida, en la marcha,
pero siempre tratando que el espíritu
se abisme en la esperanza!

FELIX B. VISILLAC



VERSOS DEL LUNES

¡Oh los trágicos días, monótonos, iguales,
en que se teje el hilo de nuestra vida gris,
las quimeras murientes, las nostalgias mortales,
y el sueño melancólico de un perdido país!

Días del torvo hastío, de la esperanza muerta,
de la pobreza triste, de la inquietud del pan,
en que el corazón sangra como una herida abierta,
mientras las frías horas estériles se van.

Melancólicos lunes de todas las semanas,
negros días que nunca me traen una canción
de amor ni de esperanza, y cuyas horas vanas
pesan lo mismo que años sobre mi corazón.

Oh, sol de un nuevo lunes que iluminas mi puerta:
¿esta herrumbre de mi alma tampoco enjugarás?
Mi corazón se enfría, como una alondra muerta,
y sueña con las horas que no han de volver más.

HÉCTOR PEDRO BLOMBERG

SIMBÓLICA

Agonizaba el héroe. De pronto en la llanura
sombría, brilló el rojo resplandor de hoguera
y oyó rumores vagos, cual si la montonera
oculta, como otrora se hallara en la espesura

Se incorporó en el lecho. ¡Quién sabe que aventura
le sugirió la fiebre! Que audaz acción guerrera,
que quiso asir la lanza cruzada en la cumbrera
para cargar, como antes, con sin igual bravura.

Pero quedóse rígido, agarrotado, inerte
la valerosa diestra crispada por la muerte
y en actitud de fiera que se dispone a herir...

En tanto creció el ruido, la luz se hizo más viva.
Y junto al viejo rancho veloz locomotiva
abrió esa misma noche camino al porvenir.

DAMIÁN P. GARAT



Por $ 1.20

EN 80 MENSUALIDADES SIN INTERES NI COMISION

un lote de terreno en

Villa Virginia

En la futura capital de la Provincia, a 25 minutos de la estación de Bahía Blanca

6600 LOTES EN VENTA PARTICULAR

Rodeados de cinco estaciones: Calderón, Bajo Hondo (F. C. S.), Grümbein Norte, Bajo Hondo y General Arias (F. C. R. al P. B.). Desde $ 1.20 por mes el lote, en 80 mensualidades, sin interés ni comisión.

Con pocos centavos diarios, usted asegura el porvenir de su familia. Son terrenos altos y los mejores situados de Bahía Blanca, rodeados de futuros pueblos, y cuya subdivisión en lotes, al alcance de todos, hará que VILLA VIRGINIA sea dentro de poco un emporio de comercio e industria.

Donde el Gobierno Nacional está levantando los edificios para cuarteles de la región.

¡NO SON MEDANOS NI CANGREJALES!

Garantizamos tierra vegetal.

Administración: Bartolomé Mitre, 383 - Buenos Aires

Condiciones de venta

Lotes hasta 300 varas	. . . . . .	$ 1.20	por mes
,, de 399 ,,	. . . .	,, 1.50	,,
,, de 500 ,,	. . . .	,, 2.00	,,
Las esquinas	. . . .	,, 1.80	,,

TITULOS PERFECTOS

En 80 mensualidades, que se pagarán del 1 al 8 de cada mes, en nuestra Administración.

Todo comprador entregará como seña 6 mensualidades adelantadas por cada lote.

Escrituras una vez abonadas y transcurridas 40 mensualidades.

SE NECESITAN AGENTES PARA LA VENTA DE ESTOS TERRENOS CON BUENA COMISION



MANDE ESTE CUPON

Señor Administrador de Villa Virginia: 5
Bartolomé Mitre, 383, Buenos Aires

Sírvase remitirme planos y datos de VILLA VIRGINIA

Nombre ....

Dirección..



Decían los antiguos:

" Brisa perfumada de jardín florido,
" rayo de sol, cascada de rubíes,
" fuente de eterna vida..."

al verter con las ánforas sagradas el dorado néctar.

Hoy ofrece Vd. exactamente lo mismo

cuando brinda a una persona de su afecto, sencillamente, una copa de cristal llena de

Oporto DOM LUIZ

BUENOS AIRES, 3 DE MARZO DE 1923

AÑO XXVI

CARAS Y CARETAS EN ESPAÑA

N.º 1274

Ha sido para España un acontecimiento memorable el regreso de los prisioneros rescatados a los moros. CARAS Y CARETAS *presenta en estas páginas diversas y valiosas notas gráficas, especialmente tomadas por nuestro corresponsal en Madrid.*



REGRESO DEL CAUTIVERIO

TODA LA INTENSA TERNURA, TODA LA ALEGRÍA QUE PUEDE DESPERTAR EL AMOR FILIAL, ESTÁ EXPRESADA EN EL ROSTRO DEL GENERAL NAVARRO Y DE SU HIJA. — EN LA CONTEMPLACIÓN EXTASIADA Y ANHELANTE DE ÉSTA, CUYAS MANOS CRÍSPANSE AL APRETAR LOS HOMBROS DE SU ILUSTRE PADRE, A QUIEN TANTAS VECES LO LLORARON COMO PERDIDO PARA SIEMPRE, REFLÉJASE LA EMOCIÓN DE ESPAÑA, PRODIGADA A LOS VALIENTES Y ESTOICOS SOLDADOS EN MANIFESTACIONES PLETÓRICAS DE PATRIÓTICO ENTUSIASMO.



El general Navarro, con el coronel Araujo y los tenientes coroneles P. Ortiz y L. Gómez, rodeados de varios compañeros de cautiverio, en la cubierta del vapor «Antonio López».

Conmovedor aspecto de los ex-prisioneros españoles, a bordo del barco que los repatrió.

El sargento Vassallo, que se portó heroicamente en el cautiverio.

Gentío presenciando, en los muelles de Melilla, el desembarque de los ex-cautivos.

Algunos infelices ex-prisioneros conduciendo a cuestas la preciosa carga de sus hijos, copartícipes también de su pasado infortunio, en los momentos de subir a bordo de la nave libertadora, rumbo a España.

Don Horacio Echevarrieta, a cuyas patrióticas gestiones se debió el rescate de los exhaustos prisioneros de los marroquíes.

Impresionante grupo de mujeres y niños rescatados: ellos, todavía inconscientes a los grandes dolores, devoran sus alimentos, y ellas, mártires y resignadas, reflejan en sus demacrados semblantes un hondo y callado sufrimiento.

DICHO Y HECHO



CADA 24 HORAS UNO

— ¿Mañana reinará la paz en el mundo?

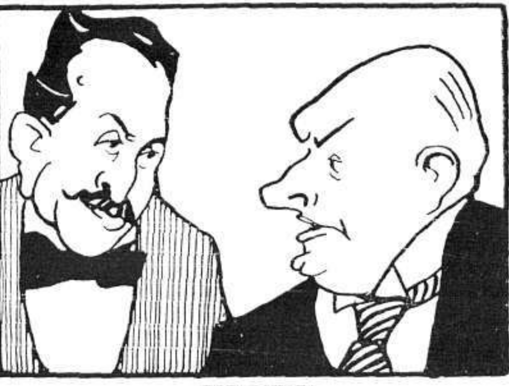
Alvear. — No lo sé.

— ¿Mañana se reunirá la cámara?

Alvear. — No lo sé.

— ¿Mañana triunfará Goyeneche?

Alvear. — No lo sé. Yo no estoy seguro más que de una cosa: mañana, como todos los días, recibiré un telegrama del gobernador de Santiago del Estero.



¡POR FAVOR!

Alvear. — Fiestas en la capital, fiestas en Mar del Plata, fiestas en todas partes. Voy estando harto de fiestas.

Herrera Vegas. — ¿No le parece, señor presidente, que podríamos ocuparnos del nuevo empréstito?

Alvear. — ¡Por favor! No me hable de fiestas.



ESPIRITISMO

Elpidio. — ¿Qué fuerza misteriosa guiará mi mano?



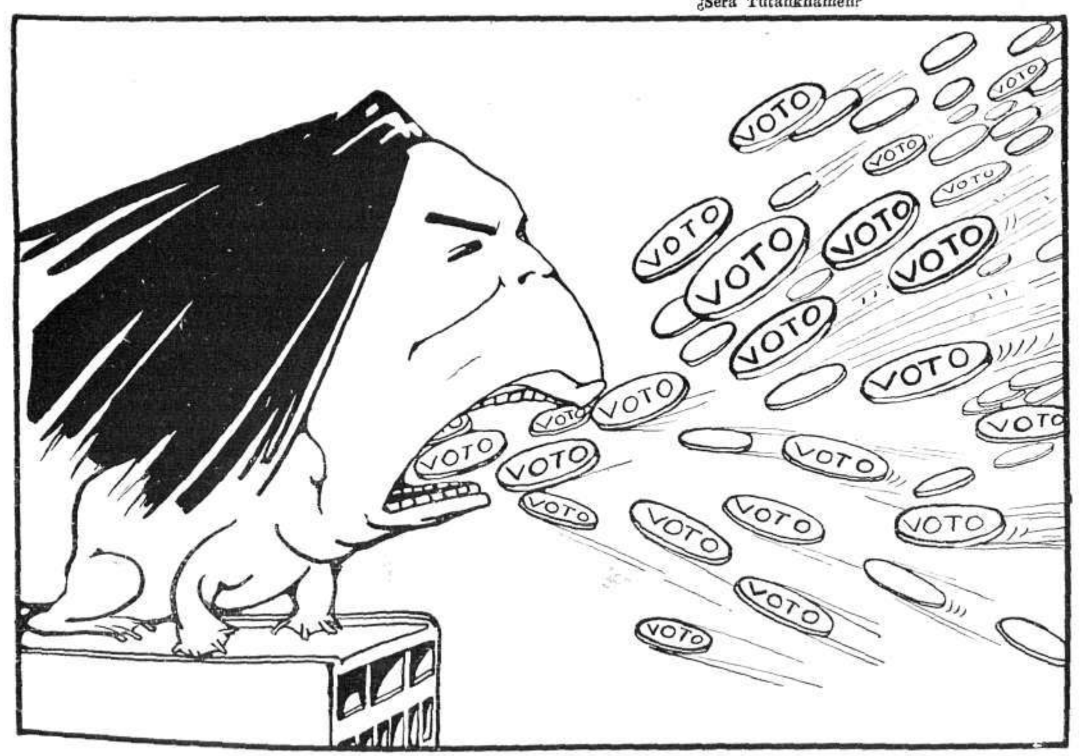
UNA HORRIBLE DUDA

— ¿No está bien «La Nación»?

¿«La Prensa» no está bien?

¿Será Tutankhamón?

¿Será Tutankhamén?



EL JUEGO DEL SAPO

Es insaciable. Se los traga todos.

DIBUJOS DE MACAYA.

Señor Arturo Bullrich



Cuando todavía sus energías y sus actividades se hallaban en pleno vigor, falleció, víctima de una rápida enfermedad, el caballero que fuera, así en el mundo de los negocios como en la alta sociedad que frecuentaba, una de las figuras de mayor y más significativo relieve, cuyo prestigio era de todos reconocido, causando su deceso la más sentida impresión de condolencia. Deja el señor Bullrich un nombre intensamente vinculado a importantes iniciativas comerciales y deportivas.

Señor Anacarsis Lanús

Persona de carácter emprendedor, de ejemplar probidad y de beneficiosas iniciativas, había consagrado su existencia al servicio de la patria, destacándose lo mismo en las luchas políticas que en las de orden particular y consiguiendo merced a su talentosa dedicación al trabajo, culminar en todas las progresistas empresas en que participó. Con su desaparición pierde el país un buen hijo y la sociedad un elemento de valía que la honraba con las austeras virtudes que le adornaban.



Los turistas norteamericanos



Grupo de excursionistas norteamericanos presenciando la doma de potros en el Escuadrón de Seguridad, exhibición que se dió en honor de los mismos. El expresivo semblante de los turistas revela bien a las claras la risueña satisfacción que les produjo el espectáculo.

Llegada de "fascistas" italianos



El piloto aviador Re Humberto y los jóvenes fascistas Pedro De Joannes, Attolini Alberto y Podestá Amerigo, que acaban de llegar procedentes de Italia, el primero de los cuales dará algunas exhibiciones con paracaidas y los últimos conferencias pro-fascismo.

Homenaje a la memoria de D. Pedro Echagüe



Solemne acto de la inauguración de la calle Pedro Echagüe, al que concurrieron miembros de la familia del ilustre precursor del teatro argentino, numeroso público y nutridas representaciones oficiales. El secretario de Obras Públicas, doctor Carlos Varangot, pronunciando un discurso alusivo a la ceremonia.

Huéspedes distinguidos



Señor Gunnar W. Anderson, potentado de la industria sueca, que acaba de llegar a nuestro puerto a bordo de su magnífico yate «Nohab», en viaje de recreo y estudio por Sud América.



Señora de H. Herbert Wottaw y señorita Abigail Harding, hermanas del presidente de los Estados Unidos, que realizan una interesante jira por Sud América, después de haber visitado la exposición internacional del Brasil, y que fueron muy agasajadas por la alta sociedad argentina.



Mister J. Clark, acreditado hombre de negocios de Portland, presidente de la Cámara de Comercio del Estado de Oregón, quien viene recorriendo toda la América del Sud.

Demostración



Invitados y dirigentes de la «Semana Chevrolet», que celebraron un banquete en el hotel Plaza, festejando el éxito alcanzado.

Baile de los aviadores

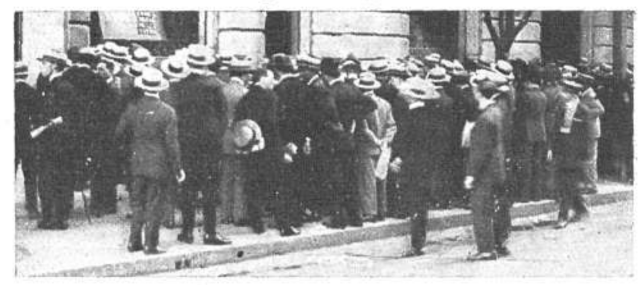


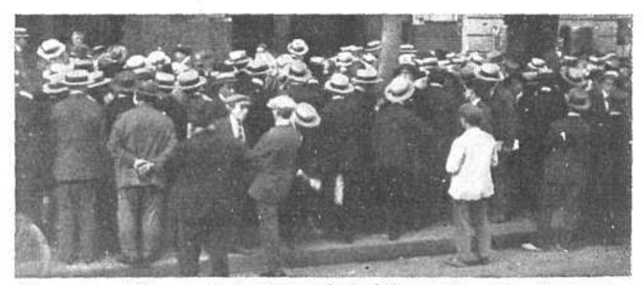
Fiesta celebrada en el teatro Coliseo para propiciar el vuelo alrededor del mundo que intentará el mayor Pedro Zanni.

El escrutinio de la elección a senador por la capital



Aspecto del recinto de la Cámara de Diputados durante el escrutinio de las elecciones a senador.





Grupos de público enterándose del resultado de la votación en los pizarrones de nuestros colegas «La Prensa» y «La Epoca».

FOTOS DE ARROYO Y BELL.

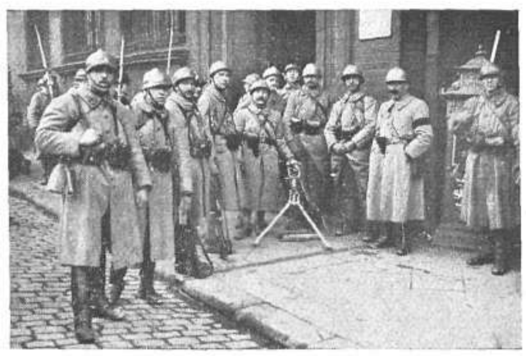


Un patrulla del regimiento de Dragones, equipada de todo lo necesario para reprimir cualquier desorden, desfilando por las calles silenciosas de Essen.

"CARAS Y CARETAS"

LAS PRIMERAS TROPAS FRANCESAS HACIENDO

Tropas francesas en el momento de desembarcar en Essen sin lograr atraer aparentemente la atención de los alemanes.



Una de las ametralladores colocadas a la entrada del edifico de correos de la población ocupada por las tropas francobelgas, una de sus primeras medidas preventivas al desembarcar

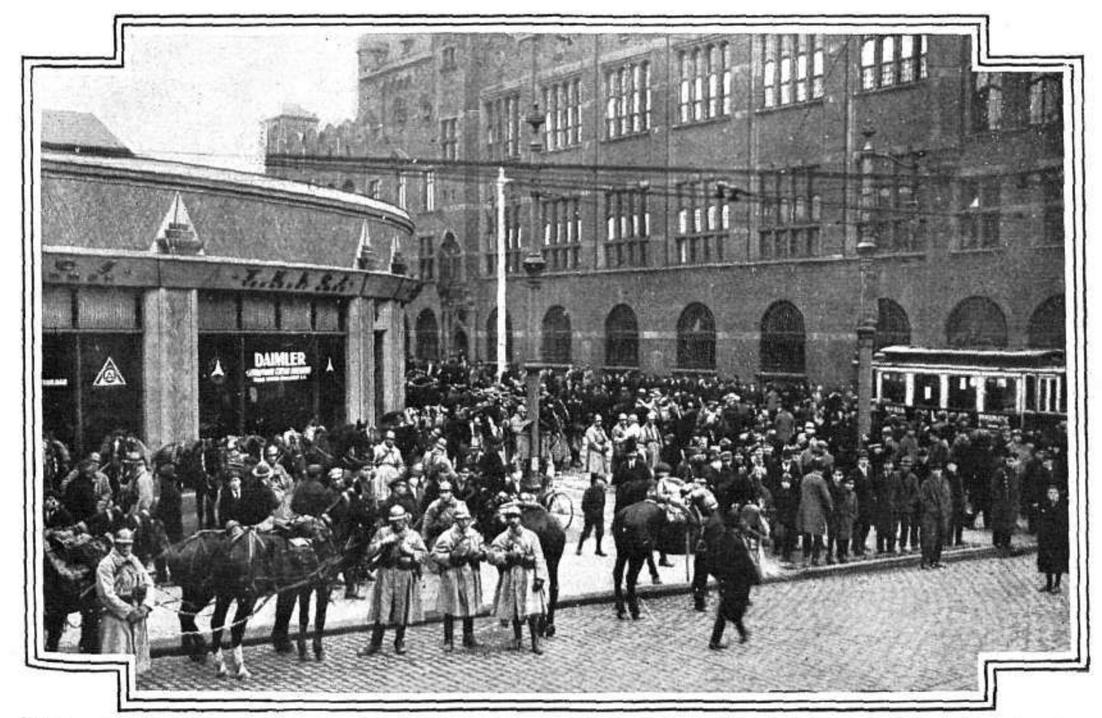


Cocinas ambulantes del ejército invasor que prestan servicios a los numerosos contingentes militares a quienes la ciudad niega toda clase de alimentos.



Los ciclistas francobelgas recorriendo la ciudad para darse cuenta del funcionamiento de la vida pública y de las posibles *contingencias.*

EN EL RHUR
SU ENTRADA EN LAS CIUDADES ALEMANAS



El 21.º regimiento de Dragones franceses delante de una de las principales estaciones de la ciudad, cuyos habitantes los contemplan con indiferente tranquilidad.



Llegada a Essen del 16.º de Infanteria francés conducido en grandes camiones que cruzaron las calles fríamente observados por algunos curiosos pertenecientes a la población civil.



Grupo de estudiantes de la ciudad invadida leyendo y conmentando risueñamente una proclama escrita en francés y en alemán y firmada por el general Degoutte, comandante en jefe de las tropas de ocupación.

La más importante carrera anual de automóviles

El entusiasmo despertado por la disputa de la carrera organizada por el automóvil Club Argentino, no se vió defraudado por la actuación de los corredores que tomaron parte en la prueba. Si bien el pésimo estado de los caminos hizo que algunos de los más sindicados competidores sufrieran varios desperfectos que los obligaron a desistir, ese mismo motivo hace aun más



Gran Premio 1923 Buenos Aires - Rosario - Buenos Aires

meritorio y digno de elogio el esfuerzo realizado por los ganadores. El ganador del Gran Premio, que consiste en 5.000 pesos donados por el Centro de Importadores de Automóviles, la copa y el título de campeón, medalla de oro del ministerio de la Guerra y brazal de honor de la provincia de Buenos Aires, es uno de nuestros más conocidos y viejos corredores de brillante actuación.



El coche dirigido por Guillermo Burke, que fué clasificado 1.°, llegando a Rosario.

Pedro Malgor y su acompañante Ernesto Giovanacci, totalmente cubiertos de barro, al terminar de cumplir la primera etapa Buenos Aires-Rosario.



El coche clasificado 2.° llega a la meta en Rosario.



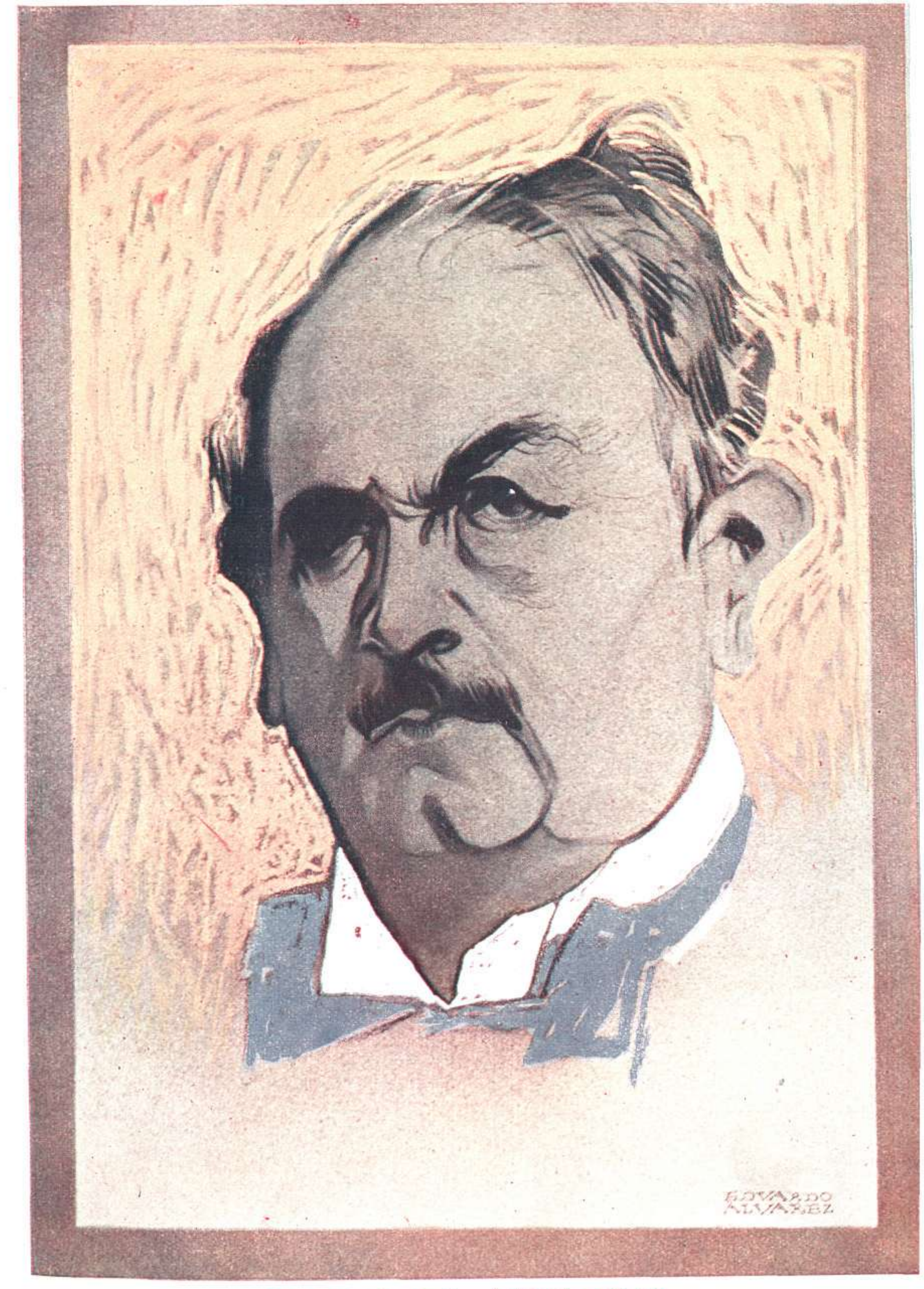
El ganador de la carrera y su acompañante, en su coche «Studebaker», con el que cubrieron el trayecto total en 10 horas, 45 minutos y 35 segundos.



Los segundos, a su regreso, después de haber hecho el recorrido en 10 horas, 47 minutos y 20 segundos, en coche «Lincoln».



París Giannini, acompañado por Andrés Lagomarsino, en el coche «Studebaker». Clasificóse 3.°, empleando 10 horas, 48 minutos y 35 segundos.



FIGURAS DE ACTUALIDAD

INGENIERO JULIO BELLO

PRESIDENTE DE LA CAJA DE JUBILACIONES Y PENSIONES, POR ALVAREZ

Si a Bello le vas a ver
al instante le dirás:
— La Caja, Bello, en que estás
bello país debe ser.

Las Estrellas del Cine

MARY MILES MINTER

MABEL JULIENNE SCOTT

MARION DAVIES

PEGGY O'NEIL

La hija de Huang Chow

por

Sax Rohmer

D. A. 1923

Ilustraciones de Daniel Abrelo



En el tenebroso salón Wapping, situado a unos cien metros del límite oficial del barrio chino de Londres, dos hombres sentados frente a una mesa colocada en un apartado rincón sostenían un animado diálogo.

El contraste entre ellos era notable. Uno era un corpulento individuo, de escasa limpieza, tanto en su persona como en sus ropas, justificando, con su nariz rota, que entre otras marcas desfiguraba su repulsivo rostro, que no le eran desconocidos los accidentes del ring.

El otro estaba vestido con la elegancia y la pulcritud propias de un feliz ex residente del Extremo Oriente, y su figura y ademanes eran de una acabada corrección.

Habiendo pedido y pagado dos whiskys con soda, el oriental alzó su vaso, chocó con el de su compañero y empezó a beber. Los reflejos de un magnífico brillante que adornaba su meñique izquierdo atrajeron poderosamente la atención del otro.

— Bien, Freddy — dijo el de brutal aspecto. — ¿Algunas novedades?

— No muchas — respondió el oriental sacando una pitillera del saco y eligiendo un cigarrillo.

— Me extraña — replicó el otro, mirándole recelosamente. — Usted ha estado mucho tiempo oculto y no le gusta exhibirse, excepto cuando hay algún interesante suceso a la vista.

— ¡Tal vez! — replicó Freddy, encendiendo su cigarrillo. — ¿Qué quiere usted decirme?

Jim Poland — tal era el nombre del hombre brutal — se pasó la mano por la frente.

— Jamás he dejado de vigilarle, Freddy — respondió.

— ¡Ah! ¿Usted me ha vigilado? — murmuró Freddy. — Pronto; dígame, ¿qué quiere usted de mí?

Bajo su al parecer tranquila pregunta, ciertamente existía una amenaza. Freddy Cohen era, por muchos motivos, una destacada personalidad, que conocía muy bien a sus asociados de «Diamond Fred». A su mentalidad, agilidad y destreza, características de su raza, había unido una perfeccionada práctica americana, adquirida en el transcurso de su tenebrosa profesión.

Sonriendo agradablemente esperó con cierta ansiedad la respuesta de su compañero Jim Poland, a quien consideraba peligroso más por su irascible carácter que por su astucia y audacia.

— Quiero decir — replicó Poland — que usted no habrá malgastado el tiempo con Lala Huang, trabajando por nada.

— Quizás no — respondió Freddy rápidamente. — Ella es una buena muchacha; pero, ¿qué negocio es el de usted?

— Ninguno, absolutamente. A mí nada me interesa ella, ¿comprende usted?

Cohen encogió los hombros y alzó el vaso otra vez.

— Oiga — continuó Poland inclinándose sobre.

la mesa. — Nada ignoro. ¿Usted me oye? Todo lo sé. Estos tiempos son extremadamente difíciles y debemos unirnos.

— ¡Oh! — exclamó Cohen. — ¿Cuál es su juego?

— Un juego segurísimo, porque puede ser que sepa cosas del viejo Huang que usted desconoce.

Cohen cambió súbitamente de expresión y miró cauteloso a su interlocutor.

— Bueno, sin comprometerme en nada, ¿qué sabe usted?

Poland se inclinó más sobre la mesa.

— El barrio chino es nuevamente vigilado. He oído esta mañana que Red Kerry se encuentra allí.

— ¡Red Kerry! — respondió Cohen, riendo burlonamente. — Red Kerry nada tiene que hacer conmigo, Jim.

— ¿No? — respondió Jim, insinuándose. — El corto y secreto camino del cerro no parece muy seguro, ¿no es así?

Cohen hizo un gesto de marcada indiferencia.

— Siga ese camino si usted quiere — continuó Poland. — Pero sepa que las patrullas han sido dobladas y una vigilancia especial ha sido establecida desde que ocurrió la misteriosa muerte del chino.

Cohen lanzó una recelosa mirada a Poland.

— ¿Comprende ahora? — prosiguió Jim. Convénzase de que el barrio chino no ofrece seguridades en estos momentos.

Acabó de beber su whisky y se dirigió con pasos vacilantes hacia el mostrador, de donde volvió con dos vasos más, que colocó sobre la mesa. Se sentó, e inclinándose otra vez, continuó:

— Hay una cosa que reconozco que usted ignora — cuchicheó al oído de Cohen. — Yo vi a ese chino hablar a Lala Huang, precisamente una semana antes de que él fuese arrojado al río. Nada me extrañaría, «Diamond», que a pesar de vuestra reconocida habilidad llevéis el mismo camino.

— No trate de complicarme en este enojoso asunto — dijo Cohen inquietamente.

— Bien — replicó Poland, bebiendo pausadamente su whisky. — ¿Cómo fué encontrado ese chino dentro del río?

— ¿Acaso usted sabe? — preguntó Cohen.

— ¿Y *qué* lo mató? El, aunque apareció hinchado, no murió ahogado por *accidente*.

— Vea, amigo — dijo Cohen, — conozco el Oriente mejor que usted conoce Lunchouse. Por lo tanto, permítame decirle que no malgaste su imaginación en hacerme creer que en ese barrio chino se vive entre crímenes, venenos y venganzas, tan comunes en las razas orientales. También dudo que sea cierto que usted haya oído hablar a Lala con el chino, y sobre todo, no veo qué conexión puede haber entre el viejo Huang Chow y el chino asesinado.

— ¿Que no la hay? — exclamó Poland roncamente, agarrándole con fuerza por la muñeca y retorciéndole el brazo hasta conseguir pegar la pálida cara de su astuto compañero a su marcado rostro. — Le repito que desde hace meses soy la sombra del viejo Huang y le afirmo que Red Kerry, desde el misterioso asesinato del chino, vigila constantemente a Huang Chow.

— ¡Basta! — replicó Cohen bruscamente, libertando su brazo de la férrea mano del brutal ex boxeador. — Usted no tiene por qué inquietarme con sus cuentos y fantasías. Si ahora entrara aquí el inspector jefe Red Kerry, que tanto le preocupa a usted, le invitaría a beber con nosotros. No tengo por qué huirle, y, además, esta noche le preguntaré a Lala lo que hay sobre tan misterioso asunto, en la seguridad de que me dirá la verdad.

— Entonces usted está loco.

— ¿Por qué?

— Porque yo confiaba en usted. Todos los amigos saben que Huang Chow tiene escondido un tesoro en un sitio desconocido, probablemente debajo del piso del almacén. Pero todos, al igual que usted, ignoran lo que yo sé.

— ¿Qué sabe usted?

Jim Poland agarró nuevamente la muñeca de Cohen y, mirándole con recelo, habló en voz baja:

— Huang Chow es un temible y odiado sujeto entre todos los de su raza. Es un endemoniado podrido de dinero. Jamás le diré todo lo que sé, pero puedo decirle lo bastante para evitar que su vida corra grave peligro.

«Diamond Fred» se secó, con un pañuelo de seda azul, el copioso sudor que corría por su frente.

— Realmente es usted maestro en este juego. Supongo que respetará el mío en caso de que el suyo no me convenga, ¿verdad?

Jim Poland arqueó las cejas y apretó los puños con furia.

— Escuche — dijo con voz ronca. — Nuestras intenciones son las mismas. Solamente los procedimientos son distintos. Los de usted tal vez serán más hábiles que los míos, pero no tan seguros. ¿Está usted comprometido con alguno?

— No.

— Entonces unámonos y le diré algo que le interesa.

Freddy Cohen terminó de beber su whisky.

— Espere — dijo. — Voy a traer otros vasos y hablaremos despacio.



Ya me esperaba esto — dijo el inspector jefe Kerry echándose el sombrero sobre las cejas y contemplando al muerto que estaba sobre la alisada piedra del depósito de cadáveres del cementerio.

Dos policías más, uno de ellos vestido de uniforme, le acompañaban. Ambos le admiraban y respetaban, tanto por la celebridad que había conseguido por sus frecuentes éxitos policiales, como por la rectitud y el comportamiento que observaba con todos sus subordinados.

El detective, llamado Juan Durham, que estaba parado a su izquierda, era considerado por Kerry como el más perspicaz e inteligente policía de su departamento.

— Deme los informes recibidos — dijo el inspector jefe, dirigiendo sus ojos azules sobre el oficial situado en un extremo de la piedra. — Desde luego, hay que descartar toda idea de robo, puesto que el muerto conserva un anillo de brillantes de gran valor.

— No son muchos y no son gran cosa, señor inspector — replicó el oficial. — La víctima fué encontrada por la policía del río, cerca de la media noche, en la parte más baja de Lunchouse Reach. Ellos acudieron con toda prontitud cuando oyeron sus gritos, pero él murió al ser colocado dentro del bote.

— ¿Sin declarar?

— Según la información del oficial encargado de la vigilancia del río, el presunto asesinado balbuceó unas palabras antes de perder el conocimiento. Dijo algo como: «Me ha mordido...»

— «Me ha mordido» — repitió Kerry con cierta

sorpresa. — ¿Ha sido examinado por el cirujano del departamento?

— Sí, jefe. Y en su opinión el hombre no murió ahogado sino de un rápido envenenamiento.

— ¿Envenenamiento?

— Ese es su parecer. Más tarde será nuevamente examinado y entonces se podrá apreciar si ha sido una inyección hipodérmica o una mordedura.

— Una mordedura — replicó Kerry. — ¿La mordedura de quién?

— ¡Oh!, yo no puedo saberlo, jefe. Tal vez algún reptil venenoso.

Red Kerry observó detenidamente la hinchada cara del muerto y después lanzó una penetrante mirada a Juan Durham.

— Bien puede ser por la apariencia — exclamó.

— Seguramente — dijo Durham. — El tiempo que estuvo en el agua no es para llegar a esa gran hinchazón.

Y volviéndose al oficial, preguntó:

— ¿Tiene usted más informes que comunicar?

— Sí; un arresto ha sido hecho.

— ¿Por quién? ¿De quién? — inquirió Kerry.

— Dos oficiales, patrullando por el barrio chino, arrestaron a un individuo por vagabundo peligroso, que resultó ser un conocido criminal con graves cuentas pendientes con la justicia, llamado Jim Poland. Le detuvieron en la estación Lunchouse y se sospecha que estaba operando con...

Y el oficial movió la cabeza en dirección del muerto.

— Entonces, ¿quién es este sujeto hinchado? — insinuó Kerry. — Me es completamente desconocido, estoy seguro.

— Sin embargo, ha sido identificado. Se trata de un criminal americano nombrado Cohen. Hay la creencia de que salió de algún sitio enclavado entre la parte del río en que fué encontrado por la policía y el lugar en que fué detenido Jim Poland.

Kerry rechinó sus dientes.

— Ahora empiezo a comprender — tartamudeó. — La casa de Huang Chow está dentro de esa área. Además, es muy original que este americano haya muerto de la misma manera que el chino. Que se cubra el cadáver — ordenó.

Y seguido de su fiel detective Juan Durham salió precipitadamente del cementerio dirigiéndose, a pesar de lo avanzado de la noche, al departamento en que se hallaba detenido Jim Poland, con el cual celebró una entrevista infructuosa.



L UNCHOUSE, barrio chino con todas sus características.

En una mañana en que la niebla cubría el Támesis, como suavizando los rudos muros del dique y como envolviendo en un velo misterioso los barcos sobre el río, un hombre caminaba ligeramente a lo largo de aquellas callejuelas. De pronto creyó reconocer un camino a su derecha y siguió por él con paso mesurado.

A mitad del trayecto, a la derecha, en unos agrietados muros, había unos grandes portones de madera, análogos a los de los almacenes. Próximo a ellos dos mugrientos escalones daban acceso a una pequeña puerta. Tanto los portones como la puerta carecían de placas o carteles que indicasen el nombre del propietario del establecimiento.

Entonces de su cartera sacó una tarjeta, consultó lo que había escrito sobre ella y después golpeó la puerta.

Casi en el acto fué abierta por un joven chino, vestido con un ordinario traje de trabajo, el cual miró al hombre sobre el escalón con sus oblicuos y recelosos ojos.

— ¿Mr. Huang Chow? — preguntó el desconocido.

El muchacho inclinó la cabeza.

— ¿Precisa usted verle?

— Con toda urgencia, si está en casa.

El muchacho echó una mirada sobre la tarjeta que el forastero tenía entre sus dedos y extendió su mano silenciosamente.

La tarjeta le fué entregada. Era de un conocido comerciante de Dover Street, Piccadilly, y escrito al dorso estaba lo siguiente: « Mr. Hampden desearía hacer negocio con usted ».

Pasado un minuto reapareció el joven chino y con un movimiento de cabeza le indicó que podía pasar.

Guiado por el empleado penetró en un pequeño escritorio lujosamente amueblado. Una joven, sentada frente a un bureau americano, lanzó sobre él una fiscalizadora mirada. Sin ser bella, en el sentido europeo, atraía por sus ojos negros y la peculiar sonrisa propia de las mujeres orientales. Vestía con corrección y unas grandes y valiosísimas perlas pendían de sus orejas.

— Buenos días — dijo al visitante, mientras echaba una ojeada a la tarjeta que había sido colocada en su escritorio. — ¿Viene usted de parte de Mr. Isaacs?

Levantó la vista y examinó detenidamente a Mr. Hampden, juzgándole persona distinguida por su presencia y carrectas maneras.

— Sí — replicó éste, sonriendo. — Tengo una pequeña comisión que realizar y espero que usted me ayudará.

— Con mucho gusto — respondió ella en un correcto inglés, pero con una rara entonación. — ¿Acaso son esmeraldas? Tenemos una magnífica colección.

— No. Lo que preciso ahora son estuches para joyas.

— ¿Qué clase?

— Esmaltados.

— Precisamente tenemos varios de gran valor.

Tocó un timbre y habló en chino al joven empleado que había permanecido detrás del comprador durante la entrevista. Luego hizo una reverencia y, abriendo una puerta, introdujo al forastero en un estrecho corredor. Seguidamente una segunda puerta fué abierta y Mr. Hampden se encontró dentro de un cuarto que casi le arrancó un grito de admiración. Colgadas de las vigas del techo, una serie de lámparas que eran verdaderas obras de arte, alumbraban artificialmente la habitación. El suelo del almacén estaba cubierto con espesas esteras, sobre las cuales habían sido esparcidas alfombras y paños de Karadag, Sultanabad y Khorassau, todas de incomparable riqueza y belleza. Pieles rarísimas cubrían los divanes. Muebles de marfil, ébano y maderas de limón, preciosamente labradas, adornaban el salón. También había escritorios, joyeros y arcas de exquisito laqué y esmalte, procedentes tal vez del palacio de un emperador. Ropas cubiertas de oro; chinelas cuajadas de joyas; armas antiguas; ollas, jarrones y arcas, tan delicados como los pétalos de un lirio, completaban el gran tesoro del viejo Huang Chow, que sólo era conocido por aquellos cuyos intereses comerciales estaban ligados a los del viejo y astuto chino.

Sentado, con las piernas cruzadas sobre un ca-

napé al pie de una ancha y ascendente escalera, el viejo Huang Chow, fumando en una larga y encorvada pipa, atisbaba a través de unas gafas los innumerables objetos encerrados en esta secreta habitación.

A un ademán del viejo chino el joven dependiente se inclinó con respeto, y Mr. Hampden se quedó solo ante Huang Chow.

Un chinesco ataúd de maravillosa riqueza, descansando sobre un caballete dorado, cuyas patas grabadas representaban las cuatro garras de un dragón, atrajo poderosamente sus miradas.

— Buenos días, Mr. Hampden — dijo el temible chino con voz alta y bien timbrada. — Usted viene en representación de Mr. Isaacs, ¿verdad? Tenga la bodad de sentarse.



L detective Juan Durham envió el siguiente informe personal a su jefe y protector Red Kerry, encargado de la investigación de los crímenes de Lunchouse:

«Querido señor: Con arreglo a sus instrucciones he vuelto a interrogar al prisionero Poland en su celda.

— Responda — le dije — a mis preguntas y será usted libertado en seguida. De lo contrario será usted llevado ante un juez que le enviará probablemente a pasar unas largas vacaciones, que supongo no serán de su agrado.

Por fin le convencí y admitió que con el muerto Cohen había tratado de robar al chino Huang Chow. Su temor a dar detalles obedece más bien al miedo de una venganza del viejo Huang que a las consecuencias de la ley. Infiero que él considera al temido Chow como al único responsable no sólo de la muerte de Cohen sino también del chino que fué encontrado en el río hace tres semanas, como usted recordará. Ultimamente consintió en hablar si yo le aseguraba que no sería perseguido y que su nombre jamás sería mencionado durante el esclarecimiento del crimen. Le prometí que, salvo los trámites legales, su ruego se respetaría, y entonces me hizo confidencias muy curiosas que sin duda alguna tienen un gran valor en los actuales momentos.

Por ejemplo, me declaró que había descubierto, sin decirme por qué medios, quien era el chino muerto, de nombre Pi Lung, el cual había estado en negociaciones con Huang Chow. Afirma que él vió a Lala Huang, días antes que aquél fuese asesinado, hablar con él en la esquina de la estrecha callejuela que conduce al establecimiento de su odiado padre. A este hecho Poland le da una importancia extraordinaria.

Jura que Pi Lung, la víctima, era completamente desconocido en Lunchouse y que, por su aspecto y cuidada persona, debía de ser un asiático de alta posición social. Ratifica su opinión de que Huang Chow es el más fuerte traficante de contrabandos y robos valiosísimos sobre todos los mares que hemos tenido en Londres. Considerado como un influyente personaje chino, sus relaciones comerciales con todos los compradores de Londres son extensas y de resultados fabulosos. Todas sus operaciones son hechas en dinero contante, pues jamás admite cheques en giros bancarios a plazos. Los grandes ingresos que diariamente recauda son invertidos en adquirir alhajas de inestimable valor, que guarda avariento en su escondido tesoro.

— Cuando yo fuí con Cohen — continuó diciéndome Poland — yo conocía un oculto camino dentro del almacén que conducía al codiciado tesoro, ignorado por mi compañero. Cohen, en sus constantes relaciones amistosas con Lala Huang, creyó que había descubierto el escondrijo en que estaba el tesoro, pero nunca me confió su secreto. Como sabíamos que patrullas especiales vigilaban estrechamente el almacén del viejo Chow, acordamos que yo me quedaría espiando los movimientos de las mismas para avisarle en caso de peligro, mientras él escalaba los muros del almacén. Cuando las patrullas desaparecieron, corrí al encuentro de Cohen y, trepando al tejado en que éste se encontraba, le ayudé a romper la claraboya que en vano él trataba de violentar.

El declarante Jim Poland, reflejando en su rostro una expresión de espanto y de terror, casi se abrazó a mí al relatarme lo que sigue.

— Cuando Cohen entró en el silencioso y obscuro cuarto vi una luz brillar y una trampa que se abría, y percibí un gemido que heló mi sangre y detuvo mi corazón... Finalmente sonó un ruido extraño y la luz se apagó. Aterrorizado, me deslicé por el muro y, una vez en el suelo, eché a correr por las solitarias calles de Lunchouse sin rumbo determinado... Mi compañero había sido cazado. Como usted ve — terminó Poland — mi camarada Cohen y el chino Pi Lung han corrido igual suerte al pretender robar el inmenso tesoro que posee ese maldito y aborrecido viejo chino.

En vista de estas interesantes declaraciones y siguiendo siempre sus consejos me presenté a Mr. Isaacs, en Dover Street, el cual se negó a complacerme en mis proyectos; pero cuando le aseguré que su buen comportamiento sería largamente recompensado accedió a darme la tarjeta de presentación para Huang Chow.

Me disfracé a conciencia, cambiando por completo mi exterior y mi fisonomía. Todo marchó bien y fácilmente logré ser introducido en el cuarto en que el viejo Huang oculta sus riquezas, después de pasar por el previo examen de su atrayente hija Lala, quien evidentemente fiscaliza con todo detenimiento a los compradores deseosos de tratar con su padre personalmente. El chino Huang me mostró, entre otras maravillas, unos frasquitos para esencias, hechos de piedras preciosas, con artísticas incrustaciones, un modelo de una pagoda formada con dientes humanos y un tapiz tejido con pelos de esclavas circasianas que me causaron asombro.

De acuerdo a lo convenido con Mr. Isaacs, compré unos pequeños y riquísimos estuches esmaltados.

— Por supuesto, ¿usted habrá traído el dinero, Mr. Hampden? — dijo en un perfecto inglés, mientras se dirigía a un escritorio colocado cerca de la ancha escalera.

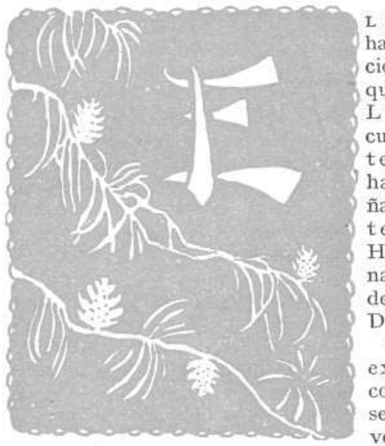
Conté el dinero, y al entregárselo me hizo presente que yo mismo y en el acto debía llevarme la mercadería comprada, la que él empaquetaría. Cortésmente me saludó y llamando al joven chino le dijo que me condujera de nuevo al despacho de Lala Huang.

Mientras esperaba yo el paquete de los estuches comprados, hablé con Lala y conseguí interesarla hasta que me concedió otra entrevista.

Por lo tanto esta tarde me entrevistaré con ella y probablemente conseguiré llevarla a algún sitio solitario y pintoresco en donde podamos hablar con toda calma y sin testigos. No he de ocultarle que la aparente inocencia y los atractivos de Lala me han impresionado, y que lamento tener que representar este doble papel ante su vista. De todos modos, mis

gestiones corresponderán a la confianza que usted ha depositado en mí.

A la vuelta de mi proyectado paseo le remitiré un informe oficial. Disponga de su obediente y agradecido subordinado — *Juan Durham.* »



EL crepúsculo había desvanecido la cortina que envolvía a Lunchouse cuando el detective Durham, acompañado de la misteriosa Lala Huang, caminaba a lo largo de West Indian Dock Road.

— ¡China! — exclamó ella, como si añorase. — Jamás volveré a verla. Mi padre es rico, pero nunca saldremos de aquí aunque ¡hay tantos hermosos lugares en donde vivir!

— Entonces, ¿por qué vive su padre aquí? — preguntó Durham con curiosidad.

— Por el negocio — respondió Lala, encogiendo los hombros. — Aquí no hay ninguna distracción para mí. Algunas veces se presenta una persona agradable para hacer negocios; pero la mayoría son sucios y mal educados. Muchos son extranjeros.

Entonces Durham aprovechó la oportunidad que se le presentaba.

— A usted, por lo visto, no le gustan los extranjeros — dijo.

— No quise decir eso — respondió la muchacha. — Hay algunos agradables, como en todas partes, buenos y malos.

— Ha estado usted en América? — preguntó el detective.

— No.

— Estaba pensando — insinuó Durham — en algunos americanos que son unos excelentes sujetos.

— ¡Sí! — dijo Lala mirándole sin malicia. — He conocido uno recientemente que no era simpático.

— ¡Oh! — murmuró el detective. — ¿Acaso alguno de los clientes de su padre?

— Sí; un hombre despreciable llamado Cohen, que quiso enamorarme — prosiguió la muchacha, arqueando las cejas. — Pronto comprendí lo que pretendía. Debía ser un ladrón y le tomé miedo.

— ¿Usted afirma que se llama Cohen? — insistió Durham.

— Ese fué el nombre que él dió — manifestó ella.

— Hace poco, un americano llamado Cohen ha sido encontrado muerto en el río — murmuró el detective.

— ¿Cómo lo sabe usted? — inquirió Lala, palidedeciendo y agarrándose del brazo de su acompañante.

— Lo he leído en un diario de la mañana. Recuerdo que decía que el muerto tenía un magnífico brillante en su mano izquierda.

— ¡Oh! — suspiró ella, soltando el brazo de Durham.

— ¿Acaso lo conocía usted? — interrogó éste.

— Ciertamente — replicó Lala con serenidad. — Estoy segura por el brillante que gastaba. ¿En qué periódico lo ha leído?

— No recuerdo. En uno de la mañana.

— ¿Ha sido ahogado? — preguntó ella.

— Creo que sí — replicó Durham con recelo.

Lala guardó silencio y siguió caminando.

— ¡Qué raro! — exclamó en voz baja.

— Siento habérselo dicho — declaró el hábil policía. — Pero ignoraba que fuese su amigo.

— Nunca fué mi amigo — contestó ella airadamente. — Le odiaba. Sin embargo, todo esto es extraño. Seguramente quiso robar a mi padre.

— ¿Y es por eso por lo que usted cree todo lo ocurrido muy extraño? — dijo él.

— Sí — respondió Lala en un tono casi imperceptible.

Llegaron a la estrecha calle que comunicaba con el sendero cortado que conducía a la tenebrosa vivienda del terrible viejo chino. Lala se detuvo en la esquina.

— Ha sido una gentileza por su parte pasear conmigo tanto tiempo. ¿Usted vive en Lunchouse?

— No — dijo Durham. — Vine aquí esta tarde tan sólo por verla a usted.

La muchacha le lanzó una mirada recelosa.

— Es tan triste vivir aquí — continuó ella mirando hacia la obscura calle. — No hay con quien hablar.

— Pero usted tiene intereses que guardar y está usted ocupada todo el tiempo — prosiguió Durham.

— ¡Todo lo odio! ¡Todo lo odio!

— ¿Carece usted de libertad, acaso?

— No, pero eso no me importa... Mi madre era europea.

— ¿Entonces usted desea abandonar Lunchouse?

— Lo deseo... Ahora menos mal, pero en el invierno me aburro con las interminables lluvias y el cielo siempre gris. ¡Oh! — exclamó de repente, escondiéndose en el rincón obscuro de una puerta y poniendo a su nuevo amigo delante de ella. — Evite que Ah Fu me vea con usted — murmuró.

— ¿Quién es Ah Fu? — preguntó Durham, tratando de ocultarse también, mientras una sombra pasaba furtivamente por la calle contraria.

— El sirviente de mi padre que recibió a usted esta mañana. No me inspira confianza y sospecho que se lo cuenta todo a mi padre.

— ¿Qué lleva en las manos, sabe usted? — preguntó Durham.

— Debe ser una jaula con pájaros—respondió ella.

— ¿Entonces es un apasionado por los pájaros? — insistió Durham.

— No. Yo misma no lo comprendo. Ah Fu va diariamente a Shadwell donde compra pichones, con preferencia crías, y no sé qué hace con ellos, pues en casa no hay pajareras.

— ¡Qué extraordinario! — murmuró el detective. — ¿Qué clase de pájaros? ¿Alguna raza especial? — preguntó con ansiedad.

— No; canarios, gorriones, pardillos, de todas clases — respondió la muchacha riendo francamente. — Y ahora, como Ah Fu va a entrar en casa, debo despedirme de usted antes de que él entre y pueda darse cuenta de mi prolongada ausencia.



DURHAM, receloso de que afiliados secretos de Huang Chow hubiesen espiado sus pasos y presenciado su larga conversación con Lala, tomó las necesarias precauciones para defenderse de toda eventualidad, dada la hora y la soledad que reinaba en las obscuras y peligrosas callejuelas del tenebroso barrio chino. La idea de

que la comprobada influencia que Lala ejerció sobre él fuese quizá el medio empleado por esta misteriosa mujer para captarse la confianza y afectos de los hombres que más tarde eran asesinados por procedimientos siniestros y desconocidos entre los occidentales, asaltó su imaginación por unos instantes.

Dudaba del éxito de sus practicadas gestiones porque temía que el astuto viejo chino se hubiera percatado de que, bajo el disfraz de Mr. Hampden, comprador de antigüedades a comisión, se escondiera un detective o por lo menos una persona sospechosa. La facilidad con que había entablado amistad con Lala también era para él motivo de recelo y desconfianza.

En la entrada del estrecho pasadizo que comunicaba con el almacén de Huang Chow el policía se detuvo breves momentos.

Asegurándose de que tenía en su bolsillo la pistola automática, el detective escaló el muro, sirviéndose de las hendiduras ya practicadas, y rápidamente se encontró sobre el pendiente tejado. La claraboya por la que había entrado el criminal americano quedaba distanciada, pero con las botas de suela de goma que calzaba se afianzó sobre las pizarras y logró agarrar el marco con sus manos. Abierta aquélla con todo cuidado para evitar el menor ruido posible, aguardó unos instantes por si alguna oculta combinación ponía sobre aviso a los astutos moradores de tan peligrosa vivienda.

Seguidamente sacó de uno de sus bolsillos una pequeña lámpara eléctrica y, después de iluminar la habitación en todos sentidos, fijó el foco de luz sobre un amplio diván cubierto de blandos cojines, que estaba colocado a corta distancia de la labrada mesa dorada en que descansaba el macabro modelo de la pagoda. Con experta mirada midió la distancia que mediaba entre el diván y el lugar en que él se encontraba, y juzgó que podía salvarla sin correr riesgo alguno. Apagó la pequeña lámpara eléctrica, que guardó otra vez en su bolsillo, colgóse con las dos manos del quicio de la claraboya e, imprimiendo a su cuerpo el necesario balanceo para caer sobre el diván precisamente, se arrojó sobre el mueble. Los cojines resbalaron y el policía cayó cara al suelo, en donde permaneció inmóvil, escuchando atentamente por si algún ruido se producía en la intensa obscuridad que envolvía la habitación...



la siguiente noche el policía Durham, acompañado de un oficial y varios agentes, se encaminó de nuevo al siniestro almacén de Huang Chow. Después de distribuirlos convenientemente, reiteró al oficial las reservadas instrucciones que tanto él como sus subordinados deberían seguir; y trepando al tejado entró en el conocido cuarto por el sistema de la noche anterior.

Las advertencias y reticencias que su jefe Red Kerry le dirigía en la carta confidencial, recibida por la mañana, habían lastimado su amor propio de hombre de policía. Por la tanto, a costa de grandes sacrificios tenía que descubrir los misterios y secretos encerrados en la principesca pieza del criminal Huang.

Enfocando con su linterna eléctrica de bolsillo la mesa que guardaba la llave dorada, abrió el cajón en que ésta se encontraba y nerviosamente la agarró.

En su natural excitación no percibió el repiquetear de un timbre eléctrico, instalado en el dormitorio del astuto viejo chino. Lala, sobresaltada, saltó de la cama al oir el timbre fatídico, que sólo había escuchado las noches de los asesinatos del chino Pi Lung y del americano Cohen. Presintiendo que Juan Durham era la nueva víctima de su feroz padre, cubrió su cuerpo con un kimono y ligeramente salió de su cuarto.

Huang Chow, con toda calma, se levantó, se puso sus grandes gafas que estaban sobre la mesa de luz colocada cerca de su original lecho y fijó su vista en un extraño globo de cristal, pendiente de la barra dorada de la que colgaban las riquísimas cortinas que ocultaban su dormitorio.

Un mecanismo solamente conocido por el opulento viejo chino ponía en combinación la pantalla con el raro globo de cristal, en el que se reflejaba detalladamente todo cuanto pasaba en la habitación.

— ¡Pobre loco! — esclamó Huang Chow cuando reconoció a Mr. Hampden con la llave dorada en la mano. — No ignoraba que eras un detective — prosiguió — y anoche te perdoné la vida confiado en que tu sagacidad te haría comprender el grave riesgo que correrías. Pero esta noche pagarás caro tu audacia y tu torpeza.

Durham, desconociendo el peligro que le cercaba, se avalanzó sobre el codiciado ataúd, encajando con precisión matemática la llave en la secreta cerradura.

Instantáneamente se abrió la tapa y Durham, aterrorizado, dió un salto hacia atrás, apuntando con la pistola que tenía en su mano derecha.

Lala apareció en una puerta que se abrió violentamente.

— ¡Huya, huya! — gritó el detective.

Lala permaneció inmóvil. Sus ojos, desmesuradamente abiertos, vieron con horror desplomarse el suelo en que se encontraba el valiente policía, arrojándole dentro de la criminal corriente de agua que había arrastrado al chino y al americano.

La repercusión de un disparo de pistola puso sobre aviso al oficial y a sus agentes, quienes, cumpliendo las órdenes recibidas, asaltaron el siniestro almacén por diferentes sitios. Pocos momentos después, guiados por Ah Fu, que fué detenido al intentar huir, penetraron en la fatídica habitación.

— Pronto una soga, oficial — gritó Durham. — Mi vida no corre peligro. Salvemos a la muchacha china que es inocente.

Mientras que los policías salvaban al audaz pesquisa, la sala se iluminó profusamente y Huang Chow descendió por la tapizada escalera con pausado aspecto y aparente tranquilidad.

Se dirigió hacia el maravilloso tapiz en que estaba tirada su hija, tocó su frente, fijó sus repulsivos ojos en la mancha roja que aparecía en una de sus piernas y, alzando los brazos, exclamó con pujante voz:

— ¡Maldición! ¡Muerta, muerta!

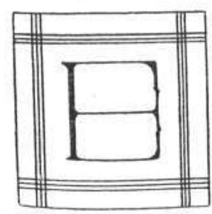
Reflejando en su rostro una angustia sincera se aproximó al macabro ataúd, en donde con nerviosas manos removió millares de pequeños huesos que cubrían unos magníficos cofres que colocó con gran veneración al lado del cadáver de su hija.

Al arrodillarse, una enorme serpiente se deslizó por el suelo en dirección al sitio en que yacía Lala Huang. El oficial, hombre de gran serenidad y excelente tirador, mató al venenoso reptil con repetidos y certeros disparos hechos con su revólver de reglamento.

Huang Chow terminó de abrir los cofres repletos de todas clases de piedras preciosas de incalculable riqueza, las que fué volcando sobre el hinchado cuerpo de su amada hija, mientras repetía entre sollozos y suspiros: — ¡Todas eran para ti! ¡Para ti las robé!

F I N

LA FOCA



RA el día de recibo de la señora Bujol, y la señora Desaguets llegaba a visitarla.

— Hay algunas personas — dijo Agata, la mucama. — Las señoras están en el segundo salón... Voy a anunciarla a la señora...

— Gracias, Agata, yo soy como de la familia. No se moleste.

Y la señora Desaguets entró en el primer salón, apenas separado del segundo por una cortina espesa de damasco rojo, detrás de la que se oía el murmullo de la charla.

En el instante en que la señora Desaguets iba a levantar la cortina entendió claramente su nombre pronunciado por la dueña de casa. ¿Hablaban de ella? Una curiosidad irresistible le tomó por saber lo que se decía; su mano, que iba a levantar la cortina, la llevó a la boca como queriendo retener la respiración, y escuchó...

— Sí. Estoy esperando a mi buena amiga la señora Desaguets — repitió la señora Bujol. — Me ha prometido venir... Es una excelente amiga a quien quiero mucho. ¿Conoció usted a su marido?...

— No — respondió una voz. — Había enviudado cuando la encontré por primera vez en esta casa... ¿Cómo era el señor Desaguets?

— Un buen hombre... Y no era tonto... La bondad misma y el modelo de los maridos... Esta pobre Fernanda lo adoraba y tuvo un dolor enorme al perderlo.

— ¿Físicamente, qué aspecto tenía?...

— ¡Oh! Desde este punto de vista era muy raro. Tenía una cabeza pequeña, ancha y calva, dos grandes ojos redondos de perro bueno, una nariz minúscula y, como bigotes, unas crines largas y erizadas. Original, pero ni feo, ni chocante... Mire; recordaba su cabeza la de una foca... El parecido era tan grande que entre nosotras, sin que él lo supiera, bien entendido, no le llamábamos sino «La foca».

Las carcajadas resonaron y los comentarios le siguieron, haciendo todo el elogio de la foca y de su sosias.

Escuchando la manera poco respetuosa con que se hablaba de su pobre y querido esposo, la señora Desaguets recibió un golpe en el corazón... ¡Una foca! ¡Su Clemente, que había querido tanto, comparado con una foca!... un animal ridículo, que dice, según parece, *papá y mamá*. Indignada, había vuelto a atravesar el salón para irse sigilosamente cuando volvió sobre sí. Conociendo mani-

fiestamente la amistad que le dispensaba la señora Bujol, no podía haber puesto en lo dicho ningún mal propósito... ¿No había tenido la precaución de señalar que el rostro de Clemente era raro, pero no desagradable?... Reflexionando bien, ningún mal propósito transparentaba el diálogo... Y después de todo, la señora Bujol era una amistad agradable... ¡Lo que había dicho no era para tanto!...

Atravesó el salón de nuevo, teniendo la precaución de toser. La señora Desaguets separó la cortina y penetró en la segunda pieza, el rostro sonriente, la mano tendida, como si nada pasara, pero con la impresión muy cierta de que cada una de las visitas se decía para sí: «Nos hemos callado a tiempo».

A pesar de todo, esa noche y los días que siguieron, el pensamiento del parecido de su marido con la foca preocupó a la señora Desaguets. Una de esas mañanas tomó el tomo 12 del gran Larousse — en la biblioteca del finado Desaguets — para leer lo que decía de la foca, siendo como era para ella un animal del cual hasta entonces no se había preocupado.

Fué, pues, muy feliz al comprobar que se le atribuía a las focas inteligencia y un sentimiento de familia poco comunes. Era una oportuna concordancia que la hacía soportar más resignada el parecido físico... ¿Después de todo, qué podía pensar, ya que había conocido tanto a su marido, de ese parecido? Nadie mejor calificada que ella misma para juzgar. ¿Cómo era, pues, exactamente la cabeza de la foca?

Ante todo, la viuda rechazó como un pensamiento sacrílego la idea de profundizar la pesquisa. Pero poco a poco se fué acostumbrando y terminó por preocuparla con mayor violencia, por cuanto ella no poseía retrato alguno de su marido, habiendo siempre manifestado éste un gran horror por la fotografía y habiéndose negado sistemáticamente al pedido de los operadores, aficionados o no.

— ¿Si después de todo — decíase la señora Desaguets — fuera cierto que mi pobre Clemente parecíase, en mucho mejor, bien entendido, a uno de esos animales tan amables, inteligentes y buenos maridos, como se afirma?

Una tarde, no pudiendo ya contenerse más, fué al Jardín Zoológico.

— ¿La foca? preguntó a un guardián con una voz emocionada que sorprendió al empleado.

Se acercó a la piscina cercada. En este momento, sobre el escollo que corona la fuente, reposábase en plena luz una foca vigorosa, ejemplar aventajado de la especie. A la señora Desaguets se le escapó un grito y estuvo a punto de desmayarse:

— ¡Clemente!

Era un parecido sorprendente. Su Clemente, su marido querido, estaba allí echado sobre el vientre y la miraba con ojos desbordantes de ternura. Casi sonreía.

La sorpresa y la emoción de la viuda fueron más violentas a la vista del seudoaparecido porque, como decíamos, después del día fatal, ninguna imagen había recortado la nitidez de su recuerdo.

La señora Desaguets quedóse hasta que cerraron el Jardín, no sin haber desmenuzado antes de irse varios panecillos de harina de maíz ante el anfibio, poco acostumbrado a tanto regalo. Luego volvió... Volvió a menudo, porque el parecido sorprendente le permitía pensar mejor, con más intensidad, más fervor y con mayor placer en el desaparecido.

Sus visitas están hoy disciplinadas. Va a ver a la foca tres veces por semana, cargada de dulces. Va también en ciertos aniversarios: el de sus esponsales, el día de su nacimiento, el día de su muerte, el día de San Clemente... Va a ver más a menudo a la foca que lo que va al cementerio y lleva más pescados al zoológico que flores a la necrópolis. Sin buscar las razones de esta preferencia, de esta generosidad y de una cantidad de nombres afectuosos que le dispensa, la foca se deja acariciar. Rápidamente acostumbrada, corre al encuentro de la amiga que espera alerta en lo alto de su promontorio de cemento.

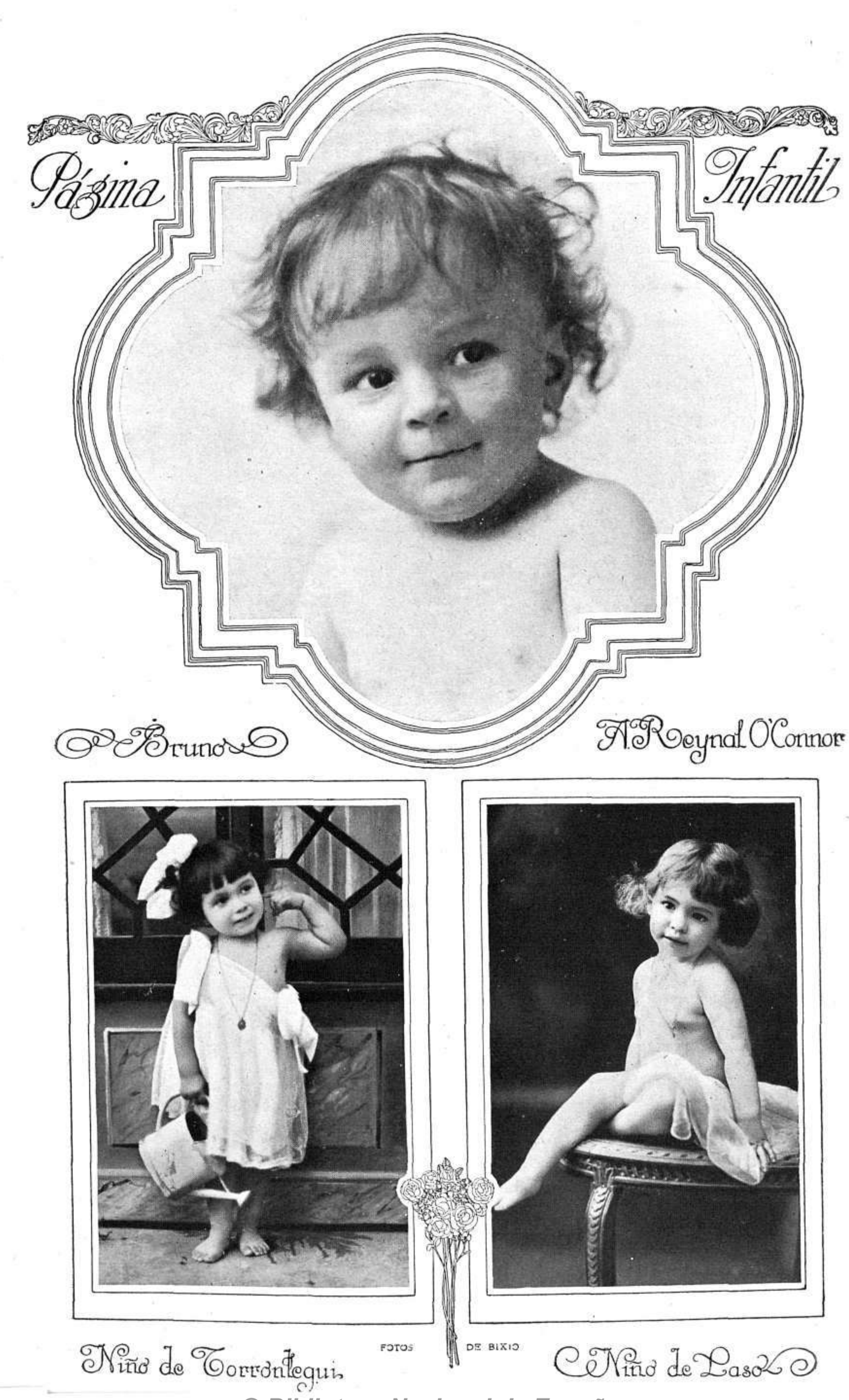
Y haciendo, bien entendido, algunas restricciones esenciales, se puede casi decir que la señora Desaguets se ha vuelto a casar.

MIGUEL ZAMACOIS

DIBUJOS DE MACAYA



Página Infantil



Bruno — A. Reynal O'Connor

Niño de Torrontegui — Niño de Laso

FOTOS DE BIXIO



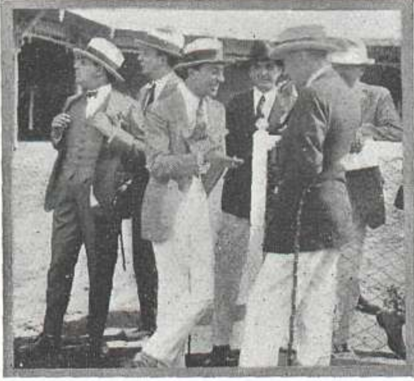
TEMPLO SIMBÓLICO

GOUACHE DE SIRIO

LA TEMPORADA EN MAR DEL PLATA



El intendente municipal de la capital, doctor Carlos Noel, en el stand de tiro, aprestándose a entrar en un concurso.



El señor Federico de Alvear felicitado en el hipódromo por un grupo de amigos, debido al triunfo de su caballo Juglar.



Señor César González Segura, presidente del hipódromo, y sus hijas.



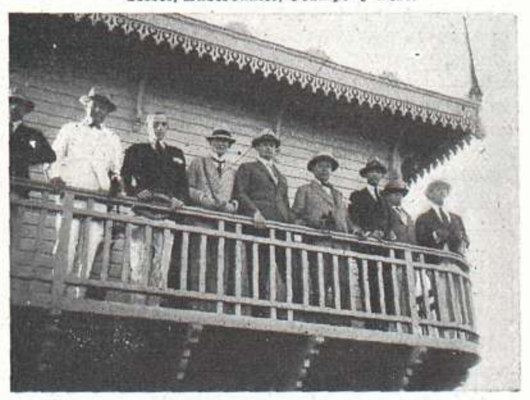
Figuras conocidas del aristocrático balneario presenciando un partido de polo que se jugó en Chapadmalal, en honor del doctor Alvear durante su estada.



Un prestigioso grupo de damas a la hora del vermouth en el Ocean Club. Hállanse, entre ellas, la señora de Riglos y las señoritas de Torres, Zuberbühler, Ocampo y Dose.



El doctor Noel, con los señores Federico de Alvear, Ocampo y Lastra, comentando el resultado de la reunión inaugural de las carreras.



El comisariato del hipódromo en su palco, compuesto por los señores Santamarina, Paz, González Segura, Rovirosa, Galán, Deheza, Ocampo, Martínez de Hoz y Roca Victorica.



Señorita Rosalba Aliaga Sarmiento.



Señorita Angélica Centeno.



Señorita Blanca Ocampo.



Señoritas de Torres Duggan.



Señorita de Cantilo.



Doctor Enrique M. Mosca, gobernador de la provincia de Santa Fe, celebrando un acuerdo con sus ministros en su despacho de la casa de Gobierno.

EL DIA DE UN GOBERNADOR
CON EL PRIMER MAGISTRADO DE SANTA FE



A pesar de su ya larga y lucida carrera política, el doctor Enrique M. Mosca, actual gobernador de Santa Fe, nuestra primera región agrícola tan pródiga en recursos naturales, apenas cuenta 42 años de edad, siendo, por todos conceptos, lo que pudiera llamarse un joven veterano que ha sabido recoger, durante sus dos largos lustros de actuación pública, un caudal de experiencias y conocimientos cuya provechosa aplicación en el gobierno de su provincia está cristalizando ahora con excelentes resultados prácticos.

Templado en las lides democráticas, ha puesto en juego sus actividades desde 1911, año en que se lanzó a la lucha, consiguiendo ser diputado provincial algunos meses después, y casi en seguida, por natural gravitación, ser elevado sucesivamente a los ministerios de Instrucción Pública y de Gobierno de la provincia en que vió la luz, cargos que desempeñó con notable acierto y que más tarde habían de servirle para regir los destinos de aquella comarca con beneplácito de sus fuerzas vivas y de la opinión general.

En 1918, a raíz de una campaña en que de nuevo se pusieron de relieve sus peculiares características de político concienzudo y enérgico, fué dipu-



El primer mandatario en su casa particular, conversando con el doctor Juan Arzeno, presidente del Consejo de Educación de la Provincia.



El gobernador, acompañado de un significado funcionario político, hojeando un tratado de leyes provinciales.



El alto dignatario en los momentos de abandonar su automóvil para dirigirse a su despacho oficial.



El doctor Mosca sorprendido por la cámara fotográfica en uno de sus deportes favoritos.

tado nacional, interviniendo con frecuencia en los asuntos que se relacionaban con el progreso de su tierra natal; y transcurridos dos años, en 1920, resultó electo gobernador de Santa Fe por una considerable mayoría de votos.

Esta es la breve historia de un hombre que, consagrado por temperamento a los negocios cívicos, «trabajó y llegó», dos verbos puestos por él en acción patriótica merced a sus cualidades de inteligencia, honradez y perseverancia.

Sus dedicaciones políticas no impidieron al doctor Mosca el cultivo de los estudios profesionales, adquiridos en su juventud en centros universitarios, hermanando así cultura docente con las reconocidas dotes de estadista que posee.

Las gestiones administrativas que ha desarrollado para aplicarlas con carácter gubernativo, si bien muchas de ellas han sido combatidas con energía por ciertos grupos opositores, algunas han logrado implantarse de acuerdo con los sanos principios en que fueron inspiradas.

Para CARAS Y CARETAS.

Por sus notas gráficas de inestimable valor y por su consagrada tradición de cultura, que han sabido conservar y acrecentar a través del tiempo sus directores — desde la época que campeara en brillantes páginas el espíritu irónico y sutil del inolvidable José Alvarez — CARAS Y CARETAS *es, sin duda alguna, en su género, la publicación más prestigiosa y más leída de la América del Sur.*

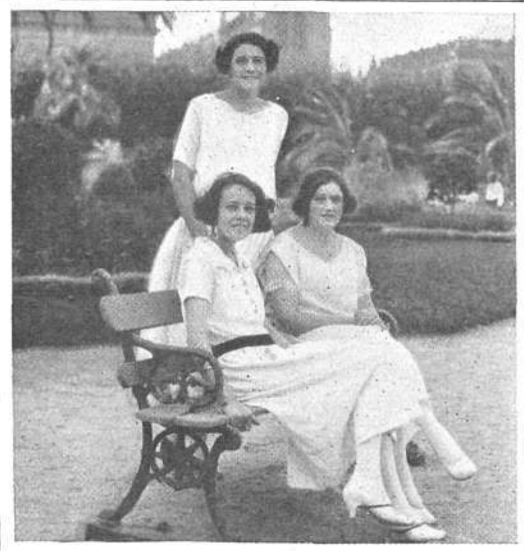
E. M. Mosca

Santa Fe, febrero de 1923.

Grupo familiar en que aparece el doctor Mosca con su señora Amalia Guerra de Mosca y con sus hijos Enrique, Amalita, Lino Horacio y Angela Virginia.



Señoritas María E. Brizueta y Sara y René Dubois.



Señoritas Amalia y Carlota Trinca y Catalina Harrington.



Señoritas Vicenta y Felisa Oviedo y Susana Cuenin.



Señoritas Agueda Chaves y Celina y Raquel Bottini.



Señoritas Aida Bertrán e Inés y Amelia Mac Guirre.



Señoritas Evangelina Nieto, Amelia y Yeya Molinari y Delia Alvarez.



Señoritas Clotilde de Guili y Mercedes Couget.

Notas sociales

Las clásicas reuniones

Las costumbres, digamos sociales, de nuestras niñas no habrían dado motivo a Federico Mertens para escribir «La hora del balcón» ni a José Rafael de Rosa «Las chicas del 33». Estamos tan lejos de todo eso que bien podemos sentirnos satisfechos.

El balcón, por aquí, está fuera de uso. Los hay, y, *como en España, hermoseados* por la maceta que deja colgar sus flores rojas; pero nuestras niñas toman el fresco en la plaza 25 de Mayo, de la que se ha hecho el paseo tradicional.

Teniéndolo así en cuenta fué que la comuna, hace ya más de diez años, mandó reformar ese paseo y se colocó en condiciones de estética edilicia que la señalan como una de las mejores plazas de la provincia de Buenos Aires.

Nosotros podemos decir que tenemos un conjunto notable de mujeres bellas y graciosas, sin vanidad, pero elegantes. Visten sencilla y correctamente, quizás con lujo, porque las condiciones generales de la economía local lo permiten. Además está el recurso de la «habilidad», que frecuentemente «tuerce y da vuelta» los trajes, reformándolos, quitándoles aquel «aspecto viejo» y haciendo un vestido nuevo. No es poco el fa-



Señoritas Angélica Composiello, Clotilde Sarmiento y Blanca Rizzi.



Señoritas Luisa Tosco y Fina y Marita Sosa.



Señoritas María Luisa y Aída Barzano y Adelina Denegri.



Señoritas Eloísa López y Nélida, Delia y Alda Solari.



Señoritas América e Italia Pedemonte.



Señoritas Blanca Ofelia Borchex, Ana María Battilana y Rosita Batae.

de Junín

en la plaza 25 de Mayo

vor que a este respecto reportan los jabones de anilina... Pero esto en el detalle y en la excepción. El conjunto es admirable, sugestivo, y un paseo por la plaza 25 de Mayo, cuando se lleva «algo» en el espíritu, deja en el ánimo una sensación de belleza y de esperanza que agita el corazón...

Al caer de la tarde y a las primeras horas de la noche, el observador curioso puede deleitarse presenciando juveniles y risueños desfiles de muchachas que saben lucir, en grupos encantadores, el prestigio sencillo y provinciano de su belleza.

El fotógrafo nos permite poner ante el lector la más cierta de las pruebas; las «poses» que tomó, sin duda con arreglo a un fin de publicidad, muestran un conjunto magnífico de señoritas de la sociedad de Junín que hace pensar con emoción en los secretos que guardarán aquellos rincones que más ensombrecen la espesura de una arboleda o la falta de un foco eléctrico... Mujeres — mujeres jóvenes y hermosas — que hacen amable la vida y aclaran la esperanza del porvenir: es eso lo que el fotógrafo nos presenta.

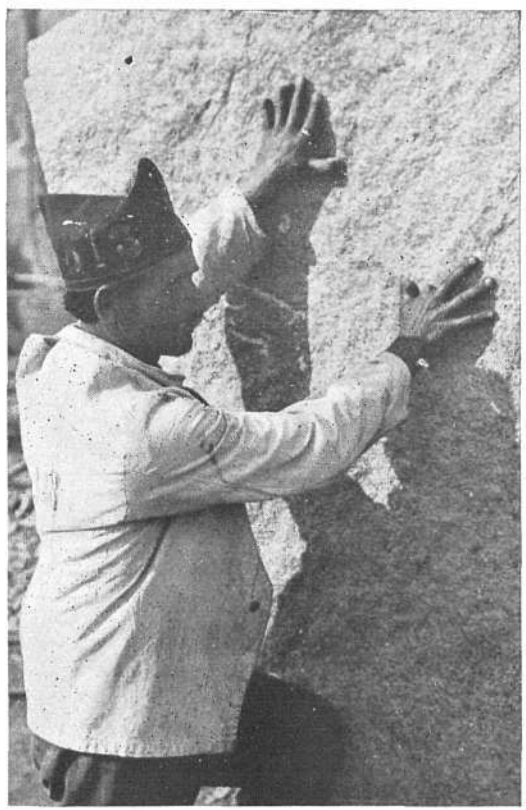
CORRESPONSAL.

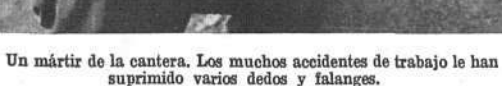


Señoritas Cayetana Villafañe y María Esther Dubois.

VISIONES DEL PRESIDIO

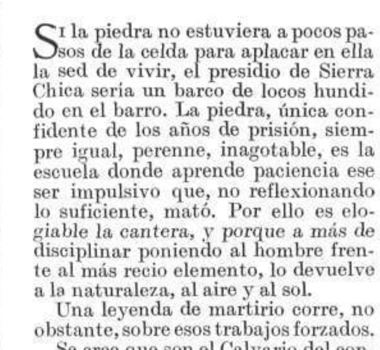
EN LAS ENTRAÑAS DE LA




Un mártir de la cantera. Los muchos accidentes de trabajo le han suprimido varios dedos y falanges.

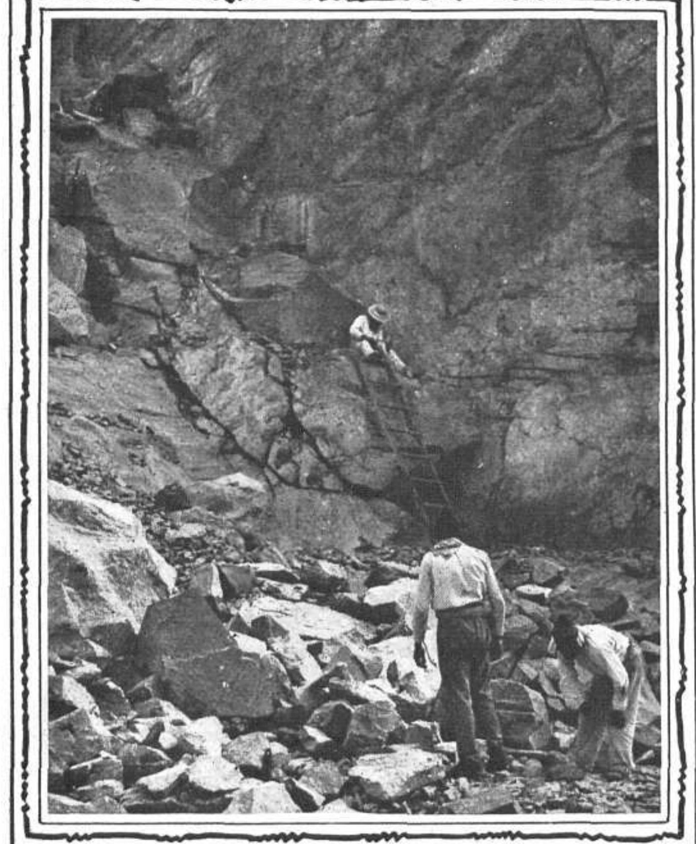

Como dijo el poeta: «Piedra entre las piedras».


Acarreando los grandes bloques de granito hacia las máquinas que cortan los adoquines.


Si la piedra no estuviera a pocos pasos de la celda para aplacar en ella la sed de vivir, el presidio de Sierra Chica sería un barco de locos hundido en el barro. La piedra, única confidente de los años de prisión, siempre igual, perenne, inagotable, es la escuela donde aprende paciencia ese ser impulsivo que, no reflexionando lo suficiente, mató. Por ello es elogiable la cantera, y porque a más de disciplinar poniendo al hombre frente al más recio elemento, lo devuelve a la naturaleza, al aire y al sol.

Una leyenda de martirio corre, no obstante, sobre esos trabajos forzados.

Se cree que son el Calvario del condenado, y adquiere allí el oficio de picapedrero el aspecto de una tarea de galeote. El trabajo de la piedra vencerá, aniquilará al preso, se dice. Lo hará su víctima. Y no es así. Trabajar la piedra es un oficio noble y una labor sedante. Es una ocupación de hombre sano. Y la prueba más elocuente podría ser que en seis años


En las entrañas de la cantera inagotable.


En lo alto del cerro.

DE SIERRA CHICA

CANTERA INAGOTABLE



Llenando el tonel sin fondo de las trituradoras.



Una escena del trabajo de la piedra. Extrayendo un cuerpo extraño del ojo de un compañero de labor.

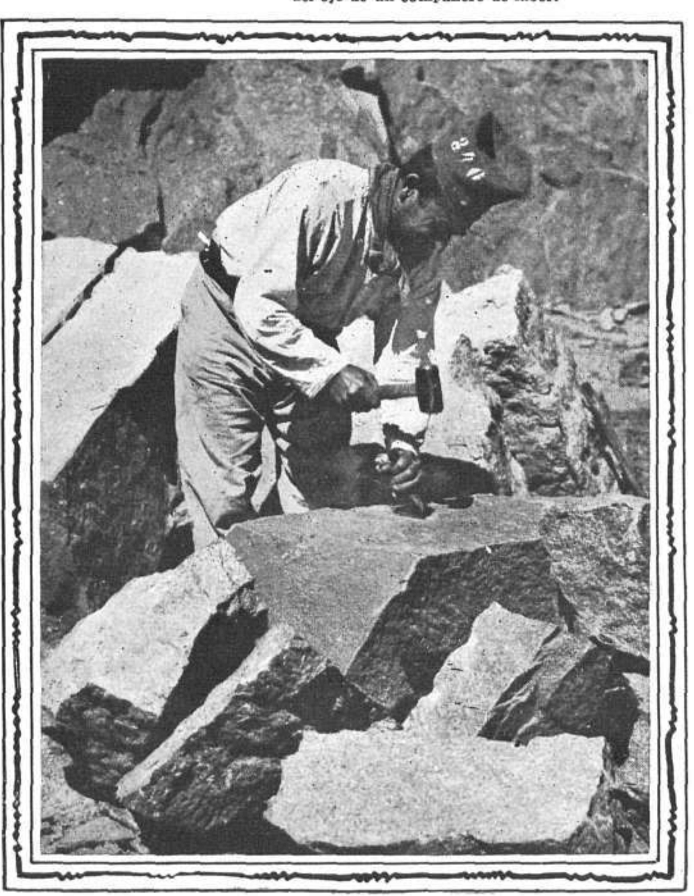


En uno de los buracos de la cantera; preparando la entrada de un barreno.

sólo han muerto cinco penados allí.

¿Es un pozo en la tierra la cantera? Sí. ¿En lo alto se pasean los vigías armados? Sí. ¿Nadie puede huir? Nadie. ¿Pero no estamos en un presidio? ¿A qué vienen esas preguntas? No por eso ese tonel sin fondo inagotable es una pesadilla para el preso. Y si una política carcelaria podía ser alabable, como me lo decía el director de caminos de la provincia, sería la de hacer de Sierra Chica el vasto emporio de la piedra, enviando al presidio todos los condenados provinciales y nacionales, asegurándose así la construcción casi gratuita de las rutas que nos faltan. Tener un hombre en la celda — y aquí habla Bernard Shaw — es un crimen. Se le prepara a la reincidencia, a la tisis, a la locura. Hay que darles un sitio en la tierra que los convenza y un espacio al sol que los fortalezca. He ahí la cantera extensa, eterna, inextinguible.

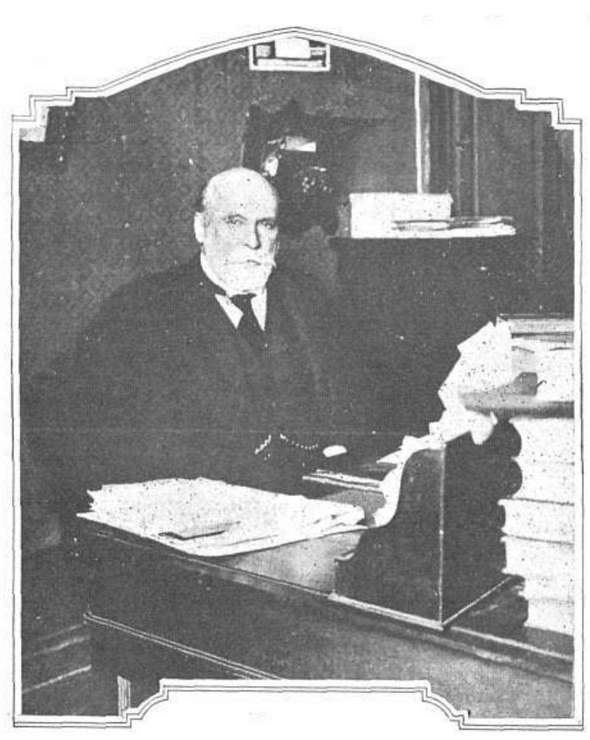
VIZCONDE DE LASCANO TEGUI.



Los dos adversarios. La piedra triunfa siempre.



el guardia cárcel celoso.



"CARAS Y CARETAS" EN EL URUGUAY

EL NUEVO PRESIDENTE DE LA CÁMARA DE DIPUTADOS

Doctor AURELIANO RODRIGUEZ LARRETA

La grave crisis porque atraviesa el Partido Colorado — que tantos años lleva en el poder — acaba de manifestarse, en una forma aun más rotunda de cómo se manifestara durante las elecciones últimas, con la ascesión de un miembro conspicuo del Partido Nacional a la presidencia de la Cámara de Representantes.

Los diputados batllistas, radicales y riveristas (las tres fracciones del Partido Colorado) no pudieron ponerse de acuerdo y el Nacionalismo, que hace avances grandísimos al amparo del voto secreto, ganó con sus representantes en la votación.

Si este hecho se hubiera producido años atrás (en el caso de que la bancada nacionalista fuese entonces tan numerosa) el estupor de los que se habían acostumbrado al gobierno indefectible de Batlle, o los amigos de Batlle, no hubiera reconocido límites.

Pero, al amparo de una política abierta, democrática, inclusive el cambio fundamental de gobierno, es decir: el gobierno de los blancos, ya no nos toma de sorpresa.

Y es que, con esa formidable arma que es el voto secreto, no hay «situación de partido» con estabilidad.

Los nacionalistas (o blancos) no consiguieron alcanzar la presidencia de la república en las elecciones de noviembre. Pero por algo se empieza: tres meses después, sin apremios, sin alharacas, se han hecho de la presidencia de la cámara de diputados.

Este lugar político preeminente pasa a ser ocupado por un parlamentario avezado y docto: don Aureliano Rodríguez Larreta. Antes de ahora hemos descripto su personalidad.

Viendo su porte noble y altivo, bondadoso y enérgico — dijimos — se piensa en un recio caballero hispano que bien pudo figurar en ese lienzo prodigioso que es «La rendición de Breda». La barba, plateada y bizarra, completa la impresión.

La historia política de don Aureliano Rodríguez Larreta es larga y movida. Era muy joven cuando intervino en política, allá por el año 75, cuando blancos y colorados, de consuno, hicieron un comité a fin de propiciar la candidatura de José Pedro Varela para alcalde ordinario de Montevideo.

Sobrevino un álgido conflicto y la sangre corre como en un holocausto. Labandeira rueda entre los muertos. Cae Ramón Márquez, cae Isaac Villegas... Y la barca «Puig» sale hacia la Habana con numerosos deportados. Rodríguez Larreta es uno de ellos.

La iniciación política de este hombre, como se ve, no es muy halagadora.

Cuando vuelve a su patria, en una radiante primavera, cuatro años después, el Uruguay arde en guerra. Rodríguez Larreta se entrevista en Buenos Aires con el coronel Julio Arrué, que le incorpora a sus fuerzas. Pasan por la Agraciada. Y entre ese puñado de heroicos invasores, avanzan Gonzalo Ramírez y Miguel Herrera.

Se da el combate de Perseverano. En lo más recio de la refriega cae herido el doctor Rodríguez Larreta. Uno de los soldados de su compañía grita con alarma:

— ¡Han matado al capitán!

El doctor Rodríguez Larreta, que es un humorista, nos hubo de contar, chanceando, el grave trance:

— Sentí un golpe terrible, algo como si me hubiese encajado su patada un percherón, y me desplomé como si me hiriera un rayo. ¡Pasó un minuto, o dos, o cinco!... No lo sé a ciencia cierta. Recuerdo, sí, que para saber, exactamente, en qué condiciones me hallaba, tuve que pensar un poco: «¿Estoy muerto?... ¿Estoy vivo?... Si estoy vivo debo levantarme». Y me incorporé. Al poco rato me recogían los míos.

Eran los vencedores de Perseverano.

Aquel triunfo le había costado a nuestro hombre un balazo en la cintura y otro en el brazo, atravesado de parte a parte. Pero el balazo de la cintura, que pudo ser mortal, resultó apenas un machucón, porque el proyectil chocó en las esterlinas que don Aureliano llevaba en su cinto. De ahí que el doctor Rodríguez Larreta sonría cuando recuerda el lance:

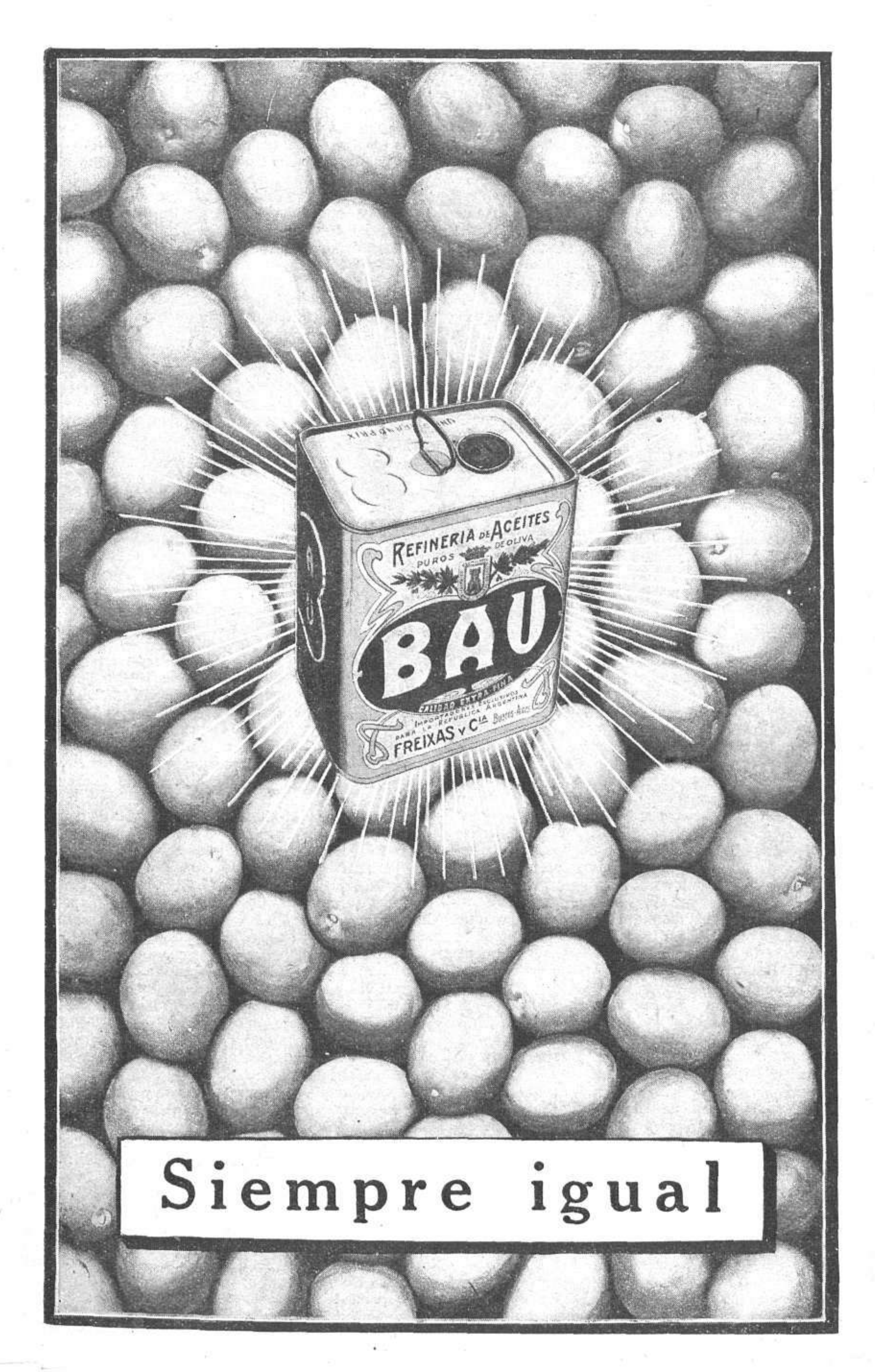
— Es inútil: para andar por la vida es preciso tener algún dinero.

Abrió su bufete de abogado en 1886. Y cuando más contraído se hallaba con el estudio de los expedientes que se le confiaran, estalla la revolución del Quebracho. Se fué a Buenos Aires, actuando, con Zorrilla de San Martín, en la Junta de Guerra. Era uno de los secretarios y no se dió punto de reposo.

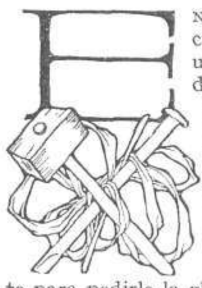
Hecha la paz, el doctor Rodríguez Larreta vuelve al Uruguay y es llevado al «Ministerio de Conciliación», con Juan Carlos Blanco y Gonzalo Ramírez. Los tres representaban a los partidos oposicionistas. No se entendían con Santos, al que reemplaza Tajes. Tampoco había inteligencia posible dentro del gobierno. Al mes y medio baja el general Tajes del poder, para que se ciña la banda Julio Herrera y Obes. En ese entonces, don Aureliano Rodríguez Larreta ya está en el parlamento. Fácil orador e interruptor desconcertante, pronto se hace famoso.

Frente al doctor Aureliano Rodríguez Larreta lo que más sorprende es la vivacidad de su mirada. Las pupilas, de un azul brillante, son de esas de las cuales se oye decir frecuentemente que hablan.

El padre de don Aureliano era oriental, pero a raíz de la Guerra Grande marchó a Buenos Aires, donde nacieron casi todos sus hijos. Unos, como el actual presidente de la Cámara de Diputados, quedaron en el Uruguay siempre; Carlos, en cambio, emigró el 68 y no volvió más. De él desciende ese refinado autor de «La Gloria de Don Ramiro».


REFINERIA DE ACEITES PUROS DE OLIVA
BAU
CALIDAD EXTRA-FINA
IMPORTADORES EXCLUSIVOS PARA LA REPUBLICA ARGENTINA
FREIXAS Y Cia Buenos-Aires
Siempre igual

Ettore Ferrari

N 1906, en la Exposición Internacional de Milán, pudo admirarse un enorme altorrelieve, modelado por el escultor Héctor Ferrari, para el monumento a Mazzini en Roma. En 1906 Héctor Ferrari tenía 57 años y estaba en el ápice de su fuerza creadora; por consentimiento unánime el monumento a Mazzini habría sido el broche de oro de su carrera y su documento fehaciente para pedirle la gloria a la posteridad.

Han pasado desde entonces diez y seis; el gran escultor tiene 73 años y el monumento a Mazzini no ha sido todavía inaugurado.

¿Es qué Héctor Ferrari siente siempre verdes sus fuerzas? ¿O es que el artista no sabe decidirse a abandonar para siempre la obra de su gloria, la obra que es casi una cosa sola con su existencia?

Héctor Ferrari es el escultor más fecundo de la generación que ha precedido a la nuestra; y sólo leyendo el elenco de sus muchos trabajos uno queda asombrado de que un hombre solo haya podido producir tanto; y el asombro se centuplica si uno piensa que Héctor Ferrari hace, desde medio siglo, la más activa vida política; ha sido por muchos años diputado a la cámara, ha sido consejero comunal de Roma y ha sido por más de diez años el Gran Maestro de la masonería italiana.

Héctor Ferrari es anticlerical como un verdadero romano.

Los romanos se dividen en dos categorías: los anticlericales que se afilian a los partidos políticos de la izquierda y los anticlericales que quedan en el seno de la Iglesia: éstos son los más enemigos de la curia.

Políticamente, Héctor Ferrari fué republicano; pero un republicano de los que no tienen prisa: de cualquier manera su republicanismo no le prohibió ser el autor del monumento al rey Víctor Manuel II en Venecia; monumento que no es hermoso por la razón sencilla de que todos los monumentos patrióticos recientes, en Italia, tuvieron la suerte de ser feos; sin embargo, también en esta su obra Héctor Ferrari pudo mostrar que en él había, y hay, el temple de un gran artista.

La escultura de Héctor Ferrari tiene algo de catedrático; el amor al clasicismo, cuando se hace tendencia, adquiere fatalmente algo, o mucho, de frialdad. Ferrari ha sido esclavo a menudo de su adoración por el clasicismo; y eso ha restado valor emotivo a muchas obras suyas, concebidas noblemente y artísticamente ejecutadas. Pero cuando el escultor se ha olvidado de los clásicos; cuando ha abandonado las riendas a su corcel permitiéndole correr libremente; cuando este enemigo de dogmas religiosos llegó a serlo también de los dogmas estéticos, entonces su genialidad mostróse en toda su fuerza y la arcilla bajo sus dedos tomó aspectos de vida y tuvo alma.

Diputado, consejero, partidario activo de la democracia, ha sido también el escultor de la democracia. Menos pocos monumentos sepulcrales, todos sus trabajos tuvieron por tema hombres o ideales democráticos. Su primera estatua, hecha a los veinte años, fué la de Stefano Porcari, el tribuno de la Roma Medioeval; su primer grupo, «Cum Spartaco pugnavit», es una glorificación del concepto insurreccional. Una de sus más bellas estatuas es la de Giordano Bruno, el fraile filósofo quemado vivo en 1600; para Nueva York esculpió la estatua del gran repúblico Abraham Lincoln; estatuas de Garibaldi tiene muchas: una en Vicenza, una en Pisa, una en Rovigo, una en Macerata, una en Massa Marittima, una en Cortona; sin contar los bustos modelados en honor del héroe nacional levantados en muchas plazas de Italia.

Gabriel Rosa, José Avezzana, Alberto Mario, Carlos Cattaneo, Mauro Macchi, Antonio Mordini, Alfredo Baccarini, Aurelio Saffi, Aquiles Sacchi, Juan Bovio, Félix Cavallotti, todos hombres descollantes en el movimiento garibaldino y mazziniano de Italia, tienen su monumento creado por Héctor Ferrari.

De sus obras sin carácter político definido hay que recordar, entre las mejores, los bustos de Ricardo Wágner, del historiador César Cantú, del penalista Carrara, de Dante Alighieri en Pola y Trieste y de Verdi en Filadelfia; y ya dijimos que su obra maestra, su obra grandísima es el monumento de Mazzini en Roma, concepción amplia y profunda, modelado audaz, de una singular fuerza expresiva; monumento, en suma, que bien podría bastar para la gloria de cualquier gran artista.

Hijo de un escultor patriota y republicano, Héctor Ferrari encontró en la vida su camino trazado de antemano; fué lo que fué por herencia. De suyo agregó una voluntad disciplinada, una actividad sorprendente y el arranque que es la característica de los hombres geniales.

Frente a una producción tan abundante como la del escultor Ferrari no se tiene el derecho de quererlo todo admirable; hay cosas que muestran la inexperiencia juvenil, y hay cosas que muestran la prisa. Notable el hecho de que Héctor Ferrari fué, también durante los años de la academia, un revolucionario, y hostigó y fué hostigado por sus profesores; y, sin embargo, algo de académico ha quedado en su obra, algo que asoma cuando uno menos lo espera; así, todo el simbolismo escultórico de Ferrari viene en línea derecha de sus predilecciones literarias (Héctor Ferrari es un óptimo literato y un más que modesto pintor), todas a base de historia romana: las mujeres que son todas Cornelia madre de los Gracos, los hombres que salen todos de las páginas de Plutarco.

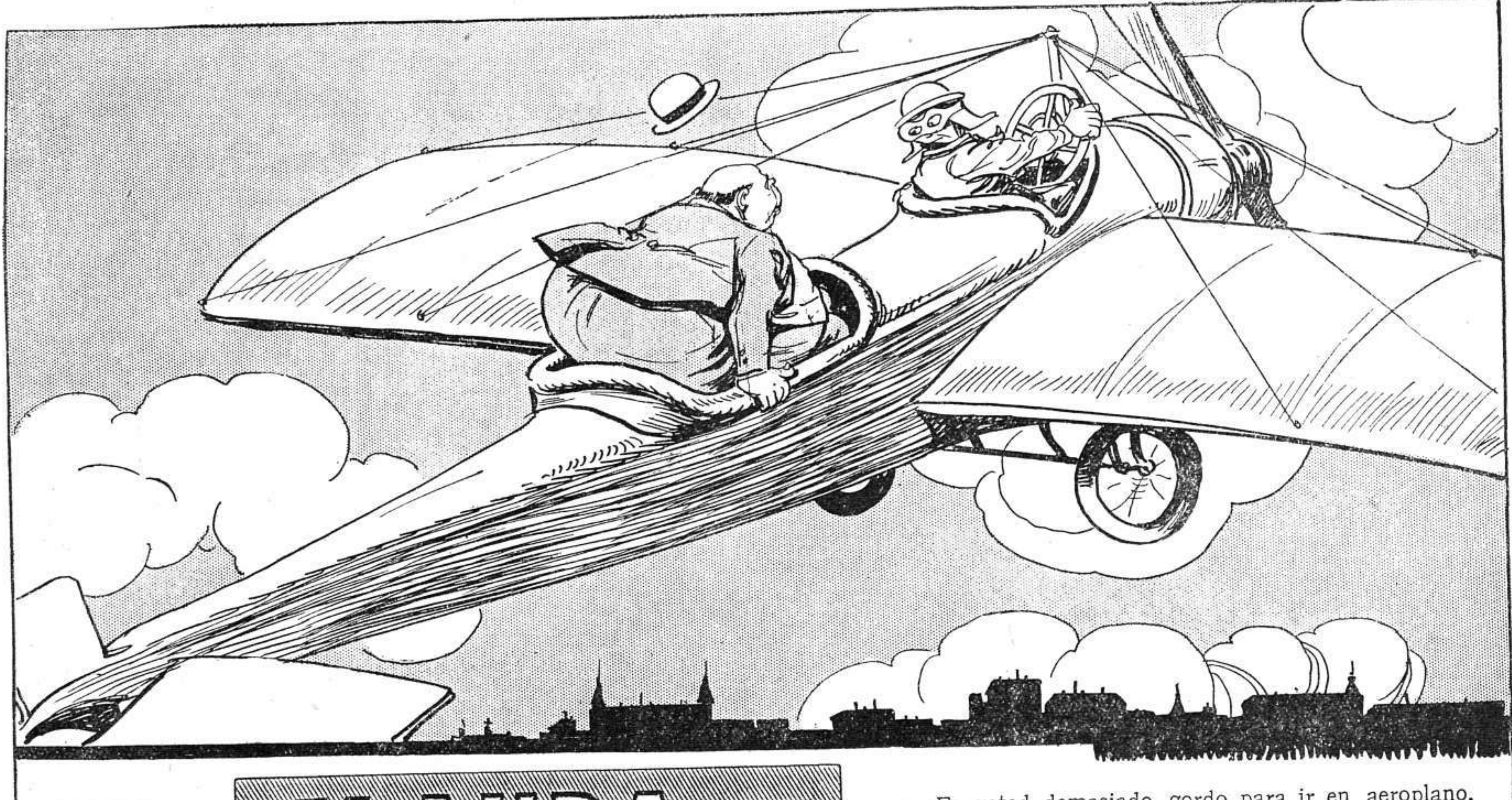
Leones, águilas, faces consulares, yelmos de legionarios, aras votivas, antorchas, escudos, tarjas... Es el clasicismo de los símbolos, una especie de catolicismo al revés, con atributos paganos.

Hasta cuando escribe las fechas Héctor Ferrari es romano.

Yo, ustedes, escribiríamos, como dice el calendario: Septiembre, 20 de 1921. El, no; él escribiría: 20 Settembre, a. u. c. 2674. A. U. C. quieren decir «Ad Urbe Condita», o sea, desde la fundación de Roma. Para hacerle denuesto al papa, Ferrari usa otro calendario.

Lo que no le impide ser un gran artista.

ITALICUS.



NOTA COMICA DEL

GLAUDA VERMOUTH ARGENTINO

—Es usted demasiado gordo para ir en aeroplano.

—¿Y que quiere usted que haga?

—¡Que se baje ahora mismo!...

Almanaque biográfico nacional

Por J. M. BARRIA


Señor Olegario V. Andrade.


Señor Rafael Obligado.


Doctor Roque Sáenz Peña.


Doctor Mariano Varela.


Doctor Benjamín Zorrilla.


General Jenaro Berón de Astrada.

DIAS		AÑOS NACIMIENTO	AÑOS MUERTE	MARZO — PATRIOTAS, GUERREROS, HÉROES Y BENEFACTORES DE NUESTRA VIDA POLÍTICA Y SOCIAL
1	Jueves	1848		Meléndez, doctor Lucio.
2	Viernes		1915	Quirno Costa, doctor Norberto.
3	Sábado		1909	Patiño, Manuel R.
4	Domingo	1812		Almando Segura, Tte. coronel Lino.
5	Lunes	1834		Varela, doctor Mariano.
6	Martes	1868		Señorans, coronel don Jorge.
7	Miércoles	1841		Andrade, poeta Olegario V.
8	Jueves		1920	Obligado, poeta Rafael.
9	Viernes	1811		Aquino, coronel Pedro León.
10	Sábado	1830		Solar, doctor Melitón González del.
11	Domingo		1921	Piñero, doctor Antonio J.
12	Lunes		1904	Seguí, Alberto Pereyra Leonardo.
13	Martes		1906	Berra, doctor Francisco A.
14	Miércoles	1834		Huergo, doctor José María.
15	Jueves		1907	Luque, doctor Tomás J.
16	Viernes	1834		Sáez, doctor Manuel A.
17	Sábado	1810		Ramos, doctor Patricio.
18	Domingo		1920	Nevares, doctor Jaime J. de.
19	Lunes	1851		Sáenz Peña, doctor Roque.
20	Martes		1848	Varela, doctor Florencio.
21	Miércoles		1901	Muñiz, José María.
22	Jueves		1901	Torres, don Gregorio.
23	Viernes		1915	Salas, doctor Carlos.
24	Sábado		1915	Madero, don Eduardo B. (hijo).
25	Domingo		1900	Llerena, doctor Juan.
26	Lunes		1922	Arias Moreno, doctor Sixto.
27	Martes	1837		Zorrilla, doctor Benjamín.
28	Miércoles	1847		Dantas, coronel Julio S.
29	Jueves	1837		Pelliza, don Mariano.
30	Viernes	1855		Lacasa, doctor Pastor.
31	Sábado		1839	Berón de Astrada, general Jenaro.


VALIOSOS REGALOS
para las consumidoras del
POLVO GRASEOSO
LEICHNER
Expirado el 28 del mes último el plazo para la admisión de soluciones que han de participar en la adjudicación de los importantes regalos establecidos exclusivamente en favor de las señoras consumidoras del Polvo Graseoso Leichner, se realiza actualmente la tarea clasificadora de las soluciones recibidas, pero, dada la enorme cantidad que de ellas se nos ha enviado, ha debido intensificarse la ardua labor, ante nuestro propósito de no postergar un solo día la fecha fijada para la adjudicación de los valiosos obsequios.
En consecuencia, y como se había anunciado, el día 15 de marzo de 1923, a las 14 (2 p. m.), en las oficinas de la revista Fray Mocho, calle Bolívar, 879, el escribano señor Pita procederá, en presencia de testigos y de las personas que deseen concurrir al acto, a constatar la hora en que se paró el reloj y a adjudicar dichos regalos.
MENDEL y Cía.
Buenos Aires. — Guardia Vieja, 4439
Montevideo. — Cerrito, 673

EFEMERIDES HISTORICAS

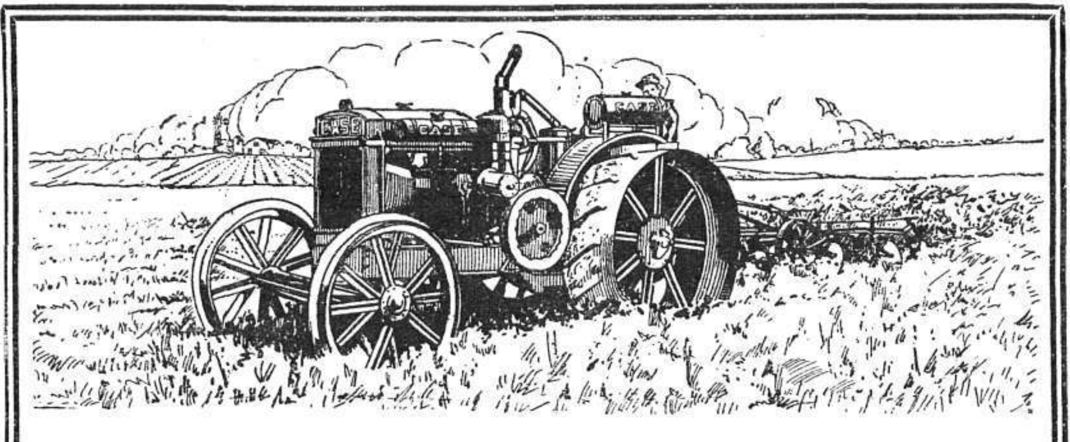
2 de marzo de 1561.—Primera fundación de Mendoza.

ACTA DE FUNDACIÓN DE LA CIUDAD DE MENDOZA POR EL CAPITÁN PEDRO DEL CASTILLO. — AÑO DE 1561. — En el nombre de Dios, en el asiento y valle de Guantala, provincia de Cuyo, de esta otra parte de la gran Cordillera Nevada, a dos días del mes de Marzo, año del nacimiento de nuestro Salvador Jesucristo, de mil quinientos sesenta y un años, el muy magnífico señor Pedro del Castillo, capitán, teniente general en las dichas provincias y sus comarcanos, por el ilustrísimo señor don García Hurtado de Mendoza, gobernador y capitán general en las provincias de Chile, por S. M. y ante mí Francisco de Horbina, escribano de juzgado en dichas provincias, dijo: que, por cuanto él ha venido a estas dichas provincias a poblar y reducir al servicio de Dios nuestro Señor y de S. M. como por las provisiones que de ello tiene, consta, y le es mandado, y tiene de ellas tomada posesión en nombre de la majestad del rey de Castilla don Felipe nuestro señor, y mucha parte de los naturales de ella han dado la obediencia y están de paz; y porque, el tiempo que hace que están en ellas ha sido breve, en el cual no ha podido hallar asiento ni lugar para donde fundar una ciudad con mero imperio; y porque de no fundarla y alzar rollo y nombrar cabildo y regimiento, podrían resultar inconvenientes y daños, así en lo que toca al servicio de Dios y de S. M. como contra los naturales y españoles que en esta provincia están; y para que cesen los dichos inconvenientes y esta tierra se perpetúe y pueble y puedan encomendar los indios en los españoles vasallos de S. M., que en su servicio en este dicho asiento están, para que los puedan doctrinar y enseñar en las cosas de nuestra santa fe y mostrarles a vivir políticamente guardándoles y haciéndoles en todo justicia, me pareció conveniente en este dicho asiento y valle alzar rollo y nombrar alcaldes y regidores y procuradores de la ciudad y oficiales de S. M. y demás oficios que son anexos para el mejor gobierno de ella, y ante todas las cosas, señalando la advocación de la Iglesia Mayor de dicha ciudad, la cual se ha de llamar y nombrar Señor San Pedro, a quien tomo por patrón y abogado en esta dicha ciudad, y por mayordomo de ella a Juan de Maturana; la cual dicha ciudad se ha de llamar y nombrar la ciudad de Mendoza, nuevo valle de Rioja, en todas las escrituras y demás cosas que fuere necesario nombrarse; a la cual doy por términos y jurisdicción con mero mixto imperio desde la Gran Cordillera Nevada, aguas vertientes a la mar del Norte, y de todos los repartimientos de los vecinos que a ella se repartieren; el cual dicho asiento y nombramiento de alcaldes y regidores y oficiales de S. M. y vecinos y moradores de ella hago, dándoles y señalándoles solares en esta tierra de dicha ciudad, como van señalados y nombrados y ciertos; los cuales dichos solares han de ser de grandor de cuadra de frente de doscientos y veinticinco pies de doce puntos y las calles de treinta y cinco pies de ancho.

Y yo, por virtud de los poderes que para ello tengo, y en nombre de S. M. y como mejor convenga para el derecho de los conquistadores y pobladores y vecinos y moradores de estas provincias y de esta ciudad, hago dicho nombramiento y les doy, señalo y nombro, en nombre de S. M. por propios suyos y de sus herederos y sucesores, los dichos solares que arriba están declarados, para ahora y para siempre jamás, para que los puedan vender, trocar y enajenar y hacer de ellos a su voluntad, como cosa habida y tenida por derecho y justo título como éste lo es, guardando en ello y en cada cosa de ello las ordenanzas de S. M.; y porque, como he dicho, conviene nombrar dicha ciudad y alzar rollo y hacer alcaldes y regidores y demás oficios en este asiento para su mejor sustentación, por estar, de lo que hasta hoy se ha visto, más en comarca de todos los naturales y donde hay más comidas, para que menos en vejación de los dichos naturales se puedan sustentar los españoles y de donde se pueda mejor ver y visitar la tierra, y buscar si hubiese otro sitio y lugar que sea mejor para poblar la dicha ciudad, y para lo que tocase al servicio de Dios y de S. M. y bien de los naturales y conservación de los españoles, concurriendo en el sitio y lugar más cualidades que en el sitio y lugar de éste, y así mudándose esta ciudad, el nombre de ésta y alcaldes y regidores y demás oficios, tenga donde se mudase (lo) que tiene en ésta, guardándoles los solares a los vecinos y moradores en la parte que en la traza de ésta les tiene, hacia los vientos que están señalados en la margen de dicha traza; que es fecha ut supra. Y el dicho señor capitán y teniente general lo firmó en su nombre. — PEDRO DEL CASTILLO. — Por mandato de su merced, *Francisco de Horbina*, escribano.

En la ciudad de Mendoza, nuevo valle de Rioja, provincia de Cuyo, a nueve días del mes de Octubre de mil quinientos sesenta y un años, el muy magnífico señor capitán Pedro del Castillo, capitán y teniente general de esta provincia de Cuyo por el muy ilustre señor don García Hurtado de Mendoza, gobernador y capitán general de las provincias de Chile, etc., dijo: que por cuanto él vino a estas provincias, como es notorio a poblar, en nombre de S. M. y por virtud de los reales poderes que para ello trajo, él ha poblado esta dicha ciudad y dado y encomendado a los pobladores de ella en nombre de S. M. los naturales que en ella había, y para la perpetuidad de los dichos vecinos, como se ha usado y usa en las demás partes, que en nombre de S. M. han poblado otras semejantes ciudades como ésta, hay necesidad de darles tierras y heredamientos, para que puedan sembrar y plantar las cosas necesarias para su sustento de sus casas y familia, y por S. M., habiendo visto y mirado toda la tierra y buscado el menor perjuicio y daño de los dichos naturales para dar las dichas tierras, y habiéndose informado de los señores y caciques de este valle, si en la parte que quiere dar y da las dichas tierras a los dichos vecinos y moradores que en ella están, reciben daño y agravio en dar las dichas tierras que así se da y quiere dar y ha dado, están desiertas y vacías, y ellos no se aprovechan ni aprovecharán de ellos; y para que los dichos vecinos y moradores tengan tierras para lo que he dicho así.

Por tanto, usando de los poderes y comisiones que para ello tiene, y como mejor pueda y haya lugar de derecho y conviene a los dichos vecinos como a primeros pobladores y descubridores de estas dichas provincias y vasallos de S. M. le daba y señalaba, les dió y señaló en nombre de S. M. como dicho es, a cada vecino y morador de esta dicha ciudad, así como, y en la parte y lugar que en esta tierra van señalados y nombrados corriendo y tomando las dichas tierras por las partes y lugares que aquí están señalados y con los linderos que tienen, dejando una calle en medio de cada suerte de heredad por la parte del ejido, de veinte pies, para que puedan andar carretas y otro servicio y ganados, guardando en todo ello las ordenanzas de S. M., que sobre ello disponen; las cuales dichas tierras que así les daba y señalaba, y les dió y señaló y nombró en nombre de S. M. y por virtud de la dicha comisión se las daba y dió por propias suyas y de sus herederos y sucesores, para ahora y para siempre jamás, para que las puedan vender y enajenar, trocar, dar, donar y hacer de ellas a su voluntad como cosa suya habida y tenida por derecho real justo, siendo como éste lo es, y mandaba y mandó a las justicias de esta dicha ciudad que estando medidas y amojonadas las dichas tierras por el alarife de esta ciudad, los metan y amparen en la posesión de las dichas tierras, so pena de quinientos pesos para la cámara de S. M., y firmólo aquí de su nombre. — PEDRO DEL CASTILLO. — Por mandato de S. M. *Juan de Contreras*, escribano público y de cabildo.



El Trabajo realizado por un Tractor es Superior al de los Caballos.

4

TAMAÑOS

10/18. 12/20
15/27. 22/40
H. P.
Caballos Fuerza.

ARADOS
"GRAND DETOUR"
para cada tamaño de Tractor.

PARA obtener una buena cosecha es imprescindible ***arar bien*** y a la ***requerida profundidad,*** a fin de traer a la superficie las materias que contribuyen a la fertilidad del suelo.

EL arar ***profundamente*** es un trabajo lento y penoso para los caballos y representa muchos días de pesada labor para el agricultor, que, además, de vez en cuando, se ve obligado a suspender el trabajo si el tiempo no sigue siendo bueno, perdiendo así jornales si emplea peones, y ***perdiendo siempre tiempo*** si trabaja solo.

CONTANDO con un buen Tractor, y arando con tiempo y profundamente, se consigue la eliminación de las malezas, y se conserva la humedad del suelo, quedando el terreno en excelentes condiciones para la producción de una cosecha mejor, ***imposible de igualar*** con la tracción a sangre.

Todas estas cosas anheladas pueden conseguirse empleando uno de los

Tractores á Kerosene



Pida el folleto ilustrado: «Algunas Indicaciones de Utilidad Práctica para los Agricultores», que le enviaremos gratis. Solicítelo por su número 310.

J. I. CASE THRESHING MACHINE Co.

Paseo Colón esq. Belgrano — Buenos Aires

BAHIA BLANCA — ROSARIO — MONTEVIDEO — PORTO ALEGRE

LECTURAS INFANTILES

LA MENTIRA

Por ADELIA DI CARLO

En la semipenumbra del saloncito donde la señora Ana María había terminado de leer una novela sentimental, hizo irrupción la pequeña Beatriz, saltando alegremente.

— Mamita, mamita, ¿no te molesto? ¡He venido porque ya me cansé de jugar con mis muñecas, y quiero abrazarte y besarte, mamá querida!

Y diciendo esto la niña saltó al cuello de su madre y le dió muchos besos.

La pálida belleza rubia de la señora Ana María, como envuelta de improviso por el haz de luz de un reflector, se iluminó con el vivo fulgor de aquella cabecita también rubia de la nena, que era toda una espuma de oro y de sonrisas.

— Soy muy feliz, Bety querida, que tú vengas a mi lado — respondióle acariciando con inmensa ternura a su hijita. — Ahora podría yo preguntarte, ¿qué es lo que te ha puesto tan contenta?

— No, no, mamita; antes quiero saber si es cierto lo que me han dicho algunas veces que las madres se enteran siempre de lo que hacen sus hijos por medio de un pajarito.

— Sí, es verdad. El pajarito viene todos los días a contarme lo que hace mi nena. Ayer, mientras yo estaba recostada, como ahora, en este diván, me refirió un hecho en esta forma:

— ¡Chip!, ¡chip!, ¡chip! Señora; Bety comió sin pedir permiso dos bananas.

— ¡Ay! mamá, a ese pajarito lo voy a castigar porque dijo una mentira: ¡yo comí una sola!...

— Entonces no le escucharé más, y cuando vuelva le diré que le prohibo venir a esta casa, donde no se quiere a los pájaros mentirosos.

— ¡Tanto castigo, mamá, por una mentira!

— Sí, porque la mentira es una acción mala, cobarde y vil.

Dicho esto la señora se puso de pie y tomando a su nena de la mano la condujo al confín de la quinta, donde se encontraba una habitación llena de polvo, porque jamás se limpiaba. En seguida la señora llamó a un peón que se hallaba allí cerca y le pidió que barriese. Al comenzar a mover la escoba se levantó una gran polvareda que estuvo a punto de sofocar a la madre, a la hija y al que ejecutaba el trabajo, hasta que se le ocurrió a la señora llamar a otro peón para que trajera agua, con la que se roció la habitación; en esa forma pudo barrerse y limpiarse sin dificultad.

La explicó luego a su nena lo que aquello significaba, hablándole de esta manera:

— Esta pieza es como el corazón del mentiroso siempre trabado por el engaño que se ha enseñoreado de él; el polvo es la corrupción en que cae; el que empezó a barrer primero es el desprecio que lo anula y aleja de los seres buenos y leales. El que trajo el agua y roció es la Justicia, que, al ejercer su precioso influjo en la vida, dando a cada uno lo que merece, vence y subyuga.

Pero aun eres muy chiquita para entender bien estas cosas. Regresemos ahora a casa. Día vendrá en que volveremos sobre esos asuntos.

Durante el trayecto la señora Ana María contó a su Bety una deliciosa historieta de hadas, donde aparecían varios niñitos que recibieron grandes bienes y honores por haber sido siempre veraces.


La bebida de mesa del hombre de negocios
en ningún caso debe ser tóxica o excitante.
Lo que necesita el hombre de negocios es una bebida que aplaque sus nervios, que alimente y estimule el apetito. La MALTA PALERMO reune estas condiciones mejor que ninguna otra bebida.
Compuesta de los elementos nutritivos extraídos de la cebada, junto con las substancias tónicas del lúpulo, es de un valor terapéutico indiscutible.
Alimenta por los valores nutritivos que contiene; facilita la digestión; favorece altamente la asimilación, por consiguiente estimula el apetito; los elementos tónicos que lleva al sistema nervioso hacen frente al desgaste; de ahí sus efectos calmantes.
Es muy agradable al paladar y los médicos la consideran un alimento tónico natural perfecto.
EN TODOS LOS ALMACENES DEL PAIS
CERVECERIA PALERMO, S. A. — BUENOS AIRES
Malta
PALERMO



ZAPATERO A TUS ZAPATOS

¡Me está bien!... ¡Me viene de perilla!...

He pasado unos quince días en una tortura atroz, con un humor negro, una irritabilidad que nadie se me podía acercar sin recibir contestaciones de aquellas que arrancan al más manso la consabida exclamación:

—¡Avise!...

Desde un tiempito sufría de un fenómeno curioso, al que en los primeros momentos no atribuí mayor importancia, pero que poco a poco me fué preocupando. El fenómeno era el siguiente: unos escozores raros, persistentes, vivísimos en las palmas de las manos y en las correspondientes palmas, digo plantas de las extremidades inferiores.

Me empezaba a rascar y el escozor se hacía cada vez más intenso, hasta darme una sensación dolorosa, como si hubiese golpeado los dedos contra algo resistente.

Por la mañana al despertarme y por la noche en el momento de acostarme era cuando el escozor se hacía más molesto: pero poco a poco también durante el día se hacía sentir... y francamente no era nada agradable, sin contar con que los que observaban mi actitud de mono en plena pelea con las pulgas podían pensar que me hubiese atacado la sarna.

Desgraciadamente dispongo de unos libros de medicina y empecé a hojearlos... ¡No se les ocurra nunca a ustedes hacer otro tanto si quieren conservar la paz y la tranquilidad del espíritu!...

¡Dios mío!... ¡Qué síntoma más terrible el del escozor en las manos y en las otras extremidades, las inferiores!...

El fantasma de la diabetes con su régimen sin pan, sin farináceas de ninguna clase, a base de carne, se me presentaba como un compañero inseparable que me habría seguido por todo el resto de mi vida...

¡Por cierto que se trataba de diabetes!...

Pero no quise darme por vencido... ¡Siempre hay esperanza!...

Total... si tuviera azúcar tendría secos los labios; mi aliento no sabe a manzana, a ese olorcito tan característico de los ingenios ambulantes... Podría tratarse de ácido úrico... ¡Claro!... ¡Dada mi constitución debe ser eso! Y... empecé a comerme unos tres o cuatro limones por día... Dicen que los limones constituyen un soberano remedio para eliminar los uratos...

—¡Pero cómo puedes comer esa porquería así!... ¡Te va a echar a perder el estómago!...

—¡Yo sé lo que hago!... Si los como, es decir que mi físico los necesita... ¿Cuándo me han visto enfermo ustedes? ¡Nunca!... Así que déjenme... ¡Yo sé tratarme... pierdan cuidado!...

Continué con los limones, pero ese maldito escozor no se iba... Me dejaba tranquilo una noche, pero volvía a empezar a la mañana... ¡Un día me molestaba muchísimo las manos, el otro día me dejaba tranquilas las manos y se localizaba en las bases!...

Volví a consultar los libros.

—¡Vamos a ver!... «Psoriasis»... «Dermatosis de «forma escamosa... Causas: herpetismo, artritismo, «linfatismo... Síntomas: escamas nacaradas que se «desprenden fácilmente dejando en su lugar una su«perficie roja, brillante, sangrando con facilidad... «Los síntomas generales son nulos o poco importantes: «a veces prurito».

Entonces... psoriasis no puede ser... Es el prurito que tengo especialmente, no a veces... A más no hay escamas nacaradas que se desprendan ni con ni sin facilidad... No hay escamas...

¡Vamos a ver que es esto!... «Ptiriasis»... «Derma«tosis provocada por la presencia de diferentes espe«cies de...»

¡Qué esperanza!... ¡Qué va a ser ptiriasis!... Esa es una enfermedad característica de los que no se cuidan y... quedan poblados... «Síntomas: comezón «a veces muy viva...»

Sí, comezón está bien, pero... ¡Nada, nada!... Por suerte ciertos huéspedes no sabría ni dónde alojarlos...

¡Caramba!... ¿No habrá otra enfermedad que se parezca a la mía?... Ah... Aquí está... «Prurito»... ¡Eso es!...

«Comezón que depende de un trastorno funcional de «los nervios cutáneos...» ¡Por fin!... «Puede ser: «senil, artrítico, diabético...»

¡La comezón me pasó en seguida a la cabeza, e instintivamente me rasqué!... ¡Ahí estaba la sentencia!... Las tres causas sin duda se reunían para ocasionarme ese prurito... La edad, el artritismo y el...

Esa última palabra no quería ni pronunciarla...

¡Cerré el libro con violencia!...

—¡Qué saben esos!... ¡Pero si apenas tomaré un litro o litro y medio de agua por día!... ¡Si duermo como un nene!... ¡Si no tengo ningún síntoma de aquellos que son tan característicos en los azucareros!... Pero... no hay más remedio que hacerse un análisis!...

¡El análisis!... Mientras uno no se ha hecho el análisis puede hacerse ilusiones, puede esperar que no se trate de lo que teme, pero una vez que el examen objetivo, frío, químico, ha dicho: ¡Hay esto y aquello!... no es posible escaparse...

¡Qué raros somos los hombres!...

¡Nos la damos de corajudos y le tenemos miedo a la verdad!...

Y había que ver las vueltas que tomé para conseguir que algún diabético me enseñara el procedimiento para averiguar la existencia de la glucosa... Sin embargo, nadie sabía nada.

—Cada mes acostumbro mandar al hospital para que me digan como sigo...

—Tengo entendido que el análisis cualitativo no es muy difícil... Emplean, me parece, el licor de Felhing, que se consigue en todas las farmacias...

—No sé... He visto que se trata de un líquido azul, pero no sé en qué dosis se mezcla...

Me fuí a una farmacia y con el aire de quien va a comprar remedios por cuenta de otros, dije:

—A ver... un poco de licor de Felhing, ese para análisis...

—¿Cuánto quiere?

—No gran cosa... Una botellita de unos 50 gramos... Ah... Y un tubito de vidrio también para análisis...

El dependiente se apuró a servirme y, mientras envolvía botellita y tubo de vidrio, haciéndome el que quiere una confirmación a lo que ya sabe:

—Para analizar... se pone un poco del líquido...

—Sí... Llena usted el tubo hasta la mitad, más o menos, después le va agregando el licor de Felhing por gotas y calienta todo...

—¿Hasta que hierva, cierto?

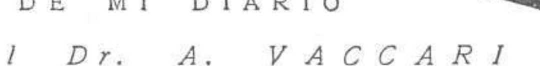
—No... Calentarlo bien, nada más... Si mantiene un color azul la mezcla, entonces no hay azucar, y si toma un color marrón, un color ladrillo, entonces... hay...

—Muchas gracias... Lo sabía, pero... no me acordaba bien de ciertos detalles... Muchas gracias...

Me fuí a casa con todos mis aparatos y aprovechando la soledad me entregué a la química médica.

Una cierta cantidad del líquido elaborado por los riñones pasó al tubito de vidrio. Encendí una llama a gas y mantuve el tubo sobre el fuego... No era fácil sostenerlo con los dedos y envolví el tubo en un trapo de algodón... Con esto, si evité el quemarme, no pude apercibirme a tiempo cuando el líquido empezó a hervir...

Es decir... El tubo de vidrio vibró dos o tres veces

DE MI DIARIO

Por el Dr. A. VACCARI

de una manera extraña como si me comunicara una sacudida eléctrica, pero como pensaba que aquello herviría como agua en un recipiente a fuego lento, no hice caso y mantuve el tubo en la llama hasta que de golpe salió un chorro hirviendo que me mojó y quemó las manos, dejándome un perfume «sui generis».

Volví a completar la cantidad requerida según las indicaciones del boticario y esta vez procedí con más precaución.

Las gotas del licor de Felhing cayeron una por una *en el tubo... Unas cuantas gotas como me había* dicho el técnico...

Pasé otra vez todo a la llama, pero el líquido se mantenía de un color que ni se parecía al azul... Un color amarillo obscuro...

¡Ay Dios!... ¡Estoy enfermo!... ¡No hay duda!... ¡Y grave!... ¡Bastante grave!... ¡Ni siquiera hay una pizca de celeste en todo eso!...

Me quedé toda la tarde con un humor bestial...

— ¿Qué tienes?

— Nada... ¡Déjenme tranquilo!... No me fastidien... No hay cosa peor que perseguir a un cristiano con las preguntas sobre lo que tiene y lo que no tiene. ¡No tengo nada!... ¡Estoy bien!... Y estaría mejor si me dejaran tranquilo...

¡Huelga decir que la comezón se presentó más feroz que nunca a las horas de costumbre!... En mi fuero *interno* pensaba en las *toneladas de azucar que iría* elaborando y en las consecuencias que podría ocasionarme la implacable dolencia, que no da fiebre siquiera, nada, pero que no permite a uno ni cortarse, bajo pena de que la herida no se cierre jamás...

Y a pesar mío volví a consultar los libros de medicina: « Diabetes... Es una braditrofía que lentamente « conduce a la consunción. Hay muchas formas: la « azotúrica e insípida, la bronceada, la artrítica, la « hepática nerviosa y la pancreática. Los síntomas « comunes son la glicosuria, la poliuria, la polidipsia, « la polifagia y la consunción que puede conducir « a la muerte!...»

Para mí no había llegado el momento de la consunción... ¡Estaba en plena glicosuria!...

No era el caso de perder tiempo... ¡Para mí la vida ya no tenía atractivos! Cualquier enfermedad insig*nificante habría adquirido carácter grave*, y empecé a contemplar con una cierta tristeza hasta los muebles de mi casa.

— ¡Quién lo hubiera pensado!... Y eso que no hice desarreglos de ninguna clase, que he procurado mantenerme siempre de buen humor... ¡Lo que es la vida!...

Está bien que el peligro no es inminente, pero resulto siempre un clavo... Debo cuidarme con un rigor extremo si no quiero precipitarme...

¡Y con todo el mundo no hablé más que de diabetes! ¡Todo el mundo me hablaba de esta enfermedad como de una cosa de nada!...

— Mi tío hace lo menos quince años que se encuentra así... Y sigue lo más bien... ¡A veces se come cada plato de pasta seca que da miedo!...

— Si aquí es una enfermedad que no tiene la im*portancia que tiene, por ejemplo, en* Europa... Hay muchísimos enfermos que siguen relativamente bien...

— Yo la tuve... La tengo y a veces me acuerdo del régimen alimenticio, otras veces no... Sin embargo, estoy perfectamente... Al contrario... He rebajado unos cuantos kilos y eso me hacía falta...

Volví a serenarme...

Pero desde el momento en que tenía la seguridad científica de que en mi organismo se fabricaba y se desperdiciaba glucosa, lo mejor era saber exactamente en qué cantidad... Necesitaba un examen completo...

Por suerte un buen amigo mío está por recibirse en la Facultad de Medicina y le dije:

— A ver, che, si en tiempo perdido puedes hacerme un análisis completo...

— ¿Por qué? ¿Tiene alguna sospecha?

— ¿Sospecha? No... Pero tanto para averiguar cómo anda la máquina...

— Bueno... Coma de todo mañana, y pasado mañana me da una muestra... Unos 250 gramos bastan...

— Muy bien...

Entregué la muestra como habíamos convenido, después de haber comido de todo un poco: dulces, pan, *pasta seca... todo lo que se puede convertir* en azúcar...

— ¿Cuándo puedo pasar por la contestación?

— Pasado mañana...

— ¿Y mañana no sería posible?

— Para hacer una cosa en forma es mejor que me deje tiempo... ¡Pasado mañana!

¡Qué días largos, larguísimos!... ¡Pero pasaron!... Me acerqué al domicilio de mi amigo con una especie de temblor... Esa iba a ser la sentencia definitiva...

La madre del muchacho me anunció que el doctorcito estaba afuera... Había tenido que ir al puerto no sabía por qué...

— ¿Y no le ha dejado dicho nada sobre un análisis?

— Nada...

— ¿Ningún papelito?

— ¡Ninguno!...

— ¿*Cuándo* volverá?...

— Dentro de un par de horas dijo que estaría en el café Callao y Corrientes...

— Bueno... Iré allá entonces...

Y para estar seguro de verlo me puse de centinela delante de una mesita, haciéndome servir café cada media hora... ¡El mocito no apareció!...

A la mañana siguiente, a las ocho en punto, llamaba en la casa del futuro Galeno, que estaba, pero... no visible. Se había metido en el baño... Así que era cuestión de tener paciencia.

Y la tuve.

Ocupé el tiempo charlando un poco de todo con la mamá del joven, que me aseguraba que no sabía nada, nada del resultado del análisis...

— ¡Si no habla nunca ese eso!... Usted cree que hace como los demás, que se dan corte por los enfer*mos que atienden... ¡Qué esperanza!...*

El Galeno por fin salió fresco como una rosa y en hábito sacerdotal.

— ¡Qué pronto vino usted!... ¡No hay nada, señor!... ¡Está usted lo más bien! Lo más sano... ¡Lo felicito!...

— Cómo... ¿No hay nada?

— Nada...

— Pues me alegro... ¿Y a qué se debe entonces esa comezón en la palma de las manos?

— ¿Usted toma mucho café?

— Mucho...

— Suprímalo... Puede ser que se le vaya... Es un fenómeno nervioso... A mí también en la época de los exámenes me ha pasado la misma cosa... Tomaba mucho café y se manifestaron los mismos fenómenos...

— Dígame... ¡Seré curioso!... ¿Cómo se hace el análisis con el licor de Felhing?

— Pone usted mitad del líquido ese que debe examinar y mitad de licor de Felhing en un tubito de vidrio... Lo hace hervir... ¡Si se mantiene azul, no hay azúcar; si cambia de color, si toma color de ladrillo o canela, hay glucosa!...

Y pensar que todo ese susto me lo había procurado por el orgullo de no pedir informes detallados de una operación tan sencilla...

¡Pero también ese animal de boticario, que hace los análisis echando el licor de Felhing gota por gota!... ¡Que Dios le perdone y mantenga a sus clientes alejados de su santa mano!...



CONCURSO DE DIBUJOS INFANTILES



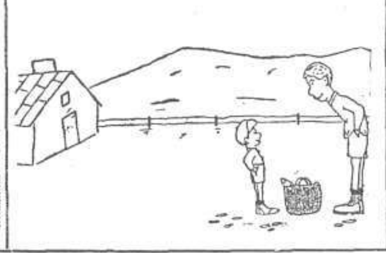
Los dibujos no han de ser copiados, y serán hechos con pluma y tinta negra, a tamaño de postal. Deberán traer el título de lo que representan y, al respaldo, el nombre y dirección del autor. Cada mes se premiarán los dibujos más interesantes, con libros especiales para niños. Los sobres deben dirigirse: «Concurso infantil» CARAS Y CARETAS, Chacabuco, 151.



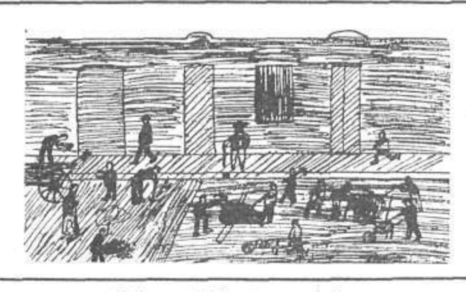
1350 — La radiotelefonía de mi casa.
MARÍA TERESA ERBA.



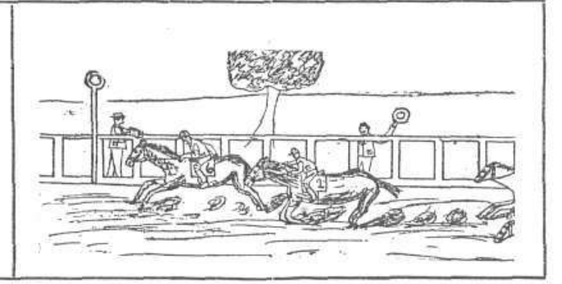
1351 — Leyendo CARAS Y CARETAS
JOSÉ F. BARELLA.



1352 — Conversación interesante
ALEJANDRO GRAU. Madrid (España.)



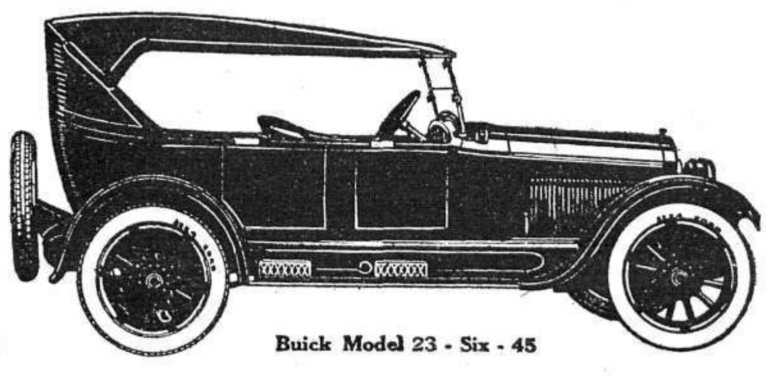
1353 — Asfaltando una calle.
ARNALDO A. PEÑA.



1354 — La llegada de un clásico.
MANUEL BODNER.



BUICK



Buick Model 23 - Six - 45

MODELOS 1923 — SERIE 23

DE 4 Y 6 CILINDROS

Las mejoras introducidas en la presente temporada constituyen un notable adelanto y hacen estos coches aun más cómodos a la vez que simplifican su manejo.

Todas las mejoras aplicadas a los NUEVOS MODELOS fueron estudiadas con el mayor detenimiento y se fundan en los más sanos principios de mecánica moderna.

PIDAN CATALOGOS Y LISTA DE PRECIOS.

Necesitamos buenos agentes en los territorios libres.

Concesionarios Exclusivos:

HENRY W. PEABODY & Cía.

TALLERES Y RRPUESTOS:
BOLIVAR, 1650

SALON DE VENTAS:
Bmé. MITRE, 1746

Buenos Aires





LA DECORACION MODERNA

Por
LUZ Y SOMBRA

La decoración estilo «casi chinesco» para fumadero, que os he presentado en la última parte de mi artículo de la semana pasada, se componía de un grande sillón de mimbre con almohadas de tonos rojo oscuro, acompañando al terciopelo de la ventana, un pequeño mueble chinesco laqué rojo con grandes flores blancas ribeteadas de oscuro, una mesita de te en madera natural clara, otro pequeño mueble chinesco con decoración gris amarilla y un óleo en marco de oro antiguo destacándose sobre el papel rayado de la pared e interrumpido por la ancha guarda pintada al óleo sobre tela y representando un motivo de caza. Esta promiscuidad de estilos, razas, materiales y sujetos no podría ser de peor gusto, y por eso hemos citado, en nuestra crónica precedente, esta decoración que tiene que evitarse.

Asimismo, esas mesas de falsa laca, los falsos biombos, esos rincones chinescos venidos Dios sabe de dónde, caídos por casualidad o por desgracia en un salón Luis XV. Nada más banal y detestable.

El estilo chinesco es un estilo de los más bellos, pero cuya característica consiste en una extrema pureza, en una austeridad casi religiosa, alrededor de la que se desarrolla una fantasía mitológica extraordinariamente poética. Este estilo no tolera promiscuidades. No es que en un cuarto chinesco todo tenga que ser exótico, pues de esta manera se llegaría a una especie de decorado teatral que no tendría nada que ver con la decoración. Pero si, por un motivo u otro, no se puede crear un conjunto de bellas cosas de Oriente, mejor es renunciar completamente a ello. El delito artístico está en querer una mesa de laca, un biombo de laca, colocándolos en cualquier conjunto, porque está de moda lo chinesco; y delito más grande todavía es el de comprar falsas lacas, fabricadas en cualquier parte, que deshonran una materia y un arte tan nobles. ¿Por qué comprar muebles chinescos cuando no se poseen ni vasos ni esculturas ni Budas ni pinturas? Un Buda, en su solemnidad misteriosa y serena, debe presidir con toda su sabiduría un decorado de estilo puro. Los Budas hindúes o chinos se hacen cada día más raros. En cambio, hay todavía en el comercio ciertos Budas birmanos de arte tan exótico y tan bello que animan un conjunto oriental con admirable buen gusto.



Kuan-Ti, dios de la guerra, biscuit de la época de Kang-Shi.

El problema de las porcelanas es más delicado aún que el de los muebles, pues aquéllas son cada día más raras. Sin embargo, en un salón chinesco, una sola y linda porcelana es suficiente, ornada de una gran flor o de un vaporoso ramo. Veamos al interior de un boudoir chinesco de verdadero buen gusto.

Ante todo tiene que estar situado en un medio silencioso, ya sea sobre una plaza aislada o frente a un jardín bien provisto de plantas. Si las disonantes bocinas, todo el estrépito de nuestras calles del centro, vienen a sacudir a cada hora los vidrios de este ambiente, ¡cuán penoso contraste! ¡Cuánta profanación del más maravilloso de los artes!

La luz de ese cuarto no tiene que ser demasiado viva; debe acariciar las formas sin brutalidad. Sobre las paredes claras algunas pinturas chinescas, un mandarín, por ejemplo, en su traje de oro pálido; árboles de coral rosa, dulces figuras asiáticas. Entre las dos ventanas un amplio mueble de laca color cuero rojo sobre cuyas puertas se extiende un dragón estriado de oro. Frente a la chimenea un cofre negro de época, con grandes flores de madreperla y un ave fantástica. Allá una cómoda roja o verde indiana, con superficie de mármol rosa y adornos de bronce dorado de estilo Luis XV. Su presencia autoriza algunos sillones ingleses del siglo XVIII, para acompañar un amplio lecho en madera esculturada y cubierto de sedas chinescas. Más allá un vaso Han o Kang-Shi. En un rincón un biombo de Coromandel, con sus casas de techo agudo, sus magnolias, sus nenúfares, y, sobre una mesita baja pero auténtica, unos libros apropiados.

Y cuando veáis, sobre la chimenea, una gloriosa cabeza de Buda, sentiréis que algo grave, noble y dulce penetra en vuestra alma, algo que viene de otras cosas más lejanas y seductoras y mucho más sugerentes que las que inspira un simple decorado.

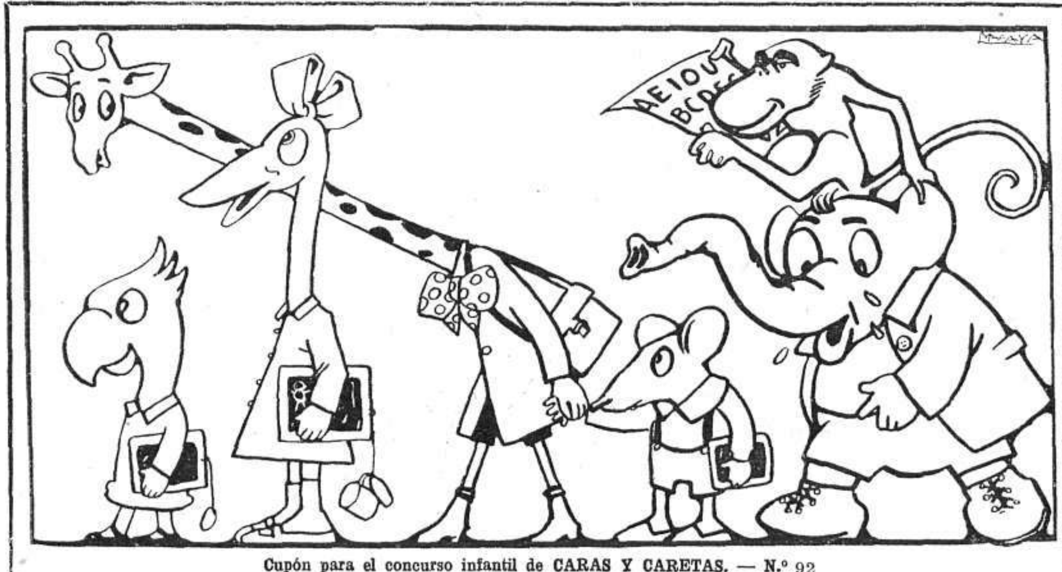


Si aun no conoce usted la deliciosa exquisitez de los productos
de la
PERFUMERIA MENDEL
vale la pena de que pruebe cualquiera de los extractos
ANITRA, MARLISE o SI TU VOULAIS...!
en la seguridad de que, si es temperamento
refinado, y siente inclinación por los perfu-
mes sutiles, delicados y de evidente buen
gusto, no podrá prescindir, en ade-
lante, del uso habitual de estos se-
lectos artículos.
MENDEL y Cía.
Bs. Aires - Guardia Vieja, 4439
Montevideo - Cerrito, 673

CONCURSO INFANTIL PARA COLOREAR DIBUJOS

CARAS Y CARETAS invita a sus pequeños lectores a tomar parte en este concurso, iluminando libremente a la acuarela, al lápiz o al gouache, el paisaje que publicamos. Una vez terminado, pueden remitirlo, unido al cupón que aparece al pie, a la siguiente dirección: Concurso infantil de CARAS Y CARETAS. — Chacabuco, 151-155, Buenos Aires.

Se otorgarán CIEN PREMIOS, que serán distribuídos todos los meses entre los cien niños que más condiciones artísticas revelen.



Cupón para el concurso infantil de CARAS Y CARETAS. — N.° 92

Nombre y apellido...

Domicilio...

Población...

Escríbase claro y mándese este cupón unido al paisaje coloreado.

HOJAS DE ROSA

Jamás una persona que esté sujeta al penoso mal de las laboriosas y tardías digestiones podrá ostentar en su tez esa suave, despercudida, fina y sonrosada contextura que hace exclamar a las gentes, tratándose sobre todo de una mujer joven y bonita: ¡Si son hojas de rosa!

Así como las rosas mismas no florecen frescas y lozanas cuando las calcina el sol y la tierra áspera y dura no les proporciona las substancias necesarias para su desarrollo, así la flor humana se marchita y arruga cuando su aparato digestivo no funciona con regularidad y eficacia.

Las damas ocurren generalmente a afeites a base de substancias minerales para ocultar los vicios o imperfecciones de un mal cutis, sucediendo con esto lo que sucedería si un jardinero ignorante quisiera esmaltar los pétalos de las flores naturales con pinturas y colores corrosivos.

Hay, pues, que atacar el mal en la raiz. Hay que modificar el sistema digestivo, que gobierna el sistema circulatorio. La sangre pura forma los tejidos sanos y mórbidos, y la piel, que es la expresión externa de éstos, se suaviza, limpia y aterciopela, debido a la riqueza de esa generosa corriente en la que reside la vida y la salud. Las

PILDORITAS REUTER

que normalizan la digestión y expelen del organismo los productos nocivos, favorecen la asimilación de los alimentos y la formación de los glóbulos rojos, y son hoy tal vez el único agente misterioso de todas esas bellísimas y deslumbrantes contexturas de mujer que nos dejan extáticos por la soberana hermosura de sus semblantes, ante los que las rosas verdaderas se doblegan en un saludo de admiración.

Por esa razón, no hay mujer bella que no haga uso de las Pildoritas Reuter, que con su eficaz y evidente acción coadyuvan a mantener el prestigio de su juventud y su hermosura.

ESTREÑIMIENTO
DISPEPSIA
DOLOR DE CABEZA
BILIOSIDAD



IDILIO y TRAGEDIA

María era una bella joven hija del Cuzco.

Habitaba sola una pobre choza en la vertiente de un cerro, a cuyo pie corren las aguas del Huatanay, antes de arrojarse en el hondo cauce abierto a través de la ciudad.

Huérfana desde la edad de doce años, su infancia fué triste y solitaria, sin más sombra protectora que la de los árboles del huertecito plantado por sus padres en la contigua hondonada, y donde en una misma tumba dormían éstos el eterno sueño.

Mientras ellos vivieron, María jugaba alegre bajo aquellas frondas. Después, no jugaba ya: oraba y lloraba sobre la oculta sepultura.

Los indios, en su poética lengua, cuando veían, en las laderas del cerro o a orillas del río, pasar aquella hermosa joven de ojos y cabellos negros, siempre sola y meditabunda, llamábanla "la hija de la tristeza".

La solitaria huérfana repartía su vida entre el cuidado del huerto, única herencia de sus padres, y el de un rebaño de corderillos *huachos* (1), a ella confiados por los vecinos ganaderos.

María amaba a estos inocentes seres, y como los pastores de los poéticos idilios, les consagraba, al par que su cariño, cuidados exquisitos.

Uno, sobre todo, era objeto de sus predilecciones.

Habíalo arrebatado, recién nacido, a los dientes de la añatuya, y lo amaba con la ternura que inspira aquel a quien se ha preservado de la muerte.

Su blanco vellocino era lavado todos los días, y cuello y orejas adornados con motas de lana roja.

Así pasó María seis años de su vida.



Un día que la huérfana, seguida de su favorito, cortaba flores en las sinuosidades de las peñas, un soldado desertor que por allí pasaba apoderóse del corderillo y se alejó con el andar rápido del ladrón y del fugitivo.

María corrió tras él, demandando auxilio con gritos desesperados.

Mas aquellos parajes estaban desiertos y el raptor le adelantaba gran trecho en la solitaria cañada. Apenas se percibía el balar del corderillo, respondiendo a los lamentos de su dueña.

De pronto un hombre, surgiendo del fondo de un barranco, abalanzóse al fugitivo, asiólo por el cuello, y arrancándole su presa, dejólo huir y desaparecer en las revueltas de los cerros.

María, radiante de gozo, corrió desolada al encuentro de aquel protector inesperado.

Era un joven apuesto, de moreno y varonil semblante.

La huérfana, al verlo de cerca, detúvose con un movimiento de ruborosa confusión, exclamando:

—¡El hijo del cacique!

—¡Me conoce! — dijo él, con gozosa sorpresa.

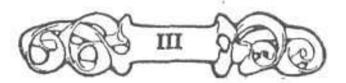
—Hace un año — replicó ella, ruborizándose aun más, en la iglesia, la noche de Navidad.

—Donde yo escuchaba, extasiado, a una divina criatura que cantaba alabanzas al Señor, con una voz dulce como el arrullo de las tórtolas que anidan en los peñascos de Urubamba. Desde entonces, la imagen de la una, y el eco de la otra, grabáronse para siempre en mi corazón.

Hablando así, Pablo, el hijo del cacique, contemplaba a la joven con expresión de apasionado amor.

María levantó hacia él su candorosa mirada.

Pablo leyó en ella, y un torrente de gozo inundó su alma.



Desde entonces, la vida tornóse para la huérfana un delicioso ensueño.

Sus paseos no eran ya solitarios: aguardábala el hijo del cacique a la vuelta de algún peñasco, para salir a su encuentro; y el uno al lado del otro, *mirando en sus ojos, sus ojos*, vagaban, solos, en la florida pradera, sin más compañía que su amor.

¿Solos?

¡No! porque arrastrándose bajo los matorrales, como una fiera en acecho, pálido el semblante, airados los ojos, una mujer seguía sus pasos.

Era Fáala, hija de una tribu nómada, que perseguida por sus crímenes entre los hijos de las selvas, había venido a plantar sus toldos en el valle.

Joven y bella, Fáala llevaba en la sangre los feroces instintos de su raza, que dormitaban, latentes aun, en su seno virginal.

Un día vió a Pablo, y lo amó con la avasalladora pasión de una salvaje.

Y Pablo, en la imprevisión y ligereza de la juventud, sonrió a las miradas apasionadas de Fáala.

Pero aquellas sonrisas convirtiéronse en ceño adusto y desdeñoso, cuando el joven comprendió que el amor de Fáala era una pasión inmensa, impetuosa, que venía a interponerse, como un abismo, entre él y su amada.

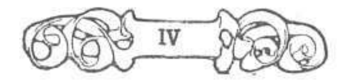
Fáala no quería aceptar aquella indiferencia. El corazón de ese hombre debía ser suyo. ¿No le había sonreído? Y ¿no era esa sonrisa alentar su amor?

(1) Sin madre.

Esa alma ardiente no conocía el dulce lenitivo que tanto alivia las penas de amor: la resignación.

Y cuando descubrió que Pablo amaba a otra, su dolor convirtióse en rabia; y ya sólo pensó en combinaciones siniestras que la vengaran del ingrato y de aquélla que le había robado su amor.

Desde entonces fué la sombra de los dos amantes. Los seguía por todas partes, ora deslizándose entre las altas hierbas, ora oculta entre las grietas de los peñascos; llorando, maldiciendo, mesando sus cabellos, rasgándose con las uñas el pecho, y no obstante, encontrando deleite en aquel martirio.



Pablo y María van a unirse en breve, para siempre. Entretanto, ella, la que antes se dormía con el *último canto de las aves*, pasa ahora las noches en vela, escuchando las trovas de amor que su amante le envía en la voz de la quena; trovas cuyos ecos, aunque lejanos, hacían vibrar deliciosamente en su alma el sentimiento que antes le era desconocido.

Pero siempre, tras esos dulcísimos acentos, María oía, lejano también, un rugido de rabia, que, traído por el viento, pasaba sobre ella como una amenaza.

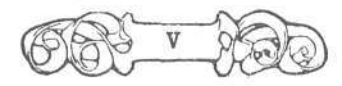
Y los indios de los contornos, escuchando aquel siniestro aullido, cerraban sus chozas, murmurando con espanto:

— El *Yanauturuncu* (1).

María, como ellos aterrada, escondía bajo la almohada la pálida frente, llamando al sueño, que no llegaba sino acompañado de fatídicas visiones. Entre éstas, una, persistente, aterradora; un rostro, a la vez rabioso y desolado, que la miraba con ojos en que flameaba el odio; y se acercaba, se acercaba... iba a devorarla...

María, exhalando un grito, despertaba trémula y las sienes bañadas en frío sudor...

Pero la dorada luz de la aurora sonreía ya en el cielo; los pajarillos cantaban en la fronda del huerto, donde Pablo la aguardaba, junto al sepulcro de sus padres.



Llegó, por fin, el día en que los dos amantes iban a unirse para siempre.

En sus últimas horas, María, henchido el corazón de felicidad, vaga cortando flores en las orillas del río. Blancos lirios, rojas anémonas, arirumas color de oro y azules agrúpanse en su mano, mezclando sus perfumes. Es el ramillete de la desposada.

La joven divisa un heliotropo que inclina sobre el agua sus moradas flores.

María corre a cosecharlas, dejando sobre la arena su abultado ramillete.

En ese momento, debajo de una coposa maja de salvia, como un fantasma salido del centro de la tierra, alzóse una figura siniestra.

Imposible habría sido reconocer a la bella Fáala en aquel semblante demudado por el dolor y la cólera.

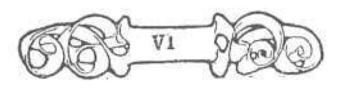
Con un gesto de sangrienta amenaza desapareció, para tornar luego, agazapándose entre los matorrales, en la mano una flor de lívidos matices: la *huañuscca*, de aliento letal.

El ramillete de María estaba a su alcance. Extiende la mano, oculta entre sus balsámicos pétalos la terrible flor, y huye, murmurando con los sonidos guturales de su selvática lengua:

— No quieres ser mío; mas tampoco... ¡oh! ¡tampoco serás de ella!

Cuando María volvió a coger su ramillete, sintió en el aire algo extraño, así como un hálito enemigo.

— Restos de mis terrores — dijo, sonriendo a las ondas de perfume emanadas de su ramillete.



Dios ha decidido, en el ala del altar, la unión de los dos amantes.

— Sed el uno del otro para siempre — les ha dicho el sacerdote del Altísimo.

En la puerta del templo hanse despedido de los suyos; y se alejan solos, entrelazados sus brazos, *muy felices a través de la vida.*

María ha querido pasar la primera noche de amor en la mansión de sus padres.

Alegres guirnaldas adornan el techo y las paredes de la humilde choza. En medio de la almohada conyugal osténtase como en un trono el ramillete cogido a las orillas del río, interponiéndose y mezclándose a los besos de los amantes, embriagados con su perfume.

Pero aquella embriaguez ¿no es más bien un desvarío?

— ¡Qué profundo silencio en torno nuestro, amado mío! ¡mi esposo! Estamos solos en el Universo.

— ¿Sólos? ¡No, mi adorada! ¿Y nuestro amor?

— ¡Ah! ¡sí! ¿No es verdad que es inmenso, cual no ha existido otro en la tierra?

— Amada mía, mis labios están sobre los tuyos; y, sin embargo, no siento su contacto... mis brazos ciñen tu cuerpo, y no obstante, paréceme que abrazo el vacío.

— Mi espíritu y el tuyo, desprendidos de la materia, flotan unidos en un océano de doradas nubes, que nos mecen en sus ondas tibias y transparentes...

— Nada que nos recuerde la tierra...

— Nada, sino este delicioso perfume, que nos eleva, como el humo de incienso, a esas que divisamos...

— Regiones de eterna luz...



Estrechado el uno al otro y elevados al cielo sus ojos, los dos amantes quedaron inmóviles, silenciosos, sus miembros helados por la muerte.

A ese tiempo, detrás del lecho nupcial, alzóse la fatídica figura de Fáala, que sonriendo con cruel sonrisa:

— Ni mío ni tuyo, — gritó, acercando los convulsos labios al oído extinto de María. — Me arrebataste su amor, y lo paseabas triunfante, mientras yo, sangrado el corazón de dolor y de rabia, arrastrábame en pos de tu dicha para contemplarla y maldecirla. ¡Ah! ¡creíaste unida a él para siempre! ¡Ah! ¡ah!... el tenue viento que la noche levanta a esta hora me bastará para apartar tus cenizas de las suyas, esparciéndolas en los cuatro ángulos del espacio.

Y arrebatando la lámpara, tea nupcial que alumbraba aquella escena de amor y de muerte, incendió, desde los cimientos hasta el pajizo lecho, la pobre choza, convertida luego en un montón de cenizas, que el *tenue viento de la noche* esparció en los cuatro ángulos del espacio.



(1) El tigre negro.

De Coronel Dorrego. — Carnaval



Artístico palco formado por las más distinguidas señoritas de la sociedad dorreguense, que se destacaron por su alegre y simpática actuación en los corsos celebrados.

RAREZAS DE PERSONAJES CÉLEBRES

Se dice que Víctor Hugo, cuando llegó a la plenitud de sus fuerzas y de su gloria, ya no leía más que sus propias obras. Pero hay, según el periódico «Morning Post», otro escritor francés que no necesitó llegar a las excelsitudes hugonianas para hacer otro tanto. Se trata de Pierre Loti, el brillante descriptor de la vida oriental, quien ha leído en su vida menos obras de las que ha escrito, si es verdad lo que le dijo una vez a un compañero en el arte, el cual le preguntaba si conocía un libro de Bourget. «No, contestó Loti, yo no leo jamás. No le leído, ni siquiera a Chauteaubriand, a pesar de que fuí su discípulo». «Sin embargo, dijo entonces el interlocutor, seguramente ha leído usted a Montaigne, Moliere, a La Fontaine». «No, contestó Loti, a ninguno de ellos. Yo no he leído más que cierta parte de la Biblia, cuando era niño, y después uno que otro libro de mis amigos».

El gran filósofo Descartes daba una importancia particular a sus pelucas: siempre tenía un gran número de reserva.

Mozart, cuyos cabellos rubios eran muy bellos, los llevaba largos, flotando sobre sus espaldas y cogidos con una cinta de color.

La vida de lord Byron ha sido un continuo ejemplo de amor propio. Se envanecía de su ingenio, de su rango, de su misantropía y hasta de sus vicios, y particularmente de su destreza en el manejo de su caballo y de la belleza de sus manos.

Shelley se divertía mucho echando a flotar pequeños barquitos de papel en un pequeño estanque.



LIGAS PARIS
Busque usted la marca de fábrica de Ligas Paris.
Le garantiza a usted completa satisfacción en las ligas.
MADE IN U.S.A.
PARIS GARTERS
No metal can touch you
porque garantizan el ajuste perfecto de los calcetines. Son las preferidas por las personas exigentes. Sus aseguradores patentados, que sujetan los calcetines firmemente, son una particularidad exclusiva.
Pida usted siempre las Ligas Paris.
A. STEIN & COMPANY
Fabricantes-Chicago, E. U. A.
NO ACEPTE IMITACIONES

De Haedo. — Villa General Luzuriaga

El numeroso público congregado para presenciar las carreras de sortija en las fiestas celebradas para festejar la inauguración oficial del alumbrado eléctrico.



El doctor Julio Félix Luzuriaga con la comisión de vecinos que tuvo a su cargo la organización y dirección de las fiestas realizadas.

¡Este es el tónico que quiero!

Dinamoferrin FLINDT

TONICO-RECONSTITUYENTE Y NUTRITIVO

Enriquece la sangre en glóbulos rojos, nutre los nervios, da fueza a los músculos y vigoriza las energías del cerebro.

No acepte substitutos

Unico Depositario:
DROGUERIA AMERICANA
Bmé. Mitre, 2176 - Buenos Aires

EL FRASCO $ 3.20
ENSAYE USTED UN FRASCO
EN TODAS LAS FARMACIAS

Envienos $ 0.20 en estampillas y recibirá el interesante libro: "LAS ENFERMEDADES MAS COMUNES".



Lámparas de bolsillo "American"

LA lámpara de bolsillo es útil a todos. Las "American" son atractivas y durables. Producen luz más brillante y duran más que todas. Se ofrecen en muchos estilos. Su abastecedor le mostrará la que Ud. exactamente necesita.

Pilas Secas Columbia

No importan más sino que duran más

USE Ud. Baterías de pilas secas Columbia para timbres y zumbadores eléctricos, teléfonos, etc., lo mismo que para el encendido en motores de gas, de tractores, de autobotes, de automóviles Ford y otros.

Asegúrese de que la marca Columbia esté impresa sobre la etiqueta, pues ella es su garantía de satisfacción.



F1122S

Representante General en Sud America: R. E. CARLO, Rivadavia 1255, Buenos Aires, Argentine

PARA DISTINGUIR EL ACERO DEL HIERRO. — Es útil a veces saber distinguir un objeto de acero de otro de hierro pulimentado. Basta para esto tomar una astillita, mojarla en ácido nítrico (agua fuerte) y dejar caer una gota de ácido sobre el objeto que se quiere probar. Se lava luego en agua corriente durante algunos segundos: si el objeto es de acero, la mancha que queda es negra, y si no es acero sólo quedará una mancha blancuzca.

MANERA DE CONSERVAR LOS GUISANTES. — Se necesitan guisantes más largos que redondos. Para un litro se toman dos cuharadas de azúcar molida. Se pone un solo litro de una vez en una cacerola de cobre sobre brasas bien encendidas y se mueven hasta que suelten jugo. Entonces sólo se mueven de cuando en cuando para que no se peguen al fondo de la cacerola. Allí se dejan hasta que hayan tomado un bonito tono verde y que el jugo haya sido completamente absorbido, quedando los guisantes completamente secos, es decir, que no tengan más jugo; es cuestión de media hora, sobre poco más o menos.

Cuando están secos se sacan de la cacerola para ponerlos sobre un tamiz de crin, bajo el cual se ha extendido previamente una capa de ceniza caliente.

Conviene, sin embargo, que no esté demasiado caliente, pues se pondrían los guisantes rojos. Se dejan todo el día.

Para cocerlos hay que dejarlos en el líquido por lo menos cuatro horas, y luego cocerlos por espacio de hora y media, aderezándolos como si fueran frescos.

COMPOSTURA DE ESCULTURAS DE PIEDRA. — La siguiente receta es la que usan los operarios que han reparado infinidad de edificios en la villa de París: consiste en amasar junto cloruro y óxido de cinc con sílice en polvo, en el momento de utilizarlo.

Esta pasta, aplicada a la parte que se quiere componer, se pone dura y muy resistente casi instantáneamente.

LIMPIEZA DE CINTURONES. — Para limpiar bien los cinturones de cuero blanco se frotan en seco con blanco de España y polvo de almidón, todo mezclado.

Los cinturones de galoncillo de oro y plata se limpian de esta manera: Se calienta miga de pan duro y se frota con ella el cinturón con la mano y en todos sentidos. Se repite la operación varias veces. Cuando se haya terminado por un lado se limpia también por el revés.

MANERA DE HACER QUE LAS CUERDAS SEAN MÁS DURADERAS. — Basta impedir todo lo posible que se mojen. Se les quita la humedad que contienen suspendiéndolas en un cuarto caliente o poniéndolas en un horno de panadero, después de apagado el fuego, al rescoldo. Después se dejan durante cuarenta y ocho horas en agua ligeramente adicionada de sulfato de cobre.



DESPERTADOR ENCENDEDOR. — En beneficio de las personas que les causa contrariedad levantarse por las mañanas a encender fuego, un francés ha inventado un despertador que enciende una lámpara de alcohol cuando el timbre de alarma suena.

El mecanismo, libertado por el timbre de alarma, mueve un brazo que levanta la cubierta de la mecha, mientras que otro brazo frota una punta de ferrocerio sobre una áspera piedra y produce chispas que encienden la lámpara.

Si una pava con agua ha sido colocada sobre la lámpara, antes de retirarse, el dormilón puede seguir durmiendo, aunque el timbre haya sonado, hasta que el agua para afeitarse o hacer café alcance el punto de ebullición necesario.

MARCOS ARTÍSTICOS. — Con gran frecuencia se suele desear un marco artístico que cueste muy poco dinero. He aquí el medio de conseguir este objeto:

Se busca, en primer lugar, cuatro tablas de madera sin cepillar y se clavan en cuadro, cuidando que queden hechos los cortes interiores necesarios para encajar el cuadro o lienzo que se haya de poner. Después se cogen ramas de flores u hojas naturales y se pasan por un baño de escayola muy claro. Una vez secas se clavan con cuidado estas ramas sobre las tablas, dándoles la colocación que más graciosa resulte, y se pinta luego todo ello con purpurina.

LIMPIEZA DE GARRAFAS DE CRISTAL O DE VIDRIO. — Se introducen en la botella o garrafa algunos trozos de papel secante y cáscaras de huevo desmenuzadas; se echa agua hasta la cuarte parte de la botella y se agita en todas direcciones durante cierto tiempo hasta que el papel se reduce a pasta. Se vacía luego y se enjuaga varias veces con agua clara.

MODO DE LIMPIAR LAS SILLAS DE CUERO. — Para limpiar las sillas antiguas con asiento de cuero o los tapices imitación de cuero de Córdoba u otro bastará una clara de huevo, con la que debe frotarse el asiento hasta que desaparezca la suciedad.

PARA APAGAR EL PETRÓLEO INFLAMADO. — El petróleo inflamado espanta siempre, y un ligero accidente puede ocasionar un gran incendio. Nunca se debe echar agua sobre el petróleo; si tiene a mano leche se echa sobre la llama e instantáneamente se apagará.

CONSERVACIÓN DE PIELES. — La conservación de pieles durante el estío es fácil, pero exige algunas precauciones. Hay que evitar el contacto directo del alcanfor con ellas porque altera los colores.

Se preservan las pieles extendiendo una ligera capa de esencia de trementina sobre unas hojas grandes de papel. Se envuelven las pieles en estas hojas, teniendo cuidado de cerrar bien herméticamente las orillas.

Para las pieles blancas se emplea este otro procedimiento: se cepillan a contrapelo con magnesia o yeso pulverizado antes de guardarlas.

CORTINAS. — Para hacer que las cortinas de cuna, visillos, etc. sean incombustibles, basta meterlos en una mezcla compuesta de 4 partes de bórax y 3 de sulfato de magnesia. Esto se disuelve en 25 partes de agua.

Las cortinas, bien impregnadas, deberán secarse al aire libre.

LIMPIEZA DE LOS ZAPATITOS DE NIÑO. — Las botitas de piel blanca se limpian con un trapo previamente empapado en leche. Si son de fieltro se frotan con blanco de España finamente pulverizado.

Los zapatitos de satén blanco se limpian con una muñequilla de paño mojada en esencia mineral.


PRODUCTOS
SUPREMA
Remitimos GRATIS, a todas las damas que la soliciten, una muestra del POLVO GRASOSO SUPREMA.
Sus naturales hechizos...
ostentarán perennemente la frescura de una flor si emplea diariamente en su tocador los deliciosos e inimitables
PRODUCTOS SUPREMA
POLVO GRASOSO
SUPREMA
Mantiene la suavidad y frescura del cutis, la caja............$ 1.10
AGUA COLONIA
SUPREMA
De perfume sutil y persistente, el frasco.................. $ 2.20
DE VENTA EN TODAS PARTES
Sociedad General de Perfumes
Productos SUPREMA
P. BURS & Cía.
Bolivar, 1725 - Bs. Aires
SUPREMA
SUPREMA
SUPREMA

Grupo de niñas y niñitos que alegraron el corso con sus lindos disfraces y comunicativo y bullicioso comportamiento.



MARION LA DIVETTE

Por KODAK

Cuando el artículo «sirvientas y... anexos» empezó a escasear, como si también las mujeres fueran enganchadas entre los combatientes de la gran guerra, la familia De Renzis se encontró, como todas las que no disponían de muchos recursos, obligada a arreglarse como pudo.

Los alquileres, todavía no moderados por la ley providencial que los contuvo en un justo límite, absorbían la tercera parte de las entradas, así que no era el caso de pensar en pagar salarios que por poco no igualaban los sueldos de un profesor universitario.

Sin embargo, no perdía la fe en los avisitos económicos, y de vez en cuando leía en los diarios de mayor circulación el consabido llamado a las niñas de buena voluntad:

«Muchacha de 14 a 15 años, se precisa para servicio de corta familia.»

Llegaban las muchachas presentadas por sus padres, todas recién venidas de allende el charco, intachables, que sabían hacer de todo lo más bien.

Pero en cuanto se les preguntaba qué era lo que querían ganar salían con cifras que daban vértigos, como si para ellas los pesos moneda nacional no fueran más que vulgares liras o marcos... ¡qué digo!... coronas al cambio de hoy.

—¡Imposible!

—¡Qué quiere, señora!... No me ha de faltar trabajo... Si le conviene... Y si no... ¡paciencia!

Y se iba la chica, escoltada por sus padres, que al bajar las escaleras no más le decían a la recién llegada:

—¡Esos son unos pobres diablos!... ¡Ya verás! ¡Ha terminado el tiempo de los esclavos! ¿Quieren servicio? ¡Que lo paguen!

La señora Blanca De Renzis se enfermó. Había pasado ya tantas peripecias, que la idea de atravesar otra vez un período de dificultades financieras parecidas a las que unos años antes habían contribuído a apurarle las canas, la mantenía en un estado de agitación continuo.

Sus ojos estaban siempre desmesuradamente abiertos como si tuvieran la visión de nuevas estrecheces, y la pobre mujer terminó con quebrantar su físico, un tiempo lozano y floreciente.

El médico ordenó tranquilidad, reposo, calma, buena alimentación, diversiones, muchas diversiones... precisamente una receta que ningún boticario podía despachar a ningún precio.

Su única hija, un ángel, si es que hay ángeles en este mundo, duplicaba sus esfuerzos para que el reducido hogar estuviera nítido como un espejo, y a cada instante eran dulces reproches que le movía a su mamita, empeñada en poner mano a todo como antes:

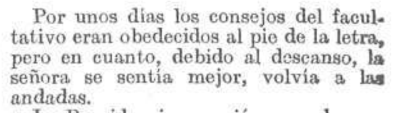
—¡Pero deje usted!... ¿Acaso no estoy yo?... Qué gusto fatigarse mientras sabe que le hace daño...

—¡Cómo no! ¿Acaso soy una inútil?... ¡Si estoy bien, si no tengo nada! ¡Si estuviera mal tendría fiebre!... ¡No tengo fiebre!

La buena señora De Renzis tenía ideas clínicas especiales. No habiendo fiebre no había enfermedad.

A pesar de estas teorías la señora seguía mal y el médico movía la cabeza.

—Pero... ¿hace usted lo que le digo, señora?... ¿Descansa usted? Mire que le estoy hablando en serio... ¡No se descuide!...



Por unos días los consejos del facultativo eran obedecidos al pie de la letra, pero en cuanto, debido al descanso, la señora se sentía mejor, volvía a las andadas.

La Providencia pareció compadecerse de este estado de cosas y un lindo día, sin previo aviso en los diarios ni nada, se presentó una mujer, extranjera, suplicando que aceptaran como sirvientita a una de sus hijas:

—¡Mi marido se fué a la guerra!... ¡No se más nada de él!... Es preciso que alivie un poco el peso de tantos chicos... Los mantengo a todos con mi trabajo de lavandera... ¡Pero no puedo más!

La pobre mujer no hizo hincapié sobre los cincuenta o sesenta pesos de salario.

—Mi hija nunca ha servido... Así que ustedes deberán tener la bondad de enseñarle... Me darán veinte y cinco pesos... ¿Les parece mucho?

—¡Al contrario!... Si usted se conforma...

—Y les garanto que como honrada, mi hija lo es... Pobres, pero, gracias a Dios, nadie puede decir nada de nosotros... Pueden dejarla entre el oro...

María, la jovencita que se iniciaba como sirvienta en casa de De Renzis, era una hermosa chica, no muy alta, bien proporcionada, de grandes ojos, labios algo gruesos que parecían pintados al carmín.

Con ella pareció que en esa casa entrara la dicha. La pobre señora tuvo en los primeros días la preocupación de enseñarle todos los quehaceres, pero muy pronto las cosas iban solas y le fué tomando cariño a la joven hasta considerarla como ahijada.

Cada tanto la obsequiaba con delantalcitos, ropa blanca, uno que otro corte de vestido, collarcitos, aros baratos, pero que tenían el poder de hacer feliz a la niña acostumbrada a un ambiente de necesidades apremiantes.

Iban tan bien las cosas que de vez en cuando María preguntaba:

—No sé si ustedes estarán conformes con mi trabajo... Hago lo que puedo para conformarlos...

Por otra parte, los De Renzis no podían creer en tanta belleza y, sin dar demasiada importancia a la pregunta, decían:

—¿Qué tal, María?... ¿Te hallas con nosotros?

—¿Yo? Sí... ¡Y cómo no!

Alberto, el hijo mayor de la De Renzis, precioso muchacho de ojos sentimentales y físico que irradiaba salud, chacotón, bromista como él solo, era la desesperación de su hermanita y de María también.

A pesar de sus veinticuatro años se parecía a un chico y hasta hablaba en la intimidad ese lenguaje del que Dante dice: el lenguaje que es el encanto de los padres y las madres.

Era raro de veras encontrar a un porteñito que a esa edad se hubiese conservado tan niño a pesar de ser hombre en todo el sentido de la palabra, porque Alberto estaba dotado de músculos de acero y de un valor poco común.

Y cuando María servía a la mesa, Alberto la miraba de soslayo y decía fuerte:

—¡Milá, mamita!... Ría se ríe de mí... Ría me saca la lengua!...

Y la mamá del muchacho, muy contenta en el fondo, con voz de gallina clueca lo amonestaba:

—¿Pero cuando dejarás de ser muchacho, Alberto?

—¡Oh!... ¿Y si Ría me saca la lengua, qué culpa tengo yo?... ¡Miláia, mamita, miláia! ¿A ver eh, Ría?

Alberto tenía sus simpatías por ahí y por eso mismo se sentía embargado por esa sensación de dicha, muy parecida a una expansión infinita del ser, que se traduce en bondad, amor para todos, deseo intenso de que los demás también se sientan felices.

Y prodigaba palabras cariñosas, bromas, sonrisas, que para él no tenían mayor alcance. Eran una necesidad imperiosa. Un desahogo, una válvula de escape de su vitalidad exuberante.

Pero María, que recién se abría a la vida, que en su casa no había conocido otra cosa que las privaciones y las asperezas, que son casi siempre compañeras inseparables del malestar económico, empezó a abrigar en su corazoncito un sentimiento que hasta entonces no había conocido.

El día del cumpleaños del «niño», como ella decía, quiso con sus economías comprarle un ramo de flores y con sus mismas manos bordar una carpetita, aprovechando las horas robadas al sueño.

Estela — la hermana de Alberto — estaba al corriente de estas atenciones y había prometido guardar secreto. Ayudó a María, la aconsejó, y puede decirse que entre las dos terminaron el pequeño obsequio que estaba destinado a Alberto.

En realidad, Estela no había guardado secreto ninguno, y el delicado pensamiento de María, si ensalzaba a la chica en la estimación que le profesaba, estaba muy lejos de hacerle sospechar la verdad de las cosas.

— Qué suerte haber dado con una muchacha que parece de los viejos tiempos, cuando las personas de servicio se encariñaban con las familias y seguían con ellas muchas veces hasta la muerte.

Alberto había nacido artista y estudiaba canto.

Sin modestia ninguna pensaba en serio en tocar las cumbres más elevadas del arte lírico, y sus medios vocales, de un poder y extensión extraordinarios, fomentaban sus ilusiones juveniles.

La casa de De Renzis, desde que Alberto estudiaba con ahinco, se había convertido en un salón de lustrabotas.

Dejaba de cantar y daba cuerda al gramófono para que desfilaran todas las celebridades del escenario lírico.

La enfermedad del canto es contagiosa e incurable. Estela también tuvo unos síntomas peligrosos: se creyó una Barrientos en embrión; y María, sin saber quién fuese la Barrientos, un lindo día inició una serie de gorjeos que le valieron el aplauso incondicional del niño.

—¡Muy bien, Ría!... ¡Muy bien!...

—¿Por qué se burla de mí, niño?

—No me burlo... Digo de veras... ¡Si pudieras estudiar!... ¡Quién sabe que no llegaras a algo!

La devoción de María hacia el futuro divo iba en aumento. Si por casualidad alguna vez él le movía un reproche por algo que no estuviera hecho a su gusto, la pobrecita manifestaba un profundo pesar, los ojos se le llenaban de lágrimas.

Estela la sorprendió más de una vez presa de profunda tristeza, y al preguntarle las causas no recibió más que contestaciones evasivas:

—Nada... No tengo nada...

—¿No te encuentras a gusto?

—¿Yo?... ¡Cómo no!

—¿Y entonces?...

—Así... ¡No sé yo tampoco!... ¡Soy una tonta!... A veces me acuerdo de mi madre...

Pero como sabía que mentía en ese momento, se ponía colorada como ascua.

El niño Alberto consiguió una beca del gobierno nacional para perfeccionarse en Europa y empezó a prepararse para su proximo viaje.

La semana anterior a la partida del vapor fué una de llantos interminables, y la pobre María pudo disimular sus sentimientos aparentando un simple apego, una bondad de corazón que todos celebraban.

—¡Cómo se ha encariñado María!... ¡Qué buena es; pobrecita!

Y Alberto prometió que una vez allá en Europa mandaría muchos regalos para todos, y para María también...

—Con tal que no llores, Ría, ¿sabes? ¿Qué es lo que te gusta, un anillito, un collar?... Lo que quieras...

En el momento en que Alberto se despidió de su familia, María tomó entre las suyas la mano del joven, sollozando con desesperación

—¡Vamos loquita, no seas así! Vamos. Vendrás vos también cuando vengan los míos... ¿Te gustaría un viaje a Europa?... Bueno, entonces... Quédate tranquila... ¡Van a creer que somos novios!...

Esta frase resultó un latigazo para María... que se enderezó, se puso rígida, mientras las lágrimas se le secaban como por encanto.

¡Van a creer que somos novios!... ¡Cómo quien dice algo imposible! ¿Entonces sus ensueños estaban por disiparse como la neblina al sol?... Entonces... ¿no era cariño sino compasión lo que le tenían?... El mismo Alberto le prodigaba atenciones por ese instinto de bondad que le hacía acariciar a los animales... ¡Nada más!... Y no podía ser de otra manera... Ella era una simple sirvientita... ¡No podía olvidárselo!... El se casaría con una artista...

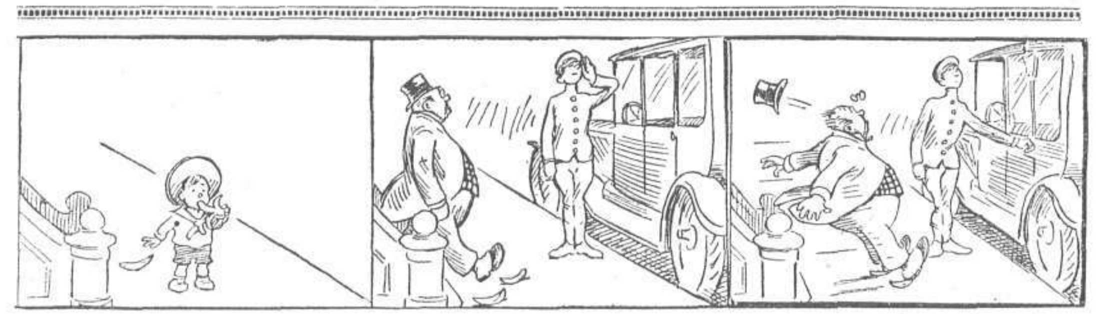
Pero en la época en que se desarrollaba esta historia se verificaba un fenómeno notable en Buenos Aires: cocineras y mucamas se entregaban con furor a la escena, y hubo un momento en que ningún teatro quedó exento de estos productos de la ambición femenina presentados con la etiqueta de tonadilleras.

Unas cuantas se hicieron camino porque lograron despertar interés como mujeres, y otras se perdieron no más aplastadas por el ridículo. Resultaban una tortura para el oído y un desagradable espectáculo para los ojos.

María, desde la partida de Alberto, no acarició más que una idea fija, obsesionante: llegar a ser artista como lo habían hecho otras, poder trasladarse a Europa y presentarse un día a él, decirle el poderoso esfuerzo de voluntad que le había costado ponerse a flote, escalar las cumbres del arte y ser digna de quien en un tiempo la conoció mucamita sumisa y obediente.

Creía conocer el corazón de Alberto y estaba segura de que llegaría a impresionarle hondamente.

Desde entonces pidió salida a la señora De Renzis todos los domingos. Sus economías, en lugar de entregarlas a la madre, las empleó en pagar a un maestro que le encontraba, por supuesto, aptitudes excepcionales.



El maestro, un viejo español que ya había lanzado en arte a una discreta cantidad de tonadilleras, se *manifestaba encantado* de la chica, que a la verdad con los años se había desarrollado de una manera asombrosa y ofrecía lo que se dice una espléndida figura para el escenario.

—*Lástima que pueda usted disponer de tan poco* tiempo... Si pudiera usted venir todos los días a la lección adelantaría en un momento... Dentro de pocos meses podríamos debutar con la seguridad del triunfo.

A las lecciones de canto asistía siempre un señor bastante anciano, pero de aspecto muy distinguido, a quien el viejo maestro tributaba toda clase de consideraciones.

— Procure, Marión, entrarle en simpatía a ese señor... Es hombre de mucho dinero, que gusta de ayudar a las muchachas de talento... Ya le he hablado de usted... Procure no ser tan severa con él... No le digo con eso que haga locuras, pero... más sonriente, más chispeante... ¿Sabe?

El medio ambiente frecuentado por María terminó por modificar poco a poco las ideas morales que ella había profesado hasta entonces.

— La cuestión principal, hijita, es llegar a las cumbres del arte. Una vez conseguido eso, puede usted ser y hacer lo que le dé la gana, nadie le hará el menor reproche... ¡Vea usted a Fulana, a Zutana!... ¿Acaso no frecuentan la mejor sociedad? ¿La Goya, la Gioconda, no eran recibidas por las mejores familias? ¿Y entonces?... Pero no olvide que el lujo es el principal introductor, el maestro de ceremonias... Sus bellezas van a centuplicar su valor revestidas de otra manera que con los modestos ropajes de mucamita. Deje eso... A más no es propio que pase usted directamente de la familia donde sirve a la escena...

María se despidió de los De Renzis quienes, por otra parte, se habían dado cuenta del cambio radical que se había producido en el carácter de la muchacha.

El señor anciano que no faltaba nunca a las lecciones de canto, se encargó de lanzar a la chica en el mundo de las Variedades, y cuando ella, después de una noche de embriaguez, le sacrificó su honra, el viejo lobo supo enjugar sus lágrimas obsequiándola con una suma que a María le pareció fabulosa.

La madre de María, la pobre lavandera, jamás había gozado de tanta holgura y, al fin y al cabo, decía:

— El matrimonio está hecho para garantizar el bienestar de la mujer y de los hijos. Mi hija de ese lado no puede quejarse; así ¿qué importa si la unión con el viejo no lleva carácter definitivo? ¿Y las viudas? ¿Y las divorciadas?... Puede que más adelante ella también, mi hija, encuentre con quien casarse si así lo quiere.

Todas las teorías que poco a poco había sabido insinuar con mucho arte el maestro de canto y que por lo visto habían echado raíces.

Marión — pues éste era el nombre que había adoptado la flamante «chanteuse» — indudablemente podía llamarse una estrella entre la innumerable serie de maniquíes sin gracia que pisaban los escenarios porteños.

El anciano señor andaba orgulloso de haber descubierto este astro de primera magnitud y se complacía de las felicitaciones de los amigos.

— Dichoso de usted... Usted podrá decir el día que tenga que pasar al otro mundo: «¡Por lo menos he gozado de la vida!»



Pero el anciano señor era bastante voluble. María no conocía el arte de sujetar a estos viejos reblandecidos y casi no atinaba a disimular una frialdad que el viejo esperaba vencer con el tiempo, sin conseguirlo. Solía decir que había comprado una estatua de bronce.

Un conocido empresario que debía muchos servicios al anciano protector de las tonadilleras olfateó la situación y ofreció un ventajoso contrato a Marión. Una escritura de seis meses para el Edén de Milán y luego seis meses por París, Londres y Nueva York.

Marión llegaba a Milán en enero de 1919. Al poner pie en el Grand Hotel sus ojos se fijaron en un manifiesto teatral impreso en letras de molde:

«Lírico: Esta noche: Carmen. — Tenor: señor Alberto De Renzis».»

El corazón de la pobre mujer pareció estallar: tan violentas fueron las contracciones que sufría para contener la masa de sangre que se agolpaba locamente.

— ¡Por fin!... ¡Aquello era la Providencia misma que los ponía otra vez al lado uno del otro!... Hay un destino indudablemente que rige la vida humana... Por grandes que puedan ser las diferencias de condición social, cuando dos seres están destinados a vivir juntos... el mundo es chico. ¡Han de encontrarse siempre! ¡Qué dirá Alberto al verme!!!

Le pasó por la mente como una nube. El lujo que gastaba, las joyas, la protección de aquel viejo...

— Pero Alberto también había sido de otras... ¿Acaso podía pretender él de ella, lo que ella ni soñaba exigirle?... A más, entre artistas, entre los que han llegado a la cumbre, no tienen valor las reglas que rigen la moral de los hombres comunes...

Durante un entreacto Marión, que se había conmovido hasta las lágrimas al oir cantar al «niño», fué al escenario e hizo pasar su tarjeta: Marión Alessandri. — Buenos Aires.

Mientras esperaba y los segundos le parecían siglos, oyó desde adentro una voz femenina que acosaba a preguntas, mientras otra voz, bien conocida, contestaba medio fastidiada

— ¡No sé!... ¡Qué quieres que sepa yo!

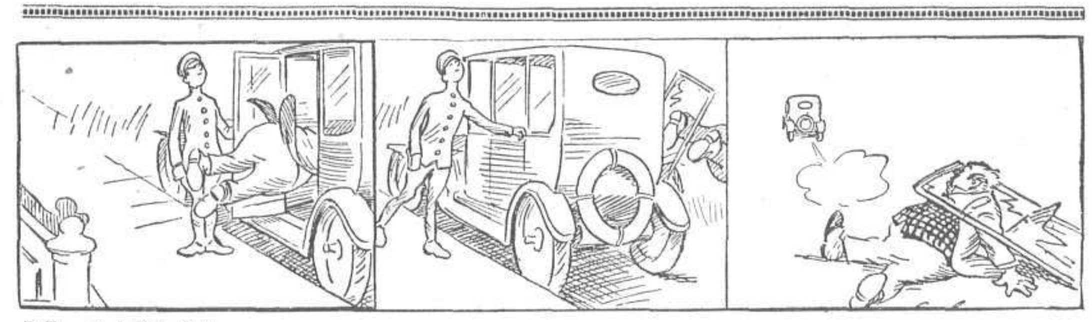
Luego la hicieron pasar. Esperaba un ¡oh! de sorpresa, soñaba en la sonrisa franca y abierta del «niño», pero... ¡nada de eso! Un momento de incertidumbre, un ademán de quien hace esfuerzos para reconocer y no lo consigue, mientras dos ojos femeninos vigilaban la escena, casi en la seguridad de descubrir... un contrabando.

— ¿No se acuerda? ¿No te acuerdas? ¡María!... ¡Soy María!...

— ¿María?... La sir... La mucam... ¡Pero no! ¿Posible?... ¿Te has dado a... a la gran vida?... Dora... Dora, ¿sabes quien es ésta? ¡Fué mucama de mi casa! ¿Qué te parece?... ¿Y cuando has venido de allá? ¿Qué tal Buenos Aires? Gran país, por supuesto... ¡Ah... ¡Me olvidaba!... Esta es mi señora... ¿No te dijeron allá que me había casado?

Desde esa noche Marión Alessandri ha adquirido el apodo de mujer sin alma, y su belleza, la gracia infinita que ha adquirido en su carrera de tonadillera, las pone al servicio de un propósito inquebrantable: enloquecer a los hombres, ¡evaporar fortunas!

¡El dolor que a veces dulcifica a los corazones ha petrificado el corazón de María!



DE BANANA

Aspecto del salón de la Sociedad Francesa durante la velada artística que con gran éxito se realizó últimamente.



CARAS Y CARETAS

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

DIRECCIÓN, REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

151, CHACABUCO, 155 - BUENOS AIRES

Teléfonos: Dirección: Unión T. 598 (Avenida). — Administración: Unión T. 2316 (Avenida)

PRECIOS DE SUBSCRIPCION

EN LA CAPITAL		EN EL INTERIOR:		EN EL EXTERIOR	
Trimestre	$ 2.50	Trimestre	$ 3.00	Trimestre	$ oro 2.00
Semestre	» 5.00	Semestre	» 6.00	Semestre	» » 4.00
Año	» 9.00	Año	» 11.00	Año	» » 8.00
Número suelto	20 ctvs.	Número suelto	25 ctvs.		
Número atrasado del cte. año	40 »	Número atrasado del cte. año	50 »		

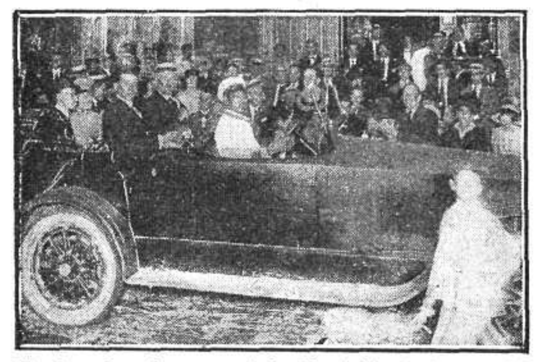
Para Brasil, Costa Rica, Colombia, Cuba, España, Ecuador, Honduras, Méjico, Norte América, Nicaragua, Perú, República Dominicana, San Salvador y Uruguay. Año, $ oro 5.—

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen.

Los repórteres, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros están provistos de una credencial, y se ruega no atender a quien no la presente.

EL ADMINISTRADOR.

De Tucumán. — Carnaval



El señor gobernador, acompañado del ministro de Guerra y del intendente municipal, recorriendo los corsos.



El "Orfeón Argentino", perfectamente organizado, contribuyó a dar carácter y alegría al Carnaval tucumano.



Un aspecto del espléndido baile celebrado en el Club Español.



Vistoso grupo de máscaras en el lujoso baile de disfraz que dió la Casa de Italia.

El viejo Quilques entre las fieras

Está visto — dijo el viejo Quilques en son de amable protesta — que ustedes se han arreglao pa haserme pagar, indiretamente, los banquetes que me ofertan, porque he notao que dispués de una comilona o de una partida é truco, ya me empiesan a mirar con mala intensión, lo mesmo que mira el moso é la pulpería o la fonda, cuando apunta con la cuenta... y en seguidita, usté, comisario, o usté, señor encargao de la balansa é la justicia, se me vienen con el pedido obligao:

— Mucho nos gustaría, amigo Quilques, que nos contase alguno d'esos cuentos que usté sabe componer...

Yo, como soy un hombre educao, que sabe respetar la autoridá, me agacho y dentro a la manga como carnero arriao. Ya sé que hay que pagar sin remedio, con la moneda que más abunda en mi sinto, aunque no sobra... y pago... sin pedir el güelto... Estoy condenao a ser cuentero... pues...

— Pero oiga, viejo — replicó el comisario, riéndose, — naide ha pensao, nunca, en haserle pagar nada. Lo qui hay es que son pocos los gauchos que saben contar los sucesos é su vida con la grasia y el talento suyo, y más pocos entuavía los que han tenido tantas aventuras como usté, que no parese sino que se ha pasao la existensia peliando dende la madrugada a la noche, sin tiempo pa resollar.

— Y se explica — dijo el juez, con fingida naturalidad, — porque este hombre ha tomao parte en tuitos los acontesimientos históricos de casi medio siglo, ateniendonós a lo qu'él nos ha dicho, por supuesto. Ha sido soldao, jefe, hérue invito é la patria, hecho coronel en el campo é batalla, matrero, juez de paz, comisario, y no ha sido menistro y presidente debido a esa modestia que le destingue y qu'él pone en tuitos sus atos. ¿Cómo no va a tener que contar un personaje que ha luchao tanto en el mundo?

— Y con el agregao que vale mucho — dijo el pulpero — que tuito lo que ha contao y contará es la espresión pura é la verdá, porque tuitos sabemos qu'el amigo Quilques es un hombre de consensia, incapás de inventar mentiras pa darse tono...

— Muchas grasias, señores — contestó el viejo, inclinándose, — y perdonen que haiga interpretao mal la cosa, pero me había llamao la atensión que, habiendo otros compañeros presentes en las runiones, que son inteligentes y han visto a la disgrasia, al peligro y a la muerte de serca como yo, naide se acuerda d'ellos pa pedirles que escarben un poco sus recuerdos. Sin dir muy lejos, áhi está el amigo Ñacurutú, que se ha llenao de sicatrises en los entreveros...

— ¿Ñacurutú? — repitió el comisario. — Ya ha agotao su repertorio y tuitos sabemos de memoria su vida é la toldería; sus amores bárbaros con la cautiva, que le resultó más salvaje y brava que las otras...

— Güeno — respondió Quilques, vencido por tantos argumentos contundentes — y ahura, comisario, ¿qu'es lo que me piden?...

— Poca cosa pa usté y mucha pa nosotros: El otro día nos dijo, como quien no dise nada, que había peliao con las fieras cuando matreriaba en el monte, y me figuro que tratándose de un hombre é su laya, no ha de haber sido con gatos monteses, ni con capinchos...

— Es que, en ocasiones — dijo el indio Ñacurutú con retintín, — el susto hase ver una yararaca en una iguana y un puma en un quirquincho...

— Se presisa tener su vista y su guapesa pa qui a uno le pasen esas cosas — contestó el viejo Quilques, mirando fijamente al indio, — pero a un cristiano como yo no se le ñublan los ojos en el peligro...

— Tuito eso está de más — se apresuró a decir el comisario, — porque naide, amigo Quilques, ha puesto nunca en tela é juisio su valentía bien probada... Ansina es que cuando usté afirma que ha peliao con fieras, estamos en el deber de creerle...

— De juro que ha sido ansina. En mis tiempos, hará unos cuarenta años, los montes estaban llenitos de animales feroses. Cuando no eran pumas eran jaguaretés o perros simarrones rabiosos, y en cuanto uno se descuidaba se echaban ensima... sin pedir permiso... Había que dormir con los ojos abiertos. Y eso sin contar con la indiada, que no tenía más güena educasión y no respetaba más el pellejo que aquellos bichos del diablo.

En mi vida montarás he pasao muchas tribulalasiones. De día, cuando estaba comiendo — si había qué, — empesaba a sonar el juego craniao que hasía algún comisario al mando de un piquete é milicos, y era de ver cómo cáian las hojas é los árboles y como juían los pájaros asoraos y tuitos los bicharracos. Tenía que cambiar de comedor a cada rato, cargando a cuestas la merienda y las pilchas. A lo mejor topaba con otros matreros fasinerosos y desalmaos que me atropellaban pa sacarme el soquete, porque el monte era como conventillo sin capatás. No se pagaba el arquiler, pero no había cuarto fijo. De noche, ¡ánimas benditas! En cuanto uno dejaba la guarida pa dir a buscar el alimento ajuera, porque no se podía vivir solamente de chalchales, algarrobos, macachines y ñangapireses, al arrimarse a los pajonales ya se vían relumbrar ojos por tuitas partes, ojos ensendidos como brasas en la escuridá, y de cuando en cuando se oía un rugido espantoso, alvirtiendo que había serquita un muerto de hambre que no le hasía asco a la pulpa é cristiano. Había que dar ligerito máquina atrás y buscar otra picada menos peligrosa.

Nunca me olvidaré di una ocasión que, estando en el monte, por juir del servisio melitar, resolví salir al descampao pa ver si encontraba alguna oveja d'esas que se resagan é la majada. Era ya el escureser y no había probao bocao en tuito el día, porque el comisario é la sesión se entretuvo, dende temprano, en haser descargas en los lugares más enmarañaos, ande él pensaba que podía refugiarse un hombre. Yo había andao disparando como conejo de las balas del loco, porque siempre se pega cuando no se apunta, y en cuanto colegí que se había cansao de haser ejersisio é tiro al... verde, me escurrí por entre los matorrales, con mucho tiento, saliendo a un abra. En frente se encontraba un esteral muy grande cubierto a trechos de paja brava, y me dije en seguida: «Aquí hay por ande trotar sin que naide me vea», y me metí en el bañao. ¡Valía más que no lo hubiera hecho! En ese mesmo momento vide pasar, casi arrimaos a mí, como una dosena de jaguaretés, grandotes como tigres. Yo me eché entre las pajas y me quedé callao como

un muerto. Me encomendé el alma a Dios, pidiéndole amparo. Los dose pasaron al alcanse é mi mano, sin verme, pero olfatiando en el aire, porque, dejuro, habían sentido olor apetitoso a carne fresca. Estuve quieto más de una hora, de temor que se les juera a ocurrir dar la güelta.

— Pero — interrumpió el comisario, — ¿andaban en bandada como las palomas?

— Demasiao sabe usté que a los animales dañinos les gusta la pandilla. ¿No andaban juntos, también, el comisario y los melicos? Y esos eran... y serán siempre unos tigres, como los otros.

— No interrumpa más, comisario — dijo el juez, — porque echa a perder la fiesta sin resultao.

— Y a más — siguió Quilques, — pegando con la mesma puntería del comisario é mi historia.

— ¿Entonse, no permite ningún aparte?

— Sí, amigo... en un rodeo é vacas gordas, orejanas, o en un baile... en que haiga güenas mosas... en bandada.

— ¡Ah, viejo avispa! — exclamó el comisario. — Ya lo agarraré cortao...

— Cuando me pegue un tajo... sin querer... pero, no es fásil, porque sé manejar bien el cuchillo...

— Güeno, güeno, siga no más con la bandada é jaguaretés... Creo que quedamos en que las dose fieras se jueron de paseo mientras usté echaba un sueñito de una hora, poco más o menos...

— Mire, comisario; estoy siguro que si en lugar de ser yo, hubiera sido usté, echa... a correr... detrás é los animales... pa meterlos en el sepo embosalaos... porque ya ha probao que no hay tigre que se le resista...

— Estoy conforme con tuito, con tal que no se pare.

— Me pone contento tanto interés, porque compriendo el valor que tienen sus palabras. Pa mí son como el premio de una mesa esaminadora, o el mayor... de la lotería...

— Ta bien; se lo ha ganao en güena ley.

— Sin comprar número... y porque he tenido tanta suerte voy a seguir con mucho gusto. Como ya he dicho, esperé escondido entre las pajas y espartillos.

¡Grasias a Dios que estoy salvao!, me dije, levantándome... Pero apenas miré adelante, pa seguir caminando, me volví a quedar clavao. Allí no más, a unas pocas varas, vide un jaguareté grandísimo, como no he visto otro en la vida. Siguramente era el macho é la manada, que se había quedao porque le había agradao mi presencia. Me apuntó los ojos, como pa desmayarme. Yo, a mi vez, lo miré, medio atolondrao y al verle el tamaño pensé que había llegao ya mi última hora. Era amarillo, tirando a colorao, con el cuerpo lleno é manchas negras, pero recuerdo que lo que más me angustió, jueron los dientes, porque tenía la boca abierta de par en par, como pa que yo no juera a trompesar en sus colmillos. ¡Virgen santa! — dije pa mí. — Te pido que me hagas salir, aunque sea medio sano, de este transe. En seguida, como si el sielo me hubiese óido, volví en mí, y sin dejar de mirar la fiera, me saqué el poncho sin moverme y me lo arrollé en el braso isquierdo. Dispués desenvainé el facón, y cuando estuve pronto pa dentrar en pelea traté de escabullirme andando pa atrás como el cangrejo. Era mejor esquivar el encuentro, porque, aunque estaba resuelto a vender cara mi vida, pensé que era prudente retirarme. En cuanto me moví él se movió también, estirando la mano derecha y dispués la izquierda, como si quisiera desentumirse. Entonse alcansé a verle las uñas y no m'hise la señal de la crus por no descubrirme el pecho.

— El primer golpe que me tire — pensé — va a ser como un hachaso.

Ya un poco más sereno combiné mi plan de defensa, y no pudiendo escaparme desidí atacar, saliese lo que saliese, y dí un paso adelante. Inmediatamente el bárbaro se arrolló pa dar el salto y yo me afirmé en los talones, agachándome un poco, pa resistir mejor la atropellada. La dió más pronto de lo que esperaba, alsándose en el embión a más de cuatro varas del suelo. Yo me eché a un costao a tiempo y, como lo había carculao, pasó pegándome con el cuadril en un hombro, hasiéndome tambaliar. Con rapidés dí güelta cara y lo provoqué pa que diese el segundo salto. Esta vez se me vino al pecho y le metí el braso en la boca, al mesmo tiempo que le hundía el facón hasta el mango en la barriga. Al sentir el fierro adentro aflojó un poquito, y me dejó libre cayendo firme en sus cuatro patas, arrollándose otra güelta pa no darme alse. Yo sabía que si no le atravesaba el corasón aquella pelea no iba a acabar nunca, aunque le manaba mucha sangre é la herida, y me preparé pa no errar la puñalada.

Y ahura verán la cosa más extraña que me ha pasao en la vida y que siguramente no le ha pasao a ningún cristiano.

Ustedes no lo quedrán crer, pero yo les juro qu'es la espresión fiel de lo sucedido, porque en esta verdadera historia que les cuento no he agregao una palabra ni hecho una afirmasión que no esté conforme con la verdá.

Tienen que haserse é cuenta que lo que les presento es una fotografía, un poco borrada, solamente, por los años.

Güeno, pues; ya iba el jaguareté a saltar de nuevo cuando sonó una voz estentoria a mi espalda, que me llenó é confusión y espanto, haciéndome temblar la osamenta como si me hubiese atacao el mal de San Víctor.

— Dese preso — dijo la voz, que yo reconosí ser la del comisario.

Figuresén la situasión en qu'el destino me ponía. Era lo mesmo que estar entre dos tigres, prontos los dos pa achuriarme.

Jué entonse que susedió lo que parese un milagro é la divina providensia. El jaguareté, al óir el grito del comisario, metió el rabo entre las patas y disparó como flecha, enderesando pal monte... Yo, al ver que s'iba uno de los enemigos, el menos malo, saqué el trabuco de la sintura, dí media güelta, me encaré con el hombre, le disparé el tiro a quema ropa y sin darle tiempo pa reacionar corrí a tuito lo que me daban las piernas.

— ¿Pero no mató al comisario del trabucaso? — preguntó el juez. — Porque no s'iba a salvar de tan serca...

— De serca, amigo, el trabuco no hase nada, porque los cortaos siguen el camino é la corneta. Yo lo sabía, y le tiré solamente pa sorprenderlo.

— ¿Y ande jué cuando corrió?

— ¿Yo? Me juí con el tigre, porque comprendí qu'el pobre animal, en ese momento cumplía los desinios de Dios y me enseñaba, con claridá, quien era el enemigo común de tuitos los seres de la creasión.

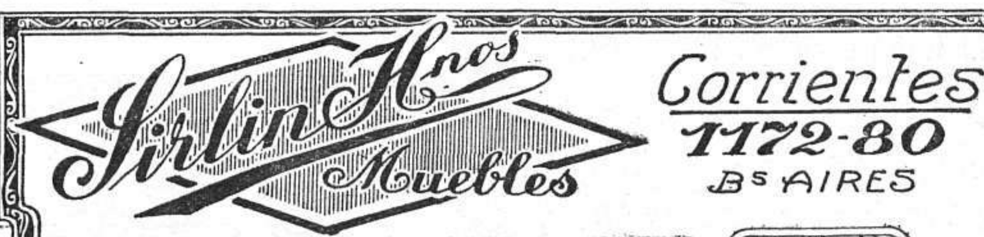
Santiago Maciel



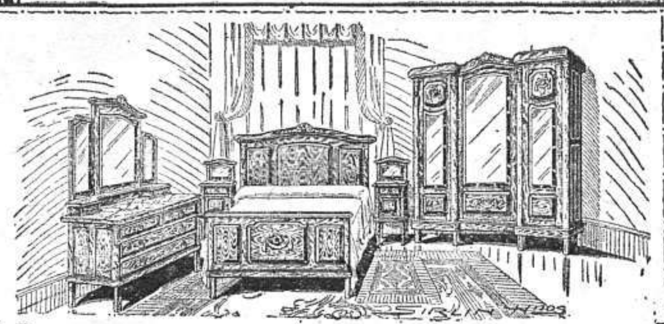
LA FALDA. — Un grupo de máscaras y jóvenes que concurrieron a celebrar el Carnaval en el baile de disfraz y fantasía que se dió en el Edén Hotel.

De JOSÉ VASCONCELOS.

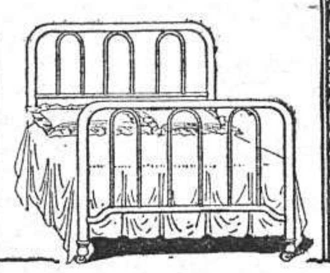
Actualmente en Méjico no se cree más que en las doctrinas que tienen buenos efectos para la comunidad. Puede presentarse, con todos los títulos de sabiduría y autoridad, la doctrina más ilustre que se suponga, pero si esa doctrina, sujeta al fiel de sus resultados en la práctica, no establece que mediante su aplicación mejorará la condición social de los hombres, entonces declararemos en nombre de la ciencia humana y en nombre de la moral, que está por encima de todas las ciencias y de todas las lógicas, declararemos que esa doctrina y esa ciencia están equivocadas. Para nosotros el fiel de la verdad es el beneficio social que un principio y una teoría pueden producir. Ese es el único criterio que usamos, el criterio superior de la moral humana y del bien del mayor número. Todo lo demás nos parece una cosa despreciable y sin duda equivocada, pero no nos tomamos el trabajo de estudiar donde está la equivocación sino que la rechazamos llanamente porque no tenemos tiempo de discutir. Estamos en épocas de obrar y nosotros acogemos la teoría más generosa, entendiendo así la que se conforme a un criterio superior al criterio de gabinete, porque la generosidad debe coincidir con lo verdadero; por eso cuando una doctrina no es generosa, no creemos que sea verdadera.



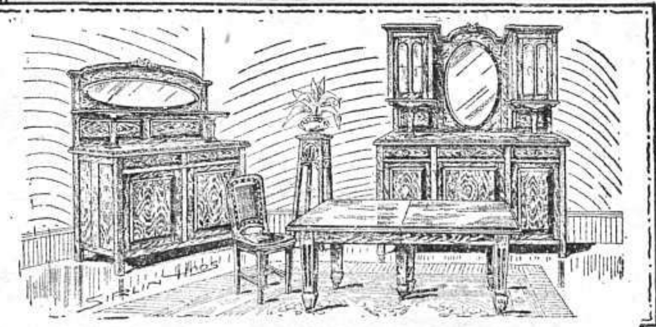
Corrientes 1172-80
Bs AIRES



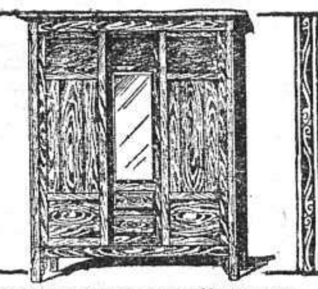
DORMITORIO construído en roble norteamericano, cuerpo entrante, amplio formato, tres cuerpos, aplicaciones y herrajes de bronce cincelados, lunas Saint Gobain biseladas, mármoles color seleccionado. Compuesto de 1 ropero, 1 toilette cómoda, 1 cama matrimonial con elástico reforzado, 2 mesas de luz con espejos. El juego, $ **500.**—. El mismo juego con ropero de 1 luna, igual tamaño, $ **450.-**



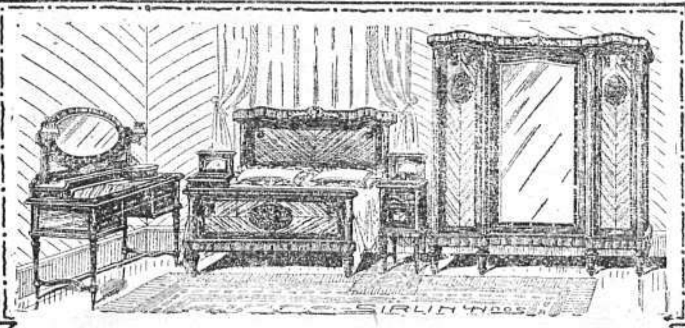
CAMA de hierro esmaltada en blanco, con elástico imperial, reforzado a doble tejido, todo en hierro, 2 plazas, $ 45; de 1 ½ plaza, $ 35, y de 1 plaza........ $ **25.-**



JUEGO COMEDOR gran formato, construído en roble macizo norteamericano, lunas y cristales biselados, mármoles de color, aplicaciones y herrajes de bronce; compuesto de 1 aparador, 1 trinchante, 6 sillas tapizadas en cuero búfalo, 1 mesa con tabla de repuesto y 2 columnas. El juego completo.............. $ **430.-**



GUARDARROPA construído en nogalina maciza, imitación roble, lustre y acabado perfecto, puertas corredizas sobre rieles, lunas biseladas, herrajes de bronce; medidas: alto 215 ctms.; ancho 143 ctms. Precio de **GRAN RECLAME**...... $ **75.-**
El mismo con 2 caj. y luna grande, $ **85.-**



JUEGO DORMITORIO, en cedro, caoba o roble, decorado con marquetería y filete de palo de rosa, lunas biseladas, herrajes y aplicaciones de bronce. Compuesto de 1 ropero 3 cuerpos, 1 toilette con brazos para luz, 2 mesas de noche, cama matrimonial con elástico patentado y 2 sillitas........................ $ **600.-**

Liquidación de Heladeras norteamericanas desde **$ 75**

Liquidación de juegos de mimbre desde **$ 34 y $ 40**

Liquidación de camas de bronce desde **$ 65**

Catálogo general de muebles edición Nº 8	Catálogo Heladeras edición Nº 1	Catálogo camas de bronce edición Nº 2

Solicite catálogo exclusivo del renglon que le puede interesar

Enlaces



Señorita Dora Pinelli con el señor Eduardo Steiner — Capital.



Señorita Isabel Lauricella con el señor Lorenzo P. Colazo — Rosario.



Señorita Rosa Candia con el señor Orestes E. Lubatti.



Señorita Mapi Adalin con el señor Nestor Ongay — Rosario.



La satisfacción y el orgullo

de criar ella misma su hijito no serán negados a ninguna madre por delicada que sea su salud.

Tomando diariamente en cada comida un vaso de la deliciosa

AFRICANA EXTRACTO DOBLE

toda madre que cría tendrá leche sana y abundante y robustecerá su organismo.



Elaborada por la Cía. Cervecería Bieckert Lda.
San Juan, 3334. Buenos Aires

De venta en los Almacenes, Bars y Confiterías.

LA LOCURA DE LA ABUELITA

Os ruego que no confundáis. Este es un cuento *de* niños, pero no *para* niños. De juro que no les entretendrá si se lo leéis, y hasta pudiera dar el caso de que aprendieran alguna cosa poco conveniente. Pienso que casi todos sabréis hacer la distinción; pero me veo obligado a la advertencia, porque personas serias a las que creía yo capacitadas para juzgar, me han dicho más de una vez:

— He leído tu cuento, que es muy interesante; pero que seguramente no entenderán los niños.

— ¡Caramba! ¡Lo lamento! — he contestado sonriente, para no decir:

— Pero, ¿se figura usted, mi amigo, que porque los personajes de un cuento sean muchachos el cuento ha de ser forzosamente *para* muchachos? Eso equivaldría a decir que cuando un novelista trae a colación a un médico la obra ha de ser *para* médicos, y que Schiller escribió *para* bandidos y el delicioso Anatolio France ideó «Thais» *para* las cortesanas de Alejandría.

Pero vamos a lo que importa:

A la fuerza tenía Horacio que ser bueno durante los quince días que faltaban para el de su santo. El papá le había prometido, imponiéndole tal condición, regalarle una bicicleta; la mamá le compraría un reloj de hombre, «¡con cadena y todo!». También le ofreció la abuela no sé cuántas cosas que eran muy del gusto de Horacio; pero todos le habían dicho y repetido muchas veces:

— Esto si eres bueno, muy bueno; porque si no, no habrá nada.

Como es natural, Horacio estaba resuelto a ganarse bicicleta, reloj, cadena y todo lo ofrecido... Pero... ¿a qué llamarían ser bueno las gentes de su casa? Problema era éste de solución dificilísima. El había creído observar ciertas contradicciones en la conducta de los mayores. Así, por ejemplo, estaba seguro de que abrir el aparador, tomar una onza de chocolate y comérsela a hurtadillas era un pecado terrible, digno de los mayores castigos, especialmente si se enteraba mamá, que, llevándose las manos a la cabeza en actitud desesperada, le reñía agriamente llamándole glotón, y no ponía inconveniente en calumniar al chocolate, dándole el calificativo de porquería.

Igual acción, llevada a cabo por la abuelita, era, sin duda, menos grave, puesto que nadie le reñía. Y eso que ésta, que era una anciana admirable, escamoteaba disimuladamente la onza, y dándosela a Horacio le decía:

— Anda, cómete este chocolate; ¡pero que no se entere tu mamá!

Un día ocurrió que la mamá, notando que el chocolate se consumía con más rapidez de la conveniente, creyó encontrar sitio seguro, y lo encerró muy sigilosamente en un cajoncito donde se guardaba comúnmente la sal y la pimienta, como lo indicaba el letrero que en él se leía.

Inútil precaución. Horacio tardó poco en dar con él, y aquel día precisamente, más hambriento o más goloso, se comió triple cantidad. La madre, indignada, quiso poner lo ocurrido en conocimiento del padre, a quien hizo tal gracia la ocurrencia que, en lugar de imponerle un severo correctivo, se echó a reir, enorgullecido de que el muchacho no fuese torpe hasta resultar incapaz de apoderarse de una golosina tan discretamente guardada.

Horacio, que era un prodigio para sacar deducciones, creyó tener materia bastante para formular el siguiente principio:

«El chocolate es algo deliciosísimo que no debe comerse delante de mamá, sino cuando ella lo sirve. Si se come a hurtadillas y mamá lo averigua, se comete un grave pecado que cuesta azotes. Puede comerse, con cierta tranquilidad de conciencia, cuando lo da la abuelita con encargo de que se devore golosamente en un rincón. Y, por fin, si se lo engulle uno con ansia, después de encontrarlo, tras inteligente pesquisa, en el cajoncito donde debe guardarse la sal y la pimienta, se realiza un acto ingenioso que obliga a reir alegremente a papá.»

No sólo hizo Horacio observaciones relativas al chocolate. Observó también que cuando un niño tiene la desgracia de tropezar, caer y romperse las narices, y llega a casa con el traje lleno de manchas de barro y de sangre, ninguno le pregunta si la caída fué motivada por una travesura, sino que todos le compadecen, le miman, le consuelan y le curan. Pero si la caída resultó afortunada y en lugar de la carne sufrió la ropa, aunque pueda justificarse de mil modos, se recibe al niño llamándole reo, chanchito, atorrante, chiquillo de la calle y otros insultos, amén de algún coscorrón sabiamente «acomodado» o varias palmadas vigorosas en el... lugar más alejado de los huesos. Por lo que nuestro héroe llegó a establecer otro principio: «Caerse, rompiéndose algo, resulta casi meritorio; caerse, sin que sufra más que la ropa, es un acto indigno de un pibe bien educado».

Estarse quietecito y silencioso, aunque solía ser muy grato para mamá y para abuelita, acaso no era muy recomendable, porque oyó decir muchas veces:

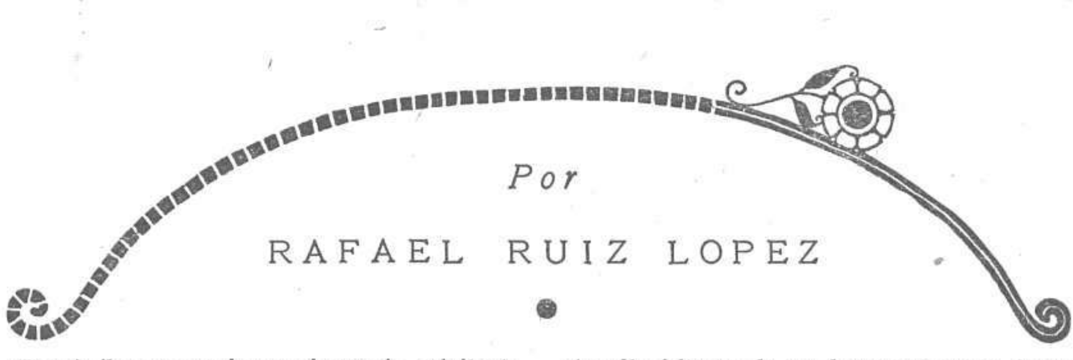
— Cuando tan silencioso permanece, ¿qué diablura estará haciendo?

Correr, gritar, subirse a los árboles, perseguir perros y gatos y otras cosas que le resultaban tan entretenidas, debían tener mucho de pecaminoso, porque su abuelita se asustaba de sus carreras y gritos y clamaba:

— ¡Pero este muchacho no piensa más que en disparates!

Gustábale mucho cazar pajarillos y había ideado una red especial formada por un pedazo de tejido metálico y dos listones. Los fijaba en el jardín a la sombra de un árbol, echaba alpiste al lado de la trampa, y cuando los pajaritos comían alegres y confiados, él tiraba de una cuerda. Solía quedar aprisionado en la red alguno y





Horacio iba a recogerlo con el corazón palpitante, resuelto a encerrarle en una jaula y cuidarle con todo mimo.

Protestaba entonces la madre. ¡Aquello era una crueldad horrorosa que hablaba muy desfavorablemente del corazón de un niño! Y le obligaba a soltar el pajarito, a quien, sin duda, estaban aguardando ansiosamente su mamá y su papá, o sus hijitos que se morirían de pena si no lo veían llegar pronto sano y salvo.

Horacio no alcanzaba a comprender esta piedad de su mamá, y mucho menos acordándose, como se acordaba, de haberla visto un día degollando, con ayuda de la abuela, unos pollos a los que desplumaron con ágiles dedos, después de haberles hecho derramar en una taza hasta la última gota de sangre.

El niño sacó en consecuencia que era crueldad terrible aprisionar a un pajarillo, aunque fuera con la intención de cuidarle cariñosamente, mientras resultaba lícito y hasta alegre cortar el pescuezo lentamente a unos pollos inofensivos.

Comprenderéis la perplejidad de Horacio. Quería ganarse todas las cosas prometidas y no sabía cómo ser bueno. Pero el niño capaz de encontrar el chocolate escondido en el cajoncito de la pimienta es apto para empresas mayores. Así quiso proporcionarse la complicidad de la abuela a la que procuró atraerse con zalamería.

— Oye, abuelita, si yo soy bueno como quieren mamá y papá, y me compran el reloj que me han prometido, el reloj no será para mí solo, no; cuando lo necesites te dejaré mirar la hora, ¿sabes?

— ¡Qué bien! — exclamaba la abuelita.

— Y no creas; la bicicleta que va a regalarme papá, si soy bueno, no la quiero tampoco para mí solo. ¡Qué disparate! La bicicleta será también para ti, abuelita. Cuando yo esté cansado te la prestaré para que puedas pasear hasta la esquina.

Reía la abuela alegremente pensando en el bonito papel que haría subida en la bicicleta de su nieto.

Ignoro el trato que hicieron ni cómo se las arreglaron. De lo que sí guardo memoria es de que el padre de Horacio, que es gran amigo mío, se presentó un día verdaderamente alarmado en casa del doctor Curcio.

— Vengo a consultarte — entró diciendo.

— ¿Estorbo? — pregunté.

— No, amigo mío, no se trata de cosa que merezca ser reservada. Es, desdichadamente — agregó dirigiéndose a Curcio — algo que me contrista y me asusta a la vez: mamá, mi pobre mamá, está trastornada. ¡Temo que va a volverse loca!

— Tranquilízate. ¿En qué te fundas?

— En que no hace más que disparates, cosas que acaso tendrían disculpa en un niño de ocho años, pero que resultan alarmantísimas realizadas por una mujer de su edad. Aprovecha, cuando no estamos en la quinta mi señora y yo, para subirse a los árboles y devorar la fruta.

— ¿Estás seguro?

— ¡Como que ella misma lo confiesa! El otro día faltaron de un duraznero cuatro duraznos hermosísimos, los únicos que tenía y que yo esperaba ver maduros. Creí que serían cosas de Horacio, y al ir a reñirle mamá declaró:

— Es injusto que retes y castigues al pobre ángel. ¡Yo me he subido al árbol y me comí la fruta!... ¡Y estaba tan rica!... Por cierto que me enganché la falda en una rama y a poco me mato. ¡Mira, mira los desgarrones que me hice!

Curcio le escuchaba atentamente; el padre de Horacio prosiguió:

— De estos disparates hay para contar y no acabar nunca: rompe los juguetes del chico; a lo mejor, se oye un estrépito terrible de vidrios rotos; acudimos pensando en alguna diablura de Horacio, ¡y nada! Es mamá a la que se le ha ocurrido tirar una pelota al aparador y, al vernos llegar, dice:

— No hay para qué alarmarse. Espero que me disculpéis. Se me ha ocurrido tirar esa pelota, y, sin pensar, he roto la botella y cinco vasos. Además se come el chocolate y el azúcar a escondidas. En fin, ¡hace cada disparate!...

Ante tal relato el doctor Curcio quedó pensativo, y resolvió:

— Debes traerme a tu mamá. No me brindo a ir en seguida a tu casa, porque aquí cuento con más elementos para reconocerla detenidamente.

Así se hizo. La buena señora se negó a que el reconocimiento se efectuase delante de su hijo. El doctor Curcio, después de la consulta, llamó a nuestro amigo.

— Tranquilízate; lo de tu mamá no es nada de lo que temes. Sus facultades están en perfecto equilibrio.

— ¿Qué tiene entonces?

— Nada que valga la pena. La observaré una semana y podré decirte el nombre de la enfermedad, que no tiene nada de alarmante.

Y ocho días después, cuando visitó para felicitarle a Horacio y vió que estaba tan alegre porque le habían comprado la bicicleta, el reloj de hombre «con cadena y todo» y buen número de juguetes, por ser el día de su santo, el doctor Curcio dijo sonriente a nuestro amigo:

— Ahora puedo decirte la enfermedad que tiene tu mamá.

— ¿Cuál es?

— Pues un nieto que es un soberano y delicioso pícaro que la conquistó, consiguiendo que se hiciese responsable de todas sus travesuras para no perder los regalos que le habíais ofrecido si era bueno. Ahí tienes explicado por qué tu mamá se sube a los árboles, se come los duraznos, rompe botellas y vasos con la pelota y devora a escondidas el chocolate y el azúcar.

— Será cuestión, entonces, de ponerse serio con ella.

— No, amigo mío — repuso Curcio sonriente. — Tu madre, dejándose conquistar, ha conquistado para siempre a tu hijo que, aunque se muera de viejo, al recordar sus travesuras de hoy dirá conmovido:

— Pero ¡qué grande, qué grande y qué santa era mi abuela!



Concurrencia infantil que asistió al reparto de juguetes y golosinas organizado por la Sociedad de Beneficencia, que preside la señora Ana María C. de Núñez.



En los hogares donde haya niños
— sobre todo niños delicados de salud — y se sospeche de la calidad de la leche de vaca, recúrrase a la

"Germinase"

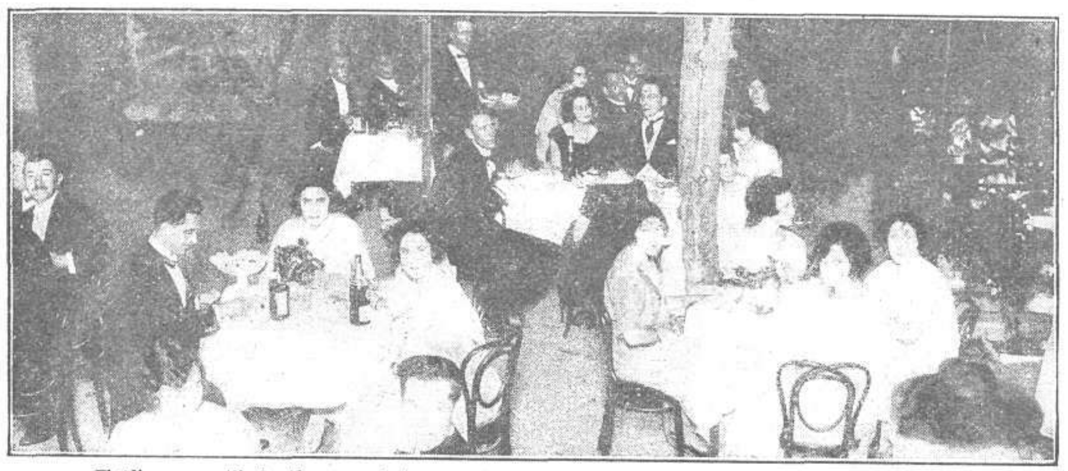
*(El alimento que contiene **todas** las Vitaminas de los Cereales)*

Está plenamente demostrado que este popular y apreciado alimento mejora notablemente las condiciones higiénicas y de digestibilidad de la leche de vaca, y aumenta el valor nutritivo de ella al par que ejerce una poderosa y racional acción estimulante y antiséptica sobre los órganos digestivos de los niños.

En ningún hogar donde haya niños, especialmente niños delicados, debe faltar un tarro de ***"Germinase";*** es ésta una medida de alta previsión que evitará, seguramente, grandes males.

Se vende en las Farmacias y Casas de Alimentación.

De Mendoza



El "diner concert" ofrecido a sus relaciones por los señores Rutini constituyó la nota social de la temporada.

TODO POR IR A LA MODA

Se ha dicho que algunas señoras inglesas, para poder seguir la moda de los zapatos con punta, se han sometido a una operación quirúrgica: la amputación del dedo meñique de los pies. Pero, por lo que refiere "Il Mondo", no tendrán necesidad de recurir el cirujano para que haga esa amputación. Si hemos de dar crédito a lo que dice un famoso pedicuro americano, el profesor W. Pfitzner, en un porvenir más o menos lejano la mujer no tendrá sino cuatro dedos en los pies. Se observa, escribe el profesor nombrado, que el desarrollo del dedo meñique del pie se ha detenino. Sabido es que los seres, en su evolución, van perdiendo los órganos de que no se sirven. En el antiguo Egipto, por lo que científicamente puede probarse, el dedo meñique del pie de la mujer tenía tres articulaciones. El de la mujer moderna, en cambio, no tiene más que dos, y en muchos casos una sola. El dedo meñique del pie femenino está, pues, condenado a desaparecer. Los hombres no tienen por qué preocuparse por este motivo. Como ellos, para mantener el equilibrio de su marcha necesitan los cinco dedos, no perderán ninguno. Las mujeres, por lo contrario, esclavas de la moda, renunciaron al uso del dedo meñique desde que comenzaron a usar los zapatos de tacón alto, y tendrán que pagar cara la costumbre lo mismo que las chinas.



AUTOMOVILES

DODGE BROTHERS

Los automóviles DODGE BROTHERS se hacen acreedores de la confianza de las reparticiones nacionales.

Para su servicio seguro recurrieron a ellos la Policía de la Capital, Ferrocarriles del Estado, Ministerio de Guerra, etc.

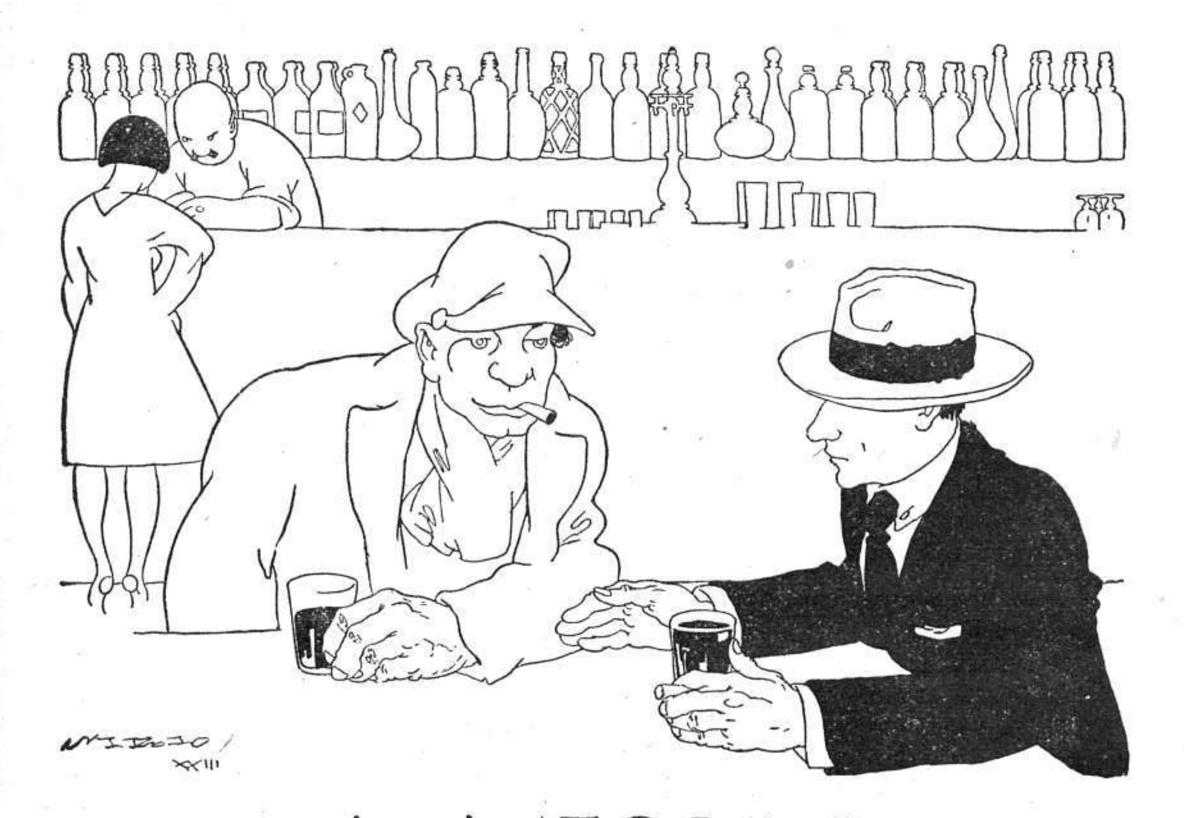
Estas distinciones, así como las que a diario le dispensa el público, colman las aspiraciones de los fabricantes.

El motor es de 30-35 HP.

El precio:
completamente equipado con su quinta goma... **$ 4.550 m/n**
(sobre wagón Buenos Aires)

JULIO FÈVRE hijo & Cía.
Av. Leandro N. Alem, 1620/40. Bs. Aires
Sucursal Rosario — Entre Ríos, 579





A MEDIAS

CUENTO · POLICIAL ·

POR MAURICIO LEVEL

— ¿Ese?... Es Julio el Americano, como le llaman — dijo el patrón. — Así, no asusta a nadie, pero no te fíes: es capaz de cualquier cosa...

— Lo creo — murmuró el desconocido.

— ¿Querías hablar con él?

— Sí.

El patrón hizo una seña. Julio, alias «El Americano», se levantó y vino a sentarse frente al recién llegado, pidió un vermouth y preguntó:

— ¿Qué hay?

El desconocido esperó que sirvieran la consumación. Luego, poniendo de lado su vaso y las manos sobre la mesa, como queriendo precisar la cuestión, habló:

— Tendría necesidad de vos para dar un golpe.

El Americano lo observó en silencio. Desconfiaba de aquellos que, sin conocerle, iban a proponerle negocios. El desconocido adivinó su pensamiento.

— Comprendo que debe sorprenderte mi proposición. Un tipo que nunca has conocido y que a boca de jarro... Pero voy a tranquilizarte en seguida.

Sacó de su bolsillo dos papeles de cien francos. Se los tendió y agregó:

— He aquí, a cuenta.

El Americano juzgó cortés el procedimiento y añadió:

— Te escucho.

— Es esto: Un tipo debe ir a Niza a cobrar una cuenta importante: ochenta mil francos. El que pudiera seguirle hasta allá y esperarle a la salida estaría seguro de atraparlo... Trabajo fácil, sin peligro.

El Americano desconfió de nuevo.

— ¿Y entonces, por qué vienes a buscarme?

La pregunta no sorprendió al desconocido. Mostró sus espaldas misérrimas, su pecho reducido, sus manos de mujer y suspiró:

— Solo, yo no tengo fuerzas.

La confesión era un homenaje indirecto al vigor de su contendor. El Americano lo comprendió así y halagado, dignóse sonreir.

— Es cierto...

El desconocido rebajó en seguida su orgullo.

— Te he dicho lo bueno; voy a decirte lo malo: Nuestro tipo no es ningún alcornoque.

El Americano tendió el brazo y mostró su biceps.

— Mira.

— Evidentemente — repuso el desconocido — pero, ante todo, es necesario saber con quién se trata. A mí me gustan la prudencia y la franqueza.

El Americano aprobó con un movimiento de cabeza y, seguro ya de ser oído, el desconocido entró a dar los detalles de su plan.

— Mi cliente sale mañana de la estación de Lyón. Hay que subir a su mismo compartimento y no perderlo. Tomará boleto de primera.

— ¡Hem! — murmuró el Americano. — Nos va a costar caro si es necesario que nosotros también...

— No te inquietes. Yo adelanto lo que sea. Nos arreglaremos después.

— ¿Trabajas al por mayor? — dijo admirado el Americano.

— No me gustan las cosas chicas — repuso el desconocido. — Pero hay algo más. Y aunque no quisiera molestarte te diré que, vestido como estás, te harías notar demasiado yendo en primera clase. ¿No tienes un traje mejor?

— No.

— Bueno. Aquí tienes para comprarte uno nuevo.

— ¡No te fijas en lo que gastas!

—Nada de pequeñas economías — declaró el desconocido que ganaba, gracias al dinero, la autoridad que su confesada debilidad le había hecho perder. — El Americano quería que se tomase un nuevo aperitivo, pero aquel se negó, aduciendo que el alcohol era bueno para los que aflojan, miedosos. Y por otra parte, no tenían tiempo que perder. Caía la tarde, los sastres cerrarían antes de una hora y si querían estar prontos era preciso partir sin retardos. Sorprendido por tanto apropósito, subyugado por esta autoridad tranquila, el Americano obedeció sin discutir. Apenas osó preguntar algo sobre el cliente, a lo que contestó el desconocido:

— ¿Para que me dejes en el medio de la vía y te arregles con un amigo?

En cuanto a él, no tuvo inconveniente de explicarse al Americano que lo preguntó:

— Me llamo Emilio y acabo de salir de la prisión de Melún. Mi especialidad son los grandes hoteles.

Al verlo tan bien vestido, los zapatos de charol elegantes, se veía en verdad que no era un pícaro vulgar.

Y se separaron en el umbral, dándose cita para mañana a las 8, una hora antes de salir el tren.

En el vestíbulo de la estación Emilio examinó a su cómplice. Encontró que estaba demasiado flamante. Criticó su corbata pero lo consideró, en general, aceptable. Estaba dando instrucciones cuando el cliente apareció. Julio se frotó las manos. Emilio se vió obligado a calmar sus nervios. Tenían que esperar aún diez y siete horas. No era el momento de traicionarse por un gesto demasiado intempestivo. El Americano, deseoso de hacer gala de iniciativa, expuso la idea de que podría conversar durante el viaje con la víctima presunta. Emilio lo disuadió. Podría desconfiar. Y lo importante era hacerse, aún entre ellos, los desconocidos y sobre todo no perderlo de vista en las paradas del tren.

— ¿Puede uno precaverse lo suficiente de un tipo que, como anda con cola de paja, es capaz de seguir la ruta más fantástica y aun bajar en el camino cuando menos se lo espera?... ¿Cómo encontrarlo luego?

— Decididamente, tú sabes hacer bien las cosas — respondió el Americano.

Y, separadamente, tomaron sus boletos. El cliente ocupó un rincón del compartimento. Emilio sentóse enfrente. El Americano se instaló en el rincón opuesto. Durante las primeras horas todo anduvo bien. En Dijón un viajero subió al coche, y el cliente que seguían bajó. Como volvía la cabeza al poner el pie en el andén, el Americano que tentaba deslizar una palabra a Emilio, reculó vivamente y éste descendió a su vez y lo siguió a varios metros. Instaláronse en la confitería. Para desempeñar bien su papel de hombre elegante, el Americano se hizo servir un refresco de granadina que sintió mucho, pues oyó a su vez que Emilio pedía, en la mesa de al lado, un vaso de vino blanco. No había nada que hacer, el tren se iba. Pagó y volvió a su asiento. Ya estaba en el suyo el cliente, leyendo sus diarios. De tiempo en tiempo Emilio se levantaba y, recostado en la puerta, fumaba un cigarrillo en el corredor. Cuando había terminado entraba de nuevo a sentarse, y el Americano salía a reemplazarle. Lyón, Avignón, Tarascón. El Americano veíase obligado, por el sueño, a abrir y cerrar los ojos. Y en el instante en que iba a dormirse de veras, Emilio fué tomado por un ataque de tos tan fuerte que lo sobresaltó, encontrando la mirada de éste clavada severamente sobre él. Abrió entonces su cuchillo dentro del bolsillo, para que el contacto de la lámina le recordara su deber. En Marsella, la noche entrada, dos nuevos pasajeros subieron. Emilio aprovechó su instalación para decirle a su compañero que se acercaba el momento peligroso, pues el tren estaba lleno y las detenciones del convoy serían más frecuentes.

El aviso estaba demás. La proximidad de la escena final y sabiendo que el éxito de la empresa dependía absolutamente de él, no permitían al Americano ninguna idea de dormirse.

Emilio también parecía nervioso y a cada instante bajaba el vidrio para leer el nombre de las estaciones que pasaban. Por fin gritaron:

— ¡Niza!... ¡Niza!

El viajero, que había juntado sus paquetes momentos antes, descendió, y Emilio y el Americano le siguieron los pasos.

— ¡Cuidado si toma un coche! — dijo el Americano al oído de su cómplice, al entregar el boleto a la salida.

Pero el viajero, habiendo explorado de una sola mirada la plaza desierta de la estación, la atravesó, tomó a pie por la avenida, dió vuelta a un bulevar, siguió una calle transversal, detúvose ante una puerta y llamó. Entonces Emilio, que estaba en observación frente a una vidriera iluminada, gritó:

— ¡Hep!

— ¡Cuidado! — dijo el Americano, acercándose y al sesgo, — ¿no ves que estás en plena luz?

— No tiene importancia — sonrió Emilio. — Aquí tienes para ti. Sí, sí, puedes tomarlo. Es un billete de mil francos. Y no es falso... Ahora... puedes irte.

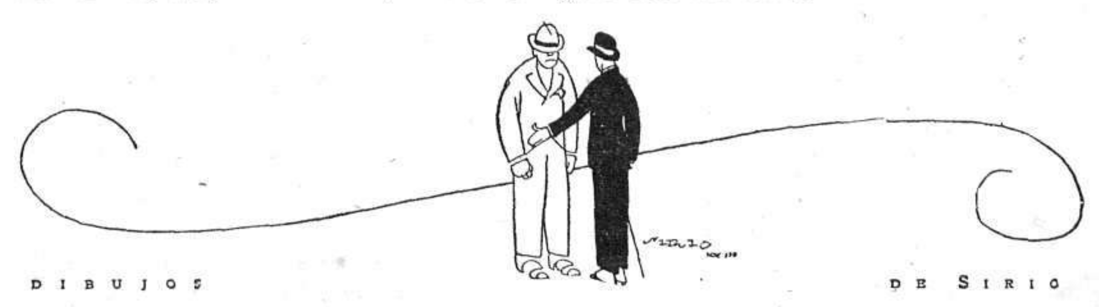
— ¿Cómo? — gruñó el Americano rechazando la mano tendida. — El señor ha reflexionado... ¿El señor quiere dar el golpe solo?... ¿Pero, qué se ha pensado?...

Emilio repuso:

— Pero si no he pensado nunca en dar ningún golpe, compadre. El señor con el que hemos viajado en el tren es un amigo, mi socio. En la valija que llevaba en la mano traía varios millones en piedras preciosas. Los trenes no son nada seguros. Un golpe es fácilmente dado. Entonces te he contratado para servirle de escolta. Con un hombre pesado como vos estaba seguro de que no le pasaría nada... Comprendo que es una pequeña desilusión... ¿Quién no tiene la suya?... Toma estos mil francos y vuelve a París.

El Americano dudó un segundo; luego guardó el billete y suspiró melancólico:

— ¡Qué desgracia!... ¡Un tipo inteligente como vos, y persona honrada!... ¡Lo que hubieras podido ganar entre nosotros!...



DIBUJOS DE SIRIO

De San Luis



El ex rector del colegio nacional señor Blas Baldino rodeado por un grupo de profesores que le hicieron entrega de un pergamino con motivo de su reciente jubilación.

UNA APUESTA TRÁGICA

El príncipe Vladimiro Zeropatkow, completamente arruinado, apostó con un acaudalado propietario, el conde Waldick, a que se debía de un sólo trago tres litros de vino. El conde Waldick mantuvo la apuesta, y quedó convenido que el premio de ésta fuese uno de sus castillos con los parques y terrenos anexos.

Las condiciones de la apuesta fueron registradas por un notario.

Llegó el día designado. Sentáronse a la mesa Waldick, Zeropatkow y otros veinte amigos que habían de servir de testigos de la singular hazaña.

El príncipe Zeropatkow sólo comió una sardina arenque.

Al final del banquete dos criados entraron sosteniendo una taza gigantesca llena de una mezcla de *porter* y de champaña, combinación que los rusos llaman "sangre de turco".

Aproximaron la copa a los labios de Zeropatkow, y éste comenzó a beber lentamente hasta no dejar ni una gota.

Cuando hubo terminado se puso en pie, tomó de manos del conde Waldick los títulos de donación del castillo que pasaba a ser propiedad suya, y se los entregó a un amigo, diciéndole:

—Dádselos a mi mujer y a mis hijos. Bebiendo los arruiné... ¡bebiendo vuelvo a enriquecerlos!

Y mientras los invitados reían y aplaudían entusiasmados, Zeropatkow desplomóse muerto en el suelo.


Boccanegra
Cuando quiera comer bien, haga preparar los platos con el exquisito aceite puro de oliva Boccanegra.

AGRICULTURA — LA TAREA MAYOR DEL MES

Por más que muchos de los latifundios alfalfados lo han sido por medio de arrendatarios de trigo, y, por tanto, la alfalfa se siembra en estos casos en pleno invierno y con un cereal, no hay duda y todos convienen en que la fecha clásica para la siembra de dicha forrajera es marzo, esto es, en otoño; puede sembrarse en primavera, pero, de no hacerlo temprano, los solazones del verano pueden perjudicar las tiernas plantitas; en cambio, es preferible el otoño, especialmente para la zona norte de la república, porque antes del invierno las plantas han arraigado ya, y durante esta estación, aunque se desarrolle lentamente, al llegar la primavera toma vigor y entra en seguida en producción, pudiendo hacerse pastorear o cortar.

La cantidad de semilla que se ha de emplear varía según se trate para pastoreo o para corte; en el primer caso lo que se quiere son plantas robustas y que tengan espacio para macollar bien y ampliamente; luego hay que sembrar ralo; en el segundo, se busca pasto fino y delgado y para esto hay que sembrar tupido. Pero existe un factor, que también es preponderante, y es el terreno; en suelos arenosos, sueltos, profundos, donde la alfalfa crece y profundiza sus raíces, y dura muchos años, no hay necesidad de echar mucha semilla; en terrenos arcillosos, compactos, fuertes, donde la alfalfa no se desarrolla libremente y por el pisoteo de los animales que pastan en el campo dura pocos años, hay que «cargar la mano».

Reduciendo, pues, a cifras todo esto, podríamos decir que en tierras sueltas y profundas, como el oeste de la provincia de Buenos Aires, la Pampa y sud de Córdoba, y para pastoreo, con 15 a 20 kilogramos de semilla por hectárea hay bastante, y vimos alfalfares espléndidos y durables con mucho menos semilla empleada; y en terrenos fuertes y compactos y para corte, de 25 a 30 kilogramos de semilla por hectárea.

Todo esto siempre que se emplee semilla buena, selecta y de alto poder germinativo, determinado precisamente por su respectivo análisis; y agregaremos que también ha de ser libre de cuscuta, de esta plaga que suele sembrarse con la alfalfa, porque la semilla, como lo hemos demostrado en otras ocasiones, es el vehículo más eficiente de su propagación.

En cuanto al modo de siembra, el más usual es al voleo, a máquina, y es también el más económico; hay sembradoras de alfalfa que se venden en el comercio hasta de 14 pies de ancho, que hacen un buen trabajo; también hay aparatos que se aplican a las sembradoras comunes de trigo. En todo caso, después de la siembra, hay que pasar la rastra de ramas o de cadenas y también el rodillo si se trata de suelos sueltos o movedizos, para asentar bien la tierra, para que queden bien adheridas las semillas y puedan germinar más fácilmente.

INSECTOS NOCIVOS: LA ERINOSIS DE LA VID

En primavera avanzada y aún en pleno verano es fácil y común ver las hojas jóvenes o adultas de la vid, su cara superior, cubierta de pequeñas abolladuras o agallas de forma redonda y bastante pronunciadas, a veces tan numerosas que cubren la hoja en casi toda su extensión; en la cara inferior de las mismas corresponde a cada abolladura una concavidad de igual tamaño, pero recubierta por un vello fino, denso y blanquecino al principio, más tarde amarillento y al último de un color rojo ladrillo parecido a la herrumbre.

Las hojas nuevas a veces se retuercen y engruesan; las adultas quedan casi siempre llanas.

Estas alteraciones llamadas «erinosis» son producidas por un insecto, un ácaro microscópico denominado *Phillocaptes vitis*, de forma alargada, el que con sus picaduras en las hojas determinan las agallas o abolladuras que hemos mencionado y la pelusa o fieltro que le sirve de abrigo.



Hoja de vid atacada por a erinosis.

La erinosis es conocida desde los tiempos más antiguos en Europa, y también entre nosotros es muy difundida hasta en los parrales caseros; pero por lo general sus daños son relativos o limitados; solamente tratándose de una gran invasión la vid se resiente y, sobre todo, cuando el insecto ataca los brotes tiernos y las flores que no pueden, en este caso, cuajar.

Para prevenir el mal y evitar su difusión y desarrollo, se aconseja el azufrado, hecho con bastante anticipación, con azufre en polvo mezclado con cal viva finamente pulverizada y aplicados preferentemente en la cara inferior de las hojas.

EN LA HUERTA ESCOLAR: LABORES PREPARATORIAS

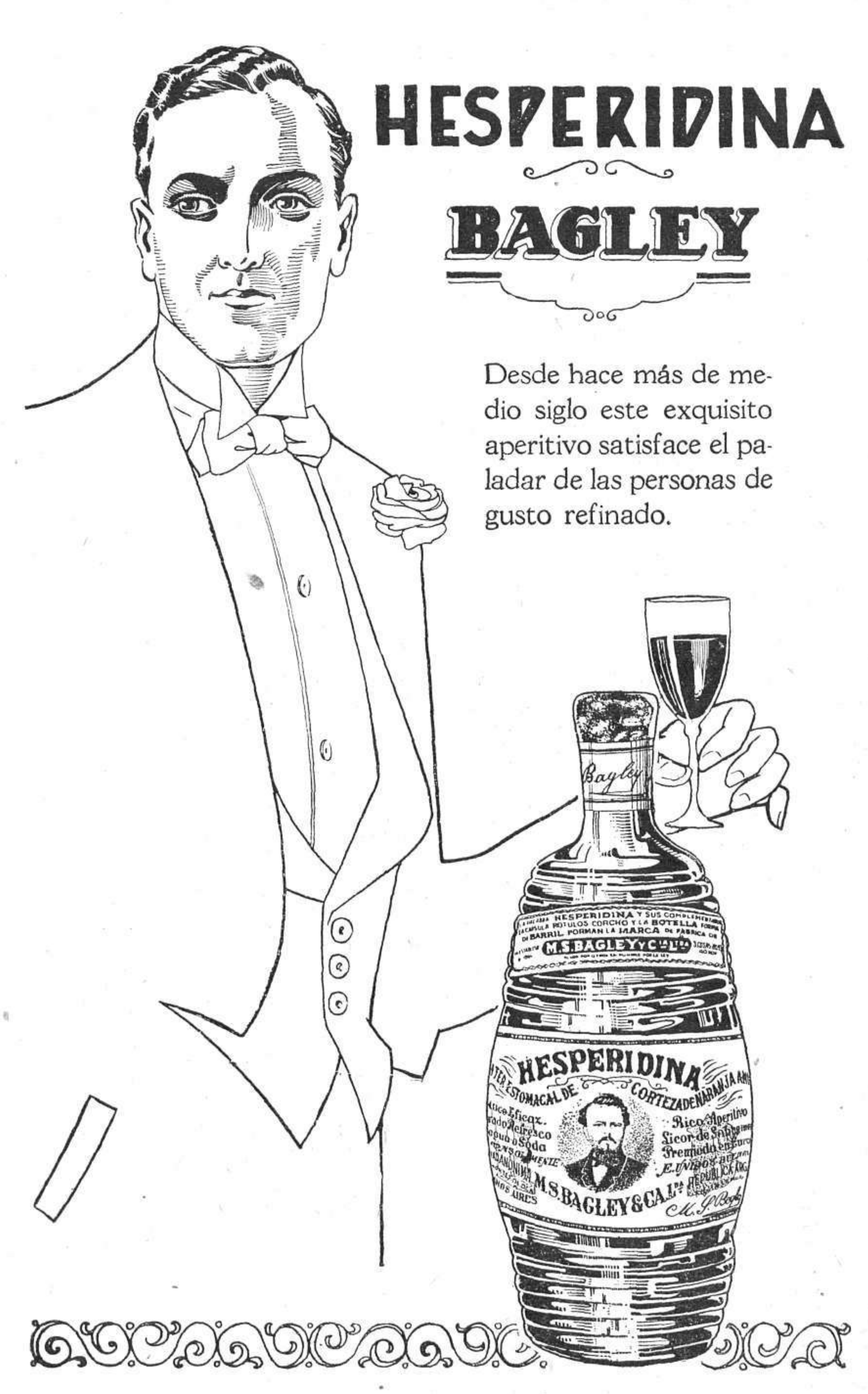
Pasadas las vacaciones y abierto el curso escolar, muy probablemente, en la casi totalidad de los casos, la huerta escolar habrá estado en descanso y estará hecha un yuyal; corresponde, pues, dar al terreno una buena labor a la mayor profundidad, y en este caso el arado es el instrumento más indicado para efectuarla de una manera adecuada y rápida.

Con las labores se obtiene la remoción del suelo hasta la profundidad conveniente, su trituración completa, aumentando así el espesor de la capa activa; se facilita la entrada en el terreno del aire y del agua, que son los principales agentes que concurren a la fertilización natural del suelo, pues determinan la descomposición de las materias orgánicas, la oxidación de los minerales y su transformación en substancias útiles para las plantas; con las labores se aumenta la infiltración de las aguas hasta las capas inferiores del suelo para que, almacenadas, mantengan fresca la tierra; se destruyen las malezas impidiendo su reproducción, y, en fin, se prepara un ambiente de tierra porosa, suelta, desmenuzada, mullida, asentada y limpia, todas condiciones necesarias para que las semillas puedan germinar fácilmente y las raíces de las plantas extenderse en todo sentido, sostenerse, afirmarse y desarrollarse de la mejor manera.

La escuela, naturalmente, no dispone de animales y arados, pero no ha de faltar la buena voluntad de algún chacarero amigo del maestro o director para que preste su cooperación en el sentido indicado.

Después de la arada hay que pasar la rastra inmediatamente una o dos veces y la superficie quedará así lista para el trazado de los caminos divisorios, si no es que se hayan conservado los del año pasado, y para efectuar la subdivisión en canteros y tablones.

HUGO MIATELLO,
Ing. Agrón.



HESPERIDINA
BAGLEY
Desde hace más de medio siglo este exquisito aperitivo satisface el paladar de las personas de gusto refinado.
Bagley
HESPERIDINA
M.S.BAGLEY&CA.LDA

Telegrafía y telefonía sin hilos moderna al alcance del aficionado

UTILIZACION DE LA CORRIENTE DE ALUMBRADO PARA LA ILUMINACION DE LOS AUDIONES

Poco a poco se está generalizando entre los aficionados el empleo de los transmisores radiotelefónicos sobre le base de audiones especiales para transmisión.

En los principios de la radiotelefonía en nuestro país las únicas lámparas audión que se empleaban para transmisión eran las conocidas lámparas francesas, empleándose 2 ó 3 en paralelo, a fines de alcanzar una potencia media.

Dado que el consumo de estas lámparas, en el filamento, es reducido, aproximadamente 0,7 de ampere, lo que hace para tres lámparas un consumo total de 2,1 amperes, se podía utilizar para ese fin baterías de acumuladores de poca capacidad, con la seguridad de obtener un buen rendimiento.

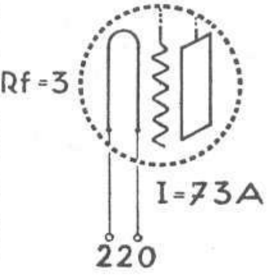


Figura 1.

Es sabido que los audiones empleados en circuitos transmisores permiten el paso de una elevada corriente de placa, obtenida por medio de la aplicación de un elevado potencial sobre la placa — hasta 440 volts — y por un aumento de tensión en la batería empleada para la incandescencia del filamento — de 4 volts normal, a 6 volts — a fin de que siendo ésta mayor la emisión electrónica aumente.

Se comprende fácilmente que las lámparas calculadas para funcionar en condiciones normales tenían una vida muy reducida en un circuito transmisor, por cuya razón se inutilizaban rápidamente. La única forma de obtener una larga vida produciendo las emisiones electrónicas necesarias era construir lámparas con filamentos muy gruesos, de manera que aun estando sometidos a la producción de un gran caudal de electrones su desgaste fuera lento. Esta solución práctica en el sentido del rendimiento presenta el inconveniente de aumentar considerablemente el consumo, dado que, siendo el filamento de mayor diámetro, y recordando la ley de Ohn, que dice que la resistencia es inversamente proporcional al diámetro del conductor, la resistencia de los nuevos filamentos siendo menor permitían un paso de corriente considerable.

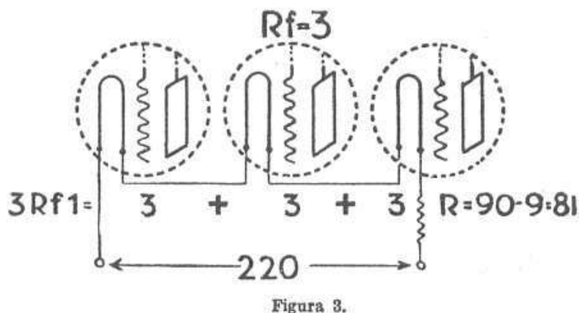


Figura 3.

Las lámparas transmisoras de potencia reducida — 5 volts — consumen aproximadamente 2,5 amperes, de manera que sobre la base de emplear dos lámparas resulta un consumo total de 5 amperes.

Como es fácil comprender, una batería de acumuladores de reducida capacidad — 30 a 40 amperes hora — no permitiría obtener un buen rendimiento, desde el momento que estaría sometida a una fuerte descarga, siendo necesario entonces el empleo de una batería de 90 a 100 amperes hora.

Como una batería de esta naturaleza es de un precio elevado, queda el recurso de emplear la corriente de canalización, evitándose el desembolso considerable que implica la adquisición de una de estas baterías. La corriente de canalización puede ser continua o alternada, pero siempre de una tensión de 220 volts.

La corriente alternada es preferible en estos casos, pues, con un simple transformador, reducimos la tensión de 220 volts a la necesaria — 6 ó 12 volts — calculando los bobinados de manera de obtener la corriente necesaria en el circuito del secundario.

Como la corriente continua es la más común, nos ocuparemos momentáneamente de ésta, para tratar el empleo de la alternada y la construcción de un transformador en un próximo artículo.

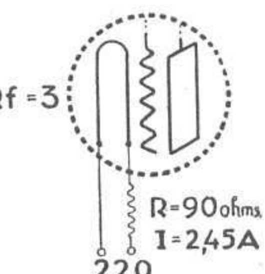


Figura 2

Como las lámparas funcionan con tensiones de filamento reducidas es imposible usarlas conectando los bornes de 220 sobre la misma. Supongamos una lámpara Radiotrón de 5 watts, cuyo consumo, con una tensión de 7,5 volts, es de 2,5 amperes, resultando que su resistencia es de 3 ohms.

Si sobre el circuito de canalización conectáramos el audión como indica la figura N.º 1, de acuerdo con su resistencia, la corriente que circulará por él será de 73 amperes, más que suficiente para pulverizar el filamento en una insignificante fracción de segundo.

Luego el problema quedaría resuelto si intercaláramos en el circuito de la figura N.º 1 una elevada resistencia que regule el paso de corriente por dicho circuito, como se indica en la figura N.º 2.

La forma de calcular esta resistencia se indica a continuación:

$$\frac{220}{A} = R$$

siendo A = consumo del filamento del audión, resultando para el caso que tratamos

$$\frac{220}{2,5} = 90 \text{ ohms.}$$

Luego, adquiriendo una resistencia que permita pasar esta corriente, se podrá encender el audión con facilidad, sirviendo para este caso una simple resistencia de estufa o de plancha.

El empleo de un amperómetro en serie será muy conveniente para determinar el valor exacto, siendo preferible que la resistencia sea algo mayor para reducirla hasta obtener el valor necesario. Cuando se deben emplear dos o más lámparas se conectarán éstas en serie como indica la figura N.º 3, de manera que la misma resistencia sirve para todas, pero como queda intercalada la resistencia interna de cada filamento habrá que reducir el valor de la resistencia reguladora. Si se emplea un circuito oscilante directo, o sea que se emplea la misma bobina para la antena, para el encendido de los audiones se utilizará únicamente el polo negativo que queda conectado a tierra a través de la resistencia como se indica en la figura N.º 4. El encendido del audión por medio de estos sistemas puede hacerse únicamente con circuitos que emplean una tensión de 440 volts y no con aquellos de 220. Para encender el audión se cierra el circuito sin necesidad de reóstato.

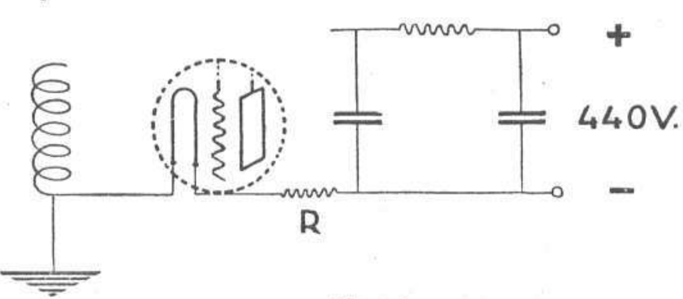


Figura 4

Los Teléfonos "BROWN"

para Radiotelefonía son los mejores.

Su sensibilidad es superior a la de cualquier otro teléfono. Prueba de sus buenos resultados son los miles de ellos que hay en uso en el mundo entero.



Ueléfono BROWN Tipo D.
4.000 ohms
$ 51.30

La enorme demanda de material radiotelefónico ha dado un gran impulso a la fabricación. La tendencia general ha sido sacrificar la calidad a la cantidad a fin de poder satisfacer los pedidos. Durante el período actual de enorme demanda, la casa S. G. Brown Ltd. ha rehusado sacrificar la alta calidad de sus productos aun a riesgo de demorar ocasionalmente la ejecución de los pedidos. Por esto la envidiable reputación del nombre B R O W N se ha afianzado aun más, y continúa siendo reconocido por los aficionados y profesionales del mundo entero como la mejor garantía sobre los aparatos que lo lleven grabado.

GUERRERO & GACHE

Unicos distribuidores para la Argentina
ESMERALDA, 455. (U. T. 7206, Av.) BUENOS AIRES



RADIO TELEFONIA

PILAS PARA PLACAS GRADUADAS

22	Volts	con contacto...	$ 2.90
22½	»	graduadas......	» 5.25
45	»	graduadas......	» 10.—
45	»	con broches......	» 10.80

Continúan nuestras ventas en precios **REBAJADOS** de verdadera **PROPAGANDA.**

Solicite precios de cualquier artículo **RADIO.**

B. MAGDALENA - Maipú, 669 - Buenos Aires



MURDOCK
3000 Ohms $ 15.-

Sulky "Fascista"





con eje 1¼.
pinceta de 4 hojas
ruedas de 1.40 × 1¼.

Muy reforzado.

$165 m/n.

¡Pídalo con tiempo! a **Fco. Dichio & Cía.**
Callao 255 - Buenos Aires



RELOJES LONGINES

¡Vendemos a precios más bajos que nadie!

LONGINES
DE PLATA 3 TAPAS $38

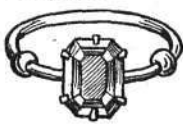
ANILLO de oro Fix, 18 kilates, a $ **8.—**

Oro 18 k. Oro 18 k.
PULSERA-RELOJ oro 18 k., cinta moiré, por sólo $ **28.—**

AROS de moda, galalit, con camafeo, el par pesos..... **2.50**

PRECIOSOS aros de oro sobre plata, nácar y azabache, por sólo pesos........ **3.50**

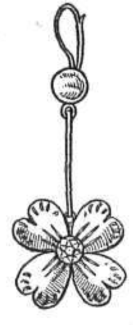
ELEGANTES aros imitación platino con camafeo, el par...... $ **3.90**



ANILLO platinit con hematite, a.... $ **2.—**







AROS de moda, estilo antiguo, el par pesos....... **5.—**

COLLARCITO con portarretrato de oro garantido, a...... $ **10.—**
El mismo, enchapado en oro, a pesos....... **3.90**

AROS fantasía, nácar y símili, el par, pesos...... **3.50**

CORRESPONDENCIA Y PEDIDOS A:

CASA MATUCCI

Avenida de Mayo, 1062 — Buenos Aires

Aceptamos en pago cartoncitos 43 a dos centavos cada uno.

De San Luis. — Carnaval



El baile dado en el Teatro Club por la sociedad puntana.

Las señoritas Leva, Cabanillas, Huiller, San Martín, Anaya, Arancibia y Reboyra en un palco.

Otro aspecto de la elegante y aristocrática fiesta.



PASTILLAS
SIN RIVAL
El mejor producto para teñir
dan los tintes firmes garantidos. Pidanlas.
BONDUEL Hnos. S. A.
718 - ALSINA - 724
U. T. 1314, Aven.
Buenos Aires



Anemia



La Tos

De San Luis. — Carnaval

En el teatro Sportsman. Un aspecto del baile de los maestros.

Comparsa titulada "Los hijos de la noche", característica nota de nuestras fiestas.

«TÚ Y YO»

Es una cinta del género infantil, a base de pequeños, ingenuos y risueños actores de ocho años para abajo, a excepción de un galancito y de dos o tres intérpretes secundarios que se necesitaron para cuidar de cerca los «entusiasmos» de los *pibes* en acción.

Queremos dar a esta película toda la importancia que se merece por las saludables y bellas enseñanzas que de su argumento se desprenden desde un punto de vista artístico-higiénico-moral.

Unos pibes juegan al amor como si fueran personas mayores atormentadas por el «mal» de Cupido. Una niña deliciosamente chata ejerce de «dama experimentada» en achaques pasionales; su rubia faz, resplandeciente de pueril malicia, es ya todo un poema acusativo de sus precoces disposiciones amatorias. Aconseja a un amante que dé celos a su adorado tormento, para lo cual se ha de recurrir al socorrido expediente de interesarse por otra, y en este caso una muñeca, traída y llevada de unos brazos para otros, logra a medias reconciliar a la pareja. Pero como hay que multiplicar el enredo, aparece en escena una deliciosa coquetuela que con sus miradas de «caramelo derretido» perturba la paz de los enamorados y casi casi echa a perder sus buenas intenciones. Para rellenar, estilo yanqui, tan sugestivas escenas, era de rigor algún ejercicio gimnástico en que los menudos artistas demostraran la atrevida flexibilidad de sus miembros, y la «cosa» termina con admirables zambullidas en el agua... deporte náutico que ahora alcanza pleno desarrollo entre los intrépidos nadadores argentinos.

Mas lo atractivo y hermoso de esta cinta hay que buscarlo en la mímica graciosa de los infantes; en los gestos, ya de pasión o de desdén, con que expresan sus sentimientos; las sonrisas con que subrayan las situaciones, los mimos que se prodigan y las cómicas contrariedades de sus desavenencias; todo lo cual produce un grato cosquilleo divertido-sentimental en el espectador, que se advierte así parodiado en sus afectos «grandes» y que carcajea de buena gana ante los instintos imitativos de la diminuta tropa, bien ajena todavía — por suerte — de lo peligroso que resulta jugar con fuego.

Excelente producción **infantil**, «anticipo» burlón que más tarde ¡ay! será drama «de verdad» para los que, en esta cinta, interpretaron sin «sentirlo».

«PENSAMIENTOS QUE MATAN»

Es un peliculón a base del notable artista Eric Kaiser Titz, expresivo y emotivo lo suficiente para darnos las acertadas sensaciones que caracteriza. El argumento, a pesar de su vulgaridad ambiente, consigue atraer nuestra curiosidad por sus efectistas escenas en que el arte fotográfico demuestra sus progresos, y en algunas situaciones pasionales alcanzan los principales intérpretes ese elevado nivel impresionante que es inconfundible por los entrañables sentimientos que despierta.

TEATRO DEL SILENCIO

«EL HOMBRE DE LA SONRISA»

Se llama, en esta cinta, Romaine Fielding, y no digamos que sonríe con esa sutil espiritualidad de los grandes ingenios — Oscar Wilde, a lo exquisito ambiguo; Rabelais, intencionado y ruidoso; Benavente, a lo mefistofélico; Byron, a lo provocativo — pero sí con bastante «fuerza» para darnos a conocer su estoicismo a lo Jean Valjean norteamericano, un hombre que aguanta sin pestañear las injusticias de sus semejantes y que, sin embargo, cuando sale de la cárcel donde purgó imaginarios delitos, sigue sonriendo y perdonando como el más feliz de los mortales.

Esta bondad de corazón y esta rectitud de carácter no quiso el argumento que aguardara su recompensa para en la otra vida. No; hay que ser generoso con los buenos, y *aquí mismo*, en este miserable mundo, deberá hallarse el justo premio a las virtudes. Consecuente con esta «teoría», el protagonista, sin perjuicio de la bienaventuranza eterna, tan a pulso ganada, obtiene paz, bienestar y, por dulce añadidura, el corazón esponjado de una adorable criatura.

«EL REY DE LA ESTAFA»

Nos conduce, como de la mano, por los intrincados y estupefaccientes episodios rocambolescos de las intrigas sin escrúpulos; nos presenta a los «fuera de la ley» con el ingenio elevado al cubo para apoderarse, al por mayor, de los milloncetes del vecino y nos sirve, adobados detectivescamente, algunos platos fuertes de la cocina policial que ya estamos acostumbrándonos a digerir. Para salpimentar emocionalmente estas escenas, viene el amor y se mezcla autoritario, imponiendo su capricho o lo que sea. Interesante película y nada más.

«CUANDO UNA MUJER SE EMPEÑA»

Es el título de una producción campestre que tiene por heroína a la «estrella» Helen Gibson, una mujer muy «hombre» como nos decía, durante la exhibición y no sin cierta mal disimulada envidia, un vecino arrugadito de peso-pluma, ex jockey sin duda.

Los varoniles alardes de esta amazona nos provocaron, al principio, un noble sentimiento admirativo. ¡Vaya una mujer con los pantalones bien puestos! — exclamábamos sin despegar los ojos de la pantalla. Empero, a los mil y pico de pies de celuloide, comenzaron por aburrirnos sus pujanzas para luego, hacia el final, irritarnos con sus desplantes hombrunos. En efecto; es mucha mujer esta Helen *cow-girl* que no teme ni a Dios ni al diablo y que todo pretende arreglarlo en un dos por tres.

Asusta pensar lo que serían nuestros hogares si en ellos se cobijara un «motor» femenino de semejantes «revoluciones».

Claro que nuestra protagonista marimacho únicamente nos muestra sus excesos de energía en franca lucha contra hostiles elementos; pero hay que desconfiar de esta hegemonía muscular que nos amenaza a nosotros, los del sexo feo y fuerte. ¿No?

«LA TIERRA»

Producción francesa tomada de la famosa obra de Emilio Zola, preséntanos, con acierto relativo, algunos pasajes interpretados con verismo y discreción; mas, dada la magnitud ideológica y realista de la citada novela, era punto menos que imposible circunscribirla en un argumento cinematográfico que por sus limitaciones, así literarias como artísticas, necesariamente ha de mutilar episodios y reducir situaciones con natural perjuicio del plan que inspiró al autor.

En este caso así ha ocurrido. De las geniales páginas de «La Tierra» sólo logramos vislumbrar algunas huellas literarias del maestro cuyas obras, digamos de paso, son muy poco cinematografiables, pues predominando en ellas la fuerza descriptiva, el análisis psicológico de primer orden, no se prestan para ser expuestas en la pantalla, objetiva y sintética. Acordémonos de que el genial novelista fracasó en sus intentos de hacer teatro.

«EL ÍDOLO DE LOS CONTRABANDISTAS»

A base de la «estrella» europea N. Tzaschewa, nos interesó en seguida con las peripecias de la linda Marizza, la cual ejerce «influencia fatal» en cuantos la rodean y es la mascota de una banda de contrabandistas que se valen de sus atractivos para acometer arriesgadas empresas burlando las leyes arancelarias y entablando tenebrosas escaramuzas con los vigilantes de la frontera.

Al fin la buena suerte se trueca y las autoridades, a pesar de los hechizos engañadores de la muchacha, caen de sorpresa sobre los malhechores y la justicia comienza a funcionar para tranquilidad del pueblo y estabilidad del comercio, porque las mercancías «oscilaban» demasiado con el contrabandeo.

SE ANUNCIÓ

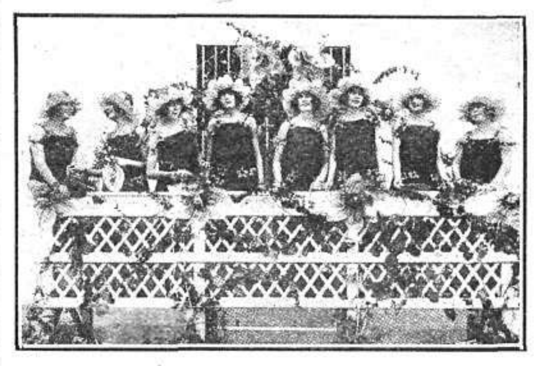
De un modo sugestivo **una** película alemana del doctor Krause, y ciertos carteles explicaron «discretamente» que desde luego no era apta para menores de edad y acaso tampoco para el bello sexo.

Parece ser que se trata de una «continuación» del famoso doctor Caligari o algo por el estilo, con cubismos, ocultismos y gabinetes misteriosos en que, por medio de ciertas manipulaciones, los cadáveres se yerguen y las sombras se animan...

Ya diremos en la próxima si la cinta respondió a tantas salvedades anunciadoras.

NARCISO ROBLEDAL.

Entre Ríos.— Carnava



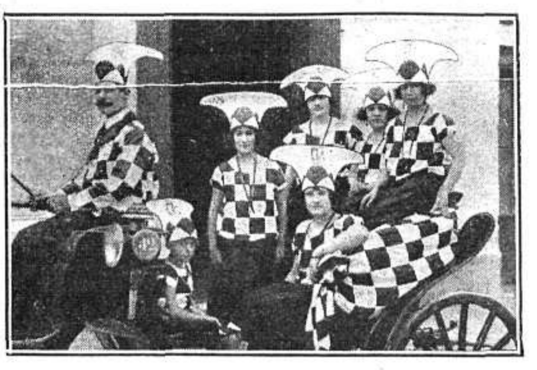
Palco «Los Mirasoles». Señorias Perozzi, González y Grandi. — Corso de Gualeguaychú.



Señoritas de Buschiazzo y Brau, «Odaliscas». — Corso de Gualeguaychú.



Coche «Holandesas», ocupado por las niñas de Cassani, Bruno Boretto y Gómez.



Carruaje titulado «Blanco y Negro», de las señoritas Salagoite, Venedetti, Orue e Iriarte. — Corso de Gualeguaychú.

PASATIEMPOS

Caras y Caretas ha establecido un concurso mensual de juegos de ingenio, para el que se otorgarán cuatro premios en la siguiente forma: dos a los lectores que remitan mayor número de soluciones exactas y otros dos a aquellos a quienes se les publique mayor número de juegos. Ajustarse a las siguientes bases:

1.ª En caso de empate los premios serán adjudicados en la forma más equitativa que resuelva la Dirección.

2.ª Es requisito indispensable adjuntar a las soluciones el cupón respectivo.

3.ª Los juegos para publicar deben estar acompañados de firma y domicilio, aunque se publiquen con seudónimo.

4.ª Los juegos que se remitan deberán acompañarse de las soluciones correspondientes.

5.ª El aspirante a premios por colaboraciones puede optar también a los premios por soluciones.

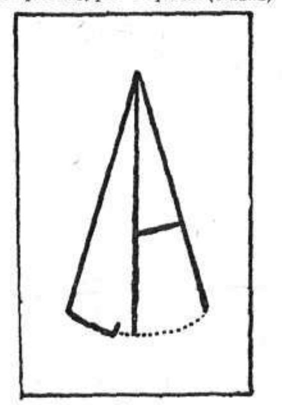
N.º 1
Comprimido, por «Liquina» (ciudad)



N.º 2
Comprimido, por «Liquina» (ciudad)



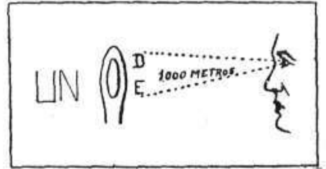
N.º 3
Comprimido, por «Liquina» (ciudad)



N.º 4
Frase interpretativa, por «Liquina» (ciudad)



N.º 5
Interpretativo, por «Liquina» (ciudad)



N.º 6
Comprimido, por «Sonriente» (ciudad)



N.º 7
Refrán semi-interpretativo, por «Rino» (Río Santiago)



N.º 8
Refrán comprimido, por «Rino» (Río Santiago)



N.º 9
Comprimido, por «Sonriente» (ciudad)



N.º 10
Jeroglífico, por T. Legarreta (Talleres, F. C. S.)

T A R A

N.º 11
Rombo, por «Sonriente» (ciudad)

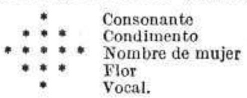
```
    *        Consonante
  * * *      Condimento
* * * * *    Nombre de mujer
  * * *      Flor
    *        Vocal.
```

Horizontal y verticalmente deben leerse los significados expresados, sustituyéndose los asteriscos por letras.

N.º 12
Charada eléctrica, por T. Legarreta (Talleres, F. C. S.)

JUEGO Y RIO   TODO: PAIS

N.º 13
Logogrifo-jeroglífico, por T. Legarreta (Talleres, F. C. S.)



4 5 3 1 2 6

N.º 14
Palabra de doble sentido, por T. Legarreta (Talleres, F. C. S.)

Es ciudad y es planta

CONCURSO DE PASATIEMPOS
MARZO DE 1923
CUPON N.º 1274

A los solucionistas y colaboradores

Toda serie de soluciones que se envíen deben acompañarse del cupón respectivo que se publica al final de la sección.

Cuando los colaboradores deseen que sus juegos se publiquen con seudónimo, deben hacerlo presente; en este caso, como en los anteriores, es conveniente anotar el domicilio debajo de cada juego.

El concurso de pasatiempos no es sólo para los lectores de la capital; pueden competir también los del interior y exterior.

Al remitir una serie de colaboraciones, cuando cada juego esté hecho en un pliego, es conveniente firmar uno por uno, dando las soluciones por separado.

No es necesario adjuntar para las colaboraciones el cupón; tal requisito es sólo indispensable a los solucionistas, a quienes recomendamos, para el más rápido recuento y fallo del concurso, remitir las soluciones de una sola vez, al publicarse la última serie de juegos.

N. de la R. — Toda la correspondencia para esta sección debe remitirse a la sección «Pasatiempos», de Caras y Caretas, Chacabuco, 151.

Concurso de febrero. — Se reciben soluciones hasta el 10 de marzo inclusive.

Nota. — Los pasatiempos publicados con el seudónimo de «Rino» se consideran fuera de concurso para las colaboraciones, no así para el concurso de solucionistas.

Nuestros pequeños visitantes








Blanca Guzmán, de noche. Delia Vilanova, de la huerta. Agueda Calere, de Angel de la Guardia. Alberta Martín, de cacique. Emilia Sasso, de dama antigua. Delia H. Afonso, de dama antigua. María A. Bedoya, de cuerno de la fortuna.







Elva S. y Raquel Z. Megyer, de manola y luchadora. Joyo Otero, de billiken. Angela M. Benadussi, de gitanilla. Livia Martínez, de mariposa. Nélida y Ada Damonte, de billiken y aldeana.








Eulalia Tripiana, de reina mora. María E. Mastropierro, de fantasía. Luis Alfredo Renna, de boxeador. Alberto González, de diplomático. Edelmira J. Tarsia, de mariposa. María A. Agüero, de odalisca. Juan M. Goyeira de maja.







Joyito y Asunción Miranda, de Moreira y Vicenta. Angelita Fernández, de billiken. Virginia Sansoni, de manola. Ana M. y Juan B. Bergonzo, de carte française y gato. Adolfo Herrera, de manisero.






Roberto M. Ortiz, de gaucho. Dante Fasani, de don Elpidio González. Conjunto carnavalesco «Los Campeones» Newell's Old Boys de Rosario». Héctor B. Esterico, de holandés. Juan C. Bruzon, de cebollero.

Nuestros pequeños visitantes



María E. y Alfredo R. Caguacci, de canasto desplegado y mascota.

Américo y Enrique Colombo, de pierrots.

Isolina L. Varela y Anita Ciccarone, de mora y egipciana.

Oscar y Nélida González, de baturro y princesa.

Ramón, José y Amalia González, de pierrots y montenegrina.



Ernestina, Jorge y Flora Paolantonio, de holandesa, pierrot y dama antigua.

Haydée y Olga Castro, de payaso y pierrot.



Julia y Amparo Aparicio, de fantasía.



José A. Ferreyra, de Santos Vega.



Rosita y Beatriz Curman, de corazón y holandesa.



María E. E. Martínez, de angelito.



Héctor Raffo, de campeón Firpo.



Ana M. Gelmino, de muñeco de la suerte.



Blanca N. Santiesteban, de Pompadour.



Angelita García, de ángel.



Margarita Iris Ballarino, de billiken.

Manuel Rodríguez, de baturro.



Francisco Gorro, de gaucho.

Elsa S. Prieto, de maja.

Rubin Festino, de mosquetero.

Aurora Fernández, de girasol.

Guillermo Martínez, de pierrot.

Carlos I. Tasara, de pierrot.

Ana M. Coscarelli, de albanesa



John y Titito Guglielmetti, de sacerdotes babilónicos.



Pedro, Zulema e Ignacio Ducatenzeiler, de militares y gitana.



Manuel Lerna, Zulema Diez, María E. Martínez y Nélida Martínez, de marqués, paloma mensajera y marquesas.

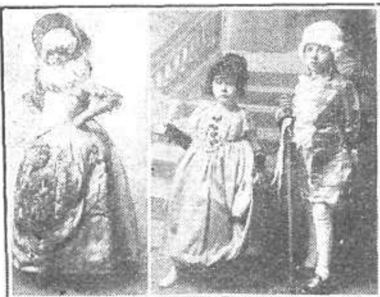


Estela Ouville, Alberto Secchi y Galileo De Dios, de corazón, diablito y turco.



Héctor y Néstor Torruviano y Angelita Barros, de holandeses y pierrot.

Nuestros pequeños visitantes


Leticia Roggeroni, de jarrón serbio.


Clelita M. y Atilito J. Palacios, de marqueses.


Delia del Vaini Rio, de parra.


Alejandro Vaini del Rio, de baturro.


Laura Gaudard, de arco iris.


María J. Portas, de bailarina.


Dorita González, de cautiva india.


Aída Z. Perroto, de fantasía.


Isolina Savino, de dama antigua.


Armanda Petrane, de rococó.


Natalia Campos, de odalisca.


Ernestina Meldi, de colombina.


José Ravagnati, de mariposón.


Aída Santamaría, de maja.


Aída Nélida Durand, de pierrot.


Norberto H. Barascain, de tomate.


Rosa L. Valle, de bailarina.


Agustín R. Lovera, de pelotari.


Antonio Mercorelli, de arlequín.


Horacio O. Larghi, de jockey.


Lydia M. Bombelli, de girasol.


Lucía Poisson, de manola.


Elena N. Franzani, de manola.


Haydée Piaggio, de directorio.


Carmen Vidal, de dama antigua.


Iris Luciani, de colombina.


Victorita S. Casani, de mariposa fantasía.


Oscar Begher, de boxeador.

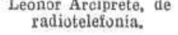

Eliseo H. Magurno, de pierrot.


Leonor Arciprete, de radiotelefonía.


Herminia Bonetti, de dama antigua.

Alicia Cloke, de pierrot.


Elba Gómez, de maja.



Comentarios

El presidente
quiere viajar
e, ingenuamente,
el suave Elpidio suele pensar:
— Los elementos
de comité
se hallan contentos.
Se hallan contentos, pero, ¿por qué?
* * *

Oye que uno a su lado
cita a Tutankhamón y, alborozado,
pregunta un erudito de ocasión:
— ¿Ese Tutankhamón
ocupa alguna banca en el Senado?
* * *



— ¿Qué tal la cocinera?
— Lo hace todo,
lista como ella sola;
hoy nos ha preparado la escarola
con tintura de yodo.
* * *



Autor grave y sesudo
que hace siempre las cosas a conciencia,
hoy estrena su drama «El estornudo»
y regala rapé a la concurrencia.
* * *

— A Teresa, que fué este verano
a pasar en el sur unos días,
le salieron un novio y un grano.
— Lo sabía.
— Muy bien. ¿Y sabías
que el tal novio, encontrándola vieja,
la ha dejado?
— ¡Qué lindo papel!
— Pero, el grano, ese nunca la deja.
El grano es más fiel.
* * *

— Vive aburrido y ocioso
y dicen que el buen señor
miente mucho.
— ¿Es mentiroso?
Pues que se haga historiador.
* * *

Dos señoras formales y no feas
están cambiando ideas.
— Alvear, hombre de acción, es un modelo.
— No obstante. alguien le mira con recelo.
— Será algún fracasado.
— Amiga mía
en Alvear no hay bastante poesía.
Me gusta más Elpidio que Marcelo.
— Alvear difícilmente se amedrenta.
No se deja imponer.
— Sí; eso se cuenta.
¡Pero el otro es tan dulce y tan amable!
— Eso, precisamente, me revienta.
Si no tiene más que eso de notable...
— Alvear es muy violento.
— ¿Así es que no lo admira?
— No lo admiro.
A Elpidio, en cambio... Elpidio es un lamento.
Elpidio es un suspiro.
* * *



— Hija mía, es muy rico.
— ¡No me caso!
— No desdeñes las buenas proporciones.
— ¡Si tiene más arrugas que millones!
— Cuéntale las arrugas, por si acaso.
* * *

¿El libro de su novio le gustó?
Ninguno lo ha podido averiguar.
El hecho es que la pobre lo leyó
y la boca, al final, se le agrandó
de tanto bostezar.
* * *



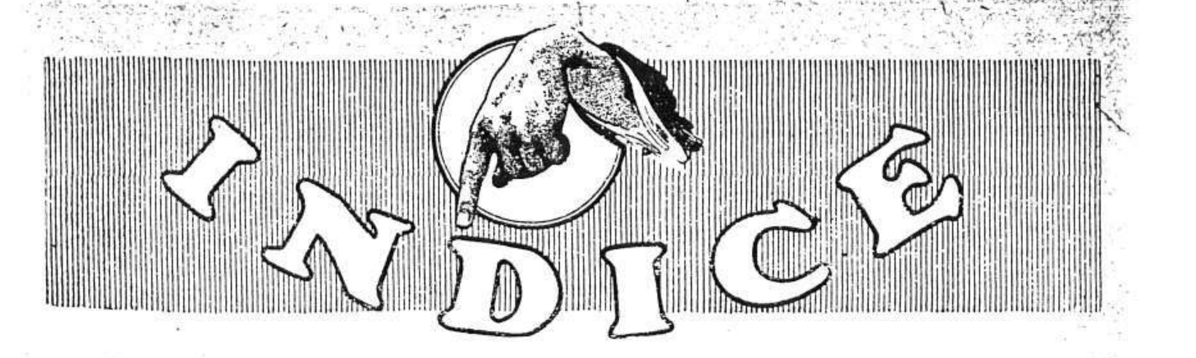
Ambas están dormitando
en plena decrepitud.
De repente, despertando,
recuerda su juventud
la señora y suspirando:
— Los jóvenes de hoy — decía —
resultan pura parada.
Y la gata parecía
que contestase:
— Hoy en día
los gatos no valen nada.
* * *

En Le Breton pensando, murmura Loza:
— Veo
que es hombre infatigable. Lo veo y no lo creo.
Está corriendo siempre. ¡Qué modo de correr!
Parece que no fuera mi correligionario;
se sienta «e pur si muove». Y a mí, por el contrario,
ministro inamovible me gustaría ser.

MONOS DE REDONDO



AÑO XXVI
SEGUNDO BIMESTRE DE 1923
NUMEROS 1274 AL 1282



DE LAS MATERIAS QUE CONTIENE ESTE TOMO

COLABORACION

PROSA

VERSO

NÚMERO 1274. — Baile de disfraz en el Primo Circulo Mandolinistico Italiano. — Notas varias. — La Rondalla Valenciana, comparsa carnavalesca en CARAS Y CARETAS. — Nuestros pequeños visitantes. — CARAS Y CARETAS en España. Regreso del cautiverio moro. — *Actualidades de la semana:* Nota necrológica: señores Arturo Bullrich y Anacarsis Lanús. Huéspedes distinguidos. Los turistas norteamericanos. Demostración Semana Chevrolet. Baile de los aviadores. Llegada de fascistas italianos. Homenaje a la memoria de don Pedro Echagüe. El escrutinio de la elección a senador por la Capital. — CARAS Y CARETAS en el Ruhr: las primeras tropas francesas haciendo su entrada en las ciudades alemanas. — La más importante carrera automovilística del año, el gran premio 1923. Recorrido: Buenos Aires-Rosario-Buenos Aires. — La temporada en Mar del Plata. — El día de un gobernador: con el primer magistrado de Santa Fe. — Notas sociales de Junín. — CARAS Y CARETAS en el Uruguay.

NÚMERO 1275. — Nuevos escribanos públicos egresados de la Facultad de Derecho. — Nuestros amiguitos del interior. — Una original comparsa carnavalesca. — Homenaje a la memoria del doctor Agustín Alvarez. — Homenaje al director de «El Heraldo», don Enrique W. Burgos. — Ruy Barbosa ha muerto. — *Notas gráficas de actualidad:* En el Plaza Hotel. Audiencia presidencial. Demostración a don Vicente Couto. A bordo del vapor «Tomaso di Savoia». Almuerzo a los periodistas. Baile de «Mi Careme» en el Club Social de Caballito. — CARAS Y CARETAS en Montevideo. — Iniciación de la temporada oficial de football: Newell's Old Boys, de Rosario, versus Huracán, de Buenos Aires.— Festival náutico en el Tigre. — Los conscriptos de marina, clase 1902, desfilan ante el sepulcro del general San Martín. — Los niños en Mar del Plata. — Los campeones de natación. — CARAS Y CARETAS en Italia. — Fiestas de «Mi Careme». — Notas gráficas de Rosario y de Chile. — El veraneo de los maestros.

NÚMERO 1276. — Nota necrológica: señores Daniel Demasi, Antonio Pagneaux y Rufino T. Ezeiza. — Nuestros amiguitos del interior. — Banquete ofrecido por el ministro de Guerra. — Firpo-Brennan. — *Notas gráficas de actualidad:* Turistas norteamericanos. Mr. Phillips Teller. Inauguración del Dispensario Antituberculoso municipal N.º 4. En la Escuela Normal Roque Sáenz Peña. Tercer campeonato ciclista de resistencia del Río de la Plata. — Notas sociales rosarinas. — CARAS Y CARETAS en el Ruhr. — Joaquín V. González. — Distinciones a un médico argentino. — Proclamación de los electores a senador. — La temporada en Mar del Plata. — Notas gráficas de España. — CARAS Y CARETAS en Montevideo. — Inaudito asesinato de un sacerdote en Bahía Blanca. — La importante estafa al Banco de la República del Uruguay. — Nuestros pequeños visitantes.

NÚMERO 1277. — Ecos del incendio de la casa Baratti y Compañía. — Bodas de oro y de plata. — En el regimiento de granaderos a caballo. — Conferencia panamericana de Santiago de Chile: La delegación argentina. La delegación brasileña. — *Actualidades de la semana:* Conmemoración del 60.º aniversario del Colegio Nacional Buenos Aires. La visita de los médicos norteamericanos del «American College of Surgeons». Viaje del presidente de la República a Bahía Blanca. La crisis ganadera. Inauguración del Instituto de Cirugía. Recepción a bordo del vapor «Presidente Hayes».— Nueva hazaña de natación. — El importante siniestro de la semana. — Notas gráficas de Rosario. — La tragedia del Azul. — Las grandes regatas internacionales en Montevideo. — CARAS Y CARETAS en los balnearios de moda. — Esperando la victoria de Firpo. — La Rusia trágica. — Actualidades de Córdoba. — Nuestros pequeños visitantes.

NÚMERO 1278. — Nuevos bachilleres egresados del Colegio Nacional Bernardino Rivadavia. — Demostración a los señores Joaquín Otero y Fausto Rodríguez. — Padrinazgos presidenciales. — Semana Santa: solemne procesión del Domingo de Ramos. — El conflicto de la Facultad de Derecho. — *Actualidades de la semana:* Nuevos generales del ejército. Bodas de plata del Colegio Nacional Mariano Moreno. Demostración al señor Juan B. Mignaquy. Homenaje póstumo al aviador Hentsch. Raid interoceánico. Inauguración del pabellón de clínica médica en el Hospital de San Isidro. Demostración a los doctores Estrach y Fernández. — Football: Campeonato de la Asociación Amateurs, San Lorenzo v. River Plate. — Regatas internacionales en el Tigre. — La obra sangrienta de un furioso criminal. — CARAS Y CARETAS en Italia. — El presidente de la República en Bahía Blanca. — Primer aniversario del «Diario del Plata». — Partida de las delegaciones al Congreso Panamericano. — Notas gráficas de Brasil y de Chile. — Bodas de oro y plata. — Nuestros amiguitos de provincias. — Nuestros pequeños visitantes.

NÚMERO 1279. — Notas varias. — Centenarios. — Nuevas maestras egresadas de la Escuela Normal Sarmiento N.º 9. — Confraternidad Chileno-Argentina. — XXIII viaje de la fragata Sarmiento. — *Actualidades de la semana:* En el teatro Cervantes. Jura de la bandera por los aspirantes a oficiales de reserva. Homenaje a la memoria del doctor José Penna. Asociación Católica de Empleadas. El gran torneo atlético del Club Gimnasia y Esgrima de Rosario. — Acto de arrojo de un agente de policía. — Alevoso asesinato en Temperley. — Catástrofe ferroviaria en Santa Fe. — Trágico accidente en una casa de inquilinato. — Partido internacional de basketball en Montevideo. — Concurso de Natación en el Club de Regatas de Rosario. — Sarah Bernhardt. — Centenario del Tandil. — Nota social del Tandil. — Egresados de la Escuela de Farmacia de la Universidad de Buenos Aires. — Notas femeninas. — Nuestros amiguitos de provincias.

NÚMERO 1280. — Visita de los conscriptos a los monumentos de los próceres. — Locomoción urbana. — Padrinazgo presidencial. — Inauguración de la V Conferencia Panamericana. — Las grandes inundaciones de Córdoba. — CARAS Y CARETAS en España: La visita del sabio alemán Albert Einstein a Madrid. — La boda de la princesa Yolanda. — Las tropas fracesas en el Ruhr. — Visita del doctor Alfredo L. Palacios a Méjico. — Camila Quiroga en la capital mejicana: la celebrada artista es objeto de un hermoso homenaje. — Monseñor Mariano A. Espinosa ha muerto. — *Actualidades de la semana:* En honor del señor Arsenio Guidi Buffarini. Demostración a los nuevos jefes de la armada. En el American Club. En obsequio del contraalmirante Galíndez. Bodas de oro del Banco de Italia y Río de la Plata. Visita de los ferroviarios chilenos. En el Automóvil Club Argentino. El Rdo. Hno. Marcelino y el señor Carlos M. Duggan han muerto. Un feliz ensayo de la Radio-Cultura. — ¿Cuál será el campeón del mundo? — Horrible drama entre esposos. — Voraz incendio en un depósito de droguería.

NÚMERO 1281. — Homenaje a la memoria de Florentino Ameghino. — El nuevo embajador del Brasil. — CARAS Y CARETAS en Inglaterra. — El raid interoceánico en automóvil. — *Fallecimiento y sepelio del arzobispo monseñor Mariano A. Espinosa.* — La fiesta de la Agricultura: su celebración en Mercedes de San Luis. — *Actualidades de la semana:* Partida del director de CARAS Y CARETAS para Europa. CARAS Y CARETAS en Londres. Concurso Literario Municipal. Centenario de la Sociedad de Beneficencia de la Capital. Demostración diplomática. Homenaje a la memoria de Rivadavia. Firpo después del match con Brennan. En la Asociación Ferroviaria Nacional. En el Boxing Club de Buenos Aires. Congreso del Ejército de Salvación. Un asalto inaudito en plena ciudad: la bárbara obra de tres asaltantes. — Actualidades de Rosario. — Nuestros pequeños visitantes.

NÚMERO 1282. — En Campo de Mayo: nota militar. — En Palermo: grupo de ancianos. — Ecos del centenario de la ciudad de Tandil. — Notas varias. — Nuevos profesores egresados de la Academia Nacional de Bellas Artes. — Picnic del Circulo Valenciano. — Santuario de María Inmaculada: su solemne inauguración oficial. — Recepción en la embajada del Brasil. — Campeonato interno del Club Atlético Belgrano. — CARAS Y CARETAS en el extranjero: En Bélgica, España, Francia, Italia, Alemania y Chile. — Nota social de la Pampa. — *Actualidades de la semana:* Banquete ofrecido por el ministro de Guerra. En honor del poeta gallego Xavier Bóveda. Aniversario de la fundación de Roma. Demostración a los escritores Arturo Vázquez Cey y Ricardo Gutiérrez. Conferencia del eminente profesor francés Gastón Jezé. Dos grandes partidos de football: Racing-San Lorenzo de Almagro, y Newell's Ols Boys-Huracán. — Firpo-Brennan. — Notas gráficas de Rosario. — Turf. — Tutankhamón. — Bodas de oro y plata. — Nuestros pequeños visitantes.

BUENOS AIRES. — ADROGUÉ: Baile de «Mi Careme» del hospital L. Meléndez. 1275. — ARENAZA: Centenarios. 1279. — AVELLANEDA: Carnaval. 1274. — Baile en la rambla del balneario. 1276. — El gerente y personal del Banco de la Nación, al inaugurarse el nuevo local. 1277. — Nuevas autoridades. Elecciones provinciales. 1279. — El Racing Club. 1280. — Demostración de afecto al Intendente Municipal, y al director de la Escuela Normal de Maestras. Academia doctor José Luis Cantilo. 1281. — AYACUCHO: Carnaval. Picnic familiar. 1277. — AZUL: Banquete en honor del doctor Campillo. 1279. — BAHÍA BLANCA: Carnaval. 1275. — Festival benéfico social. 1277. — Baile en honor de los conscriptos de la clase 1902. Fiesta social en la residencia de la familia Calvento. Festival campestre del Centro de Almaceneros Minoristas y Anexos. 1278. — BÁNFIELD: Carnaval. 1275. — BERNAL: Carnaval. 1274 y 1276. — BOLÍVAR: Banquete en honor de los esposos Balada-Sempere. 1280. — CAMPANA: Paseo fluvial del Centro Comercial e Industrial. 1276.— CARHUÉ: Balneario de la laguna Mar Epecuén. 1280. — CARLOS CASARES: Carnaval. 1276. — Demostración a la educacionista Cecilia Borja. 1278. — La organización Sionista Universal. 1282. — CASEROS: Carnaval. 1274 y 1276. — Biblioteca Infantil La Niñez: su C. D. 1280. — CIUDADELA: Te danzante ofrecido por la familia Alvarez Morel. 1281. — CORONEL DORREGO: Carnaval. 1274. — CORONEL PRINGLES: Personal del Banco de la Nación. 1280. — GENERAL ALVEAR: Festival campestre. 1280. — GENERAL LUZURIAGA: Inauguración oficial del alumbrado eléctrico. 1274. — HAEDO: Picnic del Círculo Social Jóvenes del Sud. 1276. — HERNANDO: Festival carnavalesco. 1276. — HUANGUELÉN: CC. DD. de las romerías españolas. 1278. — INGENIERO WHITE: Festival de apertura de clases Colegio Sarmiento. 1276. — JUÁREZ: Conferencia de un periodista. 1277. — LA DULCE: Veraneantes en la Rambla Nueva. 1277. — LANÚS: Celebración de San José. Elecciones comunales. 1279. — LINCOLN: Carnaval. 1276. — LOMAS DE ZAMORA: Carnaval. 1274 y 1275. — Primera comunión. 1277 y 1278. — LUJÁN: Peregrinos de Trenque Lauquen. 1276. — LLAVALLOL: Nuevos peritos agrónomos egresados de la Escuela Experimental Santa Catalina. 1279. — MAR DEL PLATA: Carnaval. 1274. — Exótico personaje. 1282. — MARTÍNEZ: Carnaval. 1275. — MERCEDES: Demostración a la educacionista M. A. Campi en el Club Social. 1275. — Padrinazgo presidencial. 1278. — MIRAMAR: En el colegio Nuestra Señora de Luján. 1280. — MORÓN: Carnaval. 1275. — NAVARRO: Romerías italianas. 1277. — Almuerzo ofrecido por la C. D. de las Romerías italianas. 1280. — Romerías italianas: su C. D. 1282. — NUEVE DE JULIO: Carnaval. Baile de fantasía del Club 9 de Julio. 1276. — O'BRIEN: Romerías del Club Social: su C. D. 1276. — OLAVARRÍA: Carnaval. 1276. — Romerías españolas: su C. D. 1282. — OLIVOS: Carnaval. 1274. — Picnics del Cicles Club Argentino y del Majestic Dancing Club. 1277. — Regatas en el Club Náutico Olivos. 1279. — Equipos de football de las secciones Imprenta, Dirección y Administración de CARAS Y CARETAS. 1281. — Festival del Círculo Social Argentino. 1282. — PALOMAR: Fiesta campestre de la C. D. de la Sociedad Arte y Cultura. 1277. — PERGAMINO: Las inundaciones. 1281. — PIGÜÉ: Romerías españolas: C. D. organizadora. 1280. — Bodas de plata. 1281. — QUEQUÉN: Obras de canalización en el puerto. 1282. — QUILMES: Carnaval. 1274. — RAMALLO: Baile carnavalesco. 1277. — RAMOS MEJÍA: Carnaval. 1274. — Recepción social en la residencia de la familia Morel. 1278. — RIVADAVIA: Carnaval. 1277. — Manifestación del Partido Conservador. 1281. — ROJAS: Picnic de la sociedad Los treinta amigos unidos. 1277. — SAN ANDRÉS DE GILES: Torneo infantil, Carrera de arcos. 1282. — SAN FERNANDO: Carnaval. 1274. — Fiesta social en la residencia de la señora de Barbano. 1276. — Reuniones sociales del Club Balneario. 1277. — Inauguración del Club de Tennis. 1278. — Semana Santa. 1280. — Demostración de aprecio a los señores Bellardinelli y Pettoroni. 1281. — SAN ISIDRO: Demostración del Club Náutico a la nadadora Harrison. 1275. — Homenaje al doctor Manuel Pestaña. 1279. — Semana Santa. 1280. — Festival benéfico Pro Asilo y Hospital. 1281. — A beneficio de la familia del aviador Gastón Lefevre. 1282. — SIERRA CHICA: Picnic del Centro Recreativo local. 1275. — TALLERES: Carnaval. 1276. — TANDIL: Carnaval. 1276. — Centenario de la fundación de Tandil. Nota social de Tandil. 1279. — Fiesta campestre ofrecida por el señor J. R. Alonso. 1280.— Ecos del centenario. 1282.— TIGRE: Festival náutico. 1275. — TRES ARROYOS: Inauguración del Banco Escandinavo Argentino. 1276. — VICENTE LÓPEZ: Homenaje a la memoria del doctor Agustín Alvarez. 1275. — VICTORIA: Carnaval. 1275. — Inauguración de la Escuela Local de la Asociación Ferroviaria Nacional. 1277. — VILLA CRESPO: Picnic del Centro Cultural y Recreativo Defensores de Villa Crespo. 1277. — VILLA DEVOTO: Carnaval. 1274. — Festival del Club Social. 1281. — VILLA IRIS: Padrinazgo presidencial. 1278. — VILLA URQUIZA: Baile de fantasía del Club Juvenil. 1275. — ZÁRATE: Padrinazgo presidencial. 1281.

CORDOBA. — CAPITAL: Carnaval. 1275. — Catástrofe ferroviaria a la entrada de un túnel. La huelga general agraria. 1277. — BELL VILLE: Equipos de tennis del Club Villa María y Tennis Club Bell Ville. 1276. — CONSTITUCIÓN: Cuadro vivo La Purísima. 1276. — DEVOTO: Banquete al doctor Rómulo Cúneo V. 1278. — LABOULAYE: Festival infantil de beneficencia. 1278. — MORRISON: Aniversario del Club Sportivo Huracán. 1281. — TERMAS DE VILLA SOTO: Veraneantes. 1280.

CORRIENTES. — CAPITAL: Carnaval. 1276. — La exposician anual de la Escuela Normal Profesional. 1278. — Congreso comercial correntino: banquete de honor. 1282. — CURUZÚ CUATIÁ: Personal del Banco de la Nación. 1282. — MONTE CASEROS: Su colonización: desembarco de sesenta familias extranjeras. 1281.

ENTRE RIOS. — CAPITAL: Carnaval. 1274. — Puente sobre el arroyo Yuquerí Grande. 1278. — COLÓN: Picnic en honor del diputado Quirós. 1282. — CONCEPCIÓN DEL URUGUAY: Cincuentenario de la Escuela Normal de Profesores. 1280. — CONCORDIA: Carnaval. 1275 y 1276. — DIAMANTE: Picnic de los obreros electricistas. 1282. — GUALEGUAYCHÚ: Carnaval. 1275.

LA RIOJA. — CHILECITO: Festival de costumbres camperas. 1280.

MENDOZA. — CAPITAL: Reparto de juguetes en la Sociedad de Beneficencia. «Dinner-Concert» ofrecido por los señores Rutini. 1274. — Recepción social en la residencia de la familia Pereyra. 1277. — Conferencia del doctor Leopoldo Lugones. 1278. — Banquete social en honor del doctor Leopoldo Lugones. 1282.

SAN JUAN. — CAPITAL: Baile carnavalesco. 1275. — El gobernador y vice en compañía de otros presos políticos. 1277. — Padrinazgo presidencial. Concurso de tiro al blanco. 1278. — SARMIENTO: Picnic familiar. 1282.

SAN LUIS. — CAPITAL: Rector jubilado y personal docente del Colegio Nacional. Carnaval. 1274. — Baile y recepción social en casa del doctor Arancibia Rodríguez. El gobernador y otros funcionarios y amigos, con motivo de la partida de éste. Demostración a don Antonio Di Genaro. 1277. — El nuevo presidente del Consejo de Educación, doctor Pedro I. Garro, con los vocales del mismo. Reparto de juguetes a los niños pobres. Jira del Intendente Municipal. 1278. — Homenaje a los jefes y oficiales del 2.º de Caballería en la Casa de Gobierno. 1280. — Banquete de despedida. 1282. — MERCEDES: La fiesta de la Agricultura. 1281.

SALTA. — CAPITAL: Conmemoración de la batalla del 20 de febrero. Inauguración de la estatua a don Facundo Zuviría. 1275. — ROSARIO DE LA FRONTERA: Típico festival campero, tradicional al iniciarse todos los años las faenas rurales de la época. 1281.

SANTA FE. — CAPITAL: El día de un gobernador. 1274. — El raid mundial de permanencia en el agua. 1275. — Padrinazgo presidencial. Excursión campestre en honor de Pedro Candiotti. 1278. — Demostración al nadador Vicentini. Recepción social en la residencia de la familia de Remigio O. Doval. 1279. — BIGAND: Mitin de colonos. 1280. — CAÑADA DE GÓMEZ: Baile carnavalesco. Paseo fluvial: excursión, patrocinada por el Club de Regatas Santa Fe. 1277. — CERES: Lunch al doctor León Yaffe. 1278. — GÁLVEZ: Ministro de gobierno Coulin, demostración de aprecio. 1276. — LAS ROSAS: Padrinazgo presidencial. 1280. — RECREO: Trabajos de la Defensa Agrícola. 1280. — ROSARIO: Baile de fantasía en el Club Español. Concurso de máscaras infantiles. Banquete. 1275. — Notas sociales rosarinas. 1276. — El triunfo de Firpo. En la Sociedad Anita Garibaldi. Busto en homenaje al maquinista Gallini. Fiesta campestre del C. A. Sociedad Puerto Rosario. Banquete al señor Pusterla. Padrinazgo

escritor Manuel Núñez Regueiro. Baile del Iris Club Argentino. 1279. — Conferencia de actualidad. Audición musical de El Círculo. 1280. — En el Radio Club de Rosario. Recepción infantil en la residencia de los esposos Pérez-Dolménico. Velada del Tennis Club Fisherton. Demostración a don Guillermo Costa. Homenaje al coronel Marcelino Freyre. Socios del Rotary Club. Demostración del C. A. N. O. Boys. 1281. — Concierto en la Biblioteca Argentina. Nuevo director de la Maestranza Municipal. Nuevo presidente del Jockey Club. En la escuela fiscal graduada Sarmiento. Reunión familiar en casa del doctor Raúl Bordabehere. Equipo de N. Old Boys y Belgrano. Match de football. Nacional y Rosario Central. En el Hipódromo Independencia. Homenaje al aniversario del semanario «Reflejos». 1282. — SAN LORENZO: Kermesse de beneficencia. 1278. — SOLDINI: Padrinazgo presidencial. 1278. — SOLEDAD. Trabajos de la Defensa Agrícola. 1280.

SANTIAGO DEL ESTERO. — LA BANDA: El Carnaval.

TUCUMAN. — CAPITAL: Velada artística de la Sociedad Francesa. Carnaval. 1274. — Bailes de disfraz y fantasía. 1275. — Demostración del ministro de Guerra, coronel Justo, al gobernador de la provincia, doctor Octaviano S. Vera. Corso vecinal Alsina: su C. D. organizadora. Baile y recepción social de la sociedad Empleados mayoristas. 1276. — Nuevo ministro de Obras Públicas. Máscaras infantiles. 1277. — En la colectividad israelita: visita del doctor León Yaffe. Recepción social en la residencia de la familia Paverini. 1278. — Alumnos diplomados. 1279. — Recepción oficial ofrecida por el Poder Ejecutivo. 1281. — Demostración al nuevo jefe político. Concurrentes al Tiro Suizo. 1282. — FAMAILLÁ: Demostración de simpatía al diputado Antonio B. Toledo. 1279. — Consagración de una campana. 1282. — MONTEROS: Banquete al doctor Ignacio Toledo. 1281. — SIMOCA: El gobernador O. S. Vera y su comitiva oficial. 1281. — VICLOS: Agua potable. 1280.

TERRITORIOS

GOBERNACION DEL CHACO. — PRESIDENTE SÁENZ PEÑA: Banquete en honor del gobernador. 1282.

GOBERNACION DEL CHUBUT. — RAWSON: Paseo campestre organizado por el Club Social. 1275. — Centenarios. 1279.

GOBERNACION DE FORMOSA. — KILÓMETRO 18: Espantoso y bárbaro crimen perpetrado para cometer un robo. 1281.

GOBERNACION DE LA PAMPA. — CAPITAL: Comicio electoral. 1280. — Homenaje a la educacionista Enriqueta S. de Lucero. 1281. — GENERAL PICO: Carnaval. Fiesta campestre. 1277. — El Partido Socialista. 1282. — INGENIERO LUIGGI: Torneo de tennis. 1278. — Romerías españolas. 1280. — MONTE NIEVAS: Inauguración de la escuela nacional N.º 153: sus alumnos y alumnas. 1278. — COLONIA CASTEX: Fiesta inaugural de la escuela nacional N.º 192. 1278.

NOTAS EXTRANJERAS

ALEMANIA. — LEIPZIG: El presidente de la república. 1282.

BELGICA. — Conferencia de oficiales. 1282.

BRASIL. — Los funerales de Ruy Barbosa. 1278.

CHILE. — Homenaje de aprecio a la oficialidad del buque sueco «Fygia». El presidente de la República de Chile, visita la nave sueca de guerra surta en el puerto de Valparaíso. 1275. — Delegación ferroviaria argentina. En el Valparaíso Sporting Club. Visita presidencial. 1276. — Confraternidad Chileno-Argentina. 1279. — La V Conferencia Panamericana de Santiago. 1280. — Banquete de homenaje a los delegados de la V Conferencia. Huéspedes agasajados. Los delegados de EE. UU. con sus esposas. 1282.

ESPAÑA. — Notas gráficas de España. 1276. — La visita del sabio alemán Einstein a Madrid. 1280. — Homenajes al escritor José Francés. Llegada de los hermanos Wandowell. Homenaje al sabio Albert Einstein. 1282.

FRANCIA. — Las primeras tropas francesas haciendo su entrada en las ciudades alemanas. 1274. — CARAS Y CARETAS en el Ruhr. Las tropas francesas en la región invadida. 1276. — Las tropas francesas en el Ruhr. 1280. — PARIS: Desfile militar ante el Grand Palais. — LYON: Miembros de la Misión Haardt-Audouin-Dubreuil. 1282.

INGLATERRA. — La caza del ciervo vivo. 1281.

ITALIA. — La milicia nacional. Match de box. Erminio Spalla-Tom Cowler. 1278. — Conferencia del teniente Delacroix. 1282.

MEJICO. — Visita del doctor Alfredo L. Palacios. Camila Quiroga en la capital de Méjico. 1280.

RUSIA. — La Rusia trágica. 1277.

URUGUAY. — El nuevo presidente de la Cámara de Diputados. 1274. — La transmisión del mando presidencial. El monumento a Artigas: la ceremonia oficial de su inauguración. 1275. — CARAS Y CARETAS en Montevideo. Recepción ofrecida en la Legación Argentina, en honor y homenaje al nuevo presidente ingeniero Serrato. 1276. — Las grandes regatas internacionales en Montevideo. 1277. — Partido internacional de basketball, en Montevideo. 1279.

DIBUJOS

EN COLOR

AGRELO, DANIEL. — ILUSTRACIONES: La hija de Huang Chow. 1274.

AID, JORGE. — OLEO: Esperando el regreso. 1280.

ALONSO, JUAN. — CARÁTULAS: Elpidio quiere retratarse. 1274. — Ultimátum moderno. 1276. — Dicho criollo. 1277. — FIGURAS DE ACTUALIDAD: Doctor José Tomás Sojo. 1278. — OLEO: La abuelita del convento. 1278.

ALVAREZ, EDUARDO. — CARÁTULAS: Por las dudas. 1275. — En plena actividad. 1279. — S. E. el Duodécimo. 1280. — El juego favorito de Marcelo. 1282. — CARICATURAS: Los campeones de natación. 1275. — FIGURAS DE ACTUALIDAD: Ingeniero don Julio Bello. 1274. — Doctor Manuel G. Malbrán. 1275. — Doctor Honorio Pueyrredón. 1276. — Los nuevos generales del ejército argentino. 1280. — Arturo Alessandri. 1281. — Vicealmirante Juan A Martín. 1282.

BESARES, GASPAR. — ILUSTRACIONES: Pelusita. 1275. — Sol y sombra. 1276. — La voz incógnita. 1278. — La novia 1280. — ACUARELA: Final de temporada. 1277.

MACAYA, LUIS. — ILUSTRACIONES: La foca. 1274. — Pasteur. 1275. — Miguel Angel. La señorita Apeles. 1276. — Arquímedes. 1277. — Voltaire. 1278. — Cervantes. 1279. — Ameghino. 1280. — Newton. Lealtad. 1281. — Tolstoi. 1282.

MATTHIS, LEONIE. — GOUACHES: Puerta del Sol. (Toledo). 1281. — Navalcarnero. (Madrid) y Colmena vieja. (Madrid). 1282.

MERTZ, J. C. — OLEO: Escena de familia. 1279.

EN NEGRO

EFEMERIDES HISTORICAS

RETRATOS FOTOGRAFICOS

NÚMERO 1274. — Ana y María E. Sarsavilla. — María A. y Roberto Nouche. — Roberto y María Boropire. — Olga y Elsa Galuzzi. — Ofelia y Emma Ceratti. — Elsa y Elvira Vilar. — Antonio Escudero y María A. Gay. — Angélica y Esther González. — Pedro y Josefa Gorriz. — Cora Acuña y Lola Cuno. — Norma y Aída Biondi. — Héctor y Eugenio Salgado. — Alberto y Sara Sánchez. — Zulema y María Las Heras. — Gaudencia y Gregorio Herrero. — Dora Santoyani y Oscar Fazzalari. — María y Nieves Dimitriades. — Tomás y Maravilla García. — Delia y Zulema Noble. — Emma y Roberto López. — Selmina Pino y Pilar Carbunelli. — Oscar y Melchor Colleti. — Eddy y Roberto Kepine. — Leonor e Irma Viscarra. — Roberto Di Lorenzo y Carmen Ocaña. — Elisa y Ernestina Sipio. — Celia y Benjamín Basterrcs. — Eduardo y José López. — Rosa Quiafe y Leonor Vizcaya. — Margarita y Jorge Loiti. — Inés y Carlos Ferrari. — María A. y Ana Rey. — Lidia y Coca Furnia. — M. Enrique Rivera e I. Antonio Tedesco. — Teodolina del Deo y Gregorio de Cach. — María E. y Alberto Ons. — Jacinta y Florinta Rodríguez con Alberto Rivara. — María L. Escheneribarc con Antonia y Nélida Andrade. — H. Luis y Aidée Craciano. — Sara y Federico Alberti. — Dora y Esperanza Sousa. — Aída y Perlita. — Irlanda Catullo y Héctor Teradi. — María Brovo, Domingo y José Moblici. — Leonor y Enrique Tamburelli. — Carmen Expósito e Inés Balbi. — María L. Passo, Luis Manduca y Santiago Linsom. — Alberto, Delia, Margarita y Dora Borzoni. — Rafael, Olga y Aída Ramis. — Aída y Elvira Anolese con Esther Testa. — Alfonso, Francisco y Encarnación La Fuente. — Rosa, Roberto y Carlota Benedetto. — Inés, Julio y Bruno Mariani. — Ana y María Pirelli con María A. Zengotti. — Emilia, Elena y Angélica. — Encarnación y Mercedes Cantela, Vicenta Hidalgo y Celia Ferrández. — Osvaldo, Juan Bautista, Alberto y Esther Ambrosini. — Nelly y Elvira con Teresita Serra. — Leonor e Isabel Manas. — Señora de Ortolani con las señoritas Cesi, Marchesini y Yackin. — José Marín y Julio Moreno Cornejo. — Adelita y Perlita Oliver. — General Navarro con el coronel Aracena y los tenientes coroneles F. Ortiz y L. Gómez. — Doctor Carlos Varangot y otros. — Re Humberto, Pedro de Joannes, Attolini Alberto y Podestá Amerigo. — Pedro Malgor y Ernesto Giovannacci. — Paris Giannini y Andrés Lagomarsino. — Carlos Noel y otros. — Federico de Alvear y otros. — César González Segura e hijas. — Señora de Riglos con las señoritas de Torres, Zuberbühler, Ocampo y Dose. — Doctor Noel con los señores Federico de Alvear, Ocampo y Lastra. — Señoritas de Torres Duggan. — Doctor Enrique M. Mosca y sus ministros. — Doctor Mosca con su esposa e hijos, señora Amalia Guerra de Mosca y los niños Enrique, Amalia, Lino, Horacio y Angela Virginia. — Doctores Mosca y Arzeno. — Señoritas María E. Brizueta con Sara y René Dubois. — Señoritas Amalia y Carlota Trinca con Catalina Harrington. — Señoritas Angélica Camposiello, Clotilde Sarmiento y Blanca Rizzi. — Señoritas Luisa Tosco con Fina y Marta Sosa. — Señoritas Vicenta y Felisa Oviedo con Susana Cuenin. — Señoritas Agueda Chaves con Celina y Raquel Bottini. — Aída Bertrán con Inés y Amalia Mac Guirre. — Señoritas María Luisa y Aída Barzano con Adelina Denegri. — Señoritas Elvira López con Nélida, Delia y Alba Solari. — Señoritas Amelia y Alba Fedemonte. — Evangelina Nieto, Amelia y Yeya Molinari con Delia Alvarez. — Señoritas Clotilde de Guili y Mercedes Conget. — Señoritas Blanca Ofelia Borchex, Ana María Battilana y Rosita Batoe. — Señoritas Cayetana Villafañe y María E. Dubois. — Elva S. y Raquel Z. Megyer. — Goyito y Asunción Miranda. — Ana M. y Juan B. Bergonzo. — María E. y Alfredo R. Cagnacci. — Américo y Enrique Colombo. — Isolina R. Varela y Anita Ciccarone. — Oscar y Nélida González. — Ramón, José y Amalia González. — Clelita M. y Atilito J. Palacios. — Rosita y Beatriz Curman. — Julia y Amparo Aparicio. — Haydée y Olga Castro. — Ernestina, Jorge y Flora Paolantonio. — John y Tito Guglielmetti. — Pedro, Zulema e Ignacio Ducantenzeiler. — Manuel Lerna, Zulema Diez, María E. y Nélida Martínez. — Estela Ouville, Alberto Secchi y Galileo de Dios. — Héctor y Néstor Torruviano con Angelita Barros.

NÚMERO 1275. — Alberto Ranieri y Elena Páez. — Niños Cadegoni C. E. Bowers con W. C. Warwick, John Esplen y otros. — Alfredo Spada y otros. — Vicente Canto y otros. — Doctores Bruni, Serrato y otros. — Doctor Leopoldo Melo y otros. — Nuin, Kiesel y otros. — Santiago Coltellini y Víctor Landa. — Lilyan G. Harrison y otros. — Familias de Peralta Martínez, Torino, Passo, Madero, Solá y Fernández Madero.—Carlos Alberto Decunto y Nelly López. — General Carlos Fernández y otros. — *El rey y el heredero de la corona itálica.* — Brenciaglia y Meneghini. — Doctor Solari y la señora Dolores Parravicini de Solari, Mercedes y Justino Solari con las señoritas de Guido y Spano, Margot, Cantilo y Chicha Magnasco. — Señoritas Margot Portela Cantilo, Vinita Villoldo y Antonia Bayle Bustamante con los señores Carlos y Luciano Alchouvión Castaño y Benjamín Solari Parravicini. — Nélida, Clelia y Ricardo Rinaldi Ciapparelli. — Hortensia, Ernestina, María E., Florentina y Nélida Rinaldi. — Angela, Josefina y América Oliveira con Ilda Bettini y Lucía Mancuso. — Laura Andrada, Elvira R. Agale y Nélida Caldi. — Pura y Antonio Puga. — Amelia Yorio y Mercedes Catalán. — Lydia y Sarita Sclavino. — Odila y Domitila Mouriño.

NÚMERO 1276. — Coronel Justo y otros. — Mateo Banks y otros. — Doctor Larrain y Lascano Tegui. — Doctor A. Massa y otros. — Señoritas Pinto, Junquet y Fierro. — Señoritas Masraman y Campny. — Señoritas de Colombres y Alvarado. — Señoritas de Soulayes. — Señoritas de Fierro y Pinto. — Doctor Marcelino Escalada y otros. — General Degoutte y M. Le Trocquer. — Don Justo López de Gomara e hija. — Señor José Canals con la señorita Dantiacq. — Doctores Cantilo y Gómez. — Elena Casares de Miguens y el señor Casares. — Señora Delfina C. de Viancarlos y señoritas de Mazza Viancarlos. — El coronel Pereyra Rozas con el doctor Cantilo. — Doctor García Mansilla y señora. — Señoritas Hansia, Barbieri, De Luca y Florencio Eugenio Alvo. — Señoritas Elena y Josefina Steffens Soler. — Doctor Ricardo Levene y Rosa P. de Levene. — Lloyd George y señora. — Doctor Leopoldo Melo y otros.

NÚMERO 1277.—El presidente Alvear, el ministro de Guerra coronel Justo y otros. — Los delegados brasileños con el ministro Toledo en la casa de gobierno. — Doctor José Tomás Sojo y otros. — Doctores J. Cullen, Bermejo, Matienzo, Loza y Noel. — Doctores Rómulo Naón y Herrera Vegas. — Doctor Arce y otros médicos. — Doctores Arce, Matienzo, Marcó y otros. — Doctor López Figueroa y otros. — Doctores Alvear y Loza con el señor Jacinto Fernández y otros. — Señor Wallace Riddle y otros. — Mateo Banks, doctor Larrain y otros. — Señores Manuel A. Jarden, Guuillermo Bublalath, Carlos Resse, Juan Vivero y Luis A. Necchi. — Señores A. Sessarego, A. del Zino, H. Sturla, A. Langone, O. Bogo, A. Greppi, A. Berguerrand y J. Manna. — Señores Olivari y Gregorini. — C. H. Scoble, F. C. Radford, J. A. K. Davis, J. Gould, y J. J. Garbarino. — Elsa y C. L. A. De Ninno. — Irma G. Ojer y María A. Gritta. — Nélida Beatriz y Oscar N. Cuitiño. — José y Mercedes Rivas. — María Clestina y Héctor René Fariña. — Olga M. Rodríguez y Felisa Oliveira. — Clara y Arturo Staropoli. — María T. y Nelly Giordano. — Francisco y Zulema Corsaro. — Irma Zulema y Lucía E. Consejero.

NÚMERO 1278. — Doctor Mario Sáenz y otros. — Comisario Tello y otros. — Doctor Domínguez y otros. — Doctor Juan B. Mignaquy y otros. — Doctor Manuel Derqui y otros. — Pedro Malgor y Pedro Fiore. — Doctor Jorge A. Mitre y otros. — Doctores Sandalio A. Strach y Antonio A. Fernández con otros. — Doctor Manuel G. Pestaña y otros. — Doña Magdalena Beláustegui de Bustamante y otras. — Doctor Pestaña, señores Rodríguez, Jáuregui y otros. — Carolina Carbonell de Gil con sus hijos Héctor y José. — Ida, José y Aidée Grino. — El rey Víctor Manuel y otros. — Mussolini y otros. — Ermindo Spolla y Tom Cowler. — Senador Fernando Saguier y el intendente municipal doctor Noel. — Doctor Gallardo y otros. — Doctores Buero, Saguier y otros. — Isidro, Julio e Ilda Ortega. — José Valentín, Cipriano y Josefina Vaquera. — Anita Garofalo y Ezequiel Eric López. — Rosa Lombardi y Elena Rosas. — Rosa y Josefina Bueno. — Juana y Lidya Chiogna. — Carmen, Edy y Amanda Otero. — Elvira y Raúl Osuma. — María y Marcelo Antico Bochaton. — Alfredo y Elvira Luioque. — Elsa Rossi e Ilda Aita. — María A. y Carlos Pastore. — María y Teresa Stefano. — Mario y Norma Sulpicio. — Lola Iglesias y Severina Marino. — Raquel y José M. Moldes. — Manolo

— Herminia y Aida Biratelli. — Luis y Florinda Andriani. — Alfonso y Pilar Alonso Arnald. — Amada Méndez y Alberto Suárez. — Cayetano y Salvador Luisi. — María D. y Vicente F. Tangorra. — Carmen y Antonio Puga. — José Salas Enea y Roberto Masante. — María, Margarita y Blanca Acuña. — María, Julia y Juan Dasso. — Angélica Dattoli y María Nájera. — Martha y María A. Barros.

NÚMERO 1279. — Concepción Rodriguez (125 años) y descendientes. — El presidente Alessandri y doctores Izquierdo y Manuel E. Malbrán. — *Doctor Alvear y otros.* — Coronel Apolinario Piñero y otros. — Serafina Marino y Humberto Mosqueira. — Pepa y María Parisi. — Angélica Rabal, Sara Alduricin, Otilia Cané y Chola Vilches. — Señoritas de Zerrillo. — Señoritas de Aboal, de Malasina y Duffau. — Señoritas Lola Malaspina y Mecha Lamas. — Señoritas: Sofía y Ana Castañaga con Rosa y Nilda Estévez. — Señoritas Carmen, Lya y Argentina Cinque. — Señoritas Alcira y Clotilde Sanllorenti. — Señoritas Ana María, Teresa y María Mau, Lya y Argentina Cinque.

NÚMERO 1280. — El presidente Alessandri y los doctores C. Saavedra y Agustín Edwards. — Señores Buero y Condra. — S. M. Alfonso XIII con Albert Einstein y otros. — Profesor Einstein y el señor Blas Cabrera. — Esposos Einstein. — Doctores José Vasconcelos, Antonio Caso, Julio Torri, Blanco Villalta y Alfredo L. Palacios con la señora Gabriela Mistral y señor José L. Alberti, junto con otras destacadas personalidades mejicanas. — Ingeniero Vito Alessio Robles y Camila Quiroga. — Conde Colli di Felizzano, doctor J. L. Cantilo, señor A. G. Buffarini y otros. — El ministro Domecq García y otros. — Edward J. Nally y otros. — Ismael F. Galíndez y otros. — Ingeniero Del Ponti y otros.

NÚMERO 1281. — El doctor Pedro de Toledo, el señor Enrique Amaya y otros. — *Doctor Alvear y otros.* — Doctores Bermejo y Figueroa Alcorta. — Monseñor Beda Cardinale blicas, Marina y Relaciones Exteriores. — Los Excmos. señores ministros de Guerra, Agricultura e Instrucción Pública. — El intendente municipal y el secretario de Obras Públicas. — Doctor Fernando Alvarez y familia. — Luis Angel Firpo y otros. — General Carlos Cuervo Márquez y otros. — Doctor Gallardo y otras distinguidas personalidades.

NÚMERO 1282. — Monseñor José Pinal y Batres con otros prelados. — Marqués de Amposta, señora Regina Pacini de Alvear y otros. — *Doctor Pedro de Toledo*, Franc de Gama Cerqueira, ministro Domecq García, M. W. Riddle y otros. — C. Caminos y R. Boyd. — M. Mac. Hardy y Robson. — Señoritas Arévalo y Modarelli. — Señoritas Aurora y Emilia Gaich. — Señoritas Monmany y Badía. — Señoritas de Modarelli. — Señora Blanca de Valerga, señorita de Martínez y señor Manuel Valerga. — Señoritas Ilda y Elena Cerquetti. — Señoritas de Branca. — Señora de Sobre Casas de Torres, señorita Enriqueta de Bonet y comandante B. Trelles. — El ministro de Guerra, coronel Justo, y altos jefes del ejército. — Xavier Bóveda y otros. — Doctor Angel L. Sojo, señor Gaspar Cornille y los poetas premiados Arturo Vázquez Cey y Ricardo Gutiérrez. — Mr. Gastón Jeze y otros. — David y Concepción Iglesias. — Ofelia Berutti y Nicolás Cianciaglini. — Julio A. Roca y Héctor A. Carboul. — Manuel y Luisa Topazo. — Ofelia y Dora Matoso. — Ana y Elsa Beltrán. — Cándido y Celestino Del Prado. — María A. y Raquel De Rogatis. — Julia y Juan Gases Paredes. — Jaime Walfich, Juana Novich y Susana Pulfera. — Manuel y Luis Jiménez. — Norberto Nodar y Amalia López. — Orlando y Jenaro Maradei. — María E. Mamo y Filomena De Bruno. — Beatriz y Eduardo Marichalar. — Irma y Norberta García. — Eloisa y Felipe Santos. — Carlos, Esther y Margarita.

FOTOGRAFIAS DENOMINADAS

ARROYO, PEDRO F. — Iniciación de la temporada oficial de football. Festival náutico en el Tigre. Los conscriptos de marina de la clase 1902, desfilan ante el sepulcro del general San Martín. 1275. — Banquete ofrecido por el ministro de Guerra. Distinciones a un médico argentino. Proclamación de los electores a senador. 1276. — En el regimiento de granaderos a caballo. Conferencia panamericana de Santiago de Chile: delegaciones brasileña y argentina. 1277. — Semana Santa. 1278. — El nuevo embajador del Brasil. El amigo del hombre: el perro. 1281. — El santuario de María Inmaculada. 1282.

ARROYO Y BELL. — *Actualidades de la semana:* Huéspedes distinguidos. Los turistas norteamericanos. Demostración. Baile de los aviadores. El escrutinio de la elección a senador por la capital. Homenaje a la memoria de don Pedro Echagüe. Llegada de fascistas italianos. 1274. — *Notas gráficas de actualidad:* En el Plaza Hotel. Audiencia presidencial. Demostración. A bordo del vapor Tomasso di Savoia. Baile de «mi careme» en el Club Social de Caballito. 1275. — Turistas norteamericanos. Inauguración del Dispensario Antituberculoso Municipal N.º 4. En la Escuela Normal Roque Sáenz Peña. Tercer campeonato ciclista de resistencia del Río de la Plata. 1276. — Football: San Lorenzo v. River Plate. 1278. — Recepción en la embajada del Brasil. Inauguración del santuario de María Inmaculada. 1282.

ARROYO, BELL Y CHIAVAZZA. — *Actualidades de la semana:* En el teatro Cervantes. Procesión del Santo Sepulcro. Homenaje a la memoria del doctor José Penna. Asociación Católica de Empleadas. Jura a la bandera por los aspirantes a oficiales de la reserva. El gran torneo atlético del Club Gimnasia y Esgrima de Rosario. 1279.

ARROYO, BELL Y FLORES. — *Actualidades de la semana:* En honor del señor Arsenio Guido Buffarini. Demostración a los nuevos jefes de la armada. En el American Club. En obsequio del contralmirante Galíndez. Cincuentenario del Banco de Italia y Río de la Plata. Visita de los delegados ferroviarios chilenos. En el Automóvil Club Argentino. Rdo. Hno. Marcelino. Señor Carlos M. Duggan. Un feliz ensayo de la Radio Cultura. 1280.

ARROLLO, BELL Y PALERMO. — *Actualidades de la semana:* Nuevos jefes del ejército. Bodas de plata del Colegio Nacional Mariano Moreno. Demostración a don Juan B. Mignaquy. Homenaje póstumo al aviador Hentsch. Raid interoceánico. Demostración. Inauguración del pabellón de clínica médica en el Hospital de San Isidro. 1278.

ARROYO, BELL Y VARGAS. — *Actualidades de la semana:* Partida del director de CARAS Y CARETAS para Europa. CARAS Y CARETAS en Londres. Concurso literario municipal. Centenario de la Sociedad de Beneficencia de la Capital. Demostración diplomática. Homenaje a la memoria de Rivadavia. Firpo después del match con Brennan. En la Asociación Ferroviaria Nacional. En el Boxing Club de Buenos Aires. Congreso del Ejército de Salvación. 1281.

ARROYO Y VARGAS. — *Actualidades de la semana:* Conmemoración del 60.º aniversario del Colegio Nacional Buenos Aires. La crisis ganadera. Viaje del Presidente de la República a Bahía Blanca. La visita de los médicos del «American College of Surgeons». Inauguración del Instituto de Cirugía. Recepción a bordo del vapor Presidente Hayes. Esperando la victoria de Firpo. Firpo. 1277.

BELL, FEDERICO. — Acto de arrojo de un agente. Alevoso asesinato en Temperley. Trágico accidente en una casa de inquilinato. 1279

BLANCO, ELÍAS. (Corresponsal de Córdoba). — Las grandes inundaciones de Córdoba. 1280.

CASASOLA, AGUSTÍN. (Corresponsal de Méjico). — Camila Quiroga en la capital de Méjico. 1280.

CORRESPONSAL DE BELGICA. — Primera conferencia de oficiales. 1282.

CORRESPONSAL DE ALEMANIA. — El Presidente de la República. 1282.

CHIAVAZZA, JOAQUÍN. (Corresponsal de Rosario). — En el Club Español, baile de fantasía. Concurso de máscaras infantiles. Banquete. 1275.

ROL, M. (Corresponsal de Francia). — Desfile militar. Miembros de la misión Haardt-Andonin-Dubreuite. 1282.

SANCHEZ A., ALFREDO. (Corresponsal de Chile). — Homenaje y recepción presidencial a la tripulación y oficialidad de la nave de guerra sueca Fylgia. 1275. — La Quinta Conferencia Panamericana de Santiago. 1280. — Huéspedes agasajados. Banquete ofrecido a los delegados de la V Conferencia. Los delegados de Estados Unidos y sus señoras esposas. 1282.

SIMBOLI, RAFAEL. (Corresponsal en Italia). — La milicia nacional. Match de box: Ermindo Spolla-Tom Cowler. 1278. — Conferencia del teniente Delacroix. 1282.

VARGAS MACHUCA, EDUARDO. — El horrendo crimen del Azul. Visiones del presidio de Sierra Chica. 1274, 1276 y 1277. — Nueva hazaña de natación. El importante siniestro de la semana. 1277. — Regatas internacionales en el Tigre. 1278. — El arca de Onelli. 1279. — Un asalto inaudito en plena ciudad. 1281.

VARGAS Y BELL. — XXIII viaje de la fragata Sarmiento. 1279. — Horrible drama entre esposos. Voraz incendio en un depósito de droguería. 1280.

VIDAL, J. C. (Corresponsal en España). — Homenaje al escritor José Francés. Llegada de los hermanos Wanderwell. Honores al sabio alemán Albert Einstein. 1282.

LOS LIBROS

NÚMERO 1274. — «Las mal calladas», por Benito Lynch. — «Crítica negativa», por Nicolás Coronado. — «Quince minutos diarios sobre radiotelefonía», por N. N. — «Proyecto de empréstito por mil millones de pesos», por Luis Pagola. — «Código de Comercio», por Carlos C. Malagarriga. — «Centenario del Poder Judicial de la provincia de Mendoza» por Cicerón E. Aguirre.

NÚMERO 1275. — «El rey Nicéforo», por José María Salaverría. — «La ciudad única», por W. Jaime Molins. — «El comité», por Ciro Torres López. — «El código penal y sus antecedentes», por el doctor Rodolfo Moreno (hijo).

NÚMERO 1277. — «Veinte poemas para ser leídos en el tranvía», por Oliverio Girondo. — «Matinales», por Elisa Carpena. — «Chacayaleras», por Miguel A. Camino. — «Higiene pública», por el doctor Manuel Ruibal Salaberry. «El presidente Alvear», por Ricardo H. Aramburu. — «Hechos y reflexiones de un pobre hombre», por C. Gowel. — «La ofrenda del maestro», por Juan Manuel Cotta.

NÚMERO 1280. — «Las primeras espigas», por José María del Hogar. — «Las relaciones intelectuales franco-argentinas», por Un Argentino. — «El dominio de la mente como base del Progreso y la Felicidad», por Celestino Stella.—«Policromía», por Adolfo Esquivel de la Guardia

VARIEDADES

NÚMERO 1274. — Una cuchilla tristemente famosa. — Se necesitan hombres que tengan el pelo rojo y las orejas grandes. — Los bebedores de sangre. — Rarezas de personajes célebres. — Todo por ir a la moda. — Una apuesta trágica.

NÚMERO 1275. — Descubrimiento de la luz fría. — Pesimismo eugénico. — La pasión de los honores. — El tenor de Donizetti. — La muerte de las perlas. — La seguridad en el hogar. — La falta de oído musical. — ¿Cuál es su tipo ideal? — La geografía se impone.

NÚMERO 1276. — Luis XI y San Francisco de Paula. — Las mujeres y la divinidad. — Decadencia del canto en Inglaterra. — El «guiri».

NÚMERO 1277. — Consejos de un andarín. — En los campos diamantíferos del Africa. — Un sosias de Leopoldo II. — La causa india. — Dos serpientes amamantadas por dos vacas. — El lenguaje de los demagogos. — Quince mil seiscientos sesenta y siete divorcios en seis meses. — De la vida de Ruth Roland. — La pluma.

NÚMERO 1278. — Para los que han llegado a los sesenta. — Una incitación de Lloyd George a las iglesias inglesas.— El color de las nubes. — Las aves como policía de aseo. — Copiando a los pájaros. — Los derechos de la mujer. — Lucha en el fondo del mar.

NÚMERO 1279. — ¿Estamos más pesados o más ligeros después de comer? — Quienes eran los bardos. — Las mujeres sueñan más. — La carta hablada. — La trementina y la gripe. — La diástasis.

NÚMERO 1280. — La plegaria del árbol. — Utilidad de las aves como alimento. — Utilidad de las aves para el ganado. — El mejor alimento. — La muerte de Benedicto XV predicha. — Los venenos que ingerimos cada día. — Utilidad económica de la garza blanca. — Las aves como productoras de guano. — Las tierras antárticas. — Cañones de ciento cincuenta kilómetros de alcance.

NÚMERO 1281. — El amor y la luna a propósito de «Romeo y Julieta». — A doce mil metros de altura. — Muertos por autosugestión. — Periodistas romanos. — Los primitivos habitantes de Tejas y Nuevo Méjico. — Habilidad de un humorista inglés.

NÚMERO 1282. — La bayoneta anestésica. — Solicitando una vida. — La sátira de Voltaire. — Las estampillas y los microbios. — Los gatos y los personajes célebres. — Aves de las riberas y enfermedades. — La ciudad más antigua.

TELEGRAFIA Y TELEFONIA SIN HILOS al alcance del aficionado: Utilización de la corriente de alumbrado para la iluminación de los audiones. 1274. — Utilización de los jacks en los amplificadores. 1275. — Carga y mantenimiento de los acumuladores. 1277. — Recepción de ondas continuas. La heterodyne. 1278 y 1279. — Nuevo tipo de amplificador. 1282.

ENLACES

NÚMERO 1274. — Dora Pinelli con Eduardo Steiner. — Isabel Lauricella con Lorenzo P. Colazo. — Rosa Candia con Orestes E. Lubatti. — Mapi Adalin con Néstor Ongay.

NÚMERO 1276. — María Caraverta con Orestes Bigliani. — Bertina A. Zambruno con Emilio R. Felchlin. — Nieves Elvira Ricci con Alberto Mario Cassagne. — Valentina Gracia con Diego Alba.

NÚMERO 1277. — Ernesta Josefina Etchart con Manuel Vázquez Alvarez. — María Gallo con Antonio Zaccaro. — Paula F. Altuna con Vicente Sandolfo. — Elisa Petrina con Raúl Bernard.

NÚMERO 1279. — María Teresa Bona con Francisco Mundo. — Julia Ciaburri con Rogelio M. Lasarte. — Carmen García con Antonio Blanco. — Rosa Galea con Herminio Colabelli. — Aída Ghislieri con Héctor L. Tasada.

NÚMERO 1280. — María Teresa Tilbe con Manuel Cotelo. — Consuelo Ubeira con Carmelo Calarco. — Maruja Sánchez con Pedro Fernández. — Rosalba González Monteverde con Luis J. Passi.

NÚMERO 1281. — Luisa J. Rava con Félix R. Ramos. — Aída Laura Magni con Emilio Adobato. — Teresa Ré con Arturo Cuey. — Esperanza Núñez con Andrés Suárez. — Francisca Badía con Jaime Armengol.

NÚMERO 1282. — María A. Curto con Juan Istillart. — Juana Duhalde con Ricardo Rodríguez. — Margarita Valverde con Américo Calderoni. — Francisca Liñau con con Héctor Cosettini.

NECROLOGIA

NÚMERO 1274. — Juanita G. A. Bertrand. — José Manuel Pereira. — Juan José Burgos. — Antonio Bellizzi. — Andrés Canessa. — José Reigosa. — Arturo Bullrich. — Anacarsis Lanús.
NÚMERO 1276. — José B. Ferrari. — Juan Defelice. — Emilia Buffa de Shezzi. — Fortunata Zapata de Moyano. — Luis Andrés Crosetti. — Isaac Churba. — Pascuala Zurita de Juárez. — María Massa de Castellanos. — Agapito Díaz. — Arturo Willington. — Daniel Demasi.— Antonio Pagneaux. — Rufino T. Ezeiza.
NÚMERO 1278. — Ricardo Osuna. — María Luttichan de Albino. — Pedro N. Gómez. — Clotilde Arregui de Santa Cruz. — Prudencio Coll. — Italo Arina. — Aurelia P. de Brito. — Dominga T. B. de Cirigliano. — Francisca A. Nicanora Zapettini. — Manuela Rodríguez de Cieza
NÚMERO 1279. — Juan Arzeno. — Teresa Bonino de Fogliate. — Lucila Rossé. — Francisca Niño de Nicolay. — Antonia Sarratea. — Serafín Escudero. — Alberto Isaeldick.
NÚMERO 1281. — Ventura Facio. — Timotea Pineda de Perlini. — Cesáreo Liébana. — Máximo Spadoni. — José Montepagano. — Manuel Calvo. — José E. Marchesi. — Agustín Rodríguez. — Mariano Cecchino.
NÚMERO 1282. — Alcira F. Zapiola de Furst. — Filomena Yeco de Amato. — Selva Dalila Echeverría. — Aída Carmen Santos. — Inés Rigazzi. — María Escoubiron de Massur. — María Josefa Ardigzi. — Angel Ferrari. — José L. Fagés. — Antonio Firpo. — Adolfo P. Rodríguez.

ESTRELLAS DEL CINE

NÚMERO 1274. — Mary Miles Minter. — Mabel Julienne Scott. — Marion Davies. — Peggy O'Neill.
NÚMERO 1276. — María Mac Laren. — Perla White. — Lila Lee. — Betty Compson.

SECCIONES ALTERNADAS

BIBLIOGRAFÍA: En los números 1274, 1275, 1277 y 1280.
INVENTOS, RECETAS Y PROCEDIMIENTOS ÚTILES: En los números 1274 y 1277.
PASATIEMPOS: En todos los números exceptuados el 1276 y 1279.
LA PÁGINA DE LA MODA: Ultimos modelos: en todos los números excepción hecha del 1276 y 1279.
AJEDREZ: En los números 1275 y 1281.
CONSULTORIO: En los números 1275 y 1278.
COMENTARIOS: En todos los números a excepción del 1276 y 1277.
ECOS DEL TURF. — «La Patria». 1281. — «Black Beauty». — 1282.
EN TODOS LOS NÚMEROS: Concursos infantiles de dibujo, y para colorear dibujos.

BODAS DE ORO Y DE PLATA

NÚMERO 1277. — *Bodas de oro y de plata:* Agustín Cafferata y Juana Debarbieri. — Juan Mogo y Francisca Pédreira de Mogo. — Anastasio Novas e Isabel Mota de Novas. — J. Agustín de Zavaleta y Josefa Jáuregui de Zavaleta. — Bernardo Pivonio y María Nardini Pivonio. — José Bertolongo y Ana Navone Bertolongo. — *Bodas de plata:* Esposos Ragni-Rocca. — Esposos Lucero-Baldisco.
NÚMERO 1278. — *Bodas de oro:* Esposos Tegli-Migliano. — Esposos Ferrere-Bruseau. — *Bodas de plata:* Esposos Garde-Valerio. — Ragin-Rocca.
NÚMERO 1281. — *Bodas de plata:* Esposos Coussade.
NÚMERO 1282. — *Bodas de oro:* Esposos Bernaré-Comnard. — *Bodas de plata:* Esposos Sarratea-Goiriena y Antonio Almada con Irinea Aspeitia de Almada.

GALERIA INFANTIL

NÚMERO 1274. — Bruno A. Reynal O'Connor. — Niño de Torrontegui. — Niño de Laso.
NÚMERO 1275. — Elena y Matilde Tornquist Campos. — Demetrio Augusto Molteni. — Mechita Viñardell Oliván.
NÚMERO 1276. — Harry Arcuri. — Bebita Villaplana. — Gidia Fernanda Tornquist Campos.
NÚMERO 1277. — Dora Lydia Viel Nowell. — Delia Carro Alvarez. — María Elena Terrarossa.
NÚMERO 1278. — Niño de Spinedi Viega. — Carlos Alberto Gallani. — María Matilde Legna Maquiera.
NÚMERO 1279. — Irma Esther Saporiti Buscaglia. — Alberto Vinardell Oliván. — Francisco Perozzielo Cortese.
NÚMERO 1280. — Carlos Alberto Chiesa. — Violeta Guitarte Andersen. — Osvaldo Zarlenga.
NÚMERO 1281. — Irene Pagés Larraya. — Enrique y Alberto Rodrigo. — Nélida Esther Civile.
NÚMERO 1282. — Nélida, María Angélica y Carlos Agras.— Francisco Leonel Capano. — Niña de Sánchez.

SECCIONES PERMANENTES

Comentarios. — Correo sin estampilla. — Pasatiempos. — Concurso infantil para colorear dibujos. — Concurso de dibujos infantiles. — Consultorio de CARAS Y CARETAS. — Inventos, recetas y procedimientos útiles. — Apuntes y recortes, etc.